



LA POLÍTICA REVOLUCIONARIA

Ensayos, Notas y Conferencias

Ruy Mauro Marini

LA POLÍTICA REVOLUCIONARIA



Colección

SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 225

Colección
SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 1 LA REVOLUCIÓN ALEMANA

Víctor Serge - Karl Liebknecht - Rosa Luxemburgo

Libro 2 DIALÉCTICA DE LO CONCRETO

Karel Kosik

Libro 3 LAS IZQUIERDAS EN EL PROCESO POLÍTICO ARGENTINO

Silvio Frondizi

Libro 4 INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Antonio Gramsci

Libro 5 MAO Tse-tung

José Aricó

Libro 6 VENCEREMOS

Ernesto Guevara

Libro 7 DE LO ABSTRACTO A LO CONCRETO - DIALÉCTICA DE LO IDEAL

Edwald Ilienkov

Libro 8 LA DIALÉCTICA COMO ARMA, MÉTODO, CONCEPCIÓN y ARTE

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 9 GUEVARISMO: UN MARXISMO BOLIVARIANO

Néstor Kohan

Libro 10 AMÉRICA NUESTRA. AMÉRICA MADRE

Julio Antonio Mella

Libro 11 FLN. Dos meses con los patriotas de Vietnam del sur

Madeleine Riffaud

Libro 12 MARX y ENGELS. Nueve conferencias en la Academia Socialista

David Riazánov

Libro 13 ANARQUISMO y COMUNISMO

Evgueni Preobrazhenski

Libro 14 REFORMA o REVOLUCIÓN - LA CRISIS DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Rosa Luxemburgo

Libro 15 ÉTICA y REVOLUCIÓN

Herbert Marcuse

Libro 16 EDUCACIÓN y LUCHA DE CLASES

Aníbal Ponce

Libro 17 LA MONTAÑA ES ALGO MÁS QUE UNA INMENSA ESTEPA VERDE

Omar Cabezas

Libro 18 LA REVOLUCIÓN EN FRANCIA. Breve historia del movimiento obrero en Francia 1789-1848. Selección de textos de Alberto J. Plá

Libro 19 MARX y ENGELS

Karl Marx y Friedrich Engels. Selección de textos

Libro 20 CLASES y PUEBLOS. Sobre el sujeto revolucionario

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 21 LA FILOSOFÍA BURGUESA POSTCLÁSICA

Rubén Zardoya

Libro 22 DIALÉCTICA Y CONCIENCIA DE CLASE

György Lukács

Libro 23 EL MATERIALISMO HISTÓRICO ALEMÁN

Franz Mehring

Libro 24 DIALÉCTICA PARA LA INDEPENDENCIA

Ruy Mauro Marini

Libro 25 MUJERES EN REVOLUCIÓN

Clara Zetkin

Libro 26 EL SOCIALISMO COMO EJERCICIO DE LA LIBERTAD

Agustín Cueva - Daniel Bensaïd. Selección de textos

Libro 27 LA DIALÉCTICA COMO FORMA DE PENSAMIENTO - DE ÍDOLOS E IDEALES

Edwald Ilienkov. Selección de textos

Libro 28 FETICHISMO y ALIENACIÓN - ENSAYOS SOBRE LA TEORÍA MARXISTA EL VALOR

Isaak Illich Rubin

Libro 29 DEMOCRACIA Y REVOLUCIÓN. El hombre y la Democracia

György Lukács

Libro 30 PEDAGOGÍA DEL OPRIMIDO

Paulo Freire

Libro 31 HISTORIA, TRADICIÓN Y CONSCIENCIA DE CLASE

Edward P. Thompson. Selección de textos

Libro 32 LENIN, LA REVOLUCIÓN Y AMÉRICA LATINA

Rodney Arismendi

Libro 33 MEMORIAS DE UN BOLCHEVIQUE

Osip Piatninsky

Libro 34 VLADIMIR ILICH Y LA EDUCACIÓN

Nadeshda Krupskaya

Libro 35 LA SOLIDARIDAD DE LOS OPRIMIDOS

Julius Fucik - Bertolt Brecht - Walter Benjamin. Selección de textos

Libro 36 UN GRANO DE MAÍZ

Tomás Borge y Fidel Castro

Libro 37 FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Adolfo Sánchez Vázquez

Libro 38 ECONOMÍA DE LA SOCIEDAD COLONIAL

Sergio Bagú

Libro 39 CAPITALISMO Y SUBDESARROLLO EN AMÉRICA LATINA

André Gunder Frank

Libro 40 MÉXICO INSURGENTE

John Reed

Libro 41 DIEZ DÍAS QUE CONMOVIERON AL MUNDO

John Reed

Libro 42 EL MATERIALISMO HISTÓRICO

Georgi Plekhanov

Libro 43 MI GUERRA DE ESPAÑA

Mika Etchebéherè

Libro 44 NACIONES Y NACIONALISMOS

Eric Hobsbawm

Libro 45 MARX DESCONOCIDO

Nicolás González Varela - Karl Korsch

Libro 46 MARX Y LA MODERNIDAD

Enrique Dussel

Libro 47 LÓGICA DIALÉCTICA

Edwald Ilienkov

Libro 48 LOS INTELLECTUALES Y LA ORGANIZACIÓN DE LA CULTURA

Antonio Gramsci

Libro 49 KARL MARX. LEÓN TROTSKY, Y EL GUEVARISMO ARGENTINO

Trotsky - Mariátegui - Masetti - Santucho y otros. Selección de Textos

Libro 50 LA REALIDAD ARGENTINA - El Sistema Capitalista

Silvio Frondizi

Libro 51 LA REALIDAD ARGENTINA - La Revolución Socialista

Silvio Frondizi

Libro 52 POPULISMO Y DEPENDENCIA - De Yrigoyen a Perón

Milcíades Peña

Libro 53 MARXISMO Y POLÍTICA

Carlos Néelson Coutinho

Libro 54 VISIÓN DE LOS VENCIDOS

Miguel León-Portilla

Libro 55 LOS ORÍGENES DE LA RELIGIÓN

Lucien Henry

Libro 56 MARX Y LA POLÍTICA

Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 57 LA UNIÓN OBRERA

Flora Tristán

Libro 58 CAPITALISMO, MONOPOLIOS Y DEPENDENCIA

Ismael Viñas

Libro 59 LOS ORÍGENES DEL MOVIMIENTO OBRERO

Julio Godio

Libro 60 HISTORIA SOCIAL DE NUESTRA AMÉRICA

Luis Vitale

Libro 61 LA INTERNACIONAL. Breve Historia de la Organización Obrera en Argentina

Selección de Textos

Libro 62 IMPERIALISMO Y LUCHA ARMADA

Marighella, Marulanda y la Escuela de las Américas

Libro 63 LA VIDA DE MIGUEL ENRÍQUEZ

Pedro Naranjo Sandoval

Libro 64 CLASISMO Y POPULISMO

Michael Löwy - Agustín Tosco y otros. Selección de textos

Libro 65 DIALÉCTICA DE LA LIBERTAD

Herbert Marcuse

Libro 66 EPISTEMOLOGÍA Y CIENCIAS SOCIALES

Theodor W. Adorno

Libro 67 EL AÑO 1 DE LA REVOLUCIÓN RUSA

Víctor Serge

Libro 68 SOCIALISMO PARA ARMAR

Löwy -Thompson - Anderson - Meiksins Wood y otros. Selección de Textos

Libro 69 ¿QUÉ ES LA CONCIENCIA DE CLASE?

Wilhelm Reich

Libro 70 HISTORIA DEL SIGLO XX - Primera Parte

Eric Hobsbawm

Libro 71 HISTORIA DEL SIGLO XX - Segunda Parte

Eric Hobsbawm

Libro 72 HISTORIA DEL SIGLO XX - Tercera Parte

Eric Hobsbawm

Libro 73 SOCIOLOGÍA DE LA VIDA COTIDIANA

Ágnes Heller

Libro 74 LA SOCIEDAD FEUDAL - Tomo I

Marc Bloch

Libro 75 LA SOCIEDAD FEUDAL - Tomo 2

Marc Bloch

Libro 76 KARL MARX. ENSAYO DE BIOGRAFÍA INTELECTUAL

Maximilien Rubel

Libro 77 EL DERECHO A LA PEREZA

Paul Lafargue

Libro 78 ¿PARA QUÉ SIRVE EL CAPITAL?

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 79 DIALÉCTICA DE LA RESISTENCIA

Pablo González Casanova

Libro 80 HO CHI MINH

Selección de textos

Libro 81 RAZÓN Y REVOLUCIÓN

Herbert Marcuse

Libro 82 CULTURA Y POLÍTICA - Ensayos para una cultura de la resistencia

Santana - Pérez Lara - Acanda - Hard Dávalos - Alvarez Somoza y otros

Libro 83 LÓGICA Y DIALÉCTICA

Henri Lefebvre

Libro 84 LAS VENAS ABIERTAS DE AMÉRICA LATINA

Eduardo Galeano

Libro 85 HUGO CHÁVEZ

José Vicente Rangél

Libro 86 LAS GUERRAS CIVILES ARGENTINAS

Juan Álvarez

Libro 87 PEDAGOGÍA DIALÉCTICA

Betty Giro - César Julio Hernández - León Vallejo Osorio

Libro 88 COLONIALISMO Y LIBERACIÓN

Truong Chinh - Patrice Lumumba

Libro 89 LOS CONDENADOS DE LA TIERRA

Frantz Fanon

Libro 90 HOMENAJE A CATALUÑA

George Orwell

Libro 91 DISCURSOS Y PROCLAMAS

Simón Bolívar

Libro 92 VIOLENCIA Y PODER - Selección de textos

Vargas Lozano - Echeverría - Burawoy - Monsiváis - Védrine - Kaplan y otros

Libro 93 CRÍTICA DE LA RAZÓN DIALÉCTICA

Jean Paul Sartre

Libro 94 LA IDEA ANARQUISTA

Bakunin - Kropotkin - Barret - Malatesta - Fabbri - Gilimón - Goldman

Libro 95 VERDAD Y LIBERTAD

Martínez Heredia - Sánchez Vázquez - Luporini - Hobsbawm - Rozitchner - Del Barco

Libro 96 INTRODUCCIÓN GENERAL A LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Karl Marx y Friedrich Engels

Libro 97 EL AMIGO DEL PUEBLO

Los amigos de Durruti

Libro 98 MARXISMO Y FILOSOFÍA

Karl Korsch

Libro 99 LA RELIGIÓN

Leszek Kolakowski

Libro 100 AUTOGESTIÓN, ESTADO Y REVOLUCIÓN

Noir et Rouge

Libro 101 COOPERATIVISMO, CONSEJISMO Y AUTOGESTIÓN

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 102 ROSA LUXEMBURGO Y EL ESPONTANEÍSMO REVOLUCIONARIO

Selección de textos

Libro 103 LA INSURRECCIÓN ARMADA

A. Neuberger

Libro 104 ANTES DE MAYO

Milcíades Peña

Libro 105 MARX LIBERTARIO

Maximilien Rubel

Libro 106 DE LA POESÍA A LA REVOLUCIÓN

Manuel Rojas

Libro 107 ESTRUCTURA SOCIAL DE LA COLONIA

Sergio Bagú

Libro 108 COMPENDIO DE HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Albert Soboul

Libro 109 DANTON, MARAT Y ROBESPIERRE. Historia de la Revolución Francesa

Albert Soboul

Libro 110 LOS JACOBINOS NEGROS. Toussaint L'Ouverture y la revolución de Haití

Cyril Lionel Robert James

Libro 111 MARCUSE Y EL 68

Selección de textos

Libro 112 DIALÉCTICA DE LA CONCIENCIA – Realidad y Enajenación

José Revueltas

Libro 113 ¿QUÉ ES LA LIBERTAD? – Selección de textos

Gajo Petrović – Milán Kangrga

Libro 114 GUERRA DEL PUEBLO – EJÉRCITO DEL PUEBLO

Vo Nguyen Giap

Libro 115 TIEMPO, REALIDAD SOCIAL Y CONOCIMIENTO

Sergio Bagú

Libro 116 MUJER, ECONOMÍA Y SOCIEDAD

Alexandra Kollontay

Libro 117 LOS JERARCAS SINDICALES

Jorge Correa

Libro 118 TOUSSAINT LOUVERTURE. La Revolución Francesa y el Problema Colonial

Aimé Césaire

Libro 119 LA SITUACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA

Federico Engels

Libro 120 POR LA SEGUNDA Y DEFINITIVA INDEPENDENCIA

Estrella Roja – Ejército Revolucionario del Pueblo

Libro 121 LA LUCHA DE CLASES EN LA ANTIGUA ROMA

Espartaquistas

Libro 122 LA GUERRA EN ESPAÑA

Manuel Azaña

Libro 123 LA IMAGINACIÓN SOCIOLOGICA

Charles Wright Mills

Libro 124 LA GRAN TRANSFORMACIÓN. Crítica del Liberalismo Económico

Karl Polanyi

Libro 125 KAFKA. El Método Poético

Ernst Fischer

Libro 126 PERIODISMO Y LUCHA DE CLASES

Camilo Taúfic

Libro 127 MUJERES, RAZA Y CLASE

Angela Davis

Libro 128 CONTRA LOS TECNÓCRATAS

Henri Lefebvre

Libro 129 ROUSSEAU Y MARX

Galvano della Volpe

Libro 130 LAS GUERRAS CAMPESINAS - REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN ALEMANIA

Federico Engels

Libro 131 EL COLONIALISMO EUROPEO

Carlos Marx - Federico Engels

Libro 132 ESPAÑA. Las Revoluciones del Siglo XIX

Carlos Marx - Federico Engels

Libro 133 LAS IDEAS REVOLUCIONARIOS DE KARL MARX

Alex Callinicos

Libro 134 KARL MARX

Karl Korsch

Libro 135 LA CLASE OBRERA EN LA ERA DE LAS MULTINACIONALES

Peters Mertens

Libro 136 EL ÚLTIMO COMBATE DE LENIN

Moshe Lewin

Libro 137 TEORÍAS DE LA AUTOGESTIÓN

Roberto Massari

Libro 138 ROSA LUXEMBURG

Tony Cliff

Libro 139 LOS ROJOS DE ULTRAMAR

Jordi Soler

Libro 140 INTRODUCCIÓN A LA ECONOMÍA POLÍTICA

Rosa Luxemburg

Libro 141 HISTORIA Y DIALÉCTICA

Leo Kofler

Libro 142 BLANQUI Y LOS CONSEJISTAS

Blanqui - Luxemburg - Gorter - Pannekoek - Pfemfert - Rühle - Wolffheim y Otros

Libro 143 EL MARXISMO - EL MATERIALISMO DIALÉCTICO

Henri Lefebvre

Libro 144 EL MARXISMO

Ernest Mandel

Libro 145 LA COMMUNE DE PARÍS Y LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

Federica Montseny

Libro 146 LENIN, SOBRE SUS PROPIOS PIES

Rudi Dutschke

Libro 147 BOLCHEVIQUE

Larissa Reisner

Libro 148 TIEMPOS SALVAJES

Pier Paolo Pasolini

Libro 149 DIOS TE SALVE BURGUESÍA

Paul Lafargue - Herman Gorter - Franz Mehring

Libro 150 EL FIN DE LA ESPERANZA

Juan Hermanos

Libro 151 MARXISMO Y ANTROPOLOGÍA

György Markus

Libro 152 MARXISMO Y FEMINISMO

Herbert Marcuse

Libro 153 LA TRAGEDIA DEL PROLETARIADO ALEMÁN

Juan Rústico

Libro 154 LA PESTE PARDA

Daniel Guerin

Libro 155 CIENCIA, POLÍTICA Y CIENTIFICISMO – LA IDEOLOGÍA DE LA NEUTRALIDAD IDEOLÓGICA

Oscar Varsavsky - Adolfo Sánchez Vázquez

Libro 156 PRAXIS. Estrategia de supervivencia

Ilienkov – Kosik - Adorno – Horkheimer - Sartre - Sacristán y Otros

Libro 157 KARL MARX. Historia de su vida

Franz Mehring

Libro 158 ¡NO PASARÁN!

Upton Sinclair

Libro 159 LO QUE TODO REVOLUCIONARIO DEBE SABER SOBRE LA REPRESIÓN

Víctor Serge

Libro 160 ¿SEXO CONTRA SEXO O CLASE CONTRA CLASE?

Evelyn Reed

Libro 161 EL CAMARADA

Takiji Kobayashi

Libro 162 LA GUERRA POPULAR PROLONGADA

Máo Zé dōng

Libro 163 LA REVOLUCIÓN RUSA

Christopher Hill

Libro 164 LA DIALÉCTICA DEL PROCESO HISTÓRICO

George Novack

Libro 165 EJÉRCITO POPULAR – GUERRA DE TODO EL PUEBLO

Vo Nguyen Giap

Libro 166 EL MATERIALISMO DIALÉCTICO

August Thalheimer

Libro 167 ¿QUÉ ES EL MARXISMO?

Emile Burns

Libro 168 ESTADO AUTORITARIO

Max Horkheimer

Libro 169 SOBRE EL COLONIALISMO

Aimé Césaire

Libro 170 CRÍTICA DE LA DEMOCRACIA CAPITALISTA

Stanley Moore

Libro 171 SINDICALISMO CAMPESINO EN BOLIVIA

Qhana - CSUTCB - COB

Libro 172 LOS ORÍGENES DE LA CIVILIZACIÓN

Vere Gordon Childe

Libro 173 CRISIS Y TEORÍA DE LA CRISIS

Paul Mattick

Libro 174 TOMAS MÜNZER. Teólogo de la Revolución

Ernst Bloch

Libro 175 MANIFIESTO DE LOS PLEBEYOS

Gracco Babeuf

Libro 176 EL PUEBLO

Anselmo Lorenzo

Libro 177 LA DOCTRINA SOCIALISTA Y LOS CONSEJOS OBREROS

Enrique Del Valle Iberlucea

Libro 178 VIEJA Y NUEVA DEMOCRACIA

Moses I. Finley

Libro 179 LA REVOLUCIÓN FRANCESA

George Rudé

Libro 180 ACTIVIDAD, CONCIENCIA Y PERSONALIDAD

Aleksei Leontiev

Libro 181 ENSAYOS FILOSÓFICOS

Alejandro Lipschütz

Libro 182 LA IZQUIERDA COMUNISTA ITALIANA (1917 -1927)

Selección de textos

Libro 183 EL ORIGEN DE LAS IDEAS ABSTRACTAS

Paul Lafargue

Libro 184 DIALÉCTICA DE LA PRAXIS. El Humanismo Marxista

Mihailo Marković

Libro 185 LAS MASAS Y EL PODER

Pietro Ingrao

Libro 186 REIVINDICACIÓN DE LOS DERECHOS DE LA MUJER

Mary Wollstonecraft

Libro 187 CUBA 1991

Fidel Castro

Libro 188 LAS VANGUARDIAS ARTÍSTICAS DEL SIGLO XX

Mario De Micheli

Libro 189 CHE. Una Biografía

Héctor Oesterheld – Alberto Breccia - Enrique Breccia

Libro 190 CRÍTICA DEL PROGRAMA DE GOTHA

Karl Marx

Libro 191 FENOMENOLOGÍA Y MATERIALISMO DIALÉCTICO

Trần Đức Thảo

Libro 192 EN TORNO AL DESARROLLO INTELECTUAL DEL JOVEN MARX (1840-1844)

Georg Lukács

Libro 193 LA FUNCIÓN DE LAS IDEOLOGÍAS – CRÍTICA DE LA RAZÓN INSTRUMENTAL

Max Horkheimer

Libro 194 UTOPIÁ

Tomás Moro

Libro 195 ASÍ SE TEMPLÓ EL ACERO

Nikolai Ostrovski

Libro 196 DIALÉCTICA Y PRAXIS REVOLUCIONARIA

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 197 JUSTICIEROS Y COMUNISTAS (1843-1852)

Karl Marx, Friedrich Engels y Otros

Libro 198 FILOSOFÍA DE LA LIBERTAD

Rubén Zardoya Loureda - Marcello Musto - Seongjin Jeong - Andrzej Walicki

Bolívar Echeverría - Daniel Bensaïd - Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 199 EL MOVIMIENTO ANARQUISTA EN ARGENTINA. Desde sus comienzos hasta 1910

Diego Abad de Santillán

Libro 200 BUJALANCE. LA REVOLUCIÓN CAMPESINA

Juan del Pueblo

Libro 201 MATERIALISMO DIALÉCTICO Y PSICOANÁLISIS

Wilhelm Reich

Libro 202 OLIVER CROMWELL Y LA REVOLUCIÓN INGLESA

Christopher Hill

Libro 203 AUTOBIOGRAFÍA DE UNA MUJER EMANCIPADA

Alexandra Kollontay

Libro 204 TRAS LAS HUELLAS DEL MATERIALISMO HISTÓRICO

Perry Anderson

Libro 205 CONTRA EL POSTMODERNISMO – UN MANIFIESTO ANTICAPITALISTA

Alex Callinicos

Libro 206 EL MATERIALISMO DIALÉCTICO SEGÚN HENRI LEFEBVRE

Eugenio Werden

Libro 207 LOS COMUNISTAS Y LA PAZ

Jean-Paul Sartre

Libro 208 CÓMO NOS VENDEN LA MOTO

Noan Chomsky - Ignacio Ramonet

Libro 209 EL COMITÉ REGIONAL CLANDESTINO EN ACCIÓN

Alexei Fiodorov

Libro 210 LA MUJER Y EL SOCIALISMO

August Bebel

Libro 211 DEJAR DE PENSAR

Carlos Fernández Liria y Santiago Alba Rico

Libro 212 LA EXPRESIÓN TEÓRICA DEL MOVIMIENTO PRÁCTICO

Walter Benjamin – Rudi Dutschke – Jean-Paul Sartre – Bolívar Echeverría

Libro 213 ANTE EL DOLOR DE LOS DEMÁS

Susan Sontag

Libro 214 LIBRO DE LECTURA PARA USO DE LAS ESCUELAS NOCTURNAS PARA TRABAJADORES – 1^{er} Grado

Comisión Editora Popular

Libro 215 EL DISCURSO CRÍTICO DE MARX

Bolívar Echeverría

Libro 216 APUNTES SOBRE MARXISMO

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 217 PARA UN MARXISMO LIBERTARIO

Daniel Guerin

Libro 218 LA IDEOLOGÍA ALEMANA

Karl Marx y Friedrich Engels

Libro 219 BABEUF

Ilya Ehrenburg

Libro 220 MIGUEL MÁRMOL – LOS SUCEOS DE 1932 EN EL SALVADOR

Roque Dalton

Libro 221 SIMÓN BOLÍVAR CONDUCTOR POLÍTICO Y MILITAR DE LA GUERRA ANTI COLONIAL

Alberto Pinzón Sánchez

Libro 222 MARXISMO Y LITERATURA

Raymond Williams

Libro 223 SANDINO, GENERAL DE HOMBRES LIBRES

Gregorio Selsler

Libro 224 CRÍTICA DIALÉCTICA. Ensayos, Notas y Conferencias (1958-1968)

Karel Kosik

Libro 225 LA POLÍTICA REVOLUCIONARIA. Ensayos, Notas y Conferencias

Ruy Mauro Marini



<https://elsudamericano.wordpress.com>



La red mundial de los hijos de la revolución social

LA POLÍTICA REVOLUCIONARIA

Ensayos, Notas y Conferencias

Ruy Mauro Marini

- **LAS RAÍCES DEL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO**
- **LA CRISIS TEÓRICA**
- **DOS NOTAS SOBRE EL SOCIALISMO**
- **AMÉRICA LATINA EN LA ENCRUCIJADA**
- **ELEMENTOS PARA UN BALANCE HISTÓRICO DE TREINTA AÑOS DE IZQUIERDA REVOLUCIONARIA EN AMÉRICA LATINA**
- **LA CRISIS DEL DESARROLLISMO**
- **LA CUESTIÓN DEL FASCISMO EN AMÉRICA LATINA**
- **LA REVOLUCIÓN LATINOAMERICANA Y EL SOCIALISMO COMO PROCESO HISTÓRICO**
- **LA CUESTIÓN DEL ESTADO EN LAS LUCHAS DE CLASES EN AMÉRICA LATINA**
- **ALIANZAS Y COMPROMISOS EN LA DEMOCRACIA SOCIALISTA**
- **ACERCA DEL ESTADO EN AMÉRICA LATINA**
- **EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO MUNDIAL Y SU IMPACTO EN AMÉRICA LATINA**
- **MEMORIA**

BIBLIOGRAFÍA DEL AUTOR

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

LAS RAÍCES DEL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO¹

El pensamiento social, es decir, la reflexión de una sociedad sobre sí misma surge con las sociedades de clases, pero sólo se plantea allí donde un grupo o una clase experimenta la necesidad de promover o justificar su dominación sobre otros grupos y clases. Puede tratarse de una construcción ideal, como *La República* de Platón, donde se identifican los segmentos que forman la sociedad y se busca articularlos armónicamente en un sistema corporativo, o de una investigación comparada, como la *Política* de Aristóteles, donde se toman a las clases y su interacción como eje del análisis, en la perspectiva del equilibrio y la armonía social. En cualquier caso, la teorización va encaminada a asegurar o transformar un orden de cosas determinado, a partir de un punto de vista de clase.

Cuando se trata de sociedades que se basan en una organización económica relativamente simple y en que la diferenciación social es aún incipiente, el pensamiento social tiende a justificar el orden existente recurriendo a factores externos, que impondrían ese orden como algo necesario; esos factores pueden ser de naturaleza divina, sobrenatural, o se refieren a diferencias naturales o culturales evidentes, como las de carácter racial y religioso. Los regímenes teocráticos, correspondientes al llamado modo de producción asiático, la sociedad medieval europea y, en cualquier lugar y en cualquier tiempo, las sociedades basadas en la esclavitud son pródigos en ejemplos en este sentido. No por acaso la prerrogativa de la humanidad se planteó como un problema para la iglesia católica, respecto a los indios y negros esclavizados en América.

Capitalismo y sociología

A medida que el sistema económico se vuelve más complejo y que la sociedad favorece el despliegue y la contraposición de intereses de clase, el pensamiento social se vuelve contradictorio, propiciando el surgimiento de corrientes divergentes. Es así como el capitalismo, desde el momento en que engendra en su seno el desarrollo industrial y avanza hacia su madurez, impulsa a la clase que lo dirige a plantear con fuerza creciente sus propósitos y reivindicaciones en el plano teórico e ideológico. La burguesía lo hará, primero, en contra de la clase dominante: la aristocracia terrateniente. Para ello, comienza, con los fisiócratas, por denunciar el carácter parasitario de esa

¹ Archivo de Ruy Mauro Marini. Véase también *La sociología latinoamericana: origen y perspectivas* (ponencia, 1994).

clase (sólo la tierra crea valor); sigue, con Adam Smith y Boisguillebert, afirmando que el trabajo es la fuente por excelencia de la riqueza; y llega, con Ricardo, a identificar al capital (incluido en él al trabajo y la tierra) como origen único del valor.²

La burguesía deberá pagar el precio de la radicalidad de su crítica al orden feudal. En un proceso que empieza con los ideólogos cooperativistas y los teóricos neoricardianos, así como los socialistas franceses, como Sismondi y Saint-Simon, la economía política se vuelve contra el propio capitalismo, para plantearse, con Marx, como crítica de sí misma y expresión revolucionaria de los intereses de clase del proletariado. No le quedará al pensamiento burgués sino renunciar a la economía política.

Para ello, tratará de construir una ciencia que excluya a la economía como factor explicativo del orden social. Cabrá a Comte, al crear la sociología, negar a esa ciencia cualquier carácter científico y proclamar al orden social (burgués) como el orden en sí, un organismo perfectible pero inmutable, expresión definitiva de lo normal, contra el cual toda acción contraria es indicativa de una desviación, es decir, una manifestación de tipo patológico. Durkheim seguirá sus pasos, al tratar de fundamentar el estudio de la sociedad esencialmente en la observación empírica de los fenómenos sociales, tomados en tanto que cosas, cuya frecuencia determina su carácter normal o patológico. Ello descarta a la revolución, que pasa a la categoría de enfermedad social; bajo la influencia de Darwin, Spencer enfatizará en la nueva disciplina las nociones de evolución y selección natural, que consagran la tesis de la supervivencia de los más aptos, proporcionando a la expansión capitalista mundial la justificativa que ella requería.³

Más adelante, serán los mismos economistas quienes abjurarán de la economía política, que priorizaba los problemas de la producción y la distribución, para centrarse, con Marshall y la escuela neoclásica, en el estudio del mercado, en tanto que elemento rector de la actividad económica. El mercado, como señala Marx, es el paraíso de los derechos del hombre, desvinculado de su clase y tomado en tanto que individuo aislado. Allí, se oscurecen las relaciones de explotación y la desigualdad entre los que poseen los medios de producción y los que no poseen sino su fuerza de trabajo.⁴

² Cfr. mi ensayo "Razón y sinrazón de la sociología marxista", en Bagú, S., y otros, *Teoría marxista de las clases sociales*, pp. 7-22. México, UAM-Iztapalapa, 1983

³ *Ibidem*.

⁴ Cfr. K. Marx, *El Capital*, Libro I, pp. 128-129. vs. eds., México, FCE.

Vista desde la perspectiva del mercado, la sociedad representa un conjunto de individuos libres e iguales ante la ley, que actúan movidos por su interés personal, egoísta, subordinados tan sólo al movimiento objetivo de las cosas, el cual se expresa en leyes como las de oferta y demanda. La investigación de los procesos y regularidades que caracterizan un dado sistema económico, objeto de estudio de la economía política, se convierte así en la exaltación apologética de las leyes ciegas del mercado. El liberalismo, expresión doctrinaria de esa nueva postura, alcanza entonces su plenitud, en el momento mismo en que Inglaterra se afirma como potencia capitalista indiscutible en el plano mundial.

El mercado mundial y los Estados nacionales

Es en este contexto que se forman las naciones de América Latina y que comienza la indagación que estas hacen sobre su propia naturaleza. El orden colonial había sido, en última instancia, un episodio en el proceso de constitución del mercado mundial. Cuando, a raíz de la revolución industrial, este se consolida, favorece la ruptura del orden colonial. Pero no son muchas las alternativas que se abren a la región: ella deberá seguir exportando sus recursos naturales, con un mínimo de elaboración, en cambio de las manufacturas europeas proporcionadas por la importación. A su vez, la conformación de los nuevos países derivará en buena medida de la estructura sociopolítica heredada de la colonia y no se apartará fundamentalmente de la articulación en torno a los centros y subcentros comerciales y administrativos que ella dejara: México, Lima, Buenos Aires, Montevideo, Río de Janeiro, Santiago.

Casi todos son puertos. Cuando no lo son, los nuevos grupos dirigentes se anexan las salidas al mar que necesitan, como Veracruz, o contraen alianzas con los comerciantes que las dominan, como la que da origen al eje Santiago-Valparaíso. Pero su viabilidad nacional está indisolublemente ligada a su capacidad para vincularse de manera dinámica al mercado mundial, mediante exportaciones de bienes que se puede llamar de solventes, es decir, que el mercado requiere.

Se trata por lo general de productos nuevos. Siglos de explotación predatoria han agotado las mercancías tradicionales: los metales preciosos, que sólo aquí y allí conservan aún cierta importancia, o la caña de azúcar. Se necesitará cierto tiempo, dos a tres décadas como mínimo, para que las jóvenes naciones reúnan las condiciones para identificar y ser capaces de producir esos bienes solventes.

Para ello, influye el hecho de que, a vueltas con crisis económicas sucesivas, que van hasta la década de 1830, y absorbida prioritariamente en su expansión por el cercano mercado europeo, la nueva metrópoli: Inglaterra, no podrá conceder demasiada atención a América Latina. No hay que olvidar, tampoco, que sólo a partir de 1830 y en un período relativamente largo, comienza a imponerse la navegación a vapor. Situaciones geográficas particulares, como la de Buenos Aires y sobre todo Chile, permitirán a algunos países aprovechar las coyunturas comerciales que se presentan en Estados Unidos, a raíz de la guerra de secesión y, luego, de la conquista del oeste, utilizando la ruta del Pacífico.

No son éstas, sin embargo, razones absolutamente determinantes para determinar los tiempos y modos de inserción de América Latina en el mercado mundial. Esta depende, en lo fundamental, de la capacidad de los nuevos grupos dirigentes criollos para imponer su hegemonía sobre las oligarquías locales y asegurar su poder sobre un dado territorio, al tiempo que proceden a someter a los sectores no integrados, por lo general indígenas. De hecho, esto, que representa una segunda acumulación originaria, se diferencia de la que tuvo lugar en la colonia, la medida en que se orienta a sentar la base de Estados nacionales.

La creación del Estado, cuya *ultima ratio* es el monopolio de la fuerza, constituye, pues, condición *sine qua non* para el surgimiento de naciones aptas a integrarse al mercado mundial, integración que, a su vez, refuerza la tendencia a la centralización del poder político y militar. Los éxitos tempraneros obtenidos por Chile y Brasil en ese sentido comprueban esta asertiva.⁵

Es así como la alianza entre los terratenientes y la élite administrativa de Santiago con los comerciantes de Valparaíso hará de lo que había sido una zona relativamente marginal, bajo la colonia, y que presentaba, por consiguiente, un débil desarrollo de las oligarquías locales, un Estado que, desde 1833, con la constitución portaliana, afirma su presencia, al tiempo que emprende la conquista de los territorios indios, al sur del país, y lleva la guerra a la confederación formada por Perú y Bolivia. La explotación del cobre, al norte, sin grandes requisitos en materia de inversión y tecnología, cierta vigencia de la plata y la producción de cereales, sumadas a las circunstancias ya referidas que le abrieron el mercado norteamericano, harán de Chile, ya en la década de 1840, una nación estable, próspera y guerrera.

⁵ Véase mi intervención en la mesa redonda "El Estado en América Latina", *Revista Mexicana de Ciencia Política*. XXI-82, oct.-dic. México, 1975.

La crisis mundial de 1873 encontrará, empero, al país en medio a grandes dificultades. La explotación fácil del cobre se terminara, la plata era cada vez más escasa, la producción cerealera se mostraba incapaz de competir con la de otras regiones que se incorporaban al mercado, como Argentina, Australia y los mismos Estados Unidos. Perú y Bolivia, países que se habían retrasado en el proceso de formación nacional, se verían forzados a pagar la penuria chilena y, en la guerra del Pacífico de 1879, perderían para ese país extensos territorios salitreros.

Sin embargo, pese a la victoria, Chile inicia entonces una trayectoria que tendrá profundas implicaciones en el futuro: repartiendo mitad a mitad la propiedad y la explotación del salitre con Inglaterra, que lo apoyara en la guerra, el Estado chileno se va convirtiendo, gracias a los derechos de concesión y aduana, en botín de una oligarquía burguesa que olvida su capacidad empresarial y se vuelve cada vez más parasitaria. Cuando, a inicios del siglo XX, la segunda expansión del cobre tenga lugar, se hará sobre la base de los grandes capitales y la tecnología de punta aportados por las compañías norteamericanas, con lo que se completará la transformación del país en una economía de enclave.

Brasil constituye un caso distinto. Las varias etapas económicas por las que pasa en la colonia: los ciclos del azúcar, del oro, del algodón habían constituido oligarquías poderosas, particularmente en el noreste y el centro, a las que se sumaban los estancieros del sur, envueltos en constantes conflictos con sus vecinos platenses. El nuevo país sólo pudo mantener su integridad territorial, al momento de la independencia, en la medida en que esta no fue sino una singular transición: sobre la base de la mantención del régimen imperial y la esclavitud, su primer gobernante fue su antiguo regente (y futuro rey de Portugal), lo que significó que la administración se mantuviera prácticamente en manos de la élite colonial portuguesa durante nueve años.

Los apetitos de poder de las oligarquías llevaron, en 1831, a la abdicación de Pedro I y la instauración de la regencia, que, ejercida por ellas, les permitió dar rienda suelta a sus conflictos de intereses. Durante una década, el país fue sacudido por sublevaciones y movimientos separatistas. Parecía inevitable que se viniera a imponer allí una disgregación similar a la de Hispanoamérica, cuando, en 1840, uniendo fuerzas, las oligarquías del norte y del centro adoptaron dos medidas de gran alcance. Una, el golpe de la mayoría, facultó al príncipe heredero asumir el poder a los 15 años, proporcionando al Estado un símbolo visible de poder. La otra, la centralización militar, puso en

manos del Estado un ejército considerable que, en campañas sucesivas, dio un baño de sangre en el país, el cual pasó a la historia bajo la denominación de “pacificación”.

Para ese entonces, un nuevo ciclo económico empezara a abrirse paso: el del café, que ya en 1830 representaba un tercio de las exportaciones, dirigidas preferencialmente a Estados Unidos, y que no haría sino aumentar su importancia, hasta conferir a Brasil una situación de *cuasi* monopolio a fines del siglo. Hacia 1850, con la suspensión del tráfico de esclavos, el país normaliza sus relaciones con Inglaterra, hasta entonces conflictivas, lo que le da definitivamente acceso a los mercados europeos y en particular a sus inversiones. La alianza en que se basa el sistema de dominación y que confiere papel destacado a la oligarquía esclavista del noreste, pese a la decadencia de ésta, aplazará hasta 1888 la abolición del trabajo esclavo. Pero, una vez que esta se realiza, hecho que consagra la hegemonía conquistada por la burguesía del centro-sur en el seno de la alianza, se llega, el año siguiente, al reemplazo del imperio por la república, en un parto sin dolor.

Los casos en que la centralización política y militar es más tardía no hacen sino confirmar la importancia decisiva de ésta para asegurar la viabilidad nacional. No hablemos ya de países como Bolivia, en donde los poderes del Estado quedan desperdigados entre Sucre y La Paz, el caudillaje reina, el territorio sigue encogiéndose aún en pleno siglo XX y se pierde incluso la clave del desarrollo exportador: la salida al mar. Hablemos más bien de procesos nacionales finalmente exitosos.

Dilacerada por guerras intestinas y sometida a la injerencia extranjera, en particular de Brasil, Argentina sólo iniciará su despegue económico y político después de la victoria de la burguesía bonaerense en la batalla de Pavón, en 1860. A partir de entonces, empieza el auge cerealero de las provincias del norte, finalmente sometidas a Buenos Aires, al que se sumará el de las exportaciones de carne, a fines de siglo, cuando los ingleses introducen la tecnología de la frigorización en su almacenaje y transporte. Argentina se pone entonces a la cabeza del desarrollo económico latinoamericano y sólo reconoce a Estados Unidos como rival en el continente.

México, por su lado, puesto bajo las presiones e intervenciones norteamericanas, sufre hasta mediados del siglo pérdidas sucesivas de territorio a manos de Estados Unidos, mientras se dilacera en guerras raciales en el norte y en el sur. Los años cincuenta serán escenario de una violenta guerra civil,

entablada en torno a la reforma liberal, que sólo concluye en 1861, cuando Juárez conquista la capital. Sin embargo, desde 1864, el país se ve de nuevo sumido en la guerra, ahora contra la ocupación francesa, de la que emerge dividido por el enfrentamiento entre caudillos militares. Será hasta 1875, tras el levantamiento y la victoria de uno de esos caudillos: Porfirio Díaz, que México podrá finalmente darse un orden político estable y asegurar su inserción en el mercado mundial,⁶ gracias a productos solventes como la plata, el henequén, la caña de azúcar y, más tarde, el petróleo.

Liberalismo y racismo

Cualquier que sea el modo y el momento por los cuales se constituyen las naciones latinoamericanas, la reflexión que sobre ellas mismas tendrá lugar presenta ciertos puntos en común. Desde luego, al asentarse sobre economías exportadoras, que se insertan en una división internacional simple del trabajo: industria *versus* producción primaria, no hay razones de peso para que se rechace el liberalismo. Lo que podría parecer la adopción de políticas proteccionistas, como la Tarifa Alves Branco, con que Brasil, en la década de 1840, impuso pesados gravámenes a la importación y que dio lugar a cierto desarrollo industrial, no puede entenderse fuera de su contexto. Primero, la difícil relación con Inglaterra, antes de la supresión del tráfico negrero, que sugería medidas de retaliación. Segundo, y más importante, la penuria del Estado, que no se podía paliar con el recurso a créditos externos, por el carácter mismo de las relaciones con la metrópoli.

Esta es, en efecto, una norma en la política tributaria característica de la economía exportadora, en donde la clase dominante políticamente lo es también económicamente: se gravan las importaciones, no las exportaciones. Las razones son obvias: el impuesto a la exportación desagrada al centro capitalista tanto como el que recae sobre la importación, una vez que si el segundo puede significar limitación a sus ventas, el primero implica elevar el precio de sus compras. En la disyuntiva, la economía exportadora optará siempre por este último, sea porque tributar las exportaciones sería tributar a la clase dominante, a cuyo servicio está el Estado, sea porque, en condiciones de competencia, se desmejoraría la posición del producto en el mercado. Señalemos que, en el caso de las economías de enclave, la lógica tributaria es

⁶ Hacia 1873, México dependía casi exclusivamente de sus exportaciones de plata, que se encontraban al nivel de setenta años antes. *Cfr.* Halperin Donghi, T., *Historia contemporánea de América Latina*, p. 246. Madrid, Alianza, 1993

inversa: la clase dominante, cuyos ingresos provienen sustancialmente de los tributos a la exportación recaudados por el Estado y se gastan prioritariamente en importaciones, tiene interés en que los primeros se eleven y que la carga impositiva referente a estas últimas se reduzca.

Desde luego, tener interés y ser capaz para hacerlo son cosas diferentes. Entre las economías de enclave latinoamericanas, sólo en Chile tenía el Estado la fuerza para proceder de esa manera y, aún así, en situaciones normales, dado que, en caso de crisis económica, la demanda y los precios se desplomaban, cancelando esa posibilidad. Sin embargo, Chile no lo hizo. Bien al contrario, bajo la inspiración del economista francés Gustavo Courcelle-Seneuil, quien, en su calidad de consultor técnico del Ministerio de Hacienda, orientó la política económica del país durante siete años (1855-1863), se adoptó la más amplia libertad de comercio y se consagró incluso la libre emisión de moneda por los bancos nacionales y extranjeros, práctica que se mantuvo hasta fines del siglo, cuando el Estado se reservó el derecho de emisión.⁷

Como quiera que sea, más allá de la determinación económica, el liberalismo se impuso como la doctrina por excelencia del Estado latinoamericano y con más fuerza aún tras la emergencia de la escuela neoclásica, que retomó de Ricardo la teoría de las ventajas comparativas. Ello tenía una implicación que, trascendiendo lo económico, moldeaba la conciencia de las naciones de la región: siendo bueno y natural que hubiera economías industriales y economías primarias (agrarias o mineras), y resultando ello en beneficio y privilegio para la clase dominante, esta no vacila en proclamar la vocación agraria de América Latina, asumiendo como destino histórico lo que no era sino el fruto de la división del trabajo.

En esta perspectiva, la causa de la diversidad claramente constatable entre los centros europeos y los jóvenes países latinoamericanos en materia de desarrollo político, social y cultural no habría que buscarse en la naturaleza de nuestras estructuras productivas ni en el carácter de nuestras relaciones con el exterior. Desde luego, la clase dominante criolla no se considera responsable de ello: "Podríamos definir la América civilizada diciendo que es la Europa establecida en América. Nosotros, los que nos llamamos americanos, no somos otra cosa que europeos nacidos en América", afirma orgullosamente el argentino Juan Bautista Alberdi. Analizando la Argentina de

⁷ Cfr. J. C. Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, pp. 43-44. Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1955

entonces, en su *Facundo*, Sarmiento precisará mejor lo que hay que entender por “América civilizada”: “El siglo XIX y el siglo XII viven juntos: el uno dentro de las ciudades, el otro en las campiñas.” Sarmiento llamará a uno *civilización*, al otro *barbarie*.⁸

El pasado nos había acostumbrado a depender de Europa para reflexionar sobre nuestra realidad. La colonia no tenía quien ni porqué pensar: la metrópoli lo hacía por ella. Lo máximo a que podía aspirar era formar sus letrados, sus hombres cultos, en la metrópoli, según los patrones culturales allí imperantes. La Independencia, con la consiguiente inserción en la división internacional del trabajo y la formación de los Estados nacionales, nos obliga a un esfuerzo para el que no estábamos preparados. Carecíamos, para ello, de resortes propios: escuelas, universidades, tradición cultural, así como de industrias y tecnología para asegurar la reproducción de nuestra economía. En otros términos, no poseíamos las condiciones materiales y espirituales para crear un pensamiento original. En esas condiciones, lo que harán nuestros países es importar los productos acabados del pensamiento europeo, del mismo modo como importábamos las manufacturas y hasta los hombres necesarios a la reproducción de nuestra base económica. El liberalismo nos decía que ello debía ser así y lo creíamos. Faltaba, entonces, la justificación de porqué nuestras sociedades, nuestros Estados, nuestra cultura diferían tanto de sus congéneres europeos. Independientemente de la penetración entre nosotros del idealismo, el positivismo, el darwinismo social y el mismo socialismo, los ideólogos de nuestras clases dominantes acabaron por inclinarse hacia el único factor que, de verdad, parecía explicar esas diferencias: la raza. Explicación tanto más conveniente cuanto que nuestros criollos, por mezclados que fueran, habían excluido de la vida política al grueso de la población, ésta sí confesadamente mestiza.

La adopción del liberalismo político, con la introducción de la división de poderes del Estado, la creación de sistemas representativos y la implantación de partidos políticos se imponen en los países de mayor desarrollo relativo, a medida que se estructuraba el poder nacional, coexistiendo sin problemas con regímenes políticos estrictamente oligárquicos. La mejor prueba la proporciona el Brasil monárquico, con su base esclavista y el parlamentarismo de *fancaria* [ordinario y mal hecho] que lo caracterizan, en las últimas décadas del siglo XIX.

⁸ L. Zea, *El pensamiento latinoamericano*, pp. 102 ss. Barcelona, Ariel, 1ª. ed., 1965

En realidad, se estaba en presencia de Estados excluyentes y represivos, que marginaban de la vida política al grueso de la población. La ignorancia, el retraso, la barbarie, en fin, eran, a los ojos de la oligarquía los atributos del pueblo. Los más bondadosos se preocuparán de esa situación y verán en la educación el medio de rescatar a las masas de la degradación en que estaban sumidas.

“No separemos de nosotros al pueblo más de lo separado que se encuentra —exclamaba Bilbao. *Eduquémoslo* en la teoría de la individualidad, del derecho y de honor”.⁹

Pero la gran mayoría verá a esa distancia social como un hecho sin posibilidad de superación, dado el pecado original propio del pueblo: su raza.

Desde 1840 hasta la primera década del siglo XX, el enfoque racista dominará el pensamiento social latinoamericano. Quizá sólo en Brasil, donde la colonización había ya cumplido la tarea de diezmar en gran escala los grupos autóctonos y sentar las bases de la economía sobre la esclavitud africana, el racismo no llegaba a constituir un problema. Los negros estaban, por su propia condición, excluidos de la sociedad civil, esto es, no podían ser ciudadanos, mientras que los indígenas, pocos y dispersos, eran considerados, casi con benevolencia, como menores de edad y, como tal, igualmente privados del derecho de ciudadanía. El carácter salvaje del capitalismo brasileño contemporáneo no puede ser entendido, si hacemos abstracción de esa realidad histórica.

Sin embargo, a medida que, tras la abolición de la esclavitud y el incremento de la inmigración europea, hacia la década de 1880, se agudiza la cuestión racial, el problema quedará planteado en Brasil en términos similares al de Hispanoamérica. Ello tal vez contribuya a explicar el desarrollo temprano de la sociología moderna en el país, que empieza en los años 20 para culminar con la creación del primer centro latinoamericano especializado en la materia: la *Escuela Libre de Sociología y Política*, fundada en Sao Paulo, en 1933. Hasta entonces, la sociología se impartía en las universidades de la región como cátedra en los cursos de derecho y, más tarde, de filosofía, permitiendo a Germani hablar de un “pensamiento presociológico”.¹⁰

⁹ *Ibid.*, p. 138. Subrayado en el original.

¹⁰ G. Germani, *La sociología latinoamericana. Problemas y perspectivas*, pp. 19 ss. Bs. As., EUDEBA, 1964

La solución brasileña sólo difiere por su sofisticación teórica y metodológica respecto a la que el pensamiento social hispanoamericano venía planteando desde mediados del siglo pasado. En efecto, esos países, a vueltas en su mayoría con una significativa población indígena, no habían dudado en achacar al mestizaje los males de su retraso social, político y cultural, a veces de manera extremadamente brutal:

“Impuros ambos –decía Bunge, refiriéndose por igual a mestizos y mulatos–, ambos atávicamente anticristianos, son como las dos cabezas de la hidra fabulosa que rodea, aprieta y estrangula, entre su espiral gigantesca, una hermosa y pálida virgen: ¡Hispano-América!”.¹¹

Los remedios que propone la clase dominante criolla para hacer frente al problema varían. Hay los que, como Ingenieros, se montan en un pragmatismo cínico para afirmar:

“Cuanto se haga en pro de las razas inferiores es anticientífico, a lo sumo se les podría proteger para que se extingan agradablemente, facilitando la adaptación provisional de los que por excepción pueden hacerlo”.¹²

Otros, aunque sin ocultar su desprecio y hasta su odio por los excluidos, se inclinan más hacia la autoflagelación, por cargar con esa maldición, ese pecado original de pertenecer a naciones mestizas. No sorprende que, en la literatura de la época, abunden títulos como *Manual de patología política* (1899), del argentino Agustín Alvarez; *El continente enfermo* (1899), del venezolano César Zumeta; *Enfermedades sociales* (1905), del argentino Manuel Ugarte, y *Pueblo enfermo* (1909), del boliviano Alcides Arguedas.

Respuesta menos desesperada es la que plantea a la educación como instrumento capaz de rescatar a la nación y edificar una nueva cultura, como lo hizo Lastarria en Chile, Rodó en Uruguay –dando origen a una corriente culturalista más optimista en toda la región, el *arielismo*–, Justo Sierra y Antonio Caso en México.¹³ O la que ve en la inyección de sangre blanca, vale decir la inmigración europea, la posibilidad de superación de la inferioridad congénita de nuestras naciones. Esta tesis, que encontramos ya a mediados

¹¹ C. O. Bunge, *Nuestra América. Ensayo de psicología social* (1903), cit. por M. S. Stabb, *América Latina en busca de una identidad. Modelos del ensayo ideológico hispanoamericano, 1890- 1960*, p. 28. Caracas, Monte Ávila, 1969

¹² J. Ingenieros, *Crónicas de viaje* (1919), cit. por Stabb, *op. cit.*, p. 50.

¹³ Sobre el tema, véase el estudio de C. Hale, cap. I, en L. Bethell, (coord.), *Historia de América Latina*, vol. 8. Ed. Crítica, México

del siglo en Alberdi o Sarmiento,¹⁴ desaguará en la exaltación del mestizaje, en versiones ya de derecha, como la del brasileño Raimundo Nina Rodrigues y su tesis relativa al “blanqueamiento” de la raza, ya de izquierda, como la del mexicano José Vasconcelos y su concepto de “raza cósmica”.

Contados son, empero, los autores que tratan de descubrir en la población misma cualidades y recursos merecedores de admiración y precursores de un futuro mejor para nuestros países. Es, por ejemplo, el caso de Manuel González Prada, quien rechaza con energía la noción de “raza inferior” aplicada al indio peruano, destacando sus potencialidades (línea que retomará sobre todo Mariátegui). Es también el de Euclides Da Cunha, quien, en su apasionante estudio sobre la rebelión de Canudos, en el noreste brasileño, en el viraje del siglo, parte del análisis de las condiciones geofísicas hostiles del sertón para destacar la notable capacidad de adaptación de sus habitantes, esencialmente mestizos: “el sertanejo es antes que nada un fuerte”.

Menos aún serán los pensadores, que desechan, de partida, a la ideología racista en la reflexión sobre sus países. Así, Alberto Torres, en su libro *El problema nacional* (1914), buscará la explicación de las especificidades brasileñas en la historia, las estructuras políticas y la cultura nacional, antes que en la sangre o el color de la piel. Y José Martí, con el idealismo y entereza que lo caracterizan, afirmará sin rodeos:

“No hay razas: hay sólo modificaciones del hombre”.¹⁵

Hacia una teoría social latinoamericana

Los años 20 implican, para América Latina, cambios en todos los planos de la vida social. Enmarcados en el contexto de la prolongada crisis capitalista, que desorganiza el mercado mundial basado en la división simple del trabajo y que acabará por conducir a la guerra de 1939-1945, se abren espacios para que comience un proceso de industrialización, cuya contrapartida es la creación del mercado interno, con su impacto en la diferenciación de las clases y la toma de conciencia por éstas de sus intereses.

¹⁴ Así, en *Argirópolis*, Sarmiento afirma: “La emigración del exceso de población de unas naciones viejas a las nuevas, hace el efecto del vapor aplicado a la industria: centuplicar las fuerzas y producir en un día el trabajo de un siglo. Así se han engrandecido y poblado los Estados Unidos, así como hemos de engrandecernos nosotros...”, añadiendo: “El norteamericano es, pues, el anglosajón exento de toda mezcla con razas inferiores en energía”. Cit. por Zea, *op. cit.*, pp. 146-148.

¹⁵ J. Martí, “La verdad sobre Estados Unidos”, cit. por Stabb, *op. cit.*, p. 53.

Los movimientos de clase media y de la clase obrera impondrán nuevas alianzas sociopolíticas, radicalizando las contradicciones entre la oligarquía agrario-comercial y la burguesía industrial y llevando, en la mayoría de los países, a nuevos tipos de Estado, basados en el nacionalismo y en pactos sociales menos excluyentes.¹⁶

Paralelamente, se intensifican las relaciones comerciales y políticas entre los países de la región, soporte necesario para un concepto autónomo de latinoamericanismo. Hasta entonces, la idea de Latinoamérica se había esbozado desde Europa, en tanto que simplificación apta para el esquematismo ignorante, tanto por los gobiernos como por la izquierda; no por acaso la Internacional Comunista, al plantearse la cuestión colonial, eludirá el estudio particular de nuestros países y preferirá abordarlos como integrantes de lo que llama de "China del extremo occidente". En otra perspectiva, la concepción del subcontinente como una verdadera región se formulara, desde Washington, en el marco de una política expansionista, inspirada en doctrinas como el pangermanismo o el paneslavismo, entonces en boga.¹⁷

Pero esto va a cambiar. Valiéndose en buena medida del marxismo, aunque no sólo de él, y empezando con interpretaciones y propuestas de carácter regional, como en Ramiro Guerra, o continental, como en Haya de la Torre, así como con la generalización de aportes originales que trataban de explicar situaciones nacionales, como los de Mariátegui, Latinoamérica se ocupará luego de la reconstrucción de su historia, llegando a producir estudios como los Caio Prado Junior, Sergio Bagú, Julio Cesar Jobet y los autores que se esfuerzan por comprender la Revolución mexicana, los cuales establecen sobre bases firmes una tradición original e independiente en la teorización de la región. La institucionalización paralela de las ciencias sociales: la sociología, la economía y la historia, aunada a los avances del marxismo, proporcionarán, a partir de los años 50, trabajos de alta calidad teórica y metodológica. Obras como las que producen Silvio Frondizi, Pablo González Casanova, Leopoldo Zea y José Revueltas, entre otros, marcan la madurez de nuestra teoría social y culminan con los aportes que harán los pensadores de la CEPAL y, luego, de la teoría de la dependencia.

¹⁶ La Revolución mexicana de 1910 representa una excepción, por la importancia que tiene allí el campesinado, no así por la participación de las clases medias. Sus frutos se verán, de hecho, en las dos décadas siguientes.

¹⁷ Cfr. el capítulo IV de mi libro *América Latina: democracia e integración*, Caracas, Nueva Sociedad, 1993.

La difícil gestación de una teoría social crítica, centrada en la problemática de nuestras estructuras económicas, sociales, políticas e ideológicas, había finalmente concluido. A partir de allí, la producción teórica latinoamericana va a impactar, por su riqueza y su originalidad, a los grandes centros productores de cultura, en Europa y Estados Unidos, revirtiendo el sentido de las corrientes de pensamiento que habían prevalecido en el pasado. Por otra parte, nuevas y ricas corrientes de pensamiento surgirán sobre ese suelo abonado, abriendo amplias perspectivas para la comprensión integral de nuestra realidad.

Así, las nuevas generaciones cuentan hoy con un valioso instrumental para hacer frente a los nuevos problemas que la vida nos ha planteado. La recuperación, actualización y profundización de esa tradición teórica las ponen en condiciones de interpretar este mundo nuevo y, más que eso, transformarlo, apuntando a una economía centrada en las necesidades de nuestros pueblos, a una democracia plena y participativa, a la superación de los prejuicios y exclusiones basados en factores étnicos y culturales, a la construcción de una América Latina integrada y solidaria.

La historia, dijo Marx, sólo plantea problemas que puede resolver. La autonomía teórica que hemos alcanzado nos permite confiar en que sabremos dar respuesta al gran reto que se nos ha deparado.

LA CRISIS TEÓRICA¹⁸

A fines de los años sesenta y en el curso de la década de los setenta, las ciencias sociales experimentaron un auge sin precedentes en América Latina, que se manifestó en la producción de numerosas obras significativas en el campo de la literatura económica, sociológica y política. Motivada en parte por la inestabilidad que caracterizaba la vida política de la región –sacudida luego por golpes militares– y en parte por la expansión económica por la que pasaba –lo que implicaba la asignación de recursos apreciables a las universidades y centros de investigación, favoreciendo la realización de congresos, seminarios y otros eventos de esa naturaleza–, la intelectualidad latinoamericana debatía intensamente sus ideas, trabajaba en conjunto y se empeñaba en enconadas polémicas. Desbordando el marco regional, esa vitalidad agitaba a los medios académicos y políticos de Europa y Estados Unidos, motivaba la búsqueda de nuevas líneas de análisis en los países africanos y asiáticos, y rompía incluso el enclaustramiento que caracterizaba al pensamiento social en el mundo socialista.

La comparación de ese extraordinario florecimiento intelectual con la pobreza teórica y el formalismo académico que marcan hoy la reflexión científica sobre nuestra realidad causa perplejidad, como perplejos quedamos también cuando confrontamos la originalidad y la libertad de creación propias de aquella época con la actual subordinación de nuestro pensamiento a los patrones norteamericanos y europeos. Esa reversión de tendencias, esa anemia de la capacidad creadora, esa vuelta al colonialismo cultural reflejan por cierto, en buena medida, el estancamiento económico y la desagregación social que la última década trajo a América Latina. Pero, si se relaciona con la vida material y se deja influir por ella, el pensamiento no deja por ello de tener su lógica específica y su propia historia, contribuyendo también a determinar las circunstancias en que viven los hombres.

Es esa lógica, esa historia, las que nos preocupan aquí, convencidos como estamos de que el desarrollo reciente de las ideas en América Latina constituye uno de los elementos claves para entender cómo hemos llegado a este punto. Nuestro objetivo es examinar, aunque sea brevemente ese aspecto, buscando establecer algunas líneas de explicación.

¹⁸ Ruy Mauro Marini, *América Latina: integración y democracia*, Ed. Nueva Sociedad, Caracas, 1993

Las raíces del pensamiento de la CEPAL

En el curso del siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX, el pensamiento latinoamericano se adscribió en general al liberalismo y al positivismo, dando lugar a lo que el sociólogo brasileño Alberto Guerreiro Ramos llamó “pensamiento colonial o reflejo”,¹⁹ es decir, una imitación de las corrientes que predominaban en Europa. Desde fines del siglo XIX, gracias al mismo mecanismo, el marxismo se hizo también presente en escena a raíz del surgimiento del movimiento socialista, siendo significativo en este plano el aporte de Juan B. Justo, en Argentina. Por otro lado, en función del surgimiento del poderío norteamericano y su proyección sobre América Latina, se registra la eclosión de un pensamiento antiimperialista, formulado por intelectuales vinculados a la oligarquía burguesa, la cual mantenía estrechos lazos con las potencias europeas. Esto es particularmente visible en Argentina. En Brasil, una obra representativa de esta corriente es la de Eduardo Prado (1893), originalmente confiscada por el gobierno brasileño según relata el autor en un apéndice incluido en la segunda edición, publicada en portugués, en París, por Armand Colin (1895).

Influidos ya por otra matriz: la renovación por la que pasa el pensamiento marxista tras la revolución rusa de 1917, marxismo y antiimperialismo convergen en la década de los veinte hacia el intento de elaborar una reflexión original sobre la región, particularmente con figuras como Mariátegui y Haya de la Torre, ambos peruanos, a los que podemos agregar también, por lo menos, el cubano Julio Antonio Mella. Las ideas de estos autores se encuentran dispersas en obras de diferente alcance y pretensión variada, ligada como estuvo su actividad intelectual a la militancia política (ver Mariátegui, 1965; Haya de la Torre, 1960). Pero ese proceso, que José Aricó ha llegado a considerar como una primera floración de la teoría de la dependencia,²⁰ quedó trunco por la represión política desatada en los años veinte y treinta, paralelamente al enriquecimiento doctrinario de la Tercera Internacional, factores que llevan a un retroceso del pensamiento marxista latinoamericano. Lo que tendremos, en el período subsiguiente, serán trabajos de carácter eminentemente historiográfico que –con un instrumental teórico y metodológico nuevo– buscan reconstruir la historia nacional de los países donde se producen, de lo que resultan contribuciones valiosas aunque no llegan a formar escuela. Entre las obras más significativas de este período

¹⁹ Guerreiro Ramos, v. 1. p. 3. 1958

²⁰ Cf. Bottomore, 1987

y que ya constituyen verdaderos clásicos, caben señalar Prado Junior, 1945; Bagú, 1949; Segall, 1953; Jobet, 1955; Frondizi, 1955.

En efecto, sólo se puede hablar del surgimiento de una corriente estructurada y, bajo muchos aspectos, original de pensamiento en la región a partir del informe divulgado por la Comisión Económica para América Latina, de las Naciones Unidas, en 1950 (CEPAL, 1949). La importancia de la teorización que allí comienza reside en la novedad de algunos de sus planteamientos –aunque, a veces, sólo parecieran nuevos por el desconocimiento del marxismo que caracterizaba entonces a nuestra vida intelectual– y en la gran repercusión que ella ha alcanzado, tanto en el plano académico como político. El análisis de las concepciones cepalinas es pues indispensable a quien desee conocer la evolución del moderno pensamiento latinoamericano.

Para entender la CEPAL, sería útil considerar, primero, la biografía intelectual de sus principales exponentes, principalmente del argentino Raúl Prebisch (responsable directo por el Informe de 1949), seguido del brasileño Celso Furtado y del chileno Aníbal Pinto; a ellos se pueden agregar también el argentino Aldo Ferrer y el mexicano Víctor Urquidi. Como Prebisch –que había sido director del Banco Central bajo Perón– la mayoría de ellos ha tenido participación activa en la política de sus países. Su formación, en general, es keynesiana y algunos ostentan apreciable dominio de la economía política clásica, particularmente Prebisch y Furtado. Sus incursiones en el campo del marxismo suelen ser, sin embargo, desafortunadas. Como ejemplo está el modo poco feliz con el que tanto Furtado como Pinto abordan el concepto elemental de la economía marxista, el de la plusvalía.²¹

¿Qué es realmente la CEPAL? De hecho, es una agencia de difusión de la teoría del desarrollo que –al terminar la Segunda Guerra Mundial– había surgido en Estados Unidos y Europa. Esa teoría, para ese momento, tenía una función clave: ante el surgimiento en gran escala de nuevas naciones, fenómeno que también ahora se está observando en el plano mundial gracias a los procesos de descolonización, su finalidad es la de responder a la inquietud que éstas manifiestan al darse cuenta de las enormes desigualdades que caracterizan las relaciones económicas internacionales. En este sentido, los países capitalistas centrales pasan a formular teorías destinadas a explicar y justificar esas disparidades, que los benefician de manera escandalosa, y a ofrecer perspectivas a los nuevos Estados. Esas teorías –bajo la denominación

²¹ Véase al respecto Furtado, 1965; Pinto, 1965.

genérica de teoría del desarrollo— nacen en órganos gubernamentales o instancias a ellos asociadas, se difunden en las universidades y centros de investigación y se traspasan a agencias internacionales. Como obras significativas de este período.²²

La teoría del desarrollo tratará esencialmente de construir un concepto de desarrollo económico, partiendo de la idea de que éste corresponde al desdoblamiento del aparato productivo en función de su conocida clasificación en tres sectores: primario, secundario y terciario. A fin de explicar por qué son los países avanzados aquellos en los cuales ese desdoblamiento ha ganado plena expresión, la teoría toma el proceso de desarrollo económico que en ellos ha tenido lugar como un fenómeno de orden general, considerando que la posición que ocupan corresponde a un estadio superior de un *continuum* evolutivo. Las distintas economías que integran el sistema internacional se ubicarían en fases inferiores de ese proceso, enmarcadas en un esquema inicialmente dual: desarrollo/sub-desarrollo, que acabaría dando lugar a una escala más sofisticada.

Así entendido, el concepto de subdesarrollo es idéntico al de situación preindustrial: una situación previa al desarrollo económico pleno (cuando ya se ha completado el desdoblamiento sectorial), existiendo entre ambos el momento de despegue (*take off*, para emplear el lenguaje entonces de moda), en el cual la economía en cuestión reuniría ya todas las condiciones para iniciar un desarrollo autosustentado. Recapitulando: el elemento central de la teoría del desarrollo es la idea del desarrollo como un *continuum* y del subdesarrollo como una etapa previa al desarrollo pleno, accesible a todos los países que se empeñaran en crear las condiciones adecuadas.

Un segundo aspecto a destacar en la teoría del desarrollo es la idea de que éste implicaba la modernización de las condiciones económicas, sociales, institucionales e ideológicas del país, siendo la modernización —en última instancia— el acercamiento a los patrones vigentes en los países capitalistas centrales. Esto, además de traer consigo la posibilidad de tensiones y crisis, se manifestaría durante cierto tiempo a través de una dualidad estructural. El tema de la modernización y la noción de dualismo estructural inspiraron el grueso de la producción sociológica y antropológica de ese período.

²² Consultar: ONU, 1951; Clark, 1951; Frankel, 1952; Rostow, 1953; Lewis, 1955.

Finalmente, un tercer aspecto a considerar es la proyección de esa teoría en el plano metodológico. En la medida en que desarrollo y subdesarrollo eran, en el fondo, la misma cosa, vale decir momentos constitutivos de una misma realidad: la economía capitalista industrializada, sólo podrían ser diferenciados mediante criterios cuantitativos, los únicos adecuados para situar una economía en este o en aquel grado de la escala evolutiva. Así, el subdesarrollo se definiría a través de una serie de indicadores –producto real, grado de industrialización, ingreso *per capita*, índices de alfabetización y escolaridad, tasas de mortalidad y esperanza de vida, etc.– destinados a clasificar a las economías del sistema mundial y a registrar su avance en el proceso de desarrollo.

Los inconvenientes de esa metodología son evidentes. Al ser esencialmente descriptiva, no permite posibilidad explicativa de donde el resultado al que llega constituye una perfecta tautología: una economía presenta determinados indicadores porque es subdesarrollada y es subdesarrollada porque presenta esos indicadores. Girando en círculo, el análisis no puede sino aspirar a establecer correlaciones verificables, que no arrojan de por sí ninguna luz sobre las cuestiones referentes a causa y efecto.

Como quiera que sea, fue de la teoría del desarrollo de donde partió la CEPAL. Para entender el porqué de ello, hay que recurrir a una línea de análisis que tiene que ver con el papel de Estados Unidos en la construcción del mundo de la posguerra. Haremos aquí a un lado la consideración sobre sus iniciativas en el plano político, económico y militar, para ocuparnos solamente de lo que hizo en el plano ideológico.

Mención especial merece la creación de comisiones económicas regionales, subordinadas al Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, con asiento en Europa, Asia y Lejano Oriente, y América Latina; posteriormente se crearon dos más, para África y Asia occidental. Su objetivo era estudiar los problemas regionales y proponer políticas de desarrollo. De hecho, la misión fundamental atribuida a esas comisiones fue la de ser agencias para la elaboración y difusión de la teoría del desarrollo, en el contexto de la política de domesticación ideológica que pasaron a exigir las presiones de lo que vendría a llamarse el Tercer Mundo.

Dando inicio formalmente a sus trabajos en 1948, en Santiago de Chile, la CEPAL no rehuye la misión que le había sido confiada, pero lo hace en calidad de verdadera creadora de ideología, es decir, atendiendo a las especificidades de América Latina. Y esas especificidades, frente a los nuevos países que la descolonización iba creando, eran indiscutibles. Efectivamente, además de su precoz independencia política, América Latina contaba para entonces ya con un siglo de capitalismo, que había conducido a la formación de complejas estructuras de clases y Estados nacionales consolidados. Además, en muchos de sus países la industrialización, que comenzara entre las dos guerras mundiales, había modificado las alianzas de clases y convertido a la burguesía industrial en parte plena del bloque en el poder.

De esa manera la CEPAL, al constituirse, nace ligada a la realidad interna de América Latina y expresa las contradicciones de clases que la caracterizan, particularmente las contradicciones interburguesas. En verdad, ella será instrumentalizada por la burguesía industrial, tanto en función de las luchas sociales y políticas internas como de los conflictos establecidos en la economía mundial. Y esto hará que la CEPAL, partiendo de la teoría del desarrollo –en los términos en que había sido formulada en los grandes centros– introduzca cambios que representarán su contribución propia, original, y que harán del desarrollismo latinoamericano un producto, sí pero no una simple copia de la teoría del desarrollo.

El desarrollismo

La contribución teórica más importante de la CEPAL es su crítica a la teoría clásica del comercio internacional. Basada en el principio de las ventajas comparativas, según el cual cada país debe especializarse en la producción de los bienes en que obtenga mayor productividad, lo que le asegura mejores condiciones de competencia, esa teoría sostiene que, puestas en estos términos, las transacciones que se realicen en el mercado mundial resultarán beneficiosas para todas las partes.

La CEPAL dirá que, en los hechos, no pasa así. Por un lado, demostrará empíricamente que a partir de 1870 se observa en el comercio mundial una tendencia permanente al deterioro de los términos de intercambio, en detrimento de los países exportadores de productos primarios. Por otro lado, afirmará que ello propicia transferencias de ingreso –de hecho, transferencias de valor, concepto que la CEPAL no maneja bien– las cuales implican que los países subdesarrollados que exportan esos bienes sean sometidos a una

sangría constante de riqueza en favor de los más desarrollados, lo que acarrea su descapitalización.

Para la CEPAL, el deterioro de los términos de intercambio se debe al hecho de que el mercado mundial confronta a países industrializados con países de economía primario-exportadora. Estos últimos, al no desarrollar su sector industrial o manufacturero, no están habilitados para producir tecnologías y medios de capital capaces de elevar la productividad del trabajo. Paralelamente, la inexistencia de ese sector limita la expansión de la oferta de empleo en la economía, llevando a que se registre en el sector primario una fuerza de trabajo excedente que dificulta la elevación de la productividad y reduce su precio (o salario); eso redundará además en la formación de mano de obra excedente en el sector de servicios, donde genera los mismos efectos. Razón que explica los bajos salarios que se observan en las economías subdesarrolladas, los cuales frenan el progreso técnico tanto como impiden la expansión y dinamización del mercado interno.

Inversamente, los países desarrollados serían aquellos que, con base en un sector secundario expansivo y una demanda dinámica de mano de obra, ostentan salarios elevados, los cuales inducen la introducción de innovaciones tecnológicas tendentes a reducir la participación del trabajo en la producción y, por ende, el impacto de los salarios en los costos. El alza de la productividad que de ahí resulta no sería transferida plena e inmediatamente a los precios de los bienes que esos países exportan, llevando a que, en el comercio internacional, esos precios se mantuvieran en un nivel alto, lo cual favorecería la traslación de riqueza de la periferia subdesarrollada al centro desarrollado.

La verdad es que la CEPAL, si bien captaba correctamente el fenómeno empírico del deterioro de las relaciones de intercambio, lo interpretaba mal: tarde o temprano, el aumento de la productividad y la consiguiente reducción de los costos tienen que transferirse a los precios, salvo si se verifican situaciones anormales en el mercado mundial, como las que configuran una situación de monopolio o las que se derivan de guerras y catástrofes naturales. Además, y la CEPAL no lo ignoraba, el desarrollo del capitalismo en los países dependientes ha implicado, desde el comienzo, la introducción de nuevas técnicas de producción y el aumento de la productividad del trabajo. Ya la cuestión de la remuneración de la fuerza de trabajo constituía una intuición formidable, aunque mal establecida, puesto que no se trataba simplemente de una consecuencia de la baja productividad, como la vida se encargaría de demostrar.

Como quiera que sea, con su esquema centro-periferia, es decir, al tomar como punto de partida analítico la economía mundial y las relaciones que allí se establecen entre las economías nacionales, la CEPAL iba mucho más allá de la teoría del desarrollo y aseguraba para el conjunto de sus tesis una validez de principio, hasta entonces privilegio exclusivo de la teoría marxista del imperialismo.

De hecho, la afirmación de Prebisch en el sentido de que:

“el desarrollo económico de los países periféricos es una etapa más (...) en el proceso de desarrollo orgánico de la economía del mundo”²³ hace pensar irresistiblemente en Bukharin. Las limitaciones del pensamiento cepalino son un efecto de su vínculo umbilical con la teoría del desarrollo, además de representar un costo derivado de la posición de clase a partir de 'la cual la CEPAL realizó sus planteamientos.

Así es como la CEPAL, fiel a la idea del desarrollo económico como un *continuum*, no consideraba desarrollo y subdesarrollo como fenómenos cualitativamente distintos, por el antagonismo y la complementariedad –como lo hará, a su tiempo, la teoría de la dependencia– sino como expresiones cuantitativamente diferenciadas del proceso histórico de acumulación de capital. Ello implicaba que, a partir de medidas correctivas aplicadas al comercio internacional y de la instrumentación de una adecuada política económica, los países subdesarrollados verían abiertas las puertas de acceso al desarrollo capitalista pleno, poniendo fin a la situación de dependencia en que se encontraban. Esta tesis, la del desarrollo autónomo, constituye una de las marcas registradas del pensamiento cepalino.

La exigencia de una política económica centrada en la superación del subdesarrollo reposaba sobre otro elemento clave de la ideología cepalina: la concepción del Estado como algo situado por encima de la sociedad y poseedor de una racionalidad propia. Apoyada en ello, la CEPAL saltaba del plano en que situaba su análisis económico, que lidiaba con leyes objetivas e identificaba intereses en pugna, a una visión idílica del mundo, en el cual, en el campo de relacionamiento entre Estados llanos, se podía reemplazar el enfrentamiento por la negociación y las leyes económicas por el deseo de cooperación.

²³ Cf. Gurrieri, t. I, p. 157. 1982

Para la CEPAL, si la política económica era el instrumento, el objetivo esencial al cual ella debería aspirar para superar el subdesarrollo era la industrialización. Vimos ya cómo, según su entender, ésta sería capaz por sí misma de promover una mejor colocación de la fuerza de trabajo entre los sectores productivos; elevaría los salarios, haciendo posible al mercado interno; e induciría el progreso técnico y el aumento de la productividad del trabajo, poniendo fin a las transferencias internacionales de valor. La industrialización tendría lugar mediante una política deliberada de sustitución de importaciones de bienes manufacturados.

La fe que la CEPAL depositaba en la industrialización, en tanto medida suficiente para la superación del subdesarrollo, se extendía a las virtudes que ella tendría como palanca para la transformación social. Admitiendo que ciertas reformas eran necesarias en el plano institucional y político, la CEPAL subestimaba las medidas distributivas, comprendida la reforma agraria, salvo como disposición de interés secundario. Ya en el Informe de 1949 Prebisch había afirmado que:

“el problema esencial de América Latina consiste en acrecentar su ingreso real *per capita*, gracias al aumento de la productividad, pues la elevación del nivel de vida de las masas, mediante la redistribución de los ingresos, tiene límites muy estrechos”.²⁴

Y en una de las pocas ocasiones en que se preocupa de la reforma agraria, señala que:

“ciertamente, el aumento del rendimiento de la tierra depende fundamentalmente del mejoramiento de la técnica productiva y de la inversión de capitales. Pero hay numerosos casos en que la forma de propiedad es uno de los obstáculos que será necesario remover antes que esas medidas puedan fructificar. El sistema impositivo podría ser uno de los medios más eficaces para hacerlo, sin dejar de lado las medidas directas de fraccionamiento que las circunstancias aconsejen”.²⁵

En el pensamiento de la CEPAL, que por ello mereció el calificativo de “desarrollista” que se le ha dado, la industrialización asumía el papel de un *deus ex machina*, suficiente por sí misma para garantizar la corrección de los desequilibrios y desigualdades sociales.

²⁴ Gurrieri, t. I, p. 163. 1982

²⁵ Gurrieri, pp. 261-262. 1982

El desarrollismo fue la ideología de la burguesía industrial latinoamericana, en especial de aquélla que –respondiendo a un mayor grado de industrialización y compartiendo ya el poder del Estado con la burguesía exportadora– trataba de ampliar su espacio a expensas de esta última, recurriendo para ello a la alianza con el proletariado industrial y la clase media asalariada, ofreciendo ampliar la oferta de empleos y mejores salarios, al tiempo que, mediante la crítica del esquema tradicional de división internacional del trabajo, exigía de los grandes centros capitalistas el establecimiento de un nuevo tipo de relaciones. Sin embargo, aunque rechazando al modelo primario-exportador y abriendo fuego contra la vieja clase dominante, era reacia a plantear la reforma agraria como premisa del modelo industrial dado que, puesto que la alianza social no pasaba por el campesinado, hacerlo significaría agravar inútilmente el conflicto interburgués.

En el curso de los años cincuenta, junto al avance de la burguesía industrial tanto en países donde ya era fuerte –Argentina, Chile, Uruguay, Brasil, México– como en los demás, que aceleran entonces su crecimiento industrial, el desarrollismo se convierte en la ideología dominante y matriz por excelencia de las políticas públicas. No obstante, tras una década de expansión, la economía latinoamericana desemboca en los años sesenta en la crisis y el estancamiento, poniendo al desnudo las características perversas que había asumido la industrialización. Ello no podría dejar de repercutir hondamente en los círculos cepalinos, dando lugar a una crisis teórica de amplias proporciones.

La crisis del desarrollismo

La crisis económica que, al comienzo de la década de 1960, golpea a la mayoría de los países latinoamericanos es, simultáneamente, una crisis de acumulación y de realización de la producción. Ella se manifiesta, por un lado, en el estrangulamiento de la capacidad para importar los elementos materiales necesarios al desenvolvimiento del proceso de producción y, por otro, en las restricciones encontradas para realizar esa producción. Ambos fenómenos derivan de que la industrialización se llevará a cabo sobre la base de la vieja economía exportadora, es decir, sin proceder a las reformas estructurales capaces de crear un espacio económico adecuado al crecimiento industrial.

En los países capitalistas avanzados, la industrialización se dio de manera orgánica, llevando a que el crecimiento del sector de bienes de consumo generara inmediatamente como contrapartida la expansión de la oferta de bienes de capital, sin lo cual el proceso se hubiera visto bloqueado. En los países latinoamericanos, la sustitución de importaciones operó sobre la base de una demanda preexistente de bienes de consumo y llevó a que la obtención de bienes de capital reposara esencialmente en la importación, conformando un modo de reproducción industrial intrínsecamente dependiente del exterior. La continuidad de un proceso puesto en estos términos suponía el crecimiento constante de la capacidad para importar y, por ende, una masa creciente de divisas.

Sin embargo, ¿de dónde provenían esas divisas? Primariamente, de las exportaciones, pero como las viejas estructuras productivas se habían mantenido intocadas, las exportaciones seguían consistiendo en bienes primarios tradicionales, sujetos a la tendencia secular diagnosticada por la CEPAL del deterioro de los términos de intercambio. El sector manufacturero no se había preocupado por conquistar mercados exteriores y destinaba toda su producción al mercado interno, lo que quiere decir que seguía dependiendo del sector primario para la obtención de las divisas necesarias para la adquisición de los bienes de capital que su expansión demandaba. Por esa vía, la industria que la CEPAL anunciara como la palanca del desarrollo autónomo, no hacía sino impulsar la reproducción ampliada de la relación de dependencia de América Latina respecto al mercado mundial, sin conducirla hacia una efectiva superación.

La segunda fuente de divisas está representada por el aporte de capitales externos, derivados de inversiones directas, préstamos, financiamientos y donaciones. Ante ingresos a título de exportaciones relativamente estancados, América Latina solicitó de Estados Unidos una generosidad similar a la que se expresara en el Plan Marshall, concebido en favor de la reconstrucción europea y que había implicado la movilización de una ayuda considerable, materializada en préstamos públicos y donaciones gubernamentales. El último intento serio de Latinoamérica en este sentido había sido el del presidente de Brasil, Juscelino Kubitschek, a fines de los años cincuenta, cuando lanzara la Operación Panamericana (OPA) que terminó siendo suplantada por la iniciativa norteamericana de la Alianza para el Progreso, al empezar la década de 1960, signada por su marcado carácter asistencialista y el énfasis que ponía en las inversiones extranjeras privadas.

Tales inversiones habían empezado a penetrar el sector industrial latinoamericano desde comienzos de los años cincuenta, ganando fuerte impulso en la segunda mitad de la década. En ese periodo, la industrialización encontrará en ellas un sostén y un factor de aceleración. Completado, sin embargo, el tiempo de maduración de esas inversiones, vale decir, llegado el momento de la obtención real de ganancias, ellas revelaron su naturaleza contradictoria: las ganancias se habían obtenido en el mercado interno, realizándose pues en moneda nacional pero, para volverse efectivas, susceptibles de reintegrarse al patrimonio de la matriz extranjera, deberían poder convertirse en moneda internacional, es decir, divisas que debían ser sustraídas del monto realizado en las transacciones externas. Eso nos pone frente a un problema de realización de la plusvalía que no consiste ya en su cambio desde la forma mercancía a la forma dinero, sino en el cambio que la misma forma dinero debe sufrir puesto que no se trata de “dinero mundial”.²⁶ En otras palabras, lo que antes permitía a América Latina ampliar la capacidad de importar, ahora aparecía como un elemento que la constreñía.

Mientras se tratara de un mercado interno en expansión, el ingreso de capitales externos superaba a las salidas, enmascarando el problema. Pero el mercado interno pronto encontraría su límite. Las grandes migraciones del campo a la ciudad que provocaba el hecho de mantener las estructuras tradicionales de producción –lo que de hecho la industrialización incentivaba– se tradujeron en el rápido crecimiento de la oferta urbana de mano de obra: haciéndose cada vez más mayor en el sector productivo, acabaría por conducir hacia el desempleo o a formas de subempleo mal disfrazadas en el sector servicios. En la raíz de esa incapacidad de la industria para crear empleo se encontraba –más que el uso de tecnologías inadecuadas, como sostuvo la CEPAL, dado que es inherente al progreso técnico ahorrar mano de obra– la brutal sobreexplotación del trabajo que allí se practicaba.

Combinando bajos salarios con la prolongación de la jornada y la intensificación del ritmo de trabajo, el capital industrial movilizaba masas de trabajo sustancialmente mayores que las que, en condiciones normales, corresponderían a la suma de dinero destinada a pagarlas,²⁷ inhabilitándose así para asimilar buena parte de las nuevas fuerzas de trabajo que se incorporaban al mercado. Peor todavía: acababa por crear una distribución del ingreso extremadamente perversa puesto que condenaba a la inmensa

²⁶ Un análisis del fenómeno puede encontrarse en De Oliveira/Mazucchelli, pp. 76-113. 1977

²⁷ Cf. Arrojo Junior/ Cabral Bowling, 1974

mayoría de la población a niveles de consumo miserables, muchas veces por debajo del patrón mínimo de subsistencia. Con ello, restringía el mercado interno, limitaba la creación de áreas de inversión y desestimulaba la introducción de nuevas técnicas de producción. Para completar el cuadro, la preservación de la vieja estructura agraria y la concentración de las inversiones, en la industria provocaron un desfase entre la oferta de alimentos y el crecimiento urbano, impulsando los precios agrícolas hacia arriba y desatando la inflación.

Desde comienzos de la década de 1960, la CEPAL modifica sus planteamientos y, rectificando el enfoque meramente desarrollista que los caracterizaba, pasa a dar más énfasis a las reformas estructurales. Pero es demasiado tarde. Las luchas sociales que habían marcado la década anterior desembocaban ya en la revolución cubana, que sacudía hasta los cimientos a la dominación norteamericana y sembraba el pánico entre las clases dominantes del continente.

Cuando se abre el ciclo de las dictaduras militares, el desarrollismo, cepalino entra definitivamente en una crisis que se vuelve visible tras el alejamiento de Prebisch, quien, en 1963, deja la CEPAL por la UNCTAD. En 1964, Celso Furtado se empeña en demostrar que la economía latinoamericana tiende estructuralmente al estancamiento, no causado por esta o aquella política económica –lo que absolvía a la CEPAL– sino resultado de la dinámica misma de las estructuras económicas de la región.²⁸ En 1965, en una reflexión sobre la evolución reciente de América Latina, Aníbal Pinto constata la formación de una gran burguesía industrial, altamente concentrada y ligada al capital extranjero, la cual se habría diferenciado de las demás capas burguesas y tendería a operar mediante prácticas monopólicas que no favorecían el desarrollo económico y menos aún un desarrollo equilibrado, comprometido con la distribución equitativa de la riqueza. La conclusión de Pinto es todavía más desesperada que la de Furtado: cabría al Estado –concebido por la CEPAL, como vimos, como un ente parasocial– intervenir en pro de lo que él llamó “polo subdesarrollado”, coartando la expansión del sector moderno, vale decir, actuando contra el propio desarrollo económico, en los términos en que la CEPAL lo había planteado.²⁹

²⁸ Furtado, 1964

²⁹ Pinto, 1965

La crisis del desarrollismo significó para la CEPAL la pérdida de la posición privilegiada que había alcanzado durante su primera década de funcionamiento, cuando llegó a ser la agencia ideológica por excelencia de América Latina. A partir de su nueva posición —como respetable órgano técnico— la CEPAL sigue realizando estudios y produciendo informes de la mejor calidad pero el proceso del pensamiento latinoamericano la dejó atrás, dando lugar a nuevas manifestaciones teóricas.

La teoría de la dependencia

Parte integrante de la crisis del desarrollismo fue la crítica que sobre él fue ejercida en el curso de la primera mitad de la década de los sesenta, por parte de una intelectualidad formada bajo su influencia pero que no pertenecía a esa corriente de pensamiento. Este punto, sin embargo, debe ser tratado con cuidado, puesto que no debe cometerse el error de tomar el desarrollo de las ideologías como mero desdoblamiento de sí mismas. De hecho, el pensamiento que se va a estructurar más adelante, en la segunda mitad de la década, no constituye una simple respuesta al desarrollismo sino que ha sido, también, en una amplia medida, resultado de las luchas que se registraban en el seno de la izquierda.

Hablar de izquierda, desde los años veinte, era hablar de los partidos comunistas. Moviéndose, al principio, en un marco de florecimiento teórico, que abría nuevas perspectivas para la comprensión de América Latina, los comunistas vinieron a estrechar su visión bajo el impacto de la represión policial y del stalinismo. En ese contexto, se imponen las concepciones de la Tercera Internacional, para la cual América Latina era idéntica a Asia (la “China del Lejano Occidente” sobre el cual trataba el VI Pleno de la IC), siéndole enteramente aplicables las tesis relativas a la cuestión colonial. A partir de esa perspectiva los comunistas latinoamericanos lanzan la consigna de la revolución democrático-burguesa, antifeudal y antiimperialista, al tiempo que postulan la existencia de una burguesía nacional capaz de llevarla a cabo.

El ascenso de la burguesía industrial durante la posguerra y, principalmente, el brillo de su expresión ideológica: el desarrollismo, toman a los comunistas desarmados. El débil desarrollo del marxismo en el período anterior, confinado sobre todo a la historiografía, lleva a que abracen las tesis que la burguesía propone. Ello es comprensible: en un período en el cual los partidos comunistas se baten por un frente único antiimperialista, basado en la alianza

entre la burguesía y el proletariado, la CEPAL les ofrece –en un mismo plato– una burguesía nacional y una teorización sobre los mecanismos de explotación internacional cercana a la teoría del imperialismo.

Sin embargo, en el curso de la década de los años cincuenta, se va a ir constituyendo en toda América Latina una izquierda no comunista, salida en general de las filas de los movimientos populistas y con fuerte incidencia, en su composición social, de estudiantes, intelectuales en general y jóvenes militares. Bajo el nombre genérico de “izquierda revolucionaria”, ella pasa a la historia gracias a expresiones tan significativas como el Movimiento 26 de Julio, en Cuba; el movimiento sandinista, en Nicaragua; y los Movimientos de Izquierda Revolucionaria, en Venezuela y Perú, entre otras. Valorizando la práctica revolucionaria y los métodos de lucha armada, esas fuerzas comienzan a establecer contactos entre sí y a generar una nueva ideología que tiene como característica la vinculación entre antiimperialismo y anticapitalismo, aunque no asuma todavía explícitamente los ideales del socialismo. Eso sólo vendrá a suceder después, progresivamente, dando lugar a la lucha contra el monopolio del marxismo por los PC, fenómeno que cristaliza con el grupo de la revista *Praxis*, en Argentina, encabezado por Silvio Frondizi; la organización Política Operaria (Polop) en Brasil, y la Liga Comunista, en México.

La formación de la izquierda revolucionaria latinoamericana no puede dissociarse de la agudización de las luchas sociales, el surgimiento del campesinado en tanto movimiento social y el de un proletariado pobre en las ciudades que ha dado origen a las teorizaciones sobre la marginalidad urbana. Paralelamente, se hacía más denso el tejido de la clase media ciudadana y se aceleraba su salarización, llevando a un rápido aumento de los estudiantes y jóvenes profesionales, cada vez más descontentos con la falta de perspectivas que presentaba el desarrollo emprendido por la burguesía industrial.

En su lucha ideológica contra los partidos comunistas, es natural que la izquierda revolucionaria reparase en las tesis de la CEPAL desde que, como vimos, los comunistas se servían de ellas para fundamentar su gradualismo reformista, sin embargo, no formula entonces alternativas sistemáticas a esas tesis. Esta será una tarea que se realizará, más adelante, por parte de sus intelectuales orgánicos y de la gran mayoría de la intelectualidad joven que buscaba una salida ante la crisis del desarrollismo.

Como corriente estructurada de pensamiento, la teoría de la dependencia se configura a mediados de los años sesenta, a partir de un conjunto de trabajos elaborados o publicados entre 1964 y 1967, los cuales dan lugar a un debate extremadamente rico en el seno de la intelectualidad latinoamericana. El golpe militar de 1964 en Brasil y, en seguida, la ola represiva que se desata en todo el continente, crean involuntariamente condiciones favorables para ello al promover desplazamientos físicos de exiliados. Así, puestos en contacto intelectuales brasileños, argentinos, uruguayos, chilenos, peruanos, venezolanos, centroamericanos, establecen un intenso intercambio de ideas y una fecunda confrontación de experiencias. A partir de 1968, concomitantemente con la generalización de los golpes militares y el avance de la represión en el continente, la intelectualidad de izquierda comienza a converger hacia Chile, que mantenía intacto su régimen democrático y acaba por convertirse en el *locus* privilegiado para la elaboración de la nueva teoría.

Igual que en el caso de la CEPAL, la teoría de la dependencia parte de la noción del capitalismo como sistema mundial pero no considera desarrollo y subdesarrollo como etapas de un *continuum*: éstos son vistos más bien como realidades distintas y contrapuestas, aunque estructuralmente vinculadas. Aquí, el subdesarrollo no es una etapa que precede al desarrollo: ambos son producto específico del desarrollo del capitalismo mundial. En otras palabras, el subdesarrollo corresponde a una forma especial de capitalismo, que se agudiza en función del desarrollo capitalista mismo.

A ello corresponde la discutida fórmula de André Gunder Frank respecto al “desarrollo del subdesarrollo”. Concebida a la luz de la distinción entre crecimiento y desarrollo económico (que, dicho sea de paso, es poco rigurosa), la fórmula no implica que la economía dependiente no pueda crecer sino que, cuanto más crece, más agudiza los rasgos particulares que la separan del capitalismo existente en los países avanzados. Derivar de allí una supuesta incapacidad de crecimiento de la economía dependiente, que la condenaría al estancamiento, es un error grosero en que suele incurrir la crítica vulgar. La fórmula apunta a la idea de que, para las economías de ese tipo; a mayor desarrollo capitalista, más dependencia.

En esa línea de razonamiento, la teoría de la dependencia llevaba a desechar la noción de desarrollo capitalista autónomo, de cara a los ideólogos cepalinos, y a considerar que la dependencia no podría ser superada en los marcos del capitalismo. Esta idea está implícita incluso en los trabajos ideológicamente más tibios que se escribieron en la época.

Para los autores más radicales, ella llevaba a vincular explícitamente anti-imperialismo y anticapitalismo, haciendo que la lucha contra la dependencia se concibiera necesariamente como lucha por el socialismo.

En el plano estrictamente económico, la nueva teoría sostenía que la dependencia no debería ser vista principal y esencialmente a través de las relaciones mercantiles, como lo hacía la CEPAL. Pese a que fue más lejos que ésta en su crítica a los mecanismos de explotación que relevan del comercio internacional, la teoría de la dependencia atribuyó mayor importancia al movimiento internacional de capitales, en especial a las inversiones directas (entonces predominantes), así como a la dependencia financiera y tecnológica. La acción de esos distintos mecanismos promovía, a su modo de ver, una integración superior de América Latina a la economía mundial.

Para la teoría de la dependencia, el imperialismo –en la medida en que uno y otra son fruto del desarrollo del capitalismo mundial– no es algo externo a la dependencia, al contrario, el imperialismo permea toda la economía y la sociedad dependientes, representando un factor constitutivo de sus estructuras socioeconómicas, de su Estado, de su cultura. Afirmar esa dirección de análisis abría nuevas perspectivas a los estudios históricos y sociológicos en América Latina.

A comienzos de los años setenta, la teoría de la dependencia centraliza el debate intelectual en Latinoamérica y empieza a irradiar su influencia hacia los grandes centros de pensamiento norteamericanos y europeos. Simultáneamente, afloran a la superficie las divergencias que marcarán su desarrollo ulterior cuya razón principal reside en que, vinculada originariamente a la teoría del imperialismo, la nueva corriente avanza en el sentido de asimilar a Marx en su análisis. Y aunque ello coincidiera con el auge del marxismo europeo, no se trataba de una actitud imitativa, como otras tantas veces sucedió en la vida intelectual latinoamericana, sino de la culminación de un movimiento natural.

Concebida a partir de la lucha teórica en el seno de la izquierda, la teoría de la dependencia reemplazará la visión del mundo que tenía la CEPAL, marcada por el eclecticismo y el compromiso que proporcionaba la teoría marxista del imperialismo. Sobre este aspecto quedaban todos de acuerdo, recurriendo sus integrantes libremente a Lenin, Bukharin, Hilferding.

Sin embargo, sólo los que se caracterizaban por su formación marxista y su militancia política se valían directamente de Marx para el análisis de la formación social latinoamericana, derivando de allí proposiciones explícitamente socialistas. Las divergencias que ello suscitó debilitaron el movimiento, llevándolo a bajar la guardia ante los ataques de los cuales sería blanco en el período siguiente.

Endogenismo y neodesarrollismo

Así como el golpe militar en Brasil precipitó la crisis del desarrollismo, la derrota de la Unidad Popular chilena, en 1973, impactó de modo negativo la teoría de la dependencia sin que para ello hubiera una razón directa: aunque el Partido Comunista chileno, sobre todo a través de sus intelectuales jóvenes, fuera permeable a la influencia dependentista, al igual que el Partido Socialista, no se puede legítimamente afirmar que el gobierno de Salvador Allende hubiese basado su concepción y su actuación políticas en la teoría de la dependencia. Sin embargo, los sucesos de Chile pusieron en crisis a la intelectualidad de izquierda latinoamericana, abriendo brechas para el cuestionamiento de lo que aparecía como la ideología de izquierda por excelencia.

El centro de esa elaboración fue México, donde se había concentrado la inmensa masa de intelectuales y políticos exiliados tras el golpe chileno. Su primera expresión pública tuvo lugar en el Congreso Latinoamericano de Sociología, llevado a cabo en 1974, en San José de Costa Rica, el cual se convirtió en verdadero juicio a las tesis dependentistas. Entre los trabajos allí presentados, se destacó el del sociólogo ecuatoriano Agustín Cueva que, en lo esencial, reprochaba a la teoría de la dependencia dar excesivo énfasis a las relaciones entre naciones, en detrimento de las relaciones entre clases.³⁰

La acusación no era nueva³¹ y tampoco justa. Es verdad que los dependentistas, partiendo de la visión del capitalismo en tanto sistema internacional, se han abocado al estudio de los mecanismos de explotación puestos en práctica por el capital en el plano mundial y al de las formas de dominación/subordinación que allí se registraban entre las clases dominantes.

³⁰ Cf. Cueva, 1974; trabajo que, juntamente con otros, fue objeto de respuesta por parte de Bambirra, 1978.

³¹ Cf. Weffort, 1971

Sin embargo, no es menos cierto que también se preocuparon del modo cómo ello afectaba las relaciones internas de explotación y, por ende, de clase,³² lo que contribuyó sustancialmente a la comprensión de la vida social y política latinoamericana, construyendo para ello una matriz distinta de la que ofrecían el funcionalismo y la sociología sistémica. Ya en 1972 F. H. Cardoso listaba un buen número de trabajos para ejemplificar la multiplicación de

“análisis sobre el Estado, sobre las burguesías locales, sobre los sindicatos, los obreros y los movimientos sociales, sobre las ideologías (para no mencionar los estudios sobre marginalidad y urbanización) que, de uno u otro modo se inspiran en el marco de referencia de los estudios sobre la dependencia”.³³

Como quiera que sea, los acontecimientos de Costa Rica fueron la señal de partida para que se proclamara la necesidad de replantear el análisis de la realidad latinoamericana desde otro punto de vista en el que el énfasis se pusiera en el proceso de formación del capitalismo en la región y su dinámica interna. Surge así la corriente endogenista, donde –al lado de Cueva, el menos endogenista y el más dependentista de todos– forman filas sobre todo historiadores, como los mexicanos Enrique Semo y Roger Bartra, el argentino Carlos Sempat Assadourian y el brasileño Cyro F. S. Cardoso, entre otros.³⁴

En general, el endogenismo representa la reacción de lo que podemos llamar de marxismo histórico, es decir, de la intelectualidad vinculada a los partidos comunistas de orientación soviética o maoísta, que había perdido posiciones en la izquierda para la teoría de la dependencia. Si recordamos el papel de la historiografía en la fase de repliegue del marxismo, antes de los años sesenta, y la influencia que tuvo en la formación de los intelectuales de esos partidos, no sorprende la importancia de esa disciplina en el desarrollo de la nueva corriente.

El endogenismo afirmaba la necesidad de considerar el desarrollo del capitalismo latinoamericano en sí, haciendo a un lado –por lo menos en un primer momento– la cuestión del imperialismo. En esa perspectiva, para el análisis de la formación social latinoamericana, sería preciso atenerse rigurosamente al marco de referencia establecido por Marx para el estudio del modo de producción capitalista. El punto de partida para el endogenismo es

³² La teorización en torno de la sobreexplotación del trabajo es buen ejemplo; ver al respecto Marini, 1973

³³ Cardoso, 1972

³⁴ Cf. Bartra, 1974; Cardoso, C., 1975; Semo, 1978; Sempat, 1982; sin embargo cabe señalar que el libro de Cueva, 1977, no se inscribe plenamente dentro de esta corriente.

pues la acumulación originaria del capital en esas economías, a la que siguen, siempre de acuerdo con el esquema de Marx, las fases manufacturera y fabril, en un proceso que se entrelaza y se articula con otros modos de producción preexistentes al capitalismo. El imperialismo sería una variable a ser introducida *ex post*, una vez determinada la peculiaridad de la formación social estudiada.

Allí reside el principal punto de ruptura con el enfoque de la dependencia dado que, para éste, la constitución de la economía capitalista dependiente es teórica y realmente inseparable del proceso mundial que engendra al imperialismo. Además, el endogenismo incurre en una evidente confusión entre el concepto de modo de producción –plano en el cual Marx sitúa su análisis– y el de formación social, lo cual abre la puerta al dogmatismo y genera dificultades analíticas de toda suerte, como la exigencia de hallar correspondencias entre el esquema de desarrollo del capitalismo, a la manera de Marx, y el desarrollo histórico-concreto de economías nacionales sometidas al impacto del proceso histórico del capitalismo mundial.

En una formación social, aun la más desarrollada, el modo de producción dominante coexiste con relaciones de producción de otra naturaleza, que son por él refuncionalizadas aunque no enteramente suprimidas. Más aún, en la economía mundial creada por el capitalismo, éste se articula con otros modos de producción –que pueden ser dominantes en otras formaciones sociales– y sobre ellos ejerce su efecto transformador (o inhibitor). Es el caso, por ejemplo, de la manufactura brasileña, cuya posibilidad de desarrollo –además de limitada por el predominio de relaciones no capitalistas– fue coartada por el Estado metropolitano, en el siglo XVIII, a fin de atender a los intereses de la manufactura inglesa.

No considerar la acción de una formación social sobre otra puede además inducir errores capaces de afectar, no sólo el estudio de una formación social concreta, sino el mismo esquema analítico. Así, en relación con la acumulación originaria, no basta postularla como una fase general del desarrollo capitalista en la región, dado que allí encontramos distintos procesos de acumulación originaria que responden a causas diversas y producen efectos diferenciados: es indispensable distinguir la que se realiza por y para el capitalismo central, en los siglos XVI y XVII, de la que tiene lugar en el siglo XIX, atendiendo ya a las exigencias del naciente capitalismo latinoamericano. No hacerlo implica, muchas veces, plantear una suerte de acumulación primitiva permanente, que termina incluso por incorporar a la misma acumulación capitalista, con sus movimientos expropiatorios de concentración y centralización.

Paralelamente al endogenismo, surge en la segunda mitad de los años setenta otra corriente de pensamiento que tiene origen distinto. Su raíz reside en que, superada la crisis de los sesenta e inaugurado el nuevo auge económico, la burguesía industrial latinoamericana se refuerza, readquiriendo condiciones para retomar la ofensiva en el plano ideológico. Sin embargo, no se trataba ahora de disputar la supremacía en el interior del bloque dominante, lo que ella ya había logrado: se trataba más bien de buscar la consolidación de su hegemonía interna, junto a una mayor afirmación en el plano internacional.

Contribuía para ello la crisis por la que pasaban los países capitalistas avanzados y que se hiciera evidente a partir de 1973. Una de las manifestaciones –y también una de las causas de esa crisis– era la agudización de la competencia económica entre los grandes centros, lo cual entraba a modificar las bases sobre las cuales se establecía la política internacional latinoamericana. Aunado al aumento de la capacidad de negociación de países como Brasil –para la época, excelente campo de inversión para el capital internacional– se observa el reforzamiento de los Estados beneficiados por el alza de los precios del petróleo, como México y Venezuela.

En el caso brasileño, el auge de la burguesía industrial da lugar a un agresivo proyecto de afirmación nacional, al abandono del alineamiento automático con Estados Unidos y a la exacerbación de su política subimperialista. En esa línea, la dictadura militar instrumenta una nueva sustitución de importaciones, centrada ahora en los bienes de capital; acentúa su política sudamericana basada en la explotación y la prepotencia que se ejerce principalmente en relación con Paraguay y Bolivia; y firma, por mediación del entonces secretario norteamericano de Estado, Henry Kissinger, un acuerdo de consultas mutuas con Estados Unidos, instrumento hasta entonces reservado a potencias de mayor porte. Paralelamente, logra acceder a tecnologías sofisticadas que anteriormente le habían sido negadas, como la nuclear, firmando un acuerdo sobre la materia con Alemania occidental, en 1975-1976. El proyecto brasileño quedó plasmado en el II Plan Nacional de Desarrollo, lanzado por el gobierno del general Geisel, donde se consagraba la idea de “Brasil potencia”.

Mientras tanto, México se proyectaba de modo más decidido hacia lo que considerara siempre su zona de influencia: Centroamérica, en lo que fue seguido por Venezuela. De allí resultó, por ejemplo, el reconocimiento por parte de México de la dirigencia revolucionaria salvadoreña, en conjunto con Francia, así como el Acuerdo de San José, mediante el cual México y Venezuela facilitaron la venta de petróleo a los países centroamericanos y caribeños con precios subvencionados. Los dos países asumieron creciente autonomía con relación a la política centroamericana de Estados Unidos que, en una fase ulterior menos favorable, acabaría por llevar a la formación del Grupo de Contadora, juntamente con Colombia y Panamá. El punto culminante de todo ese proceso es la formación en 1975 del Sistema Económico Latinoamericano (SELA), organismo regional del que quedaba excluido Estados Unidos.

Los proyectos de afirmación nacional y la necesidad de convocar tras ellos al conjunto de la nación llevan a la burguesía latinoamericana a liderar la creación de una nueva ideología. Para eso, recurre al reclutamiento de antiguos desarrollistas, como Prebisch, Furtado, Pinto, Ferrer, Maria da Conceilao Tavares, Francisco de Oliveira, y dependentistas como Fernando Henrique Cardoso, entre otros, además de nuevos cuadros que emergen a la vida académica. El fenómeno es concomitante al surgimiento del endogenismo y, así como en los años cincuenta se verificara cierta correspondencia entre las tesis de los partidos comunistas y las de la CEPAL, también ahora se registrará notable margen de acuerdo entre el endogenismo y la nueva corriente, que podemos llamar de neodesarrollista. Entre los trabajos más relevantes producidos por los neodesarrollistas se pueden citar los trabajos de Prebisch en su último período (Prebisch, 1981) así como Furtado, 1975; Cardoso, F. H., 1975; Corderalrello, 1981, y Castañeda, 1982.

Para ambas corrientes hay que enfatizar, antes que nada, las condiciones internas nacionales en el análisis del desarrollo del capitalismo en América Latina. El imperialismo es ya puesto "entre paréntesis" (para usar una expresión cara a María da Conceilao Tavares), ya introducido en el razonamiento como última variable, como prefieren los endogenistas.

Prebisch y Furtado constituyen excepciones, partiendo siempre de la economía mundial. Pero se unen a los neodesarrollistas en su tesis central: la posibilidad del desarrollo capitalista autónomo, tesis que expresa la aspiración más sentida de la burguesía industrial latinoamericana.

Los endogenistas, a su vez, pueden –sin molestia– rehuir la discusión de este punto una vez que, al asumir como premisa que el análisis marxista se aplica tanto al modo de producción como a las formaciones sociales, asumen también que todos los capitalismo son rigurosamente idénticos.

Como los endogenistas, los neodesarrollistas se inclinan hacia un desarrollo capitalista de corte socialdemócrata. En la medida en que la burguesía necesita afirmar su hegemonía –reposando su dominación para esa época sobre todo en el uso de la fuerza– se ve forzada a aceptar el debate sobre la cuestión redistributiva y a coquetear con las masas con la perspectiva de una mayor participación en los frutos del desarrollo (haciéndose eco del planteamiento profético de Pinto en los sesenta). Es significativo, en este sentido, que el neodesarrollismo gane fuerza en Brasil a partir de la literatura producida a propósito del tema de la distribución del ingreso, cuando –conocidos los resultados del censo de 1970, que habían acusado fuerte deterioro en ese plano– tiene lugar animada polémica entre los ideólogos de la dictadura y los de la oposición burguesa.³⁵

Esta es, por cierto, una de las especificidades del neodesarrollismo respecto al desarrollismo propiamente dicho: en este último, la cuestión distributiva aparece siempre como tema subalterno.

La segunda diferencia relevante reside en el instrumental teórico y metodológico de que echan mano los neodesarrollistas. Este es, en efecto, mucho más sofisticado y abierto a los conceptos y procedimientos marxistas de análisis, aunque prefiera generalmente –dentro del inmenso arsenal que el marxismo ofrece– a los autores más fácilmente asimilables por la teoría burguesa, como Kalecki, Hilferding, Steindl. Al lado de éstos, es también visible la influencia ejercida por autores no marxistas, principalmente norteamericanos.

El brillo que reviste la academia norteamericana a los ojos de los intelectuales latinoamericanos es fruto de una política cultural que –iniciada, como vimos, durante los años cincuenta– gana nuevos bríos en la estela de la contrarrevolución desatada en los sesenta. En esa nueva fase, su eje central ha consistido en la degradación de la enseñanza universitaria, que forma al conjunto de la intelectualidad regional, en provecho de una ultrauniversidad reservada a una pequeña élite. Esa ultrauniversidad se basó inicialmente en becas para estudios en el exterior y cursos de posgrado que giraban alrededor

³⁵ Cf. Tolipan/Tinelli, 1978

de académicos norteamericanos y, secundariamente, europeos, en un comienzo; y, después, de nacionales entrenados en los grandes centros. Por esa vía, se irán infiltrando los elementos que abrirán luego las puertas a la penetración del neoliberalismo. El fenómeno fue constatado incluso por Prebisch:

“Cuando en Estados Unidos vieron el peligro que nuestras ideas representaban para sus verdades consagradas y no lograron la fusión de la CEPAL con los servicios similares de la OEA, emprendieron en los años cincuenta una acción sistemática para contrarrestarnos y eligieron Santiago de Chile, sede de la CEPAL, para desenvolver su campaña, que se extendió a toda la América Latina, mediante el envío gratuito de profesores o el otorgamiento generoso de becas. La base de lanzamiento fue el neoclasicismo; el liberalismo económico en la Argentina y otros países no ha sido de generación espontánea”.³⁶

El endogenismo se irá agotando por sí mismo a medida que se afirman los neodesarrollistas pero dejará una contribución apreciable al desarrollo de los estudios marxistas en América Latina, enriqueciendo el acervo de conocimientos empíricos y arrojando nuevas luces sobre los procesos históricos nacionales. El neodesarrollismo se mantendrá actuante hasta comienzos de la década de 1980. La moratoria de la deuda externa decretada por México en 1982, y luego por Brasil, así como el consiguiente sometimiento de sus gobiernos al FMI, han sido una demostración irrefutable de la incapacidad de la burguesía latinoamericana para acceder a una real autonomía en el plano internacional, no quedando al neodesarrollismo sino retirarse de escena en silencio.

El neoliberalismo y las alternativas

Las difíciles condiciones creadas por la crisis económica por la que pasó América Latina entre 1981 y 1983, favorecieron la acentuación de la ofensiva neoliberal que iniciara su rosario de victorias en 1973, tras el golpe chileno. En el curso de los años ochenta, mientras el neoliberalismo –respaldado por Estados Unidos y los organismos internacionales de crédito– recogía nuevos triunfos que lo han llevado a constituirse hoy en la ideología dominante en la región, la izquierda veía agudizarse su crisis. De hecho, tras las batallas ideológicas de la segunda mitad de los setenta, en las que los intelectuales de

³⁶ Prebisch, p. 161. 1986

izquierda entraron divididos, cediendo espacio a los que respondían a los intereses de la gran burguesía, el pensamiento social latinoamericano no ha logrado retomar la elaboración crítica y original que venía desarrollando, lo que ha vuelto inviable la formulación de una alternativa de izquierda frente a las presiones ejercidas contra los pueblos de la región.

En América Latina, el neoliberalismo corresponde a la imposición de los intereses imperialistas en el contexto de la reconversión económica que ella está llamada a hacer ante los cambios que han tenido lugar en la economía internacional. Sin embargo, no se puede ignorar que la burguesía latinoamericana, allí donde se encuentra más desarrollada, tiene sus intereses propios y, aunque se someta al imperialismo, trata de defenderlos. Esto es perceptible, por ejemplo, en la preocupación de algunos gobiernos por el tema de la integración regional, la cual –según el modo como se realice– puede reforzar su posición en la negociación con los bloques económicos configurados alrededor de los grandes centros.

Por parte de las fuerzas progresistas, que buscan expresar las aspiraciones de las grandes masas, lo que se está verificando es el recurso al nacional-desarrollismo tradicional y a ciertas tesis dependentistas, lo que –a falta de un referencial teórico dinámico– tiende a representar, la mayoría de las veces, una simple vuelta al pasado. Ello se puede observar en la fijación laborista que anima al brizolismo, en la rehabilitación de la ideología cardenista, en la aparente vitalidad del peronismo, en la resurrección de la corriente demócrata cristiana en Chile, mientras las fuerzas jóvenes que han surgido, como el Partido de los Trabajadores en Brasil, no se han revelado capaces de revolucionar el escenario ideológico-político de la región. En la base de ese fenómeno está la hegemonía burguesa en los bloques policlasistas que se han conformado en la mayoría de los países y la incapacidad del pensamiento de izquierda para ofrecer elementos para la formulación de una estrategia política adecuada al momento que viven los pueblos de América Latina.

Revertir esa situación es, hoy, tarea prioritaria. Para ello se hace necesario retomar el hilo del pensamiento crítico de la izquierda allí donde alcanzó su punto más alto. Se impone, de hecho, empeñarse en la construcción de una teoría marxista de la dependencia, recuperando su primera floración de los años veinte y la que se registró a partir de mediados de los sesenta. Después de eso, el marxismo se ha desarrollado entre nosotros de manera extraordinaria, produciendo gran cantidad de información y conocimiento sobre nuestra realidad y abriendo camino ancho a su elaboración teórica.

Retomar el hilo de la teoría de la dependencia significa reencontrar lo mejor del pensamiento de izquierda, sin que esto suponga de manera alguna que ella aporte respuesta suficiente a la problemática actual. Por ello, se hace necesario asumir la teoría de la dependencia de modo creador, es decir, someténdola a una revisión radical, lo cual comienza por la crítica de las concesiones metodológicas al funcionalismo, que envían la obra de algunos de sus autores, así como la de ciertas tesis importadas del arsenal, desarrollista. Pero esto sigue necesariamente con la reconsideración de una serie de ideas y conceptos que, yendo más allá de corrientes de pensamiento particulares, impregnan nuestra visión del mundo y parecen referirse al orden natural de las cosas.

Es evidente, por ejemplo, que la teoría de la dependencia corresponde a una economía mundial en la cual las relaciones de explotación asumen en última instancia la forma de relaciones entre Estados nacionales. Este es un hecho real, que mixtifica la naturaleza del imperialismo pero que no se supera, como pretendían los endogenistas, rehuyendo el marco de análisis internacional para limitarse a la consideración de las luchas de clases nacionales. Sin embargo, sobre ese hecho empiezan a operar tendencias que parecen apuntar hacia una dinámica histórica totalmente nueva.

El derrocamiento del poderoso ultracentralista Estado soviético y la afirmación de un conjunto de nuevas naciones –dentro y fuera de la actual Comunidad de Estados Independientes– se dan teniendo como contrapunto la emergencia de una Europa occidental políticamente unificada, en donde, de forma violenta (como en el País Vasco e Irlanda) o pacífica (como en Escocia y Lombardía) una serie de nacionalidades reivindican su autonomía. A raíz del desarrollo del mercado común norteamericano, nadie puede asegurar que movimientos nacionales autonomistas no vengán a amenazar la integridad territorial de México, con sus contrastes entre norte y sur; de Canadá, de débil consolidación nacional, constantemente desafiada por el movimiento *quebecquois*; e incluso de Estados Unidos, donde se acusa cada día la heterogeneidad étnica. Suposiciones de ese orden son válidas para la comunidad en gestación en el Cono Sur, en especial en Brasil, lacerado por las diferencias que se profundizan entre las regiones sur y noreste y asombrado por los intereses internacionales que se proyectan sobre la Amazonia. De tan obvias, haremos a un lado consideraciones similares respecto a regiones como el Medio Oriente, África negra y Asia.

Todo pasa como si estuviéramos asistiendo al comienzo del fin del Estado-nación, expresión obligada de afirmación y negación de las nacionalidades que el desarrollo del capitalismo puso en pie. En su lugar, junto a una internacionalización económica y cultural creciente, que se basa en los movimientos de capital y en las nuevas tecnologías de transporte y comunicaciones, se esboza la tendencia a la constitución de entidades internacionales más grandes y –en contradicción aparente– de entidades nacionales menores y más estrechamente vinculadas a las raíces históricas y culturales de cada pueblo. Integración internacional y derecho de las nacionalidades a la plena autonomía, tal parece ser el marco en el cual empieza a forjarse el mundo de mañana.

La desigualdad de los sujetos que se confrontan en ese contexto y las relaciones de explotación que subyacen a todo el proceso exigen un esfuerzo formidable de renovación de la teoría de la dependencia y del propio marxismo para abrirle perspectivas de éxito a los pueblos, tanto más cuanto que, en su desarrollo, el mismo socialismo ha sido puesto en cuestión. Y, sin embargo, parece ser altamente improbable que ese nuevo curso de la historia pueda seguir adelante sin la superación del capitalismo, ese régimen social que se fundamenta en la desigualdad y la explotación. Habrá así que revisar nuestra concepción del socialismo y, abandonando su identificación con la revolución bolchevique y sus avatares, retornar la idea clave de Marx según la cual el socialismo es una era histórica, fruto de un largo período de luchas y transformaciones.

En esa línea hay que retomar, a nuestro modo de ver, el hilo del pensamiento crítico latinoamericano y proceder a una elaboración teórica capaz de dar cuenta de los cambios que estamos viviendo y de las nuevas perspectivas que ellos nos abren. De la correcta comprensión del presente depende nuestro futuro como latinoamericanos y, aún más, nuestra capacidad de transitar a una etapa superior de desarrollo, a un socialismo original, democrático y libertario.

DOS NOTAS SOBRE EL SOCIALISMO³⁷

La crisis a la que ingresaron, a mediados de la década pasada, los regímenes socialistas europeos puede ser objeto de dos consideraciones. La primera consiste en no perder de vista que esa crisis es parte de un proceso teórico y práctico, en el que se articulan los distintos movimientos que, en el plano de las ideas y de la lucha social y política, realizaron la crítica del capitalismo, como modo de organización de la vida social. De Sismondi a la izquierda ricardiana, de Owen a Marx, de Kautsky y Hilferding a Rosa Luxemburgo, Lenin, Trotsky y Gramsci, la teoría socialista desnudó los fundamentos de la economía capitalista y de la sociedad burguesa, evidenció la perversidad estructural y la expropiación del trabajo social que ellas propician, y armó ideológicamente los pueblos que lucharon contra eso. Y han sido muchos esos pueblos, desde los obreros parisinos de 1871 y los destacamentos obrero-campesinos de Rusia hasta las masas expoliadas de China, Cuba, Vietnam, Angola, Nicaragua.

Más de un tercio de la humanidad optó, en su momento, por el rechazo al capitalismo y en pro de un desarrollo social orientado a la supresión de las desigualdades de clase y la implantación de una democracia radical de masas. Bajo esas consignas y aun soportando el aislamiento y las agresiones internacionales, aun partiendo de un retraso económico y social sin paralelo entre las potencias occidentales, la Unión Soviética conquistó en poco más de treinta años una posición destacada en el escenario mundial. En todos los países que tomaron ese rumbo, las necesidades básicas de la población en materia de educación, salud y alimentación se han visto satisfechas y se acabaron las hambrunas y el desempleo.

No representa, pues, una tarea simple borrar el socialismo de la memoria de los pueblos y mucho menos convencer a la inmensa mayoría de la humanidad, para quien la solución de esas cuestiones aparentemente elementales sigue todavía pendiente, que el socialismo no ha sido más que una equivocación de quienes no habían comprendido que la historia ha terminado. Para esa humanidad explotada y carente, la historia no ha siquiera comenzado. El campesino nordestino de Brasil busca ingresar a ella todos los días, amontonándose en los "paus-de-arara" que lo conducen a las regiones más prósperas del sur, para descubrir, en las "favelas" de Río o de Sao Paulo, que se continua negándosele la entrada.

³⁷ Archivo de Ruy Mauro Marini, con la anotación: "1993-Redefiniciones, UAM-X". Versión en portugués: *Sobre o socialismo*, 1992.

La segunda consideración referente a lo que pasa en el mundo socialista implica preguntarse si la crisis del llamado “socialismo real”, o más precisamente europeo, invalida y pone fin a esa búsqueda de formas superiores de organización social, a la que asistimos hace casi dos siglos, o si representa uno más de esos momentos de autocrítica radical que jalonan la historia del socialismo y que le han permitido resurgir con una creatividad renovada. Fue así tras la derrota de la Comuna de París y la disolución de la Internacional de Trabajadores, que daría luego lugar a la difusión del socialismo en Europa y la fundación de la *Segunda Internacional*. Fue así cuando, frente a los sucesos de la primera guerra mundial y la división de la Internacional, se asistió a la primera revolución socialista victoriosa en Europa y a la creación de la Internacional Comunista. Fue así después de Yalta, cuando, insurgiendo contra los límites que trataba de imponerles el compromiso establecido entre norteamericanos y soviéticos, los yugoslavos y los chinos proclamaron su derecho a la revolución socialista. Fue así en América Latina, hasta que el pueblo cubano diese al traste con improbabilidades teóricas y geográficas y, en todo el mundo, hasta que Vietnam señalara con el dedo la desnudez del imperialismo.

Es porque lo sabía que Marx pudo comparar la revolución socialista al topo que pasa buena parte de su vida trabajando las entrañas de la tierra. Es por ello también que, en un período como este, Marx afilaba el arma de su crítica, dedicándose a su obra mayor, al tiempo que se comprometía enteramente con las nuevas formas que, con los partidos obreros, asumía entonces el desarrollo del socialismo en Europa.

I. El socialismo como proceso histórico

El modo por el cual se tiende a plantear, actualmente, la cuestión del capitalismo y del socialismo, como si se trataran de dos sistemas abstractos, disociados de los procesos de la lucha de clases y susceptibles de comparación en términos de pragmatismo y eficiencia, es totalmente engañoso. Ese procedimiento ignora los intereses reales que inspiran los dos sistemas y hace caso omiso de su historicidad.

Ello nada tiene a ver con el punto de vista de Marx, que vinculó el socialismo a la emancipación de la clase trabajadora y lo concibió como una nueva etapa histórica. Dicha etapa correspondería a la recuperación a un nivel superior de la propiedad individual, la cual representa el acto supremo de afirmación del hombre frente al mundo que lo cerca y es tanto más efectiva cuanto más elevado sea el grado de cooperación en que se basa.³⁸ No fue ese tampoco el enfoque adoptado por Lenin, quien, partiendo de la noción del socialismo como hecho histórico, lo asumía como una de las características centrales de la nueva era en que entrara la humanidad y que él definía como la era del imperialismo y de las revoluciones proletarias triunfantes.³⁹

Si las cosas se plantean así, es decir, si asumimos la óptica desde la cual la historia se nos aparece como el desarrollo de formas de organización y convivencia social que tienden a la plena emancipación del hombre, es útil recurrir al análisis del socialismo, con base en la analogía y el contraste, en relación a la era histórica que lo precede, vale decir la era capitalista. Ello nos permitirá captar sus diferencias más marcantes en relación a esta y acercarnos, por ende, a lo que constituye su naturaleza más profunda.

³⁸ Marx considera la propiedad como concepto social básico, tanto a nivel abstracto, como criterio de periodización de la historia humana. Así, sostiene que "...decir que no se puede hablar de una producción –y tampoco de sociedad– en la que no exista alguna forma de propiedad, es una tautología. Una apropiación que no se apropia nada es una *contradictio in subjecto*" *Introducción general a la crítica de la economía política, 1857*, Córdoba (Arg.), *"Cuadernos de Pasado y Presente"*, p. 8). [El libro n.º 96 en esta colección *Socialismo y Libertad*] Refiriéndose a la pequeña propiedad individual, que precede a la propiedad capitalista (la cual, en tanto que base de la pequeña industria, "es una condición necesaria para el desarrollo de la producción social y de la libre individualidad del propio trabajador"), Marx señala: "Este régimen supone la diseminación de la tierra y de los demás medios de producción. Excluye la concentración de éstos y excluye también la cooperación, la división del trabajo dentro de los mismos procesos de producción, la conquista y la regulación social de la naturaleza, el libre desarrollo de las fuerzas sociales productivas" (*El Capital*, México, FCE, 1973, tomo I, p. 647). Tras examinar el paso de la propiedad privada capitalista y la supresión de ésta, Marx concluye: "Esta no restaura a la propiedad privada ya destruida, sino una *propiedad individual* que recoge los progresos de la era capitalista: una propiedad individual basada en la *cooperación* y en la *posesión colectiva de la tierra y de los medios de producción producidos por el propio trabajo*" (Ibíd., p. 649).

³⁹ Esta concepción informa su teoría del imperialismo y se expresa en la creación de la Tercera Internacional, estando definida con singular nitidez en su participación en el segundo congreso de esa organización, en 1920, particularmente en el informe internacional con el que inauguró el evento. Cfr. *Obras completas*, vol. 33, p. 339-357. México, Ed. Salvador Allende, s/f., refiriéndose a una fase anterior del pensamiento de Lenin, correspondiente a 1908-1913, un autor enumera así sus preocupaciones con el desarrollo histórico mundial: "la agudización de las posiciones de clases en Europa, el surgimiento de movimientos antiimperialistas y, sobre todo, la perspectiva de 'una nueva era de revoluciones'". E. Raggionieri, "Lenin y la Internacional Comunista", en *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, p. XVII. Córdoba (Arg.), *Cuadernos de Pasado y Presente*, 1973

El capitalismo y la revolución burguesa

Configurándose a mediados del siglo XVI, la era capitalista no consagra de partida la hegemonía de la forma del capital que le conferiría después sus principales atributos: el capital industrial, el cual reviste entonces el carácter de capital manufacturero. Este se encuentra todavía subordinado al capital comercial, aunque sea allí donde el comercio, y en especial el comercio exterior, impulsa con más fuerza su desarrollo, es decir en Inglaterra, que el capitalismo engendrará más rápidamente los fenómenos que lo conducirán a su madurez. Esos fenómenos son, primero, la revolución burguesa, que le permitirán a los dueños del capital abatir a los obstáculos que le opone el viejo mundo feudal y crear los mecanismos de protección y estímulo al desenvolvimiento del nuevo modo de producción; y, luego, la revolución industrial, que acelera la metamorfosis de la industria manufacturera en industria fabril y lleva al capital industrial a subordinar a sí las demás formas de capital existentes.

Durante la fase manufacturera, tiene lugar la transformación masiva de la propiedad privada individual, fruto del trabajo propio, en propiedad privada capitalista, mediante la expropiación de los pequeños productores rurales y urbanos por la burguesía y la conversión de estos en trabajadores asalariados, forzados a vender en el mercado su fuerza de trabajo. La ganancia deja progresivamente de ser el resultado de transferencias de valor propiciadas por relaciones mercantiles que se efectuaban entre diferentes modos de producción, para derivarse de la parte del producto del trabajo que es apropiada por el capitalista.

En otros términos, la ganancia, en sus distintas formas, no es ya sino la forma aparental que reviste el fruto de la explotación del trabajo llevada a cabo por el capital industrial, i.e., la plusvalía. Esta nace, esencialmente, de la prolongación del tiempo de trabajo más allá del tiempo necesario para que el obrero reproduzca el valor de su fuerza de trabajo, cristalizando en la plusvalía absoluta. Pero, desde un principio, como lo demuestra la cooperación manufacturera, la plusvalía se produce también bajo su forma relativa, es decir, mediante la reducción del tiempo de trabajo necesario a la reproducción del valor de la fuerza de trabajo.⁴⁰

⁴⁰ Es un error corriente entre los marxistas separar mecánicamente, en el tiempo, esas dos formas de producción de plusvalía y desconocer el hecho de que la plusvalía absoluta es condición *sine que non* del capitalismo, cualquiera que sea la fase en que este se encuentre. El desarrollo del sistema muestra que el mecanismo por excelencia de producción de plusvalía absoluta es la prolongación de la jornada de trabajo, mientras que los métodos de producción de plusvalía relativa

El capital comercial podía convivir con distintos modos de producción, ya que era en la esfera de la circulación que él se apropiaba del fruto del trabajo ajeno. Ese no será el caso del capital industrial, el cual opera en el plano de la producción y necesita crear allí una organización económica especial. Se comprende, así, que, en la medida en que se fortalece la burguesía manufacturera, el capitalismo se vaya volviendo incompatible con el modo feudal de producción y acabe por postular la transformación de éste. Pero se entiende también que la revolución burguesa, que conduce a la conquista del Estado por la burguesía para proceder a esa transformación, sólo pueda tener lugar una vez que el desarrollo capitalista se encuentre ya relativamente avanzado.

Es lo que se verá en Inglaterra, a mediados del siglo XVII, en el período que se extiende entre la revolución de 1648, que dio origen a la dictadura cromwelliana, y la llamada “revolución gloriosa” de 1688-89, que instauró la monarquía constitucional y la convirtió en expresión institucional de la alianza de clases entre la burguesía y la nobleza feudal, o la fracción aburguesada de ésta. Tal alianza se fue depurando, hasta llegar –con el predominio de la Cámara de los Comunes sobre la de los Lores– a la cristalización de la hegemonía burguesa al interior del bloque dominante.

Por las mismas fechas en que tiene lugar en Inglaterra la revolución burguesa, Francia se ve dilacerada por una guerra civil en la que se enfrentan dos fracciones de la nobleza. La burguesía emergente participa en ese proceso dividida. El resultado de la Fronde es el fortalecimiento del poder real, el cual, ubicándose por sobre los conflictos de clase, encarna en la monarquía absoluta de Luis XIV. Esta, sustentando con una mano los privilegios feudales,

corresponden al aumento de la intensidad o de la productividad del trabajo (es decir, a la reducción del tiempo requerido para la producción de determinado valor, gracias, por un lado, a la intensificación del ritmo de trabajo y, por otro, a la adopción de técnicas superiores de producción o de métodos de trabajo más eficientes). En el plano de la competencia, la remuneración de la fuerza del trabajo por debajo de su valor –o la apropiación por el capitalista de parte del salario a título de plusvalía– viola la lógica de esos métodos de explotación y, por tanto, de la teoría de la plusvalía, la cual se basa en la relación existente entre los dos tiempos de trabajo constitutivos de la jornada (necesario y excedente), teniendo como premisa la coincidencia entre el valor de la fuerza de trabajo y su remuneración o salario. Como, en este caso, esa coincidencia no se da, el resultado es un método extraordinario (aunque frecuente) de explotación del trabajo o, más bien, de superexplotación que: a) no garantiza la reproducción normal de la fuerza de trabajo; b) asume la forma engañadora de plusvalía relativa (al contrario de lo que supone la mayoría de los autores que se refieren a la cuestión), puesto que, manteniéndose invariable la jornada, se reduce aparentemente el tiempo de trabajo necesario; y c) no se confunde con el concepto de plusvalía extraordinaria, o sea, aquella que el capitalista individual obtiene en proporción superior a sus concurrentes, al reducir el tiempo de producción de su mercancía, aunque no su valor (una vez que el valor de la mercancía se establece de acuerdo a las condiciones generales y no individuales de producción).

concede con la otra beneficios a la burguesía, mediante una política industrializante y proteccionista.

Durante un siglo, mientras la burguesía francesa se ajusta al marco que le fue trazado: las manufacturas de Estado, el comercio ultramarino y la administración estatal y feudal, los campesinos siguen oprimidos por un sistema cada vez más parasitario y las ciudades ven crecer a los pequeños comerciantes y artesanos, al lado de una masa de profesionistas carentes de perspectivas. La revolución de 1789 forzará a la dirección burguesa a aliarse, en un primer momento, con esas clases y fracciones de clase, que, planteando reivindicaciones sociales y políticas que rebasan de mucho a los intereses específicamente burgueses, la impulsan a llevar hasta el límite el enfrentamiento con la nobleza. En medio a esfuerzos por conformar un nuevo bloque dominante, la burguesía lanzará al país en la inestabilidad política y la radicalización de las luchas de clases por casi un siglo, hasta la derrota de los obreros de París en 1871.

Estos procesos, de cierto modo paradigmáticos, se complementan con el de la frustrada revolución burguesa en Alemania, a mediados del siglo XIX, que culmina con la subordinación de la clase a la nobleza, la cual constriñe su desarrollo a un marco signado por el militarismo y la necesidad de conquistar mercados exteriores. Todos ellos están mostrando que la afirmación del capitalismo en su espacio originario: Europa, se tradujo en procesos sociales y políticos diversificados, que se realizaron en diferentes momentos históricos y se basaron en distintas alianzas de clases. Si consideramos el modo mediante el cual la burguesía se convirtió en clase dominante e impuso nacionalmente su modo de producción en Estados Unidos y América Latina, tendríamos ante nosotros un mosaico de situaciones, que solo a nivel de una elevada abstracción pueden tratarse como fenómenos de una misma cepa.

Lo que importa señalar aquí es que el período de transición del capitalismo se extendió por más de dos siglos y sólo fue superado una vez establecida la dominación burguesa y concluida la revolución industrial. En ese lapso, el capitalismo ensayó distintas formas políticas, centradas en torno a la idea de la democracia representativa, y promovió una revolución cultural, que consagró algunos conceptos clave: individualismo, representación política, mercado, progreso, ciencia. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, la historia se convierte de hecho en historia del capitalismo, vuelto en fin sistema universal, y el horizonte del pensamiento humano corresponde cada vez más al marco que le fija el mundo burgués.

El socialismo como período de transición

El socialismo puede entenderse como el período de transición hacia una nueva era histórica y se caracteriza por la superación de la propiedad privada en favor de una nueva forma de propiedad individual, basada en la socialización de los medios de producción. Ello corresponde, en el plano político, a una democracia ampliada y participativa, referida a la inmensa mayoría de la sociedad.

Siendo un período de transición, el socialismo es también ya parte integrante de esa nueva era histórica, del mismo modo que el capitalismo comercial y manufacturero integra la historia general del capitalismo. No procede, pues, considerarlo como simple articulación de modos de producción, como pretende el marxismo estructuralista francés, así como algunos teóricos latinoamericanos. Un período de transición tiene que verse a partir de lo nuevo, del modo de producción que está surgiendo y que lo hace, no mediante la combinación con los que lo preceden, sino principalmente a través del enfrentamiento y la lucha en contra de éstos. La historia de ese período es la de los éxitos y fracasos del nuevo modo de producción y de la clase que lo representa, en su proyección hacia el futuro.

Si se trata del socialismo, ello es aún más verdadero. En efecto, el capitalismo, cuyo fundamento es una variante de la propiedad privada, inicia su existencia dentro del modo de producción feudal. Se requiere cierto tiempo para que el orden feudal se presente como obstáculo para su desarrollo. Sólo entonces la revolución burguesa, la conquista del poder, se plantea como ineludible. Y, aun así, si las condiciones sociales existentes dificultan que esta se concrete, el capitalismo puede seguir su camino, aunque por vías más tortuosas, hasta la extinción total del régimen anterior.

Distinta es la situación a la que se enfrenta el socialismo, puesto que para él la conquista del poder por los trabajadores es condición *sine qua non* de su existencia. Es cierto que el capitalismo pone las premisas del socialismo, al concentrar la propiedad de los medios de producción y favorecer así la expropiación del capital y la socialización del proceso de trabajo; al proletarianizar a las amplias masas de la población y prepararlas, de esa manera, material e ideológicamente, para la propiedad individual basada en la colectivización de las fuentes de riqueza; al desarrollar las fuerzas productivas y hacer posible, por esa vía, el dominio del hombre sobre la naturaleza y la transformación del trabajo en acto plenamente creador.

Sin embargo, hasta que se produzca la revolución proletaria, todos esos procesos no hacen sino acrecentar el poderío burgués y volver más rígidas las cadenas que atan los trabajadores al capital.

La conquista del poder por los trabajadores hace posible imprimir un sello distinto a esos procesos, pero de ningún modo reemplazarlos por otros, de la noche a la mañana. En tanto que período de transición, el socialismo implica la continuidad de los mismos por cierto tiempo y su gradual transformación en algo diferente. Aun una medida de crucial importancia para la revolución proletaria: la supresión de la clase burguesa, no puede ser sino el resultado de una evolución, apresurada y orientada por medidas revolucionarias, como por ejemplo la extinción del derecho de herencia.⁴¹

Con mayor razón todavía, la transformación de la base material de la sociedad burguesa sólo en escala muy limitada puede ser objeto de actos de voluntad y decisiones superestructurales, condicionada como está al desarrollo de las fuerzas productivas. El drama del socialismo dicho real se deriva de que partió de condiciones materiales y espirituales muy deficientes e intentó (muchas veces por presión externa) superarlas prematuramente. Es lo que pasó cuanto trató, por ejemplo, de suplantar a los mecanismos de mercado por la planificación centralizada o integró en un sólo Estado a etnias conflictantes.

Esto no implica subvalorar el factor subjetivo. Elemento esencial en un período de transición es la lucha ideológica, mediante la cual la clase emergente concibe e impone a la sociedad una nueva escala de valores, una nueva moral, una nueva visión de mundo. Para la burguesía, que se asentaba sobre condiciones de existencia distintas a las de la nobleza, no hubo mayor dificultad para oponer a la ética aristocrática, justificadora de la ociosidad y del parasitismo social, una filosofía del trabajo, del mercado y de la ganancia. Lo pudo hacer incluso porque, poseedora de riqueza, le fue posible edificar su propio sistema educacional, además de poner a su servicio parte de la élite intelectual, científica y artística originaria de la nobleza. En Inglaterra, donde la revolución burguesa ocurrió cuando esa situación no se verificaba todavía plenamente, la burguesía debió contraer un compromiso con la nobleza y delegarle muchas de esas funciones culturales, compromiso que dejó profundas marcas en su sistema político y administrativo.

⁴¹ Este es el sentido de las medidas contempladas por Marx y Engels en el programa de la revolución proletaria, incluido en el *Manifiesto Comunista*.

El proletariado, empero, cuyas condiciones de existencia se derivan del capitalismo, del mismo modo que las de la burguesía, depara obstáculos casi intranponibles para trascender la cultura burguesa, aún después de conquistar el poder. Esta parece ser una de las tareas más arduas del período de transición, como lo entendió Lenin al plantearse la cuestión de la revolución cultural.⁴² No hay duda de que el fracaso en este terreno constituye una de las causas principales de la crisis que derrocó al socialismo real, cabiéndole, pues, lugar destacado en la reflexión marxista.

El capitalismo se caracteriza, desde su origen, por su vocación internacional, lo que hace del mercado mundial instancia privilegiada para el desarrollo de sus contradicciones. Ello corresponde a una fuga hacia adelante, lo que significa que el capitalismo no puede contar con el mercado mundial para superar efectivamente esas contradicciones, sino tan sólo para ampliar el espacio en que ellas se dan y, por tanto, para volverlas cada vez más universales. La conquista de nuevos territorios y la extensión de su imperio a un número creciente de pueblos, proceso que comienza ya en la fase de la acumulación primitiva y continua a lo largo de su desenvolvimiento, le permiten amenizar el perfil acentuado que sus contradicciones adquieren en los centros del sistema, a costa de la transferencia a la periferia de su potencial explosivo y autodestructivo.

Esta es la razón por la cual la ruptura con el capitalismo y el paso al socialismo empezaron en los países más retrasados, donde la explotación capitalista dispensa artificios y disfraces, además de ejercerse sobre una masa de trabajadores aún poco hechos a la ideología burguesa. Ello acarreó dos consecuencias para el socialismo naciente: implantarse sobre una base material incipiente, poco capacitada para hacer frente a la competencia con el mundo capitalista, y depender de la movilización de pueblos que no accedían aún a la plenitud de la cultura burguesa, aunque presentaran ya muchos de sus vicios. Esto último era posible porque esos pueblos no eran, como pretendían algunos, una página en blanco (la versión socialista del buen salvaje); por lo contrario, su cultura estaba marcada por la desigualdad y el

⁴² “En nuestro país, la revolución política y social precedió a la revolución cultural, esa misma revolución ante la cual, no obstante, nos encontramos ahora” —dice Lenin, en uno de sus últimos escritos— acrecentando: “Esta revolución cultural sería hoy suficiente para convertir nuestro país en un país completamente socialista, pero presenta inmensas dificultades, tanto de carácter puramente cultural (pues somos analfabetas) como material (pues, para ser cultos, debemos alcanzar cierto desarrollo de los medios materiales de producción, debemos poseer cierta material)”. “Sobre el cooperativismo”, *Obras Completas*, vol. 36, p. 502-503. En relación a este problema, ver, de Antonio Sánchez García, *Lenin y la revolución cultural*, México, Era, 1975.

valor de cambio, siéndoles pues fácil asimilar lo que el capitalismo les ofrecía de peor: la posibilidad de oprimirse y explotarse mutuamente, movidos por la ambición de la posesión de bienes y, sobretudo, de dinero.⁴³

Ciudadanía burguesa y ciudadanía socialista

En estos términos, la conquista del poder no conlleva la posibilidad de transformar de un sólo golpe las estructuras socioeconómicas y, lo que es aún más grave, pone a la cabeza del Estado una clase cuyo desarrollo, en el seno de la sociedad anterior, no le permitió madurar ideológicamente, mediante la conquista y la superación de la cultura burguesa. La crisis actual del socialismo nos fuerza a reflexionar sobre ese problema y esa reflexión apunta hacia el replanteamiento de la cuestión de la vanguardia, o del partido, y su relación con las masas.

En efecto, en un movimiento inverso al que realizó Marx entre el fracaso de las revoluciones de 1848 y la creación de la Asociación Internacional de Trabajadores, los revolucionarios han sido llevados, bajo la influencia de la revolución rusa de 1917 y de la necesidad de luchar contra las estructuras políticas rígidas de los países atrasados, a fundar su estrategia en la dinámica de la vanguardia y a confiar en que la gestación de una nueva ética y una nueva cultura en el seno del partido aseguraría la realización del socialismo. La vida ha mostrado que, aunque mantenga intacta su entereza ideológica y su vocación revolucionaria (lo que no es la regla), el partido no puede sustituir a la clase en la construcción de una nueva sociedad. Esta es una tarea que cabe fundamentalmente a la práctica colectiva de las masas y que obedece a las leyes generales de los procesos sociales.

No se trata de negar la validez del partido en tanto que instrumento de lucha de las masas ni su papel conductor y educador. Se trata tan sólo de entender que la maduración de la capacidad revolucionaria de las masas depende, antes que nada, de su propia experiencia de vida. Es justo y correcto que el partido ejerza el papel de levadura y faro en las luchas sociales, que desarrolle la agitación y propaganda, que se preocupe de la formación de cuadros, que se esfuerce por formular planteamientos tácticos y estratégicos que centralicen las acciones dispersas de la sociedad.

⁴³ Esto fue lo que vislumbró Rousseau, al ocuparse del tema de la desigualdad, y que casi lo llevó al punto de ruptura con la ideología burguesa. Sin embargo, su fidelidad al pequeño productor y, por ende, a la pequeña propiedad individual le impidió hacerlo, de lo que se ha aprovechado la burguesía para, aún a disgusto, proceder a la recuperación de su doctrina.

Pero, en última instancia, la suerte de la revolución depende de la conciencia real que adquieran las masas respecto de los obstáculos que el capitalismo pone a la realización humana y de las limitaciones inherentes a los métodos reformistas. Para ello, no basta la agitación y la propaganda: las masas tienen que educarse prácticamente y, en este sentido, deben ser estimuladas a intentar la superación de los males del capitalismo mediante el ejercicio amplio de los mecanismos que la burguesía dice servir a ese fin o de aquellos a los que ella no se puede oponer sin desenmascarar la naturaleza discriminatoria y excluyente del sistema.

Para dominar las fuerzas productivas, para distribuir la de modo justo la riqueza, para ejercer la conducción de la sociedad en el socialismo es necesario que las masas sepan utilizar los medios que utiliza la burguesía y que los someta a su crítica práctica. Ese camino debe conducirlos a posesionarse de hecho de la gran conquista democrática que significó el advenimiento de la era burguesa: el concepto de ciudadanía, exento en teoría de las exclusiones con que se ha tratado de restringirlo a grupos sociales, étnicos y sexuales definidos.

Aunque la lucha de los trabajadores, de las minorías étnicas y sexuales, de las mujeres y los jóvenes haya ido ampliando la vigencia real de ese concepto, él sufre todavía en el capitalismo las limitaciones impuestas por las desigualdades de clase y las diferencias económicas. La democracia socialista, en la medida en que se da como objetivo suprimir esas desigualdades y diferencias, apunta a realizar a plenitud el concepto de ciudadanía y darle foro efectivamente universal.

Esta es una de las grandes contribuciones del socialismo a la historia humana, que lo diferencia radicalmente del capitalismo, el cual es incapaz de conducir a ese resultado. La ciudadanía socialista, expresión de la perfecta igualdad política, es la condición necesaria para que los hombres desarrollen integralmente su diversidad individual y establezcan entre sí relaciones sociales de una riqueza y complejidad sin paralelo en el pasado. Es en ese sentido que, con Marx, es posible hablar no del fin, como pretenden algunos, sino del comienzo de la historia - vencida en fin esa prehistoria de explotación y opresión del hombre por el hombre que nos toca todavía vivir.

II. Socialismo y democracia

En la historia de las ideas, socialismo y democracia no tienen el mismo origen ni tienden necesariamente a la identidad. Tanto Platón como Saint Simon fueron capaces de imaginar sistemas socialistas de carácter marcadamente autoritario, del mismo modo como la ideología burguesa, aún en sus expresiones más avanzadas, ha podido plantearse la cuestión de la democracia sin vincularla al socialismo. Es el socialismo moderno, que surge como crítica al proceso y a la idea de la sociedad burguesa, con Babeuf, Blanqui, la izquierda ricardiana, y culmina con el marxismo, el que relaciona íntimamente a los dos conceptos y los vuelve inseparables.

Inseparables, pero no idénticos. En su expresión superior, es decir, en tanto que gobierno de las mayorías, la democracia supone al socialismo, en la calidad de modo de organización social que, por asentarse en la propiedad colectiva de los medios de producción, asegura la igualdad política a la masa de productores —aunque, como señaló Marx, no les garantice todavía la igualdad económica. Hay más: la democracia plena no sólo tiene al socialismo como premisa sino que conduce a él, a menos que se pudiese concebir una mayoría que gobernara en beneficio de la minoría, o sea, en contra de sí misma.

La interdependencia que así se establece entre democracia y socialismo no debe, empero, ocultar el hecho de que, lejos de constituir una identidad, ambos corresponden a dos conceptos —y, si los conceptos son buenos, a dos realidades— perfectamente diferentes, aunque unidos por un nexo indisoluble. En tanto que relación dialéctica, las realidades que allí se inscriben, aunque mutuamente determinadas, poseen vida propia, pudiendo desarrollarse de manera asimétrica y hasta contradictoria. Es así como, en el curso de la revolución proletaria, deparamos situaciones en las que la defensa del socialismo se hizo a costa de la democracia (el comunismo de guerra soviético, de 1918 a 1921, por ejemplo) o las exigencias de la democracia impusieron límites a la socialización (la Nicaragua sandinista).

En general, las críticas equivocadas, de derecha o de izquierda, a las revoluciones proletarias nacen de la no comprensión del carácter dialéctico de la relación socialismo-democracia. Peor todavía: ellas no perciben que esa relación se realiza mediante procesos nacionales, los cuales, por sus determinaciones peculiares de carácter socioeconómico y cultural, así como por la correlación de fuerzas internacional en que se enmarcan, afectan el modo

mediante el cual ella se desarrolla, de la misma manera que lo hace el tiempo histórico, el momento particular en que se produce cada revolución.

En lo referente a la relación socialismo-democracia, la confusión respecto a lo que es esencial o contingente, a lo que corresponde al concepto o a la realidad a que alude no es, sin embargo, exclusiva de sus críticos. Hay en cada proceso particular la tentación de convertir en leyes o imperativos generales lo que no son sino características específicas. Esa tentación se hace aún más fuerte cuanto más controvertidas son esas características, o sea, cuanto más necesaria parece su justificación. Así pasó con la colectivización forzosa en la Unión Soviética, la cual, siendo tan sólo el resultado del aislamiento internacional del país y de las luchas de clases que allí se libraban, fue elevada por sus partidarios más entusiastas a la condición de efecto de una hipotética ley de acumulación socialista originaria.

La realidad es que la expropiación violenta de los campesinos –además de que no ocurrió en las revoluciones que siguieron (China, por ejemplo, o Cuba)– fue en la URSS la expresión, y de cierta manera el momento histórico de solución, de las contradicciones que se verificaban en el seno de la alianza obrero campesina, las cuales habían dado ya lugar a las requisas de granos, propias del comunismo de guerra. Cuando Lenin formuló la nueva política económica (NEP), que restablecía el juego del mercado para la producción campesina, lo hizo precisamente para abrir al desarrollo de esas contradicciones una vía pacífica, es decir, democrática.

Las alianzas de clases

Este es, sin duda, un elemento central en el concepto de democracia y que le confiere su especificidad, independientemente del sistema económico con el que convive: el reconocimiento de divergencias y choques de intereses entre los actores políticos (la democracia socialista no hace sino convertir en sujetos políticos reales a las grandes masas del pueblo, lo que la democracia burguesa coarta y reprime) y la posibilidad efectiva de que ellos puedan solucionarlos pacíficamente, mediante la negociación y el consenso. En el momento en que un sujeto impone a otro una solución de fuerza, está abandonando el terreno de la democracia, por mucho que a los ojos de los contemporáneos o en la perspectiva de la historia esa imposición trate de justificarse como una medida destinada a largo plazo a garantizarla. Se puede discutir si, caso no hubiera procedido a la colectivización, la URSS habría sido capaz de llevar

adelante su edificación socialista; de lo que no cabe duda es que la colectivización constituyó un modo no democrático de solucionar la crisis a que había llegado la alianza obrero-campesina.

En esta perspectiva, la democracia, más allá de las instituciones jurídico políticas en que se expresa, configura un modo, un método para solucionar las divergencias entre los sujetos políticos, es decir, de manera general, entre las clases sociales. ¿Entre todas? La visión leninista, inscrita en un contexto de guerra civil y de agresión internacional, contesta a la pregunta restringiendo la democracia al campo de la revolución, a la alianza obrero-campesina, y la germina con la dictadura a ser ejercida sobre la burguesía, que promueve esa guerra y esa agresión. Hagamos a un lado, por mientras, la cuestión de saber si esa dualidad es consustancial al concepto de democracia socialista y ocupémonos, primero, de la manera por la cual Lenin concibe el ejercicio de ésta.

La alianza obrero-campesina en la revolución rusa no es una alianza entre iguales. Ello queda claramente establecido en la Constitución de 1921, que sobredimensiona la representación política del proletariado en detrimento del campesinado. Se considera a esa alianza como la que contrae la clase revolucionaria: el proletariado, con la inmensa masa oprimida y explotada de Rusia, la cual se compone esencialmente de los campesinos, y que ella se basa en la insumisión de éstos a esa opresión y explotación, lo que los convierte también en revolucionarios. Pero, mientras los campesinos se pueden contentar con el acceso al derecho de propiedad, manteniéndose por ello en el marco de la revolución burguesa, el proletariado quiere ir más allá y suprimir la propiedad privada de los medios de producción, como manera de garantizar la igualdad política y, por ende, la libertad. La cuestión reside, para el proletariado, en convencer al campesinado a ir en contra de su interés inmediato: la propiedad privada, en cambio de la satisfacción de su interés más general, vale decir el término de cualquier forma de opresión y explotación.

Convencer quiere decir persuadir. Hay para ello una razón práctica: por su situación minoritaria en la sociedad, el proletariado no tiene condiciones para someter por la fuerza al campesinado, aunque alegara que lo hace en beneficio de éste, sin poner en jaque a la alianza de clases. Pero hay también una cuestión de principio: someterlo por la fuerza contrariaría la vocación democrática del proletariado.

Se requiere, pues, recurrir a la persuasión, más que a la coerción: ello es lo que hace del Estado obrero-campesino un Estado democrático, vale decir un Estado cuya característica central es la solución de las divergencias entre las clases mediante la discusión y el consenso. La forma y la duración de la transición socialista estarán determinadas, antes que nada, por el modo como se enfrenten las divergencias y el tiempo que tome su resolución. Hasta entonces, las dos clases tienen que convivir pacíficamente, haciéndose concesiones mutuas, en el marco de las instituciones estatales que aseguren esa convivencia.

La convivencia democrática no impide, sin embargo, y más bien exige iniciativas tendientes a modificarla. Caso contrario, redundaría en estagnación, el peor enemigo de los grandes proyectos históricos. Mientras esas iniciativas se mantengan en el plano de la persuasión, ellas no afectan para nada el carácter democrático del Estado. Bastaría, empero, que asumieran carácter coercitivo para que la democracia fuera puesta en jaque.

Esto lleva a que nos preguntemos qué es la ley, en un Estado democrático. Instrumento mediante el cual este fija objetivos y establece procedimientos so pena de sanción, lo que la convierte en medida coercitiva, la ley no podría existir en un régimen en que todos fueran iguales y en el que nadie tuviera el derecho de imponer cualquier cosa al otro. Para que ella exista, es necesario que la toma de decisiones en una sociedad no se reparta equitativamente entre los individuos y las clases que la componen –lo que no tiene nada que ver, desde luego, con la igualdad de todos ante la ley, noción que la revolución proletaria hereda de la revolución burguesa.

Democracia e igualdad política no son, pues, idénticas. La democracia implica desigualdad en el plano de la toma de decisiones y conlleva necesariamente un modo de dominación. La especificidad de la democracia socialista reside en que la dominación tiende a ejercerse predominantemente mediante la persuasión y no por la coerción.

Es por lo que, para Lenin, la ley no es un mero imperativo que implica una sanción (como pasa en la democracia burguesa), sino también y sobre todo, en tanto medio de acción de la democracia socialista, un elemento educativo, que plantea objetivos y que los explica, cabiendo al Estado (y al partido) aplicarlos mediante la persuasión.

La ley ideal en la democracia socialista es aquella que contiene más preámbulo que artículos y que sirve de herramienta a los agitadores y propagandistas para inducir comportamientos revolucionarios.⁴⁴ En el límite, la ley no es sino una forma más desarrollada de educación política.⁴⁵

Alianzas y compromisos

El método persuasivo de gobierno se presenta como algo posible cuando ejercido entre clases que enfrentan un enemigo común y comparten objetivos históricos, siendo por ello capaces de actuar con base al consenso. Relaciones de clases de esta naturaleza constituyen una alianza y su expresión política es la democracia.

Distinta es la situación si se trata de clases cuyo relacionamiento se basa en la opresión y la explotación de una por la otra. En este caso, el método por excelencia de gobierno es la coerción, por mucho que la resistencia y lucha de la clase dominada orillen a la clase dominante a hacer concesiones y a recurrir, si no a la persuasión, por lo menos al engaño, con el propósito de limitar el uso indiscriminado de la coerción.

De hecho, Estado alguno puede operar exclusivamente mediante la coerción. Aún el Estado esclavista, que reposa en una relación de opresión-explotación casi indisfranzable y que, por esto mismo, se encuentra siempre con las armas en la mano, aún ese Estado está forzado, para ejercer su poder, a emplear medios no coercitivos: la tradición, la idea de la inferioridad del esclavo, etc. Con el advenimiento de la sociedad burguesa, ello se acentúa, ya que la clase dominante se ve obligada a conciliar la opresión y explotación que ejerce sobre otras clases con el proyecto histórico que ella propuso a éstas y que se basa en las nociones de libertad e igualdad, así como de progreso.

⁴⁴ Sobre este tema, escribió Lenin: "...Si confiáramos en que la redacción de un centenar de decretos iba a cambiar la vida del campo, seríamos unos idiotas rematados. Mas si renunciáramos a señalar en los decretos el camino a seguir, seríamos unos traidores al socialismo. Estos decretos, que en la práctica no han podido ser aplicados en el acto y en toda su integridad, han desempeñado un importante papel desde el punto de vista de la propaganda (...) Nuestros decretos son llamamientos, pero no al viejo estilo: 'Obreros, levantaos, derrocad a la burguesía'. No son exhortaciones a las masas, son llamamientos a acciones prácticas. *Los decretos son instrucciones que invitan a una acción práctica de masas.*" "Informe sobre el trabajo en el campo. Pronunciado el 23 de marzo", VIII Congreso del PC (b) de Rusia, 18-23 de marzo de 1919, *Obras Escogidas*, Moscú, t. III, p. 191. Más adelante, añade: "Nuestros decretos son justos en el fondo. No tenemos motivos para retractarnos de ninguno de ellos ni para lamentarnos. Mas si los decretos son justos, *lo injusto es imponérselos por la fuerza a los campesinos.*" *Ibid.*, p. 214.

⁴⁵ Es más desarrollada porque la clase que la utiliza cuenta con el Estado para apoyarla, aunque no tanto mediante el uso de la fuerza, sino más bien de la presión económica; v.g., la prioridad concedida a las cooperativas agrícolas para la obtención de recursos del Estado.

Cabe a la ideología burguesa realizar esa tarea. Arma privilegiada que representó para la conquista del poder político, la ideología constituye también, para la burguesía, instrumento fundamental para ejercerlo. Ninguna clase en la historia, antes de ella, concedió a la ideología papel tan decisivo en su modo de dominación. Valiéndose de la ideología, la burguesía realizó un esfuerzo gigantesco, con el fin de convertir a la igualdad en subordinación igual de todos ante la ley; a la libertad, en la libre disposición de la propia fuerza de trabajo; y al progreso, en perspectiva individual de promoción social.

La piedra angular de esa construcción ideológica fue el concepto de ciudadanía o, lo que lo mismo, la titularidad individual de los derechos civiles y políticos, mediante el cual la burguesía escamoteó a las clases sociales y destinó a cada quien el papel de participante aislado en la vida del Estado. De esta manera, el individuo ha sido confrontado enteramente desarmado al Estado, fuente y guardián del orden establecido y que basa su existencia en el monopolio de la fuerza.⁴⁶

La democracia socialista, que rompe con el individualismo burgués y se asume como expresión de la lucha de clases, renuncia también a la mixtificación ideológica como instrumento de dominación. Vimos ya la ruda franqueza que reina en el seno de la alianza obrero-campesina, basada en el interés común de poner fin a la opresión y a la explotación, aunque en ella subsistan todavía divergencias respecto a los intereses de clase inmediatos. En relación a la burguesía, con la que no comparte ningún objetivo histórico y de la cual le separa su interés general de clase, el proletariado no puede practicar una política de alianza: por lo contrario, está obligado a someterla por la fuerza, por la coerción, a su proyecto de sociedad.

⁴⁶ El papel destacado que asumió la ideología en la implementación del orden burgués no resta para nada importancia al uso de la fuerza, cabiéndole también a la burguesía la invención del monopolio estatal de la misma. Este inexistió en regímenes anteriores, siendo que el grado mayor de dispersión de la fuerza que observamos en instituciones estatales es el que se da en el Estado esclavista, donde cada propietario de esclavos es libre de emplearla contra sus trabajadores. La burguesía, en su lucha contra el orden feudal, postula el monopolio de la fuerza y, convertida en clase dominante, lo emplea contra las demás clases, llegando incluso a suprimir sus propias organizaciones armadas, constituidas en defensa de la autonomía de los burgos, en la Edad Media. Bajo el régimen jurídico burgués, el derecho a portar armas es concedido sólo a ciudadanos calificados y en función exclusiva de su defensa individual.

Se entiende, pues, que, en una época en que la correlación mundial de fuerzas la favorece, la burguesía se oponga firmemente a los movimientos nacionales de revolución socialista, mediante el fomento a la resistencia interna y la agresión exterior. En ese contexto, la dualidad democracia-dictadura, tal como la formuló Lenin, sí tiene vigencia. Persuasión y coerción se presentan, en esa perspectiva, como dos líneas claramente diferenciadas, polos opuestos y complementares de la acción estatal.

Pero ni la resistencia de la burguesía se ejerce de manera constante y uniforme ni la correlación mundial de fuerzas tiene preeminencia sobre aquella que, internamente, va construyendo la revolución. Así, sea porque la burguesía flaquea temporariamente en su lucha opositora, sea porque se ve forzada a aceptar situaciones *de facto*, la democracia socialista puede –a partir de una clara posición de fuerza– hacerle concesiones, bien como a sectores de otras clases a ella vinculados (como los intelectuales burgueses).

Esas concesiones no se confunden con las que se dan al interior de la alianza obrero-campesina. Estas son ilimitadas en su contenido y en el tiempo, determinando por ello el carácter, el ritmo y la duración de la transición socialista. Las concesiones a la burguesía, inversamente, están condicionadas por las exigencias de la transición, la cual contribuye a fijar su naturaleza y sus plazos. Sin embargo, si se revelan exitosas, abren la posibilidad de acuerdos específicos, los cuales, sin llegar a configurar una alianza, dado que excluyen objetivos históricos comunes, se definen como compromisos.

La política leninista practicó compromisos sin ningún disfraz. Un ejemplo de ello es el decreto de 1918 reglamentando la publicidad comercial, el cual, como subrayó el mismo Lenin, indicaba claramente que el gobierno soviético no se daba como tarea inmediata la socialización total de la industria y el comercio. Otro, los privilegios concedidos a los técnicos, en el período de la NEP. La revolución china aseguró la sobrevivencia de las empresas capitalistas nacionales, por el tiempo de vida de sus propietarios. Cuba mantuvo durante largo tiempo intocado al pequeño comercio. Y la Nicaragua sandinista, en la línea esbozada por el gobierno socialista chileno de la Unidad Popular, consagró tres formas de propiedad en su estatuto jurídico: estatal, cooperativa y privada.

En este plano, el concepto de dictadura, en tanto que régimen de violencia abierta de una clase contra otra, no se aplica plenamente. Los compromisos representan una forma de ejercicio del poder hasta cierto punto consensual, aunque tengan como premisa la capacidad de coerción material del Estado. A diferencia de las alianzas, ellos no implican cuestiones relativas a propósitos históricos comunes, sino que se refieren a intereses de clases inmediatos, claramente identificados y debidamente ecuacionados por las partes.

Sin embargo, la importancia para el desarrollo de la democracia socialista trasciende el plano meramente táctico y va más allá del ámbito atinente a las relaciones proletariado-burguesía. En efecto, para llegar a practicar una política de compromisos, el proletariado tiene que haber solucionado previamente, de modo correcto, su política de alianzas: sólo un bloque revolucionario sólido asegura un Estado fuerte, condición *sine que non*, como ya indicamos, del compromiso. En otras palabras, la política de compromisos no es posible si la democracia no se ejerce plenamente en el seno de la alianza, sin lo que se abriría flanco a maniobras del enemigo.

En esta perspectiva, la política de compromisos no representa sino la irradiación de la práctica democrática del bloque revolucionario al conjunto de la sociedad. Por su intermedio, aún la dominación basada en la coerción asume matices más suaves, permitiendo la extensión limitada de la práctica democrática a la misma burguesía.⁴⁷ Ella abre paso, así, a la universalización de la persuasión, particularmente respecto a las nuevas generaciones originarias de la burguesía, respaldando las conquistas que se logren mediante la revolución cultural. Por ello, el uso del compromiso, siempre que sea posible, imprime un carácter más democrático al conjunto de la transición socialista, la cual, en ese contexto –y solamente en él–, puede adoptar de manera amplia el pluralismo.

⁴⁷ La cual puede abarcar incluso el campo electoral. Lenin era enfático en este punto: “La cuestión respecto a la privación de los derechos electorales a la burguesía no la interpretamos de ningún modo desde un punto de vista absoluto, porque en el terreno teórico es perfectamente admisible que la dictadura del proletariado irá aplastando a la burguesía a cada paso, sin privarla, no obstante, de los derechos electorales. Desde el punto de vista teórico esto se concibe plenamente, y de ahí que tampoco proponemos nuestra constitución como un modelo para los demás países. Decimos únicamente que el que concibe la transición al socialismo sin el aplastamiento de la burguesía no es socialista.” “Informe sobre el programa del Partido. Pronunciado el 19 de marzo”, VIII Congreso del PC (b) de Rusia, 18-23 de marzo de 1919, en *Obras Escogidas*, t. III, p. 191. Moscú, Progreso, 1961

Es para una transición socialista que privilegia el compromiso que Marx concibió el programa expuesto en el *Manifiesto Comunista*. Después de más de un siglo de luchas de clases, la mayoría de los puntos allí incluidos han sido total o parcialmente aplicados en el seno mismo del capitalismo, por lo menos en los países más avanzados. Se equivocan, empero, los que creen por eso que aquel era el programa de la revolución democrático-burguesa. Basta constatar que, entre esos puntos, está la supresión del derecho de herencia, para darse cuenta que el programa apuntaba a hacer desaparecer la columna de sustentación de toda sociedad burguesa: la propiedad privada de los medios de producción.

La modestia aparente y el gradualismo que se expresan en el programa del *Manifiesto* tienen a ver con la manera como Marx concebía el advenimiento del comunismo, es decir, como fruto del mismo desarrollo histórico. A un nivel de abstracción más elevado, él lo planteó en su *Prefacio a la Contribución*, donde nos presenta el paso del capitalismo al comunismo como una sucesión casi natural de modos de producción. El capitalismo crea, en este marco, las premisas del comunismo y es sobre ellas que se apoya el proletariado para promover la transición socialista.

Esto no excluye, de ninguna manera, el hecho de la revolución, vale decir la conquista del poder político por el proletariado. Efectivamente, para Marx, el Estado es la pala que el proletariado debe tomar en sus manos para remover las formas capitalistas que obstruyen el paso de la historia. Esta idea recorre toda su obra, está presente en *El Capital* (donde reivindica, por cierto, el programa del *Manifiesto*), en su polémica con los cooperativistas y, sobre todo, en su reflexión sobre la Comuna de París. Al reconocer en ésta la primera expresión histórica del Estado proletario, Marx no hace sino (como señaló Engels) reafirmar lo que el *Manifiesto* expusiera, sin dejar lugar a dudas: la necesidad de la revolución proletaria como partera del socialismo.

Los caminos de la revolución

¿Es esa revolución necesariamente violenta? Marx admitía la posibilidad del camino pacífico, basado en el compromiso, en países sin gran desarrollo de la burocracia y del ejército, o sea en países donde el Estado burgués no alcanzara todavía su plena madurez. En su análisis del problema, Lenin parte de la visión del capitalismo en su fase imperialista para sostener que la vía pacífica se hallaba cancelada precisamente en aquellos países donde Marx la juzgara más practicable (Estados Unidos, por ejemplo). Las reflexiones de Lenin, retomadas después por la III Internacional, harán del imperialismo la piedra angular de la estrategia de la revolución violenta, particularmente en los países del Tercer Mundo.

La historia le ha dado razón a Lenin. Sin embargo, no hay motivo para suponer que la posibilidad de la revolución pacífica no se pueda replantear, aunque sobre bases distintas de las que estableció Marx. En un marco que se caracterizara por el reforzamiento constante del socialismo y el avance permanente del movimiento revolucionario mundial, la correlación de fuerzas internacional se volvería enteramente desfavorable a la burguesía. Ello sentaría las premisas para las revoluciones pacíficas, capaces de practicar en amplia escala el compromiso y el pluralismo, lo que ahorraría costos sociales y sufrimiento de los pueblos que estuvieran en condiciones de hacerlo.

Obviamente, esta no es la situación que estamos viviendo. Peor aún, pasamos por un período que no favorece una estrategia ofensiva por parte de las fuerzas socialistas, lo que hace, al menos por cierto tiempo, improbable la revolución violenta. Nos vemos, pues, forzados a buscar nuevas formas de acción, orientadas a poner a los trabajadores en condiciones de solucionar en su favor la disputa por el poder, en las circunstancias actuales.

Esas formas de acción, como sabemos los marxistas, no pueden ser fruto de una mera invención, sino que tienen que representar la expresión consciente del movimiento espontáneo de las luchas de clases. Setenta años de triunfos y derrotas del socialismo proporcionan una amplia gama de experiencias, cuya riqueza nuestra reflexión está todavía lejos de agotar. No hay duda, empero, que ellas nos plantean una exigencia fundamental: aprehender en su expresión concreta y particular la especificidad de la relación socialismo-democracia y entender, en cada caso, como se configuraron las contradicciones que ella implica.

En particular, estamos exigidos a analizar las causas de la crisis del socialismo en la Unión Soviética y en Europa oriental, sin lamentar el derrocamiento de regímenes que sabíamos incapaces de realizar las tareas de la transición socialista.

Es necesario, empero, ir más allá. Se trata, para nosotros, de investigar y descubrir las perspectivas de transformación social que el actual desarrollo de las fuerzas productivas está abriendo, en la medida en que este tiende a superar las diferencias entre el campo y la ciudad, homogeneizar en ámbito mundial las condiciones técnicas de producción e internacionalizar el proceso de trabajo. Se trata, también, de determinar hasta qué punto ese desarrollo, que privilegia al trabajo intelectual y los servicios productivos, afecta el concepto de proletariado, por las diferenciaciones que introduce al interior de la clase trabajadora. Se trata, sobre todo, de entender las nuevas formas de acción y los mecanismos de participación que las masas están creando para intervenir de modo más activo en el plano de la gestión empresarial y política.

El control obrero, la cogestión y la autogestión de las empresas; la lucha electoral y la participación en el parlamento y en los gobiernos locales; la participación y el control popular sobre las políticas presupuestaria, educacional, de salud, de transporte público, junto a la reivindicación de una mayor autonomía regional y local; la democratización de los medios de comunicación y el rechazo a la censura; la crítica a las desigualdades de base económica, étnica o sexual: estos son algunos de los instrumentos de que las masas están lanzando mano, aquí y allí, para defender sus intereses, elevar su cultura política y madurar su espíritu revolucionario. Es por esa vía que ellas se están capacitando para —a diferencia de lo que ha ocurrido hasta ahora en las revoluciones socialistas— asumir ellas mismas la dirección del proceso de transición socialista. Lo que, al fin y al cabo, es la única garantía segura de su éxito.

AMÉRICA LATINA EN LA ENCRUCIJADA⁴⁸

Las transformaciones y desafíos que este fin de siglo está planteando en todo el mundo, más allá de las ideologías y de los esquemas económicos y políticos adoptados por los pueblos, son resultado de un proceso que se inició hace más de dos décadas. Aparte algunas exageraciones –como las que han querido presentarlo como el fin de la llamada civilización occidental o como la crisis final del capitalismo– ese proceso ha sido correctamente analizado por los autores marxistas, que recurrieron para ello –dentro del rico arsenal analítico que esa corriente de pensamiento proporciona– a la teoría de los ciclos largos. La tesis que sostenemos aquí es la de que estamos ingresando a un nuevo ciclo de ese tipo, lo que implica necesariamente cambios drásticos y la búsqueda de nuevas soluciones. Nuestra preocupación gira en torno a lo que, en este marco, está pasando en América Latina, dado que, como ningún otro en el pasado reciente, el momento que vivimos tiene importancia decisiva para la conformación de nuestro futuro.

I

La recesión norteamericana de 1967 puso término al período de expansión que vivió la economía mundial capitalista desde el fin de la segunda guerra mundial. Es posible distinguir tres fases en la gran crisis que se abre entonces.⁴⁹ En la primera, que culmina con la brusca elevación de los precios del petróleo, en 1973, se observan indicios de perturbación económica en los países centrales, en particular una persistente alza salarial –motivada por la creciente capacidad reivindicativa del movimiento obrero, ella misma derivada de la expansión capitalista sostenida–, que presiona hacia abajo la tasa de ganancia y conduce a la retracción de las inversiones industriales. Paralelamente, se manifiestan desequilibrios en la balanza de pagos de Estados Unidos, debido a la creciente pérdida de competitividad del país en el comercio de bienes industriales y a su conversión en importador de energía, al tiempo que se concluye el movimiento de grandes inversiones norteamericanas en Europa, todo ello conduciendo a la crisis del dólar y, en consecuencia, del sistema financiero internacional.

⁴⁸ Mecanuscrito, s. f. aprox. 1990

⁴⁹ G. Muller, *Introdução à economia mundial contemporânea*, EDUC, Sao Paulo, 1987

El aumento de la concurrencia entre los grandes centros capitalistas y las crecientes disponibilidades financieras generadas por la caída de la inversión productiva conducen a la sobreacumulación de capital. Un resultado significativo de ello es –como estrategia para la lucha por mercados y por campos de inversión– el reciclaje de parte de los excedentes financieros y de capacidad productiva a países de la periferia capitalista (y también a países del mundo socialista), contribuyendo a acelerar allí el desarrollo industrial y a propiciar la emergencia de los que se ha convenido llamar “nuevos países industriales” o “NICs”. En América Latina, Brasil y México caben en esa categoría, pero, en general, esa fase corresponde a un proceso de expansión para la mayoría de los países de la región.

Después de 1973 –y, particularmente, tras las grandes batallas que, a mediados de la década, derrotaron al movimiento obrero en los países centrales– la situación se modifica. La relación salario-ganancia se estabiliza a un nivel más bajo y las inversiones productivas también, siendo que éstas, en una reacción natural en coyunturas de ese tipo, buscan preservar la rentabilidad media de los grandes grupos financieros y de las corporaciones industriales mediante la diversificación sectorial y la especulación. El reciclaje de los petrodólares hacia los grandes centros agrava la sobreacumulación de capital, sólo parcialmente paliada por las transferencias –vía inversión directa, préstamos y financiamientos– a la periferia capitalista, así como a los países socialistas. Sobre la base de la agudización de la sobreproducción y del crecimiento persistente de la deuda pública, la coyuntura se caracteriza por estancamiento e inflación. El segundo choque del petróleo, en 1979, aunado a la elevación de las tasas de interés (que se vuelven flotantes), al tiempo que precipita a los países centrales en una nueva y violenta recesión, generaliza la crisis en el resto del mundo. Los precios internacionales se derrumban y el comercio mundial se retrae, mientras las inversiones extranjeras se estancan y los préstamos y financiamientos se vuelven escasos y caros. Con ello, América Latina y, en general, la periferia capitalista son arrastradas también a la crisis, incluso los NICs, lo mismo que los países socialistas.

Los años 80 comienzan, pues, con una aguda recesión, que, iniciada en los países centrales, dura allí hasta 1982, arrojando en el periodo una tasa media anual de variación del producto real del orden del 0,8%. A partir de 1981, la recesión alcanza a los países dependientes, extendiéndose hasta 1983, y golpea con especial rigor a América Latina; en esos tres años, la tasa media anual de variación del producto real es, para todos los países subdesa-

rrollados, de 1,7% y, para la región, de -1,1%. La recuperación comienza en 1983, para los países centrales (tasa media anual de 3,5%, en el trienio 1983-85), y llega, el año siguiente, a los países dependientes, América Latina inclusive (la tasa media anual; para todos, en el periodo 1984-86, es de 3,6% y, para América Latina, de 3,1%). Paralelamente, el comercio mundial, cuya tasa anual media de variación, entre 1980-82, fuera de -0,6%, alcanza una tasa media de crecimiento anual de 5,3%, en el trienio 1983-85, la cual se mantiene en el trienio siguiente, expandiéndose, según estimación del GATT, en 7% en 1989.⁵⁰

Las características que presenta esa recuperación parecen apuntar a profundas transformaciones en las economías nacionales, particularmente en los países capitalistas centrales, así como a cambios no menos drásticos en la división internacional del trabajo y en todo el sistema económico mundial. Es así como, si nos detenemos en lo que pasa en los países centrales, observamos que –a diferencia de las precarias recuperaciones que allí se presentaron, a lo largo del período 1967-79– ésta reposa en el crecimiento sostenido de la tasa de formación bruta de capital fijo. Con base en datos del FMI, ante un crecimiento anual medio de 3 % para el periodo 1971-80, esa tasa (después de caer al 2,1 % anual, entre 1981- 82) crece anualmente al 5,6% en el trienio 1983,85 y se mantiene en el elevado nivel de 5% en el trienio 1986-88, para el conjunto de los países capitalistas desarrollados. Respecto a los principales países industrializados eso significa, a lo largo del periodo 1983-88, la asignación anual de porcentajes del PIB que varían entre 16 y 17 % en Estados Unidos, 20 y 21% en Alemania Federal y 30 y 35 % en Japón. En valores corrientes, y sólo en 1988, esos tres países movilizaron para ese fin una suma superior a 1,5 billones de dólares.

Además de alcanzar niveles considerables, la inversión en capital fijo de los países desarrollados tiene connotaciones que vale la pena resaltar. En primer lugar, aumentó en ella la parte correspondiente a maquinaria y equipo: comparando la inversión realizada en este renglón, en 1988, con el promedio anual del período 1976-80, se ve que ella pasó, en Estados Unidos, del 45,2 % del total a 53,2 %; en Japón, del 45,9 % al 59,3 % y, en Alemania, del 37,1 % al

⁵⁰ BM: Banco Mundial, *Relatório sobre o desenvolvimento mundial 1988*, FGV, Río de Janeiro, 1988.

CLEPI: Centro Latinoamericano de Economía y Política Internacional, CLEPI: *Informe sobre la economía mundial, 1988-1989*, Nueva Sociedad, Santiago de Chile, 1988.

CEPAL: Comisión Económica para América Latina, CEPAL, *Informe económico de América Latina, 1988*, Santiago de Chile, 1989a, *Balance preliminar de la economía de América Latina y del Caribe*, Santiago de Chile, 1989b.

41,8 %. En segundo lugar, en la inversión en maquinaria y equipo predominó la que corresponde a bienes de alta tecnología (maquinaria y equipo para escritorios y oficinas, principalmente computadoras, equipos de comunicaciones, científico-ingenieriles y fotográficos); la parte referente a bienes de alta tecnología representó cerca de 3/4 del total de la inversión en maquinaria y equipo en Estados Unidos, en el periodo que va de 1986 a la primera mitad de 1988, según el FMI. En tercer lugar, la reducción relativa de los precios de los bienes de alta tecnología implicó que la inversión relativa a ellos –y, por ende, al total de maquinaria y equipo– haya sido aún mayor, en términos reales: según la misma fuente, de 1987 al tercer trimestre de 1988, en Estados Unidos, el deflactor de precios de esos bienes fue inferior en un 14% al deflactor de precios del PNB.⁵¹

Esas tres características señalan un cambio cualitativo en la fase de recuperación que estamos considerando, principalmente en la medida en que envuelven la desvalorización del capital fijo, condición *sine qua non* de una recuperación de largo alcance. Ello se completa con los fenómenos que se presentan en el plano del capital circulante. Así, del lado de las materias primas, la producción de nuevos materiales ha llevado a que el gasto en ese renglón se haya reducido considerablemente por unidad de producto, principalmente en las industrias de alta tecnología: corresponde a un máximo de 3 % en un microchip semiconductor, contra 40 % en un vehículo automotor.⁵² Respecto al capital variable, el rasgo sobresaliente es la sustitución creciente de la producción intensiva en mano de obra por la producción intensiva en saber, es decir, en investigación, desarrollo y tests: en el costo total de un microchip, el gasto en mano de obra incide en un 12 %, frente a 70 % de gasto en saber; esa tendencia se manifiesta también, aunque con menos fuerza, en las industrias de elevado índice de absorción tecnológica, llevando a que, en una fábrica automotriz robotizada, el costo de la mano de obra no vaya más allá del 20 al 25% del costo total de producción.⁵³

Esas nuevas tendencias de la acumulación capitalista en los países centrales tienen como base el incremento de la productividad del trabajo y de las inversiones en actividades de investigación y desarrollo (R&D), que altera drásticamente la estructura de la fuerza de trabajo y su situación de empleo.

⁵¹ O. Caputo, *El comportamiento de la inversión en los principales países capitalistas desarrollados*, mimeo. 1989

⁵² P. F. Drucker, "A economía mundial transformada", in *Economic Impact*, USIS, Brasília, 1987/2.

⁵³ P. F. Drucker, *op. cit*

En los países industrializados, el gasto en R&D gira en torno al 3 % del PIB, lo que implica, actualmente, para los tres más avanzados (Estados Unidos, Japón y Alemania Federal), movilizar una suma de aproximadamente 225 mil millones de dólares al año. Ello acarrea el aumento de una capa de trabajadores altamente calificados en los centros fabriles de investigación y en las universidades, lo que presupone serias transformaciones en el sistema educacional como un todo e incide en el conjunto de la fuerza de trabajo industrial, marginalizando a masas crecientes de obreros no calificados o menos calificados, independientemente de –o más exactamente debido a– la reanudación de la acumulación. Es lo que explica que, de acuerdo a la OCDE, en los países industrializados, en la recuperación anterior, o sea, entre 1975-80, la tasa de desempleo fuese de 4,3 %, mientras, en la actual, entre 1984-88, sea del 7,8 %.⁵⁴ Informaciones de Estados Unidos dan cuenta de que, entre 1973-85, 5 millones de *blue collars* del sector manufacturero quedarán desempleados, pese a que, entre 1973-86, el empleo en ese sector haya pasado de 82 a 110 millones de personas, aumentando en un 34 %⁵⁵

Para hacer frente a esas transformaciones, que tienden en última instancia a afirmar la primacía de las industrias de alta tecnología en la producción, los grandes centros capitalistas han debido echar mano de una inmensa masa de recursos financieros y materiales. En ese sentido, paralelamente a la concentración del capital, es decir, al crecimiento de los capitales individuales que acompaña a la acumulación, la crisis ha favorecido la formación de grandes masas de capital mediante la centralización, lograda a través de la subordinación, la absorción y la expropiación de unos detentadores del capital por otros. Las compras, acuerdos y fusiones de empresas a que asistimos todos los días en el área de la industria electrónica, automotriz, de telecomunicaciones y otras, son apenas un indicador de ese fenómeno. A su lado, hay que considerar que los mismos flujos de capital en el plano internacional están mostrando una creciente centralización del capital mundial en favor de los grandes centros capitalistas, la cual se expresa también a nivel del capital-mercancías, vale decir de los trueques involucrados en el comercio internacional. Ello implica, para los países dependientes, no sólo la pérdida de aportes de capital externo capaces de dinamizar su proceso de acumulación, sino también la transferencia neta de recursos financieros a los países centrales, juntamente con el deterioro de su posición comercial en el contexto internacional.

⁵⁴ CLEPI. *op. cit*

⁵⁵ P. F. Drucker, *op. Cit.*

Según el FMI, si, en 1982, las inversiones extranjeras directas se destinaban en un 53,6 % a los países industriales y en un 46,4 % a los países subdesarrollados, en 1986 –superada la gran recesión en los países centrales– éstos se quedaron con el 76,7 % del total, quedando a los países subdesarrollados tan sólo el 23,3 %; en los mismos años; la participación relativa de América Latina en ese renglón bajó del 11,5 % al 4,6 %. Considerando al flujo de capitales, es decir, movimientos por concepto de inversión directa, crédito privado y crédito oficial, los países subdesarrollados reciben aún, en términos netos, 10,5 mil millones de dólares en 1982, llegan a un punto muerto en 1983 (110 millones de dólares netos recibidos) y comienzan a transferir recursos netos, a partir de 1984, alcanzando 24 mil millones de dólares en términos negativos, en 1986.⁵⁶ Entre 1982 y 1989, el movimiento de capitales de América Latina implicó una transferencia neta de 203 mil millones de dólares, equivalente a 49 % del total de su deuda externa bruta al 31 de diciembre de 1989, siendo que, en este último año, los cerca de 25 mil millones de dólares transferidos corresponden a 3 % del PIB de la región.⁵⁷

A esas formas de expropiación hay que agregar, siguiendo al GATT, la que se realiza a través del comercio y que implicó que los precios de los productos primarios, exceptuado el petróleo, entrarán en declinación a partir de 1977, manteniendo esa tendencia –salvo ligera interrupción en 1983-84– a lo largo de la década de 1980, fenómeno que afectó también a los bienes manufacturados producidos por los países subdesarrollados; aún el petróleo, tras la brusca valorización iniciada en 1979, tuvo sus precios deprimidos a partir de 1983 y, al final de la década, mostraba una pérdida superior al 10 que conquistara en la coyuntura 1979-1982.⁵⁸

No sorprende, pues, que la participación de los países subdesarrollados en el valor total realizado por concepto de exportaciones haya disminuido, pasando del 28,6 % que representaba en 1981-83 al 20,8 % en 1986; esa tendencia afecta a los países de todas las regiones exportadoras, a excepción de Asia, siendo particularmente fuerte en África y en el Medio Oriente; respecto a América Latina, su participación baja de 5,5 % a 5,0 % en los dos momentos considerados,⁵⁹ cabiendo aún resaltar que, en 1989, la región aumentó en 57 % el volumen de sus exportaciones en relación con 1980, pero el deterioro de los términos de intercambio determinó que, expresado en

⁵⁶ CLEPI, *op. cit.*

⁵⁷ CEPAL, 1989b, *op. cit.*

⁵⁸ Banco Mundial, *op. cit.*

⁵⁹ CLEPI, *op. cit.*

valor, ese aumento haya sido tan sólo del 24 %.⁶⁰ Esa pérdida de participación de los países subdesarrollados, además de darse en el marco de la expansión del comercio mundial, como hemos visto, está significando, de hecho, su expulsión gradual de los mercados constituidos por los países industriales, así como de aquellos conformados por los mismos países subdesarrollados: en 1981-83, 69,6 % de las exportaciones de los primeros se dio entre ellos, cifra que pasó al 76,5 % en 1986, mientras los países subdesarrollados exportaron para sus propios mercados 29,7% y 27,6 %, respectivamente, en los momentos considerados.⁶¹

Cabe resaltar aquí dos rasgos del comercio mundial que permiten entender mejor el proceso de marginalización que están sufriendo los países dependientes. Primero, en lo que se refiere al flujo de mercancías, el aumento del 56 al 73 % que presentan las manufacturas en general, frente a un retroceso del 15 % al 13,5 % de los productos agrícolas y –renglón más afectado por la producción de nuevos materiales– del 29 al 13,5 % de los productos minerales, entre 1980 y 1988.⁶² Segundo, en relación al ítem servicios, el aumento considerable de su peso en la circulación del valor, sobre todo si se los toma bajo el concepto de servicios factoriales, es decir, flujos de servicios vinculados a capital y tecnología, que se contabilizan aunque no den origen a transacciones de importación y exportación o, lo que es lo mismo, flujos que incluyen a la venta de servicios por empresas extranjeras instaladas en el país.⁶³

Bajo el primer aspecto, es decir, en tanto comercio *strictu sensu*, los servicios representaron, en 1985, para Estados Unidos, 80 mil millones de dólares en exportaciones y 66 mil millones en importaciones, dejando un saldo positivo de 14 mil millones de dólares; bajo el segundo aspecto, en el mismo año, Estados Unidos alcanzó ingresos correspondientes a 96 mil millones de dólares y tuvo gastos de 67 mil millones de dólares, elevando su saldo positivo a 29 mil millones de dólares.

América Latina presenta un cuadro invertido, según el enfoque adoptado: en 1985, con 19 mil millones de dólares en exportaciones y 22 mil millones en importaciones, presenta un saldo negativo de 3 mil millones de dólares, pero, con ingresos de 10 mil millones y salidas de 46 mil millones de dólares por

⁶⁰ CEPAL, 1989b, *op. cit.*

⁶¹ CLEPI, *op. cit.*

⁶² A. Porto, "Il Revolução Industrial chega ao fim nos EUA", in *Panorama da Tecnologia*, *op. cit.*

⁶³ M. Arruda, "Brasil: é essencial reverter o atraso", in *Panorama da Tecnologia*, pp. 3-8. Río de Janeiro, 1989.

concepto de servicios factoriales, su saldo negativo asciende a 36 mil millones de dólares.⁶⁴

En los servicios, se destacan, sobre todo, las actividades relacionadas con los bancos, las telecomunicaciones, la administración, consultoría y turismo, dando lugar a beneficios o rentas, licencias, royalties y honorarios. En la estela de las transformaciones por las que pasa la economía mundial, con el desarrollo de las nuevas tecnologías y el imperio del capital financiero, su peso en las economías centrales no ha hecho sino aumentar: en relación al PIB, ellos representaban, en Estados Unidos, 62% en 1970 y 68% en 1987; en Japón, 47 y 57% y en Alemania Federal 44 y 60%, en los dos años considerados; en Brasil, en las mismas fechas, no se habían movido de la cifra del 51%, además de abrir espacio considerable a actividades de menor rango, como los servicios personales.⁶⁵

II

Estamos asistiendo, pues, a la transición del mercado mundial hacia una etapa superior, marcada por el predominio de las manufacturas y servicios ligados a las nuevas tecnologías, que privilegian al saber, y a la declinación de la importancia de los productos primarios o manufacturados que se basan en diferenciales de costo, determinados por el empleo intensivo de mano de obra barata. En los términos en que se encuentra planteada, esa transición implica una creciente homogeneización tecnológica de los procesos de producción, obtenida mediante la nivelación por arriba y traducida en la fabricación de bienes altamente estandarizados, independientemente del país en que se ubican las plantas productivas. Ello confiere un alto grado de universalidad a las mercancías, para hacerlas efectivamente intercambiables en el plano de la producción, lo que conduce a la internacionalización del proceso de trabajo y requiere que se iguale efectivamente la calificación de la fuerza de trabajo. Con ello, los diferenciales de costo pasan a depender esencialmente de la especialización productiva, la que –sin excluirlas– depende cada vez menos de ventajas comparativas naturales para reposar cada vez más en la productividad del trabajo.

⁶⁴ CLEPI, *op. cit.*

⁶⁵ CLEPI, *op. cit.*

Llegan al fin, en esas circunstancias, las inversiones extranjeras que, aprovechando la protección aduanera, se destinaban a atender a mercados cerrados, lo que hace explicable el redireccionamiento del capital hacia los países centrales. Por otra parte, la masa de recursos que exige la reconversión tecnológica, si lleva, como hemos visto, a la centralización del capital, conduce, por otro, a una intensificación de la lucha por mercados. Así, por ejemplo, el costo de desarrollo de una central de telecomunicaciones requiere, para ser rentable, una tajada de 6 al 10 % del mercado mundial.⁶⁶

Esa transición del mercado mundial hacia una nueva etapa se realiza mediante dos movimientos contradictorios, que apuntan a un sólo propósito: asegurar a los centros industriales el espacio económico necesario a la circulación de los bienes y servicios que producen sobre la base de la modernización tecnológica. El primer movimiento tiene que ver con la modificación de los campos de fuerzas que configuran a la economía mundial, cuyo resultado es la emergencia de nuevos bloques económicos. El segundo se refiere a la transformación de las relaciones jurídicas que rigen el flujo internacional de bienes y servicios, transformación que apunta a hacer más libre la circulación de éstos en el conjunto del sistema.

Como en todo proceso de esa naturaleza, la emergencia de los nuevos bloques económicos se da mediante un procedimiento de desintegración y reintegración. Así, bajo la presión del servicio de la deuda externa y empantanados en el estancamiento y en la inflación, los países de América Latina han visto fracasar los propósitos de desarrollo autónomo y solidario, que habían planteado en la década de 1970 y que respondieron por iniciativas como el SELA, así como por los proyectos de afirmación nacional en el plano regional y mundial, que diseñaron países como Brasil, Argentina, México y Venezuela; aislados y débiles es como quieren negociar con ellos Estados Unidos y los demás centros capitalistas –lo mismo está pasando a los países de África, donde ni siquiera el proyecto subimperialista de Sudáfrica ha podido mantenerse. El campo de influencia soviético tampoco ha resistido. La economía mundial tiende a consagrar, en el próximo período, el imperio de los grandes centros capitalistas, siendo pocos los países, en esas circunstancias, que disponen de potencial suficiente para impedir su anexión económica por ellos.

⁶⁶ A. Porto, *op. cit.*

En ese contexto, se destaca el bloque europeo, que hoy extiende su radio de acción más allá de Alemania y amenaza incluso quitarle pedazos a la misma Unión Soviética. Teniendo, hasta ayer, como eje de sustentación, a Alemania Federal y Francia y, en contrapunto, a Inglaterra, ese bloque ve su equilibrio amenazado por el resurgimiento de la Gran Alemania; por simple adición, ésta ingresa al club de los PIB billonarios (formado, hasta ahora, sólo por Estados Unidos, Unión Soviética y Japón) y espera contar, tan pronto se establezca la situación, con el formidable refuerzo de mano de obra calificada y disciplinada que aportará su lado oriental. Irradiando su influencia principalmente sobre África y Asia meridional, la nueva Europa tiende, por tradición y derecho, a establecer relaciones especiales con la Unión Soviética –país que, por sus características, constituye de por sí un verdadero bloque económico, así como China.

Japón tiene su área de influencia natural, el Sudeste asiático, y trata de ampliarla a Australia y Nueva Zelanda, así como a Chile (quien participa ya, como observador, de las reuniones del Cinturón del Pacífico); no será sorpresa que lleve su interés también al Perú. Finalmente, Estados Unidos –que contra-balanza la relación Europa-URSS con una preferencia similar por Japón– cuenta ya con la inclusión de Canadá y México en su área de influencia directa (donde se incluye, además, tradicionalmente, Centroamérica) y ya anunció la intención de extenderla a Sudamérica, a través de la llamada “Iniciativa de las Américas”.

Ese reordenamiento del sistema mundial, expresión a nivel económico y político del impulso que gana la centralización del capital, no implica, como hemos indicado, la constitución de campos cerrados, sino la reunión de condiciones adecuadas para hacer frente a la lucha por mercados, tal como se plantea hoy en la nueva economía internacional. Para crear ese espacio más amplio, juega el otro movimiento señalado, relativo a la superestructura jurídica del mercado mundial. Cabe aquí destacar que, a partir de 1980, Estados Unidos ha sabido asumir la iniciativa en diversos frentes, en especial mediante la institucionalización de lo que, desde su inicio, se venía constituyendo en práctica del gobierno de Reagan: utilizar a la deuda externa de los países dependientes para forzarlos a contribuir más activamente a la superación de la crisis en los países industriales y, paralelamente, readecuar sus economías a los intereses de éstos. Mediante el *FMI bill*, de 1983, así como, los informes del Departamento del Tesoro, de 1982 y 1984, la política norteamericana definió, expresamente, su apoyo en el corto plazo a programas

de estabilización, tendientes a controlar a la demanda agregada y generar excedentes exportables, destinados a habilitar a los países endeudados a servir sus compromisos financieros externos; y, en el medio y largo plazo, a programas basados en privilegiar al sector privado y a la inversión extranjera, en el marco de las llamadas “fuerzas de mercado”.⁶⁷ A excepción de Chile, que adoptó ese patrón de desarrollo desde mediados de los setenta, la iniciativa norteamericana constituye uno de los factores principales para que las políticas neoliberales se hayan generalizado ahora a toda América Latina.

Al lado de avances logrados en las difíciles relaciones con sus aliados preferenciales –como el acuerdo del Grupo de los Cinco, en el Hotel Plaza, Nueva York, en 1986, para la coordinación de sus políticas macro-económicas, con el fin de moderar la devaluación inflacionaria del dólar y reducir las tasas de interés–, Estados Unidos se jugó para llevar al GATT a iniciar, en septiembre de 1986, la Rueda Uruguay, orientada a revisar las normas que rigen el flujo internacional de bienes y servicios (estos últimos, como vimos, son el punto más delicado), readecuándolas a los intereses de los grandes centros económicos. Quedaban fuera las cuestiones relativas a la propiedad intelectual y a las inversiones extranjeras, para lo que Estados Unidos echó mano de su fuerza política. En relación a las inversiones, hemos visto ya que las ventajas concedidas a ellas por los países dependientes son condición necesaria para contar con el apoyo norteamericano en las negociaciones relativas a su deuda externa. La cuestión de la propiedad intelectual, a su vez, además de discutirse en la instancia adecuada –el Instituto Mundial de la Propiedad Intelectual–, se convirtió en objeto de presión gubernamental, ejercida bilateralmente, y gira en torno a tres exigencias: creación de nuevas formas de protección para circuitos integrados; aplicación de institutos legales ya existentes a nuevos procesos industriales (como el derecho autoral en materia de *software*) y la extensión de la protección dada a un proceso en relación con sus productos (lo que implica patentar plantas y animales derivados de nuevos procesos industriales). Estados Unidos obtuvo ya buenos resultados en ese campo, particularmente en lo que se refiere a la protección de *softwares*, como lo muestran los cambios introducidos en la legislación japonesa, en 1984; coreana, en 1987, y brasileña, en 1988.⁶⁸

⁶⁷ CLEPI, *op. cit.*

⁶⁸ A. Porto, *op. cit.*

Factor decisivo para lograr la transformación del aparato jurídico-institucional que rige a las relaciones económicas internacionales y para promover la readecuación de la economía mundial a los intereses de los grandes centros capitalistas, en el momento en que éstos ponen en marcha las nuevas tecnologías y alcanzan un alto grado de competitividad, ha sido la ofensiva ideológica lanzada por Estados Unidos en los 70, con base en el neoliberalismo. Apuntando a la recuperación de una plena libertad para la circulación de mercancías y capitales, la ideología neoliberal –como lo había hecho el liberalismo, particularmente en el momento de hegemonía incontrastable de Inglaterra, entre 1860-80– ha vuelto a plantear como cuestiones centrales el colapso de las barreras proteccionistas que protegieron, en la posguerra, a la industrialización de la periferia, y el achicamiento del Estado, que implica –a través de la privatización de las empresas públicas– abrir las áreas más rentables de las economías dependientes al capital extranjero y, en general, reducir la capacidad de esas economías a las presiones externas, capacidad que sólo el Estado –en tanto fuerza concentrada– asegura. El resultado de la aplicación de las políticas neoliberales tiende a ser la destrucción de sectores económicos enteros, en provecho de una creciente especialización productiva.

III

Es en ese marco que América Latina ha debido repensar las perspectivas que le ofrece el mundo de mañana. La inviabilidad de los proyectos de afirmación nacional y de integración regional, a que hicimos referencia, condujo, hacia mediados de los 80, al replanteamiento por parte de algunos países de su política de alianzas, con vistas a constituir un campo de fuerzas que, aunque más restringido, proporcionara a sus integrantes mejores condiciones para negociar con los grandes bloques su integración a la nueva economía mundial. Así fue como nació el acuerdo de integración entre Brasil y Argentina, al que luego se sumaría el Uruguay y al que se busca hoy incorporar a Chile, con el fin de constituir un núcleo económico capaz de poner sobre bases más realistas la cuestión de la integración regional. La generalización de regímenes políticos que consagran a la democracia parlamentaria favorece ese propósito, en la medida en que atenúa los problemas que creaban a las relaciones latinoamericanas las dictaduras militares, aunque la reconversión económica de los países involucrados sea la principal cuestión a resolver, para llevarlo a buen término.

La reconversión económica latinoamericana, con vistas a una mayor especialización y eficiencia, es una exigencia que no puede ser cuestionada y es indudable que ella pasa por el fin del proteccionismo, en la forma en que se venía practicando, y por la redefinición del papel del Estado en el desarrollo económico y social. De hecho, la reconversión sólo en parte es resultado de las presiones del exterior en ese sentido –presiones que juegan para acelerarla y definir su forma–, ya que el mismo callejón sin salida a que llegó Latinoamérica en la década de los 80 la hizo impostergable. Urgida a buscar saldos comerciales capaces de garantizar las transferencias al exterior (las cuales no representan, como inadvertidamente se dice, exportaciones de capital, una vez que, no proporcionando a la región cualquier tipo de retorno, configuran pérdidas netas), América Latina ha contribuido para inflar a la oferta mundial de productos primarios, con la consecuente caída de los precios, al tiempo que, comprimiendo al consumo interno, creaba saldos exportables de bienes no tradicionales de manera totalmente artificiosa, muchas veces incluso a costa de subsidios. Con ello, a la par de la sangría representada por el servicio de la deuda, los países de la región han debido transferir aún más riqueza, vía precios, lo que, deprimiendo el nivel de vida de su población y restando recursos al ahorro y a la inversión, los hundió en el estancamiento, la inflación y la miseria.

Salir de ese círculo vicioso se ha vuelto, pues, un imperativo. Es absurdo que, por la fuerza de las barreras proteccionistas, los consumidores latinoamericanos sigan enfrentados a precios internos más altos que los precios internacionales, para asegurar a los capitalistas que operan en el país tasas elevadas de ganancia. Es absurdo que el Estado disponga de los escasos recursos que arranca a la población para rebajar los precios de los bienes de exportación, subsidiando a los consumidores de los países ricos, al tiempo que reduce aún más sus recursos al llevar a sus empresas a practicar precios artificialmente bajos, ya para garantizar tasas elevadas de ganancia que exigen los capitalistas internos, ya para mantener bajos a los precios de exportación. Es absurdo, en fin, que, so pretexto de mantener la competitividad externa y crear saldos exportables, los salarios de los trabajadores sean constantemente rebajados, mientras, ante la renuencia del Estado a poner en práctica políticas sociales consistentes, éstos ven aumentar sus necesidades insatisfechas.

Lo que hay que cuestionar no es, pues, la reconversión de la economía latinoamericana, sino los intereses que la alientan y el camino que ella empieza a recorrer. Respecto a los primeros, y sin hablar de los que orientan la acción de los grandes centros capitalistas, es posible distinguir tres núcleos o fracciones, todos referidos a la gran burguesía, cuyo desarrollo, y aún su existencia misma, se da de modo desigual en los distintos países de la región, según el grado de industrialización que presenta cada uno. Viene, primero, el núcleo que corresponde a las industrias basadas en las nuevas tecnologías —en especial, la microelectrónica, la informática, la química fina y la industria farmacéutica, la industria de telecomunicaciones, la industria aeronáutica y la aeroespacial— cuyo porvenir está vinculado a las transformaciones por las que pasa la economía mundial y que tiene interés no sólo en la apertura de la región al exterior, sino también en su reconversión interna. Los grupos que componen a esa fracción, sean nacionales o extranjeros, buscan establecer condiciones, favorables para la negociación con los gigantes internacionales que detentan el monopolio tecnológico en sus ramas, condiciones que pasan por la supresión del proteccionismo arancelario, la readecuación jurídico-institucional de sus países —a modo de hacer posible la vinculación tecnológica y financiera con el exterior— y la modernización de las industrias mencionadas de difusión tecnológica rápida (automotriz, autopartes, mecánica), que constituyen el mercado natural para su producción y sin la cual ellos no tendrían base interna.

La segunda fracción burguesa corresponde a los grupos exportadores, vinculados sobre todo a actividades mineras o agropecuarias, que dependen fundamentalmente del mercado externo. A diferencia del núcleo antes mencionado, ésta no tiene mayor interés en la reconversión propiamente dicha, sino tan sólo en la apertura indiscriminada al exterior, así como en las políticas de fomento a las exportaciones. En los países donde esa fracción predomina, existe el riesgo de que la reconversión signifique de hecho un simple regreso de América Latina a la forma económica y al papel internacional que eran los suyos en el siglo XIX, radicando la diferencia en el carácter más francamente capitalista que los grupos que la constituyen poseen hoy, en cuanto a las formas de explotación del trabajo y de gestión empresarial, así como a la importancia que conceden a la productividad.

Finalmente, la tercera fracción—la más numerosa y más fuerte— está constituida por los grupos empresariales creados a lo largo del proceso de industrialización hasta los 70, yendo desde las industrias textil y de alimentos hasta las industrias eléctrica, mecánica y automotriz. Beneficiarios mayores de las políticas de sustitución de importaciones —y, en general, del esquema de transferencias de valor realizadas a costa de otros grupos, del Estado y de las masas trabajadoras—, ellos representan la fuerza principal de resistencia a la reconversión y, en especial, a la apertura al exterior. Sus contradicciones, perfectamente definidas en relación a la fracción primario-exportadora, se manifiestan de manera ambigua en relación a la fracción más moderna, que se centra en las industrias de alta tecnología, ya que, si ésta los presiona en el sentido de la modernización, es solidaria con ellos en la búsqueda de fórmulas capaces de asegurar los intereses de la economía nacional en el proceso de apertura al exterior. El juego de esas contradicciones es particularmente fuerte en países de mayor desarrollo relativo, principalmente en Brasil, aunque puede percibirse también en Argentina o México. Sólo en Chile —donde la fracción moderna se desarrolla después de la apertura al exterior, llevada a cabo en los 70— los tres núcleos actúan con relativa armonía, aunque no tan perfecta que no proporcione base a agrupamientos políticos diferenciados.

El neoliberalismo ha sido el arma principal de los centros capitalistas y de la fracción moderna de las burguesías latinoamericanas en la lucha ideológica para imponer su hegemonía a nivel de las clases dominantes y para subordinar plenamente a las masas trabajadoras de la región. Los intentos de la fracción industrial tradicional por mantener su hegemonía se han expresado en formulaciones económicas confusas, que estuvieron por detrás de las políticas o choques heterodoxos, mezcla de postulaciones e instrumentos desarrollistas y liberales, que se han planteado en la segunda mitad de los 80. El fin de la década ha marcado también el fin de la heterodoxia, dando lugar a la prevalencia de políticas liberales ortodoxas, forma y expresión del avance logrado en la lucha interburguesa por la fracción moderna, aliada a la burguesía internacional, o simplemente a la inequívoca imposición de los intereses de esta última.

IV

Los conflictos interburgueses se han librado en el contexto de los procesos de democratización llevados a cabo en los 80, los cuales han significado el derrocamiento de regímenes militares, en la mayoría de los países, o la flexibilización política allí donde esos regímenes no existían. La característica central de esos procesos ha sido la afirmación en ellos de la dirección burguesa, bajo el liderazgo de la fracción tradicional, sobre un movimiento de masas renovado, que se creara en la resistencia antidictatorial. Recurriendo a antiguos instrumentos, como el peronismo en Argentina, el cardenismo en México, el varguismo en Brasil, o la misma democracia cristiana en Chile, los sectores de la fracción burguesa tradicional más vinculados al mercado interno y con mayor peso de la mediana y pequeña industria han logrado conformar movimientos políticos significativos. Sólo en Brasil, empero, las batallas decisivas se han dado entre fuerzas políticas radicalmente nuevas, oponiendo, de un lado, el único gran partido de masas surgido en el período en América Latina: el Partido de los Trabajadores y, del otro, una nueva generación de políticos y tecnócratas claramente vinculados a la fracción moderna de la burguesía; esta última resultó victoriosa, gracias a la alianza contraída con los grupos exportadores y a la parálisis que acometió a la fracción tradicional burguesa, ante la posibilidad del triunfo del PT. En todos los países, ese proceso ha culminado con la adopción de políticas económicas similares, que consagran los postulados neoliberales y dan inicio a un esfuerzo deliberado de reconversión (en el caso chileno, de continuidad de la reconversión), en los términos fijados por los grandes centros capitalistas.

Hemos indicado ya que la reconversión en sí no es cuestionable, pero que sí lo es la forma que adopta. En efecto, al proceder a la apertura al exterior y plantearse la privatización pura y simple de las empresas públicas —ejes centrales de esas políticas, que coinciden en otras cuestiones aún más importantes, como la rebaja de los salarios, la reducción de los gastos sociales, la disminución y racionalización del aparato estatal y el impulso a la modernización tecnológica—, se está poniendo en marcha a un proceso de grandes implicaciones para las sociedades latinoamericanas.

Para visualizarlas, basta considerar lo que está pasando en los países industriales. Constatamos allí tres movimientos simultáneos de transformación social. En primer lugar, respecto a la clase obrera, el crecimiento de una categoría de trabajadores altamente calificados, con un nivel superior de

cultura y formación tecnológica y con patrones salariales más altos, que la acerca a la clase media, por sus condiciones de vida y de trabajo, al lado de la reducción –en términos relativos, mas también absolutos– de la clase obrera tradicional, es decir, de los trabajadores que tienen un grado mayor o menor de intervención directa, manual, en el proceso productivo. Paralelamente, amplíase la masa de trabajadores que, desplazados o sin acceso a la producción industrial, repliéganse en actividades artesanales o en la prestación de servicios personales, en la llamada economía informal, o pasan a vivir de pequeños expedientes que la seguridad social hace posibles. Fenómeno similar pasa con la pequeña burguesía, cuyos integrantes –tras ver achicarse el espacio para el desempeño de actividades autónomas y enrolarse en escala creciente como asalariados– sufren ahora un proceso de calificación -descalificación y comienzan, ellos también, a engrosar las filas de la economía informal. Esto discurre paralelamente a la centralización del capital, que conforma grandes grupos económicos, pero tiene como contra-partida a la multiplicación de pequeñas empresas industriales o prestadoras de servicios, que, ponla elevación del capital mínimo exigido en las ramas en que operan, actúan en la órbita de la economía informal, donde van a encontrar a los trabajadores expulsados del proceso de producción y engendrar una contrafacción del mercado de trabajo capitalista.

Esos tres movimientos, inherentes a la propia marcha del desarrollo capitalista, se acentúan en los países centrales, a medida que ellos avanzan en la modernización económica y tecnológica en curso, provocando un sinnúmero de desajustes y desequilibrios sociales. En los países de América Latina, tales tendencias se han hecho presentes, desde que se aceleró, en los 40, el proceso de industrialización. Los aumentos de productividad, combinados con la superexplotación del trabajo y tasas apenas razonables de inversión, provocaron un grave descompás entre el crecimiento de la población y el del mercado de trabajo, dando lugar a la formación de un inmenso proletariado pobre en las ciudades y a excedentes de mano de obra en el campo. En ese contexto, todo aumento de productividad implicó agravamiento del desempleo abierto o disfrazado, como se observó en los surtos de modernización tecnológica, particularmente en los años 50. La pequeña burguesía, de su parte, fue objeto de rápida proletarización –es decir, privación de sus medios de trabajo–, entrando a conformar una clase media asalariada en expansión, la cual, en sus sectores de punta –los bancos, los servicios públicos, la educación–, asumió progresivamente las formas de organización y lucha de la clase obrera, evolucionando hacia un verdadero proletariado de servicios.

En el curso de los 80 –caracterizados por la pérdida de capacidad de ahorro e inversión en los países latinoamericanos, en virtud sobre todo de las transferencias de valor al exterior– la caída de la productividad y de la inversión, compensada por el aumento de la superexplotación, aceleró el crecimiento del desempleo, al tiempo que la economía informal, asumiendo formas ya no simplemente extralegales, sino francamente ilegales –como el narcotráfico–, comenzó a escindir el sistema económico y político, fenómeno que, en países como Colombia, asumió forma dramática. Simultáneamente, desde mediados de los 70, capas enteras de la clase media asalariada entraron en un proceso de pauperización, liberando efectivos que intensificaron la competencia por empleo con la clase obrera o que derivaron hacia la marginalidad. La penuria del Estado acarreó, a su vez, la decadencia del sistema educacional y de salud, deterioró aún más la seguridad social y llevó hasta la crisis la cuestión habitacional.

Es en ese contexto que se está planteando, hoy, la reconversión. La destrucción de capital que ella implica, particularmente en los sectores más rezagados, y el desempleo resultante podrán asumir grandes proporciones, como pasó en Chile, particularmente si se mantienen las elevadas transferencias de valor al exterior, una vez que ello deprime la capacidad interna de inversión y dado que, sobre todo en una primera fase, las inversiones extranjeras tenderán más a absorber y a modernizar que a expandir el aparato productivo. Las dificultades que ello puede acarrear para la población serán aún mayores, si se mantiene la actual concepción de lo que debe ser el achicamiento del Estado, la cual, además de extender el desempleo por las dispensas masivas de trabajadores y funcionarios del Estado, implica la contención de las políticas sociales.

V

El proceso de reconversión, tal como se ha venido desarrollando en el período reciente, ha dado lugar a tres formas de resistencia: la que le opone la fracción industrial tradicional –o, más precisamente, los grupos que la integran, los cuales, incapaces de construir una opción coherente, se limitan a crear obstáculos, siempre que sus intereses se ven afectados, imponiendo un ritmo más lento a la apertura al exterior–; la de los trabajadores de las empresas estatales y funcionarios públicos, que defienden sus fuentes de empleo, pero dudan cada vez más de la conveniencia de sostener una ideología estatista; y la de los asalariados en general, que luchan contra la depreciación de sus salarios, en movilizaciones de carácter marcadamente reivindicativo. Con ello, además de su dispersión, la oposición –o las oposiciones– al proyecto de reconversión carece de una verdadera alternativa política e ideológica. Un ejemplo ilustra bien esa situación: cuando, en Brasil, el recién formado gobierno Collor anunció su plan de estabilización –pieza indispensable en el engranaje de la reconversión, sustentado por la fracción industrial moderna y las burguesías de los países centrales–, los economistas (y los economistas se han vuelto en Brasil los agentes ideológicos por excelencia) no vinculados al gobierno manifestaron reacciones curiosas: mientras los que responden a la burguesía tradicional criticaron el plan en función de supuestos errores técnicos, los que responden a las fuerzas populares, como el brizolismo y el PT, lo aplaudieron con entusiasmo. Políticos como Brizola y Lula han debido, pues, tirarse contra el plan sin cualquier fundamentación teórica o ideológica, movidos tan sólo por su instinto político. La situación de la izquierda argentina y peruana no difiere mucho de eso y aun la chilena no cuenta con un planteamiento capaz de modificar a fondo la actuación del Estado, en las nuevas condiciones creadas en 1989.

Ese desarme ideológico, tanto de la burguesía tradicional como de las fuerzas populares, es el resultado de la ofensiva neoliberal, que se desató en los 70, tomando inicialmente como blanco a la teoría de la dependencia, y que sofocó *ab ovo* los intentos de la burguesía tradicional para reemplazarla por un neodesarrollismo teñido, en lo político, de tintes socialdemócratas. La misma socialdemocracia internacional, desde el Informe Brandt hasta el reciente trabajo de la Comisión Sur, no ha podido ir más allá de contribuciones parciales, que, desprendidas de su contexto, son asimiladas y refuncionalizadas por los proyectos neoliberales.

Son éstos los que están presidiendo, en toda América Latina, al proceso de reconversión, bajo el liderazgo de la fracción industrial moderna y –o, en su ausencia– de las burguesías de los países centrales.

Se hace, pues, necesario repensar la problemática actual latinoamericana, distinguiendo lo que en ella corresponde a imperativos ineludibles y lo que corresponde a la óptica de clase desde la cual esos imperativos están siendo visualizados. De partida, la búsqueda de la integración a la nueva economía mundial –que impone, simultáneamente, una mayor especialización en el plano nacional y la constitución de complejos supranacionales, capaces de asegurar una mayor racionalidad en el uso de los recursos, así como la ampliación de la escala de mercado– no puede ser cuestionada. La integración latinoamericana –que no puede quedarse restringida a Brasil y Argentina, sino que ha de partir de allí para viabilizar una más amplia, en el medio plazo y de manera progresiva– hace aún más necesaria la especialización, una vez que sólo se puede integrar a economías complementarias. Ello supone la destrucción de los sectores no –o menos– competitivos de unos países en beneficio de sectores más competitivos de otros, pero, sobre todo, el desarrollo conjunto de nuevos sectores, principalmente de los que se basan en las nuevas tecnologías.

A nivel de la integración, empero, hay una cuestión aún más relevante: la de retirarle el carácter de iniciativa exclusiva de los gobiernos y las burguesías, mediante el desarrollo de la iniciativa y el control de las fuerzas populares, a ser logrados a través de la coordinación de esfuerzos en el área sindical, social y cultural, así como parlamentaria y partidaria. La integración debe dejar de ser un simple negocio, destinado únicamente a asegurar áreas de inversión y mercados, así como elevadas tasas de ganancia, para convertirse en un gran proyecto político y cultural, en la mejor tradición de la izquierda latinoamericana. Ello implica que los obreros, estudiantes, mujeres, intelectuales, partidos de los países latinoamericanos, comenzando por los que ya iniciaron el proceso de integración, avancen en la creación de instrumentos hábiles para uniformar sus demandas y coordinar sus luchas en el plano reivindicativo y de la legislación laboral, de la política educacional y de los planteamientos programáticos, al tiempo que se empeñen en la inclusión de representantes suyos en los órganos existentes o por crearse para implementar las políticas de integración.

La especialización productiva no es, como hemos visto, cuestión que interese sólo a la integración. Ella es necesaria para racionalizar o suprimir a los sectores de baja productividad, que sobreviven a costa del proteccionismo y del erario público, introduciendo distorsiones en la estructura de precios —de lo que se valen los demás para practicar precios extorsivos, que conducen a marginalizar del consumo a amplias capas de la población. Ello, que implica expulsión de la mano de obra empleada en esos sectores, debe compensarse con políticas públicas de financiamiento e incentivo, así como de creación de infraestructura material y tecnológica, para la expansión de un parque productivo renovado, capaz de producir competitivamente, reduciendo sus costos y, al mismo tiempo, elevando los salarios.

Para alcanzar ese objetivo, la propuesta de reforma del Estado que se encuentra en curso en América Latina tiene que ser revisada. No se trata de defender la presencia indiscriminada del Estado en la economía ni el proteccionismo a ultranza, que no han servido, en la mayoría de los casos, sino para transferir valor a los grupos empresariales privados. Se trata, primero, de postular que el Estado asuma el papel rector en esa nueva etapa de desarrollo de la región, como lo hizo en el pasado, para orientar el proceso y cohibir la codicia de los grupos transnacionales. Se trata, sobre todo, de asegurar que las llamadas políticas de austeridad signifiquen de hecho el fin de las transferencias al sector privado y, simultáneamente, el redireccionamiento del gasto estatal para las políticas sociales, relativas a la educación, la salud, el saneamiento básico, el transporte de masas y la habitación popular. Si alguna prioridad cabe allí, además de la salud, tendrá que ser atribuida a la educación, condición *sine qua non* para que la población latinoamericana sea capaz de ajustarse a las exigencias que los cambios científico-técnicos acarrearán para la producción y los servicios, además de ser instrumento indispensable a la elevación política y cultural de los trabajadores.

Asegurar ese contenido a la reconversión es tarea que depende también de la organización y lucha de los trabajadores, en pos de un proyecto definido de economía y sociedad. Es ilusión o pedantería suponer que ese proyecto tiene que elaborarse antes, para implementarse después. Sin quitar a los intelectuales sus responsabilidades, y antes considerando indispensable que ellos las asuman en provecho de las amplias mayorías, la formulación definitiva de ese proyecto sólo será alcanzada cuando él esté realizándose.

Es la práctica de las masas, obtenida mediante su participación directa en las luchas sociales y en los órganos e instituciones ligados a esas cuestiones, lo que permitirá al pueblo imprimir su sello a la reconversión. La democracia se convierte, así, en palanca principal en manos de los trabajadores latino-americanos, ya que es en ese marco donde podrán elevar sus niveles de organización y lucha.

América Latina se encuentra en la encrucijada. Su suerte se está jugando, en este fin de siglo, y el resultado es aún incierto. Los momentos difíciles que estamos viviendo son los que se presentan en todo gran viraje histórico. Entender que las victorias hasta aquí logradas por las burguesías internacional y criolla no son sino esto: victorias parciales, y no el *veredictum* de la historia, es el camino cierto para reemplazarlas, mañana, por victorias de los pueblos, peldaños para la edificación de una sociedad mejor, distinta del fruto podrido, hecho de dependencia y miseria, que las burguesías nos ofrecen.

ELEMENTOS PARA UN BALANCE HISTÓRICO DE TREINTA AÑOS DE IZQUIERDA REVOLUCIONARIA EN AMÉRICA LATINA⁶⁹

Nuestro esfuerzo se encamina a proponer una reflexión acerca del surgimiento y desarrollo que la izquierda revolucionaria ha experimentado a lo largo de tres décadas; intentaremos establecer los factores que implican este proceso y por qué se plantea, en cierto momento, una crisis de la izquierda revolucionaria.

Podemos fijar el nacimiento de la izquierda revolucionaria en América Latina en la segunda mitad del siglo XX. En el período inmediatamente anterior van surgiendo una serie de factores para dar a esa izquierda las características que presenta en los cincuenta y que van a marcar de cierta manera su desarrollo posterior. En la década de los cincuenta podemos apreciar tres grandes determinantes que nos permiten intentar explicar el surgimiento de una nueva izquierda en el continente: un factor de orden económico, un factor de orden social y un factor de orden ideológico.

1. La década de los cincuenta: penetración imperialista y antiimperialista en el nacimiento de la izquierda revolucionaria en América Latina

Los años cincuenta van a marcar en América Latina la consolidación del ejercicio efectivo de la hegemonía que EE.UU. había ganado después de los años treinta, particularmente después de la Segunda Guerra Mundial. A inicios de los cuarenta, EE.UU. despliega una serie de iniciativas en relación a América Latina con el fin de integrarla a su esquema político-militar –específicamente la DEA (Agencia de Control de Drogas) y el TIAR (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca)– en el contexto de la Guerra Fría. Pero es realmente a partir de los cincuenta que observamos una penetración masiva de capitales estadounidenses en las economías latinoamericanas que cambia las bases del desarrollo capitalista anterior. El hecho nuevo de la posguerra es que una serie de países –entre ellos Argentina, Chile, México,

⁶⁹ Patricio Rivas. (comp). *El maestro en rojo y negro. Textos recuperados*, pp. 179-222, Instituto de Altos Estudios Nacionales, Quito, Ecuador, 2012.

Brasil (el proceso recién comienza en Colombia)– han pasado por cierta industrialización en el período de entreguerras. Es cierto que la industrialización es anterior, puesto que existía ya el desarrollo de la industria. Argentina antes de la Primera Guerra Mundial tenía su industria liviana de bienes de consumo ya constituida; Chile tenía también un cierto desarrollo, junto con Uruguay y Brasil.

Esto se refleja también en el crecimiento de la clase obrera desde fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX. México también vivió un proceso similar. Pero es a partir de los veinte y los treinta cuando se acelera la industrialización del capital nacional. Éste es verdaderamente nacional, porque a excepción de México –donde por su cercanía territorial con EE.UU. ya se presenta cierta penetración del capital extranjero–, en ese entonces, en el resto de América Latina el sector industrial manufacturero se desarrolla sobre una base esencialmente nacional. Esto crea también, de cierta manera, una burguesía nacional industrial con muy poca dependencia e influencia de capital extranjero, debido a la crisis internacional del período del treinta. A partir de los cincuenta, en la medida en que presentan tasas más altas de rentabilidad y debido a las condiciones particulares de la economía estadounidense –que la lanzaban a exportar capitales, a exportar maquinaria–, EE.UU. presiona para penetrar al sector manufacturero a través de inversiones directas privadas. EE.UU. concreta en los años sesenta acuerdos de garantías de inversiones extranjeras con varios países latinoamericanos, que le garantizan ubicar el espacio para la penetración de capitales privados; junto con la acción moderada de capitales públicos que fluían hacia América Latina de manera muy moderada, limitada hacia la generación de infraestructura, provenientes del Banco Mundial y del Banco Interamericano de Desarrollo. En la mayor parte de los países esta situación va a provocar una reacción contra la inversión extranjera de sectores de la misma burguesía, de las clases medias y de los sectores populares en general. Esto lleva en los años cincuenta a una exacerbación del sentimiento antiimperialista, como contrarréplica a las presiones estadounidenses por penetrar con sus capitales las economías y copar el desarrollo industrial en expansión.

De esta forma, un factor político muy importante de las culturas nacionales en ese período va a ser la cuestión antiimperialista, que no se había planteado de manera muy fuerte en el continente –salvo en México, Centroamérica y el Caribe– desde el período anterior. Si volvemos hacia los años treinta, el antiimperialismo se plantea con fuerza sobre todo en México, los países

centroamericanos y del Caribe, que desde mediados del siglo XIX y principios del XX son objeto de ataques de la política de los capitales norteamericanos. Podemos decir que el antiimperialismo surge como uno de los componentes importantes del desarrollo político de América Latina en ese período, y que va a ser naturalmente asumido por los sectores más jóvenes de la izquierda, no vinculados necesariamente a los partidos conservadores, sino mucho más a partidos progresistas de izquierda moderada que preexistían, que venían de etapas anteriores. El mismo 26 de julio y Fidel salen de esos procesos; partidos similares —en los casos venezolano, peruano y brasileño— tuvieron cierta influencia en la formación de la izquierda revolucionaria en los años cincuenta en esos países.

El elemento antiimperialista es uno de los factores que va a favorecer, va a empujar el surgimiento de la izquierda revolucionaria, en la medida en que esta trata de asumir de forma no tradicional, con una propuesta más fuerte, más radical, el enfrentamiento al avance imperialista.

2. El campesinado y el nacimiento de la izquierda revolucionaria

Un segundo elemento, ahora de orden social, es el desarrollo del movimiento campesino. Si observamos la reformulación, el cambio del patrón de reproducción que se genera en los años treinta, los regímenes que se crean, los tipos de Estados que surgen, que han sido llamados vulgarmente “populistas”, “Estados de compromiso”, veremos en ellos que los pactos, las formas de alianzas de clases —que se generalizan prácticamente en todos los países— excluyen al campesinado. El nuevo pacto político, las alianzas y compromisos que se establecen entre el bloque dominante y las clases dominantes implican, por un lado, el cambio del bloque dominante mediante la incorporación de la burguesía industrial, y muestran cómo una clase media logra insertarse en el bloque dominante junto con los grupos identificados en el antiguo polo exportador.

Por otro lado, se establecen acuerdos, alianzas, pactos, compromisos con las clases medias urbanas, que van a convertirse en la principal clase de apoyo de esos regímenes junto a la clase obrera industrial. Hay países que demoran, que tardan en hacer la reestructuración del sistema de alianzas y pactos, como el caso de Argentina, donde en los años veinte la oligarquía, de hecho, respondió más bien con represión, intentando mantener el antiguo sistema de poder con la dictadura militar; finalmente va a ser Perón quien logrará

cristalizar ese tipo de alianzas. El peronismo va a activar a la clase obrera y establece con ella un cierto tipo de pacto a partir de la legitimación de sus intereses corporativos. En los años cincuenta, entonces, la única excepción en el cuadro latinoamericano en la relación con el movimiento campesino es México, como producto de la Revolución de 1910. Si observamos desde esta perspectiva los años diez y veinte, veremos el surgimiento en América Latina de movimientos más o menos radicales de carácter urbano, que van a dar origen a fenómenos como el de Alessandri en Chile, Irigoyen en Argentina, Vargas en Brasil. Se observa que el único caso donde esa emergencia de las clases medias urbanas –en las cuales se incluye, en ese momento, la burguesía industrial– se combina con la revolución campesina es México. Así, el sistema mexicano de poder que se forma a partir de 1910 –y que de hecho se cristaliza a partir de los treinta con Cárdenas– es totalmente distinto de los que existían en los demás países latinoamericanos. Solamente allí hay un sistema de poder en el que participa en forma subordinada el campesinado, y es el campesinado el que se convierte en la principal clase de apoyo de la dominación burguesa.

En el resto de América Latina el campesinado es excluido de las alianzas de clase y de cierta manera se le va a utilizar, se le va a hacer pagar el costo de la industrialización. Pero a la altura de los cincuenta eso comienza a cambiar. Casi de improviso, el campesinado empieza a emerger, a aparecer en los diferentes países de América Latina, en algunos casos asumiendo papeles protagónicos en la lucha de clases.

El primer caso interesante, relevante, es el de Bolivia en la revolución de 1952. Se trata de una revolución obrero-campesina por su carácter social. Ésta es la primera vez después de la Revolución Mexicana que vemos al movimiento campesino emergiendo como sujeto y transformándose realmente en factor de poder; luego de 1910, se trata de la primera reforma agraria que se hace desde abajo, pues los campesinos toman las tierras y las reparten. Al mismo tiempo, se está desarrollando un proceso similar en Guatemala; éste había empezado en la segunda mitad de los años cuarenta, pero se consolida y cobra expresión institucional en la primera mitad de los años cincuenta con Árbenz, cuyo gobierno se prolonga hasta 1954. En esta experiencia el campesinado juega un papel fundamental y la cuestión agraria es lo central; aunque por sus peculiaridades, esta cuestión está, en este caso, ligada al antiimperialismo, al enfrentamiento con EE.UU.

Pero no sólo en estos países la cuestión campesina empieza a presentarse con fuerza hacia la segunda mitad de la década: podemos ver cómo a pesar de estar sometidos, aislados, empiezan los campesinos a asumir iniciativas, a buscar formas de organización, a pasar al plano político. Un caso típico es el de Brasil, donde quizás en ese tiempo teníamos el campesinado más sometido, más explotado de América Latina, sin duda, porque se mantenía el esclavismo –que en Brasil perdura hasta casi fines del siglo XIX–. Eso marca las formas de dominación y explotación en el campo; sin embargo, a partir de 1956-1957 empieza a surgir un movimiento campesino que va ganando fuerzas hacia fines de la década en el marco de las Ligas Campesinas, organizadas en esa época por Julião. En Chile, el problema campesino empieza a plantearse y a exigir una solución, también a fines de los cincuenta, y va a ser un factor decisivo en los sesenta, con la gran fórmula de acción de la democracia cristiana. El fenómeno se da también, en general, en Perú y Colombia, donde después de la Violencia, luego del Bogotazo, lo que vamos a presenciar es el desarrollo de la lucha armada en el campo. A diferencia de los procesos de lucha armada que se van a desarrollar en América Latina en la década de los sesenta, el proceso de lucha armada en Colombia en los cincuenta tiene una base esencialmente campesina, es el movimiento campesino el que lucha; eso va a cambiar después.

3. Los partidos comunistas, el monopolio del marxismo y el surgimiento de la izquierda revolucionaria en América Latina

Un elemento decisivo que también ayuda a comprender los factores que van a influir y contribuir a la conformación del proyecto, la estrategia, la táctica y hasta las formas de organización de la izquierda revolucionaria, es la cuestión de los Partidos Comunistas (PC). En los años cincuenta el peso de los PC en la izquierda continental y nacional es muy grande y ellos tienen, por decirlo así, el monopolio del marxismo –con muy pocas excepciones en tal o cual país, sobre todo en aquellos países donde habían desarrollado algunas bases los partidos progresistas y se habían dado experiencias de movilización radicales–.

Que el marxismo aparezca como monopolio identificado con los PC en los años cincuenta es el resultado de las derrotas de los movimientos populares en los años veinte y treinta, y la imposición de los pactos frente-populistas, los que en muchos casos ayudaron a la represión de los movimientos obreros más radicales –entre ellos el anarquismo– y bloquearon el desarrollo del pensamiento revolucionario.

Todo esto va a dar a los PC un peso muy grande, aumentado durante y después de la Segunda Guerra Mundial, como consecuencia de la participación de la URSS y los PC en la alianza antifascista.

Después de 1947-1948, con el inicio de la Guerra Fría comienza la etapa de represión a los PC, que en los años cincuenta aparecen todavía como los dueños del marxismo. De un marxismo extremadamente limitado, porque el marxismo en América Latina había tenido una fase importante de crecimiento en algunos países en los años veinte, pero por las condiciones socio-políticas que se dan después de los treinta, el marxismo va resultar muy presionado, muy contenido en su desarrollo: va a ser desplazado por la ideología de los partidos populistas, y en ese período hay cambios reales en su composición, en sus relaciones con el campesinado, etc. Los PC, limitados a una esfera reducida de acción, aparecen con el monopolio del marxismo, el que es por lo tanto identificado con partidos de poco peso en el juego político.

Los PC en los cincuenta defienden todavía las tesis de la revolución democrático-burguesa y, por lo tanto, de la alianza con la burguesía nacional, autónoma, independientemente de que hayan tomado una posición más radical después de la represión de 1947-1948. En determinados países, algunos se plegaron y otros intentaron formaciones más radicales de expresión, pero la ideología era común en su visión, en su estrategia, su crítica; su proyecto global era el mismo, heredado de la Tercera Internacional Comunista. Ésta había trabajado sus concepciones a partir de los años veinte con base en Asia. Por eso, la visión que aporta la Tercera Internacional es, sobre todo, la de los países no desarrollados, donde no existía una clase obrera y un capitalismo desarrollado; entonces, generalizan la situación asiática para otros continentes y situaciones nacionales. Así se generaliza la visión de lo que hoy llamamos subdesarrollo, dependencia, a partir de lo que llamaban ellos "situación colonial". Esto aunque Lenin, en su trabajo sobre el imperialismo, llama la atención sobre las formas de dominación en el sistema mundial, desde las más complejas hasta las menos complejas; incluso se refiere a las formas de dependencia, sobre todo a la dependencia financiera, haciendo énfasis en lo que es la dominación inglesa.

Hay que recordar que todavía no se está en la fase en que la penetración imperialista, la dominación se efectúa mediante inversiones en el sector productivo. A pesar de que Lenin hace referencia a eso, la Tercera Internacional va a elaborar su visión a partir de lo que conoce de Asia. Como se sabe, allí Lenin jugó un papel relativamente pequeño, porque la Internacional

se constituye en 1922 y ya en 1924 Lenin muere; o sea, tuvo poca influencia, a pesar de que participó en sus primeras formulaciones.

Nuestra hipótesis respecto a cómo se va constituyendo esa concepción de la Tercera Internacional sobre la situación colonial es que el peso teórico decisivo es de Bujarin; incluso llega a plantear algo que es interesante, porque en verdad Bujarin, ya en 1922-1923, plantea ideas similares. Él comienza a proponer el traslado de la revolución hacia los países revolucionarios en Europa, con la derrota de la revolución húngara, alemana, etc., con las cuales contaban los bolcheviques para mantener su revolución y extenderla. Desde el año 1917 hasta más o menos 1921 se mantiene la preocupación sobre todo por Europa; para la Tercera Internacional la clave está en la revolución europea, particularmente en Alemania. En 1919 empiezan las derrotas de los procesos revolucionarios en gran escala en Europa; y ya en 1921 coincide con el proceso de la *Nueva Política Económica* (NEP). A estas alturas, Lenin está consciente de que no hay posibilidades de acortar, de apresurar los pasos de una revolución socialista en Europa que asegurase estratégicamente la sobrevivencia de la URSS. Es en ese momento cuando ellos se vuelven hacia la búsqueda de otra estrategia mundial, capaz de asegurar el desarrollo de la revolución socialista iniciada por ellos y que veían amenazada. Eso es lo que va a llevar tanto a Lenin como a Bujarin a proyectar en el plano internacional el esquema de alianzas, el modelo estratégico que había hecho triunfar a la revolución en Rusia; o sea, la alianza obrero-campesina.

Entonces esos países, particularmente los de Asia, aplican el esquema del campo con relación a la ciudad, de la periferia con relación al centro: a Alemania, Inglaterra, Francia; ellos ven cómo el campesinado asiático y de la periferia, del sistema colonial, se podía aliar al proletariado ruso y sostener el poder obrero, el poder bolchevique, y al mismo tiempo crear nuevas formas de poder que hicieran avanzar el proceso de la lucha mundial revolucionaria.

Pero en la Tercera Internacional están pensando en países donde no existe proceso de industrialización —y no hay proletariado o éste es muy débil—; están refiriéndose a países que traen toda la marca del pasado, sociedades más o menos feudales, países fundamentalmente campesinos, con una débil burguesía de carácter artesanal, una burguesía comercial interna; por eso plantean como tarea la revolución democrático-burguesa. Suponen que esas burguesías tienen un papel fundamentalmente antiimperialista, nacional, y son capaces de encabezar revoluciones nacionales. Por esa época, Bujarin llega a postular la tesis del cerco de la ciudad por el campo, en escala

mundial; así sería posible hacer avanzar la revolución en gran escala. Lo que llamaba campo en el plano mundial eran los países coloniales; se trataba de cercar a las burguesías en los países avanzados, creando condiciones: la oportunidad para que el proletariado se pudiese levantar contando con un respaldo internacional fuerte. Esa idea, que Mao va a aplicar después en China –el cerco de la ciudad por el campo– en realidad nace con Bujarin dentro de la Tercera Internacional. Con muy poco rigor –porque la verdad es que la Tercera Internacional actúa con muy poco rigor en ese caso–, desde ahí se extiende a América Latina el mismo concepto de campo y de situación colonial. No obstante, nuestra región tenía ya a mediados del siglo XIX un desarrollo capitalista importante, un sector exportador fuerte y estaba a punto de ingresar a la fase de industrialización.

La Tercera Internacional traslada mecánicamente una caracterización construida para la situación colonial de Asia en dirección a América Latina, de tal manera que los PC van a trabajar con esa visión de situación colonial. Uno de los pocos que se rebelan contra esas tesis en los años veinte es Mariátegui. Lo cierto es que antes y al principio de la Tercera Internacional hay choques y resistencias: el mismo Mariátegui y otros autores que todavía no asimilaban, no aceptaban las tesis del centro dirigente internacional; pero los PC van poco a poco imponiendo la ortodoxia y la estrategia marxista en América Latina.

Derivada de esa visión, del proceso histórico de una revolución democrático-burguesa que implicaba un papel protagónico para la burguesía nacional, se produce una alianza de clases amplia, con una base sobre todo campesina. Lo curioso es que pese a esa visión teórica de los PC, estos no se lanzan, como sería lógico, al trabajo campesino, sino que se concentran en el trabajo hacia la clase obrera urbana, porque la misma existencia de una clase obrera los presiona hacia eso; y porque en el campo de la lucha teórica, la batalla que los PC dan en los años veinte es contra el anarquismo, lo que los obliga a centrarse en el trabajo con la clase obrera. En realidad, los PC piensan una cosa y hacen otra, porque las condiciones reales de América Latina de hecho exigen otro tipo de acción política: ganarse al proletariado naciente y en proceso de expansión. Hay aquí un divorcio evidente entre lo que los actores políticos están pensando, lo que están diciendo y lo que realmente están haciendo. América Latina exigía otro tipo de acción política, el desarrollo urbano era muy grande, las clases medias y la clase obrera eran más amplias de lo que se suele suponer, y ahí era necesario dar la lucha ideológica, la lucha política para ganar la lucha contra el anarquismo, ganarse al

movimiento sindical. Pero los PC llegan a los años cincuenta con esa visión de la revolución por etapas, reforzada por todo lo que fue la experiencia del frente antifascista, de los pactos nacionales, aunque esto ya estuviera puesto en cuestión por la Guerra Fría. Así, su visión de la revolución democrático-burguesa no les permitía plantearse una estrategia distinta debido a la concepción que tenían de lo que era América Latina: eso los llevó inevitablemente a una política de colaboración de clases que se expresa no sólo en el plano político, sino también en el plano ideológico. Los PC no sólo son incapaces de desarrollar una política autónoma en la lucha de clases nacional, sino que además pierden su capacidad de elaboración, de comprensión de lo que es América Latina, su economía, su desarrollo capitalista y, en verdad, pasan a adoptar una tesis elaborada por la burguesía en la CEPAL.

En esos años, década del cincuenta, surgen resistencias, fricciones y choques entre la burguesía industrial y los sectores oligárquicos del bloque en el poder. Aquella había ocupado un espacio y se veía presionada ahora por los capitales manufactureros. La burguesía industrial inicialmente se resiste a la entrada de capitales extranjeros e intenta políticas nacionalistas –casos típicos: Perón, Vargas, etcétera. La apreciación de ese hecho, de que hay una burguesía industrial que se está resistiendo, que está buscando asegurar su espacio de acumulación frente a la presión estadounidense, lleva a los PC a convencerse de que realmente sus tesis eran correctas: realmente existía una burguesía nacional antiimperialista. Ellos entonces van a jugar sus cartas a esa tesis. Sin embargo, nosotros estamos viendo cómo la década del cincuenta fue extremadamente agitada, de un claro ascenso de la lucha de clases en América Latina, en casi todos los países, con fenómenos a veces espectaculares como la revolución boliviana de 1952, la revolución guatemalteca que fracasó en 1954; en los demás países también el movimiento popular creció, tanto por el peso que tienen la ciudad y las luchas del movimiento obrero y de las clases medias, como por la presencia cada vez mayor del movimiento campesino en la lucha de clases.

En la década del cincuenta vamos a asistir en el Cono Sur al ascenso del peronismo; los compromisos finalmente llevan a la caída de Perón, al suicidio de Vargas en Brasil, a la elección de Ibáñez en Chile... mientras los problemas en Colombia van a desembocar en la Violencia y la guerrilla originada en el seno de la propia burguesía. Pero todavía quedan buena parte de las dictaduras implantadas en el período anterior, porque el peso creciente de la dominación americana a partir de los treinta favorece la formación de

gobiernos dictatoriales. Para asegurar los intereses de los EE.UU. —una fuerza y presencia crecientes, producto de ello—, van a consolidarse una serie de dictaduras como las de Somoza, Batista, Trujillo, Pérez Jiménez, Vargas en Brasil hasta 1945, etc.

Es decir, hay un claro respaldo de los regímenes dictatoriales. Pero, como la guerra mundial había obligado a toda una propaganda democrática —la democracia luchando contra la barbarie, la propaganda antifascista—, esto lleva a favorecer el desarrollo de la lucha democrática en esos países; y, así, inmediatamente al término de la guerra (en 1945), es el momento en que cae la dictadura argentina, aunque el movimiento político que le sucede asume la forma del peronismo, basado realmente en un movimiento popular. Este tipo de procesos se van extendiendo a otros países y son un factor político que refuerza la lucha contra las dictaduras que venían del período anterior. Éstas son luchas amplias, no de la izquierda revolucionaria particularmente, sino luchas populares mucho más generales, donde incluso participan sectores importantes de la burguesía interesados en tomar el control del Estado, pero cuya participación favorece el clima de lucha política, de lucha ideológica de carácter democrático.

1952 es el año de la lucha contra la dictadura en Bolivia; la lucha de Guatemala también es un proceso antidictatorial, el intento de creación de una revolución democrático-nacionalista. Las cosas no se detienen ahí y vamos a tener otros procesos en Cuba y Venezuela; son dos revoluciones que están todavía en los límites de la década del cincuenta: la revolución venezolana en 1958 y la cubana en 1959. Ésta fue una década muy rica desde el punto de vista de la lucha de clases, de los cambios y posibilidades revolucionarias, pero en ese contexto tenemos que hacer diferencias, porque realmente las revoluciones de 1952 y 1954 (en Bolivia y Guatemala), aunque fueron verdaderamente populares, no tuvieron la presencia de una izquierda revolucionaria, de una nueva izquierda, de una vanguardia, sino de fuerzas que venían de las fuerzas más avanzadas del pasado, aliadas a sectores de la burguesía progresista, sectores radicales de clase media, etc.

Se trataba de partidos populares o populistas, tanto en Bolivia como en Guatemala. En Bolivia eso va a dar origen al MNR (Movimiento Nacional Revolucionario), y en Guatemala el PGT (Partido Guatemalteco de los Trabajadores) va a jugar un papel importante en el proceso revolucionario, aunque sin tener la capacidad de levantar una política autónoma, un proyecto revolucionario. Si observamos las dos revoluciones de la segunda mitad de la

década, lo anterior ya no ocurre: la de 1958, en Venezuela, despliega una acción popular amplia con la participación de sectores burgueses, pero ya observamos ahí el surgimiento de sectores de izquierda, desgajados de los partidos tradicionales, que van a asumir un gran peso y que realmente dan origen a la izquierda revolucionaria más avanzada de América Latina de fines de la década, que aparecía para el resto de la región con más proyección o más peso. En efecto, el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) venezolano tiene en un momento mucho más proyección que el mismo *Movimiento 26 de Julio*, tal vez por el mayor desarrollo de la intelectualidad venezolana de la época.

Lo concreto es que el MIR de Venezuela alcanza una proyección muy grande, una gran influencia en los procesos de formación de la izquierda revolucionaria en otros países. Esto es particularmente cierto en el caso brasileño. Allí, la relación es mucho más estrecha con el MIR de Venezuela que con el *Movimiento 26 de Julio*, entre 1957 y 1959. El 26 de Julio, que a su vez se forma en los años cincuenta –también desgajándose del seno de los partidos más progresistas de la clase política burguesa–, va a ser el conductor de la Revolución Cubana. Tenemos aquí ya la presencia de una izquierda revolucionaria fuerte, con base social importante.

Los grupos que se van a formar en la segunda mitad de los años cincuenta no se basan en la visión de los PC. Al contrario, tienen choques con los comunistas, no sólo en la lucha por el espacio político sino también choques ideológicos, aunque no está claro todavía, hacia fines de la década, el discurso teórico y el proyecto marxista de estos grupos. Algunos sectores en Brasil y Argentina van a intentar la construcción de un nuevo modelo de análisis de América Latina, porque no están claras todavía las condiciones en que la lucha se está dando; aunque existe una evidente separación entre la visión que esas organizaciones tienen del desarrollo de América Latina y respecto a las fuerzas con las cuales hay que contar, y lo que hacen y piensan los PC. Para estas fuerzas más radicales –en general originadas en la clase media, en la pequeña burguesía, desprendidas tanto de los partidos tradicionales más progresistas de la burguesía, como de la izquierda–, los PC van a aparecer más como un obstáculo, un factor de estabilización de la dominación burguesa, que propiamente como aliados. Por eso mismo, la lucha anticomunista va a ser fuerte, porque la concepción que ellos tienen de una revolución democrático-burguesa los lleva a luchar por los intereses de la burguesía, contraponiéndose a las posibilidades de avance de los movimientos populares en esos procesos que se abren y se desarrollan en los años cincuenta.

La nueva izquierda carece todavía de una visión programática propia y, sobre todo, el marxismo aún no es el elemento clave en el desarrollo teórico y político de la izquierda revolucionaria. El *Movimiento 26 de Julio* no fue en sus orígenes un movimiento popular de orientación socialista, ni su guía teórica fue el marxismo, aunque algunos de sus dirigentes estaban influidos por el pensamiento de Marx, Engels y Lenin. La izquierda venezolana no es una izquierda marxista, aunque hay grupos de estudios, elementos individuales con formación marxista actuando en la izquierda venezolana.

¿Dónde y cuándo empieza a formarse un pensamiento marxista fuera de los PC, un intento de interpretación marxista sobre América Latina distinta a la de los PC y no ligada umbilicalmente a los trotskistas? Al parecer, ello comienza en algunos círculos intelectuales argentinos: ahí tuvo un gran peso Silvio Frondizi. Desde Argentina se transfiere esa influencia hacia Brasil y, más retrasadamente, hacia Chile.

En Brasil, la preocupación por el marxismo surge en los años cincuenta, en núcleos de la intelectualidad joven y de los estudiantes universitarios radicalizados, junto a una que otra persona descolgada del PC. Se empieza a discutir la cuestión del marxismo como una opción teórico-política real para la lucha popular en América Latina. El punto de mayor elaboración en ese momento está localizado en Argentina. Posiblemente la primera revista teórico-política importante en la revolución del marxismo en América Latina fue la revista *Praxis*, que no tenía propiamente una organización política importante detrás; mientras que la primera organización política marxista que se forma fuera de y enfrentada a un PC en América Latina es brasileña: POLOP (Organização Comunista Política Operária), fundada por un grupo de cuadros políticos, trabajadores e intelectuales. Empieza a constituirse desde 1950 a partir de tres vertientes: la juventud trabajadora del PTB (Partido Laborista Brasileño), junto a sectores de su juventud estudiantil intelectual y elementos que tenían cierta vinculación con los trotskistas, más bien luxemburguistas vinculados al movimiento obrero y al movimiento obrero de São Paulo, y algunos elementos que provenían del PC. Tal confluencia va a dar como resultado que se inicie la construcción de una organización a partir de 1958-1959, junto con la publicación de una revista que tuvo bastante peso e influencia en la consolidación de ese movimiento, *Revolución Socialista*.

El socialismo empieza a aparecer entonces a principios de los sesenta como una posición, y da como resultado, en enero de 1961, la fundación de una organización política: *Política Operaria*, organización revolucionaria marxista-leninista, que es la primera entre las formaciones políticas de la nueva izquierda que va a adoptar el marxismo como su base teórico-programática. POLOP intenta, a partir del marxismo, una reelaboración de un proyecto, de un programa a partir del marxismo, que se va a llamar “Brasil Socialista”.

Esto, aunque se presenta en los sesenta, se viene dando como proceso desde fines de los treinta y, como consecuencia, en la evolución de la izquierda revolucionaria encontramos ya un núcleo que está tomando posición por el socialismo; proceso que se va a ver reforzado al coincidir con la evolución que va tomando la Revolución Cubana, que en abril de 1961 se proclama como una revolución socialista. Esto último da mucha fuerza a *Política Operaria* de Brasil, en el sentido de que la organización se siente segura de que hay una revolución caminando en esa dirección. Al mismo tiempo, esto abre una nueva línea de influencia de las ideas del socialismo y del marxismo-leninismo sobre el resto de la izquierda revolucionaria latinoamericana; particularmente en la izquierda venezolana, la peruana y, posteriormente, la chilena, creando de hecho una base común con la Revolución Cubana. A veces se dice que la izquierda revolucionaria viene de la Revolución Cubana, lo que no es la verdad estricta, pues surge y tiene sus raíces en el proceso de lucha de clases de los cincuenta.

A fines de los cincuenta nosotros podemos encontrar gérmenes, brotes de izquierda revolucionaria en varios países de América Latina; algunos realmente importantes como la izquierda revolucionaria venezolana. Estos movimientos son contemporáneos del *26 de Julio* y del proceso mismo de la Revolución Cubana, cuyo gran papel fue, por un lado, estimular y potenciar ese desarrollo ya en curso y, por otro lado, generalizar y poner al marxismo como referencia para la izquierda revolucionaria; lo que no quiere decir en absoluto que el marxismo se convierta y sea asimilado inmediatamente por las organizaciones revolucionarias. Lo cierto es que el marxismo se convierte en el punto central de referencia de la ideología de la izquierda revolucionaria a partir de la Revolución Cubana.

Durante esa transición de los años cincuenta a los sesenta, es necesario y conveniente tener presente la situación por la cual está transitando América Latina globalmente. Tenemos por una parte que la ofensiva imperialista, con el objetivo de asegurar la penetración del capital norteamericano en el sector manufacturero, viene avanzando y conquistando espacios, para llevar finalmente, en el curso de los años cincuenta, al doblegamiento de la resistencia que inicialmente despliega la burguesía industrial. Se van creando así las condiciones para la asociación, la alianza efectiva de la burguesía industrial en América Latina –que aparece todavía con el velo de una supuesta “burguesía nacional”– con la industria imperialista. La inversión de capitales extranjeros en la industria no frena el proceso de acumulación de la burguesía local; ni siquiera van a entrar, en ese momento, en competencia directa los capitales extranjeros con la burguesía industrial nativa, porque la tendencia de EE.UU. es invertir en ramas a las cuales la burguesía industrial no había llegado y que no se había planteado como campo inmediato de acumulación; por ejemplo, como la rama automotriz y la petroquímica. Esto fue lo que permitió, por lo tanto, una alianza efectiva entre la burguesía industrial latinoamericana y la burguesía imperialista.

El curso del proceso histórico demostró que las potencialidades que los PC creían ver en la burguesía latinoamericana –una capacidad para comportarse como una burguesía antiimperialista según las tesis de la Tercera Internacional– no existían. Porque la burguesía nacional autónoma no existía; la burguesía industrial local no era una burguesía capaz de desarrollar un movimiento antiimperialista. Este impasse histórico de los PC y su errónea interpretación de la “naturaleza” de la burguesía es lo que va transfiriendo la iniciativa política hacia la izquierda revolucionaria, que corresponde a sectores más radicalizados de clase media, que tienen ligazones, por lo general, en la ciudad y en el campo; y que van a buscar el apoyo en el campo a través de la movilización del sector campesino. Hay que recordar que los PC habían terminado por concentrarse en el trabajo urbano en torno al proletariado industrial, mientras que desde 1930 en adelante se va tejiendo una alianza objetiva entre burguesía industrial y fracciones del proletariado fabril.

Así, los sectores más organizados y activos del proletariado aparecen bajo el liderazgo de los PC o de la burguesía, por lo que fueron un campo más difícil de penetrar y atraer hacia una política más radical. El campesinado permanecía, sin embargo, como una gran clase olvidada. En ese escenario

resulta comprensible por qué la izquierda revolucionaria latinoamericana va a ser marcadamente antiimperialista, y va a concentrarse en un primer momento en el papel del movimiento campesino. El eje central en la década de los sesenta es el campesinado, con muy pocas excepciones: Chile, Brasil y algunos grupos de Argentina. El grueso del movimiento revolucionario ve realmente al campesinado como fuerza motriz de la revolución. Esta idea sólo va a comenzar a cambiar a fines de los sesenta y los setenta, sobre todo con los procesos chileno, uruguayo y argentino. La incapacidad de los PC para entender la ligazón entre lo que era la lucha antiimperialista y la lucha anticapitalista; o sea, la lucha contra las burguesías –incluidas las burguesías industriales en que estaban esperanzados, ya que estas se revelaron incapaces de llevar una lucha antiimperialista consecuente–, favoreció el desarrollo creciente de la izquierda revolucionaria.

La burguesía se había convertido, objetivamente, en un factor que favorecía las nuevas formas de penetración imperialista en la producción; apoyaba las nuevas formas de dominación emergentes, distintas a las que existían antes de la guerra –cuando las formas de penetración eran mucho más financieras y comerciales, sólo localizadamente en tareas de producción de bienes primarios, pero que no alcanzaban al mercado interno, no se establecían directamente dentro de la sociedad–. Esta vinculación de la lucha anticapitalista y de la lucha antiimperialista, que se hace internamente inescindible a partir de los años cincuenta, va a favorecer la asimilación del marxismo por la naciente izquierda revolucionaria. El antiimperialismo lleva al anticapitalismo y esto obliga a buscar otras formas de acción social, otras formas de poder. El socialismo aparece, entonces, como el elemento, la respuesta natural. Esto también es válido para el caso de la Revolución Cubana. Aunque no hay que olvidar que, pese a que la presencia y la política soviética en América Latina son muy reducidas y hasta conservadoras, la URSS juega un papel importante en la sustentación de la Revolución Cubana. Esta influencia favorece el paso hacia el marxismo como doctrina, que se convierte así en línea ideológica central del proceso revolucionario.

Conviene ahora volver a señalar lo que estaba pasando en América Latina, después de ese proceso de ofensiva imperialista y de capitulación de la burguesía industrial, en el terreno de la teoría, de los proyectos de desarrollo económico-social, del pensamiento social y político. Por ese entonces, la CEPAL había levantado un análisis global de lo que consideraba el desarrollo capitalista en nuestros países, donde planteaba como cuestión central la

industrialización basada fundamentalmente en capitales estatales y privados nacionales, reservando a los capitales extranjeros un rol complementario y siempre bajo control estatal. La CEPAL, de hecho, en un primer momento está radicalmente en contra de que se acepten los capitales privados: sólo es favorable al uso de capitales públicos, de préstamos hechos al Estado, para asegurar sobre todo las grandes inversiones de infraestructura, que viabilizaban el proceso de industrialización. Así se gesta y surge la ideología de la CEPAL; el “desarrollismo” aparece como la expresión de la burguesía industrial.

La CEPAL plantea la industrialización como el factor capaz de crear empleos en gran cantidad y elevar los salarios, abriendo espacios para el desarrollo de la clase media y la clase obrera; por lo tanto, creando condiciones objetivas para una alianza entre la burguesía industrial, la clase media y la clase obrera. Pero ve que todo eso lo hace el desarrollo capitalista, un poco automáticamente. La ideología desarrollista plantea que las soluciones a los problemas sociales en general –la reforma agraria, entre ellas– aparecen como conflictos sociales que no tienen que resolverse mediante medidas políticas, sino a través del desarrollo económico: el mismo desarrollo económico tenderá naturalmente a resolver los problemas sociales, de la distribución del ingreso, de la elevación de la productividad en el campo, etc.

La CEPAL cree, por lo tanto, que el mejoramiento de la distribución de ingresos, las reformas en general, y en particular la reforma agraria y el desarrollo del campo, son más bien el resultado de la acumulación de capitales en la industria. Desde su perspectiva, la industria aseguraría una elevación de productividad en el campo, mientras que en la ciudad ampliaría el margen de empleo y permitiría subir los salarios. La reforma agraria es algo que debe descartarse en las primeras formulaciones de la CEPAL. Tal es la tesis que sustenta en el Informe Económico del año 1949, publicado en 1951. En documentos posteriores, la CEPAL llega a aceptar que es necesario tomar ciertas medidas en relación al campo, para acelerar su transformación; pero se trata de reformas de carácter tributario –hacer pagar impuestos a los latifundistas improductivos, de manera que se vean obligados a vender la tierra e invertir–, pero en ningún momento, en esta fase, la CEPAL admite reformas estructurales. Y, por sobre todo, es totalmente contraria a la reforma agraria: ello corresponde a la ideología y a la posición de la burguesía industrial, que hereda del pacto populista de los años treinta, el compromiso con la clase terrateniente. Lo importante a destacar es que la CEPAL crea una

ideología compleja, sofisticada, bien apoyada en datos empíricos e históricos, que va a proporcionar a los PC la interpretación económica que les falta; y la justificación para su apoyo a la industrialización a la burguesía industrial y al estado burgués.

En los años sesenta, a medida que se va desarrollando la lucha teórica contra el PC, la izquierda revolucionaria comienza a necesitar la construcción de su propio discurso teórico. Este fenómeno se va a dar sobre todo en Brasil, porque allí la lucha se va a plantear como una disputa por el marxismo. Lo que ocurre es que se pone en duda el monopolio del marxismo. Al surgir una organización que se dice marxista, pero que está enfrentada al PC, se hace necesario dar la lucha en el terreno de las ideas y de la teoría. Esto lleva naturalmente la lucha ideológica contra el desarrollismo y contra la CEPAL.

Respecto a esto, hay mucha gente que cree que el resultado teórico del pensamiento de la izquierda revolucionaria en los años sesenta, la teoría de la dependencia, es el surgimiento de la lucha contra la CEPAL, pero esto no es cierto. Dicha teoría surge de la lucha contra el PC, pero como éste adopta la visión de la CEPAL, su ideología y sus concepciones, en esa lucha ideológica es necesario pasar a enfrentar al desarrollismo, en el campo teórico, a partir del marxismo. Eso es lo que va a dar origen, en la segunda mitad de los sesenta, a la teoría de la dependencia. Cuando esto sale de los espacios propios de la izquierda, a la lucha en los sindicatos, cuando trasciende llegando a la universidad y pasa a tener un discurso y un estatus teórico-académico, su influencia se expande y atrae a intelectuales que no están necesariamente ligados a la izquierda revolucionaria, pero que son atraídos por las ideas que se están levantando. Todo esto va a dar lugar a un proceso de elaboración teórica hegemónica de la izquierda en América Latina.

En el sistema de ideas de la teoría de la dependencia y su crítica a la teoría de la CEPAL, la principal de ellas es una perspectiva de la relación con el imperialismo, distinta a la manera como la plantea la CEPAL. Ésta plantea lo que llama la dependencia externa: en el sistema centro-periferia los países de la periferia tienen una dependencia externa con relación al centro. Para la teoría de la dependencia lo realmente central en el proceso de constitución de la economía dependiente es que se da en el marco del proceso de expansión del capitalismo mundial, a partir de los países más avanzados. De tal manera que el imperialismo no es un elemento externo a la economía dependiente, una dependencia externa que se puede suplantar o ampliar, sino que es un elemento constitutivo de la economía capitalista dependiente,

de tal manera que la burguesía en esos países y el imperialismo son elementos constitutivos de la economía nacional.

Esto lleva a la teoría de la dependencia en su forma más radical, en su forma más de izquierda –no todos llegaron a eso, sólo algunos–, en que la liquidación de la dependencia tiene que ser, al mismo tiempo –y sólo puede ser– resultado de la superación de la dependencia por el socialismo. Para el ala izquierda de la teoría de la dependencia, esa superación es igual a socialismo y vincula a socialistas. Esa es la importancia que va a tener la teoría de la dependencia, y precisamente esto va a servir de base para fundamentar teóricamente la atracción hacia el marxismo que la izquierda revolucionaria latinoamericana viene experimentando.

El rol de la teoría de la dependencia, de los años sesenta, fue justamente dar a la izquierda revolucionaria un marco de referencia claramente distinto del que había manejado la izquierda hasta entonces con las tesis de los PC derivadas de las formulaciones de la Tercera Internacional. Este marco permitía que la izquierda revolucionaria tuviera una fuerza teórica e ideológica muy grande, que lleva a los PC a batirse en retirada desde el punto de vista teórico. Por otra parte, el resultado de ese proceso fue la teorización de la alianza de la burguesía industrial con el capital imperialista a fines de los años cincuenta; la teoría de la dependencia mostró que la profundidad de la dependencia, o su nuevo carácter, está expresado en la penetración de capitales extranjeros en las esferas productivas. Esta situación no sólo no resolvía, sino que agravaba los problemas de las masas y los problemas nacionales en general. Esto era así debido a que los capitales extranjeros iban a servir a la burguesía industrial, en un primer momento, frente a polos de exportación estáticos, con pocas condiciones para aumentar las divisas que la economía necesitaba para importar las maquinarias, etc.

Los capitales extranjeros van a servir para traer por sí mismos las maquinarias bajo formas de inversión directa, o sea, para traer las divisas necesarias y ampliar la capacidad de exportación. Sin embargo, como son capitales privados, al invertirse en la actividad productiva tienen un plazo, un tiempo de maduración, y consiguen un máximo de 5 años de maduración y comienzan a generar excedentes que superan las posibilidades de inversión en la economía interna, dado que no son economías particularmente dinámicas. Como además son capitales locales, sus excedentes dan a remitir parte de esos beneficios al exterior. Para transferir beneficios, van a necesitar divisas, de tal manera que vuelven a presionar la balanza comercial y la

capacidad de pago. Entonces, la capacidad de importación del país se reduce, ya que parte de las divisas que se podrían obtener para la importación ahora se tienen que destinar a las empresas extranjeras para que puedan remitir sus beneficios.

Por otro lado, esa industrialización, más o menos acelerada, que se hace en los cincuenta, en vez de resolver los problemas de empleo y de salario, en la medida en que se efectúa sin las reformas necesarias –sobre todo sin la reforma agraria–, va a determinar que frente a un cuerpo estancado haya un crecimiento del proceso de acumulación muy rápido en la ciudad, lo que conlleva una sobrepoblación creciente. En la medida en que no se reforma el campo, la tierra está monopolizada y el campesino no puede trabajarla bien, alcanzado sólo una productividad muy baja, y eso lleva a impulsar las migraciones a las ciudades a gran escala. De esta forma, vamos a ver en los cincuenta el crecimiento rápido de las ciudades, simultáneamente con el aumento del desempleo y del subempleo y, por eso mismo, con la construcción de un enorme ejército industrial de reserva.

Todo ello genera una presión para que los salarios en la industria se mantengan bajos. Así las cosas, en este tipo de desarrollo no están solucionados, como esperaba la CEPAL, los problemas del campo ni de los trabajadores urbanos. De tal manera que el final de la década de los cincuenta está marcado por problemas graves que se manifiestan en la caída del crecimiento de las economías latinoamericanas y una fuerte tendencia al estancamiento. Sobre esa base, van a surgir de nuevo choques con EE.UU.; se van a agudizar las movilizaciones populares, tanto el movimiento campesino como el obrero, y también las clases medias. Esto determina que en los años sesenta se desarrolle con mucha más fuerza el proceso de lucha de clases, ahora con mayor peso de la clase obrera, lo que es un factor importante también para el mismo desarrollo del marxismo.

Esta composición de las luchas obreras, de la lucha de las clases medias urbanas y la presencia cada vez más activa del movimiento campesino, se ve reforzada por el carácter que asume la cuestión antiimperialista, en la medida en que la penetración imperialista directa en la producción agrava los problemas de los países latinoamericanos y de las masas.

Junto a la nueva industrialización y al pensamiento cepalino, en América Latina se asistía al despliegue de la crisis económica y social desencadenada en la segunda mitad de los cincuenta.

Por otro lado, esa crisis se acentuaba como consecuencia del nuevo carácter que adquiriría la industrialización dependiente; pero además de eso, hay factores ideológicos importantes. Uno de ellos ya lo mencionamos: cómo la crisis de América Latina va a terminar de poner en crisis la ideología hegemónica de la izquierda hasta los años cincuenta y hasta 1963 inclusive. Sólo frente a la crisis económica objetiva, la CEPAL empieza a quedarse sin respuesta y es forzada a introducir nuevos planteamientos al esquema original. El desarrollismo ya no es la solución a todos los problemas; tiene que apelar a la necesidad de la reforma. La CEPAL incorpora entonces el lenguaje de las reformas de estructuras, reformas sociales. En 1963 Raúl Prebisch, hasta entonces a la cabeza de la CEPAL –en verdad un gran ideólogo de la burguesía industrial–, deja la CEPAL y se va a la UNCTAD, pero ya realmente muy confundido; se queda callado por muchos años y guarda rígido silencio sobre qué había ocurrido: ¿por qué todo el esquema creado por la CEPAL no lleva al desarrollo? Las economías del continente finalmente han desembocado en una crisis mucho peor que la de fines de los cuarenta.

Todo esto se va profundizando en 1964, con el golpe de Estado en Brasil, justamente el país que más asumió la ideología de la CEPAL en la época. Primero, Kubitschek propone incluso una especie de Plan Marshall para América Latina en 1958, que llama Operación Panamericana. Mientras tanto, América Latina está entrando en crisis, porque ya el desarrollo no es la clave mágica; es necesario encontrar otras formas que garanticen el desarrollo. El golpe militar de 1964 en Brasil termina con todo lo que la CEPAL había promovido y propagado en materia de desarrollo.

Este golpe tiene características realmente nuevas en el continente, lo que crea gran confusión en los ideólogos desarrollistas. Hay que ver que, además, la economía brasileña y el golpe de Estado se inscriben en un contexto de crisis económica, de recesión, que se había abierto en 1962 y duraría hasta 1967.

La crisis del desarrollismo se va a manifestar en los trabajos de la CEPAL, y un caso muy claro es el estudio de Furtado publicado en castellano como *Estancamiento y subdesarrollo en América Latina*. Éste es un trabajo muy sofisticado, muy bien escrito, en el que se trata de demostrar que el subdesarrollo tiende necesariamente al estancamiento. Lo que pasa es que Furtado considera que la crisis cíclica de acumulación, desde 1962 en adelante, es un estancamiento, cuando en realidad se trata de una crisis que va a permitir un salto mayor después.

Pero como Furtado y los desarrollistas no tienen esa visión marxista-dialéctica del proceso de desarrollo capitalista, cuando ven la economía estancarse, cuando caen los índices de crecimiento, etc., interpretan que se trata de un proceso de estancamiento, sin ver que esto crea las condiciones para una nueva expansión.

La consecuencia de este razonamiento es que las propuestas políticas de desarrollo para los países llamados subdesarrollados no podrán tener ninguna efectividad, porque la dinámica normal de los países dependientes era el estancamiento... no obstante, las contradicciones del desarrollismo se mantienen en el fondo. El mismo Furtado tiene un trabajo muy interesante sobre la concentración de los frutos del progreso técnico en el desarrollo latinoamericano; allí señala un hecho de mayor trascendencia: el desarrollo tal como había tenido lugar en los años cincuenta –que era el desarrollo que la CEPAL promovía– había permitido, como resultado, la formación de grupos monopólicos extranjeros y nacionales que, de cierta manera, comenzaron a obstaculizar, a concentrar los frutos del proceso técnico. De tal manera que el desarrollo significaba finalmente desempleo, miseria, empobrecimiento de capas medias y de capas burguesas medias y bajas, en favor de una concentración monopólica. Tenemos ahí la confesión del fracaso total del desarrollismo porque, al constatar eso, paralelamente afirma que es ampliamente necesario impedirlo a través de reformas, pero a través de reformas políticas y ya no sólo a través de reformas puramente económicas.

Furtado advierte que el ataque, la destrucción de ese capitalismo monopólico que está formándose, significa paralizar, obstaculizar el desarrollo económico capitalista tal cual se está presentando. Es decir, los ideólogos que pregonaban el “desarrollo” como la clave de la solución de todos los problemas, se despiden de este concepto y empiezan a tomar en cuenta que el problema es más político y de reformas sociales.

4. La teoría de la dependencia, primer esfuerzo de reflexión global de América Latina desde las posiciones de la izquierda revolucionaria

Esta crítica desde el lado marxista va a dar origen, a partir de la segunda mitad de los sesenta, a la teoría de la dependencia propiamente dicha, en su forma pública, aunque varios artículos ya habían salido. La teoría de la dependencia se va a basar, en buena parte, en los avances de la izquierda marxista revolucionaria brasileña. Esa época se caracterizó por una lucha de clases intensa, tal como fue el período de Goulart. A veces se confunde la aparición de la teoría de la dependencia de una forma académica, incluso internacional, con la publicación del libro de Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, editado en 1967 por "Monthly Review" en Nueva York.

A decir verdad, la mayor parte del trabajo publicado por G. Frank también había sido hecho en Brasil. G. Frank había estado en la Universidad de Brasilia, y durante todo el año de 1963 había participado en los debates y asimilado lo que se estaba desarrollando al interior de sectores marxistas críticos al PC y a la CEPAL. Allí comienza a integrar elementos de la teoría de la dependencia. Pero sus primeros trabajos G. Frank los hace en Chile: las bases del libro son conferencias, sobre todo referidas al capitalismo chileno; eso no es muy dependentista en realidad. Su tesis central es la idea del desarrollo del subdesarrollo; pero, sobre todo, sus trabajos son de crítica a las sociologías norteamericanas; el desarrollo del subdesarrollo es un trabajo de crítica a las teorías funcionalistas.

En Brasil es donde recién G. Frank realmente incorpora esas ideas nuevas que están surgiendo, todavía no muy sistematizadas, en las cuales él es el primero en invertir un tiempo para su sistematización más seria, y así proyectarlas. A partir de entonces, y sobre todo entre 1967 y 1969, van a aparecer varias obras dependentistas, de tal manera que en 1970, sin duda alguna, ya la teoría de la dependencia tiene un peso muy grande y se ha vuelto el pensamiento hegemónico en la izquierda latinoamericana.

El otro factor ideológico importante de los sesenta, de la primera mitad de la década, es que junto al fracaso del desarrollismo se produce un proceso de desestalinización, y estalla la crisis chino-soviética. Estos dos elementos entraron a socavar, a retirar las bases de sustentación de la hegemonía de los PC. A ello se agrega la casi natural influencia de la izquierda revolucionaria

como consecuencia del triunfo de la Revolución Cubana, en la que el PC más bien es una fuerza marginal y no central. También cabe considerar la forma en que se configura el proceso venezolano, donde el PC no tenía una participación central –al contrario, se oponía a la profundización del proceso revolucionario en Venezuela–. La crisis del movimiento comunista internacional –reflejada en el XX Congreso del PCUS, y el estallido del conflicto chino-soviético– genera repercusiones de distinta amplitud en los PC del continente. En Brasil, por ejemplo, la crisis se refleja inmediatamente: la lucha interna se desata con fuerza a partir de 1960 y empiezan a surgir fracciones, y ya en 1962 se constituyen frontalmente el Partido Maoísta y el Partido Comunista de Brasil (PCdoB). Esto rompe aún más la hegemonía del PC. Procesos similares se vivieron en Perú, Colombia, etc.

Volviendo a Brasil, podemos decir que durante la primera mitad de los sesenta fue en este país donde el proceso de formación de la izquierda revolucionaria alcanzó la mayor amplitud y un significativo reconocimiento internacional. Por esa época se produce un proceso generalizado de radicalización de la juventud brasilera; esto va a tomar formas particulares. Este desplazamiento ideológico y la radicalización de la juventud católica, de sectores de la Iglesia, van a dar como resultado en 1962-1963 la formación de *Acción Popular* (AP), que es un partido de izquierda, una organización que se liga a la izquierda revolucionaria pero que arranca de una raíz cristiana, de un pensamiento político católico que posteriormente va a volverse maoísta.

El maoísmo en ese momento aparece como una fuerza importante en Brasil, e ideológicamente va a coincidir en la reivindicación del rol del campesinado y del papel de la guerra de guerrillas hecha por la Revolución Cubana.

Estos hechos sensibilizaron la atención de la izquierda revolucionaria latinoamericana por el proceso chino, fenómeno simultáneo a la emergencia del maoísmo como una alternativa al estalinismo. Por otra parte, al parecer, el pensamiento católico tuvo más atracción por el maoísmo que por el leninismo; eso parece relacionarse con cierto moralismo presente en el maoísmo, con su énfasis en que la política esté por sobre la economía, y la moral sobre la política.

Este fenómeno de la atracción del sector de la Iglesia y del pensamiento católico por el maoísmo se observa en casi en toda la izquierda católica, en todos los movimientos revolucionarios de origen católico en el continente y, finalmente, en Brasil; paralelas, esas tres líneas, que se han desarrollado fuera del PC, son las que van a constituir el principal tronco para la creación de la

izquierda revolucionaria posteriormente. En efecto, hay varias organizaciones que son influenciadas por estas líneas o salen de ellas directamente.

Junto a esto habría que señalar que el movimiento campesino, en particular el de las ligas campesinas, tenía una cierta organización política e incluso llega a asumir un nombre: Movimiento Revolucionario Tiradentes, reivindicando toda la tradición nacional en la figura de uno de los mártires de la independencia en la lucha contra Portugal.⁷⁰ El movimiento campesino se organiza como un movimiento político y adopta abiertamente, ya en esa época, las tesis del campesinado como fuerza motriz y de la preparación de la guerrilla, en un momento en que las demás fuerzas que pensaban en la lucha armada no estaban preocupadas de forma inmediata por la guerrilla, dada la amplitud de las luchas de masas que cruzaban entonces el país y que se extendieron hasta 1964.

La izquierda revolucionaria sólo se va a adherir a la tesis de la guerrilla, y va a preocuparse de su creación, después de 1964; después del golpe militar, no antes. Sin embargo, las ligas campesinas ya están, desde antes, tratando de desarrollar el estudio del terreno, la instrucción de la gente, etc.

También existe otra fuerza: se trata de una radicalización del ala izquierda de las fuerzas que apoyan a Goulart, con mucha base sobre todo en las FF.AA., lo que es parte de un trabajo que había sido realizado por la POLOP –quizás en eso ellos sean pioneros–. Éste es un trabajo muy influenciado por la experiencia de la revolución bolchevique y el pensamiento leninista. La labor realizada en las FF.AA. es de cierta importancia; una expresión de ello fue la rebelión de los sargentos en Brasilia, con la toma de la ciudad en 1963. También la asociación de los marinos, una especie de sindicatos, va a tener un papel muy importante como elemento radicalizador debido a la amplitud que adquiere, y por el hecho de que rompe totalmente la disciplina interna de las FF.AA. Todo esto se va reflejando en el motín de los marinos en 1964. Eso correspondió a condiciones internas objetivas en las FF.AA. que hicieron posible, en cierto modo, el trabajo de la POLOP, principalmente del PC, porque ellos tenían un cierto trabajo en las FF.AA.. Esto permitió que muchos de sus elementos del PC se pusieran a trabajar y fueran atraídos en otra línea; las condiciones objetivas crecen para el producto de un trabajo ideológico de la tesis insurreccional, que era la concepción que tenía la POLOP: la concepción insurreccional y no de la guerrilla.

⁷⁰ El *Movimento Revolucionário Tiradentes* (MRT) fue fundado en 1969 por Devanir José de Carvalho, como un desprendimiento del PCdoB. [N. del E.]

Esa corriente insurreccionalista va a cobrar influencia en sectores militares de baja graduación; entre los soldados y marineros, porque Brizola es el que tenía más condiciones para dar salida, después de 1964, a una política insurreccional, y hacia allí se van a encaminar todos los planes, los estudios, los trabajos que se hicieron por la POLOP. Incluso la POLOP participará en el intento fallido de guerrilla de 1965 en Campano. A partir de ahí, la cuestión de la izquierda brasileña se va a centrar en cómo enfrentar el asunto de la lucha armada y, de cierta manera, el foquismo pasa entonces a ser la tesis, y logra un avance muy grande porque permitía ver muy bien cómo enfrentar el problema y daba la solución mágica: “hagamos el foco en el campo y con ello resolvemos la cuestión”. Se convoca a la mayoría de los cuadros; entonces empieza todo el proceso de preparación de focos de las diferentes líneas y organizaciones que ya señalamos.

En 1968 comienzan las acciones armadas, que tienen como escenario la ciudad y, de hecho, toda la lucha armada de la izquierda revolucionaria brasileña se va a hacer en la ciudad. Por eso mismo va a ser derrotada definitivamente en la ciudad por las FF.AA. y la policía, a la altura de 1972 y 1973.

A mediados de los sesenta, entonces, se produce ese viraje de la izquierda revolucionaria brasileña: la misma POLOP, que era la más ortodoxa en la defensa de las insurrecciones con modelos clásicos —otorgando el papel central a la clase obrera—, tiene que hacer un juego de equilibrio para poder conciliar eso con la adopción de las tesis foquistas a partir de 1964. Con esto, de cierta manera, el conjunto del movimiento revolucionario brasileño y la propia izquierda tradicional van a entrar en la dinámica común de América Latina de ese período, que va a dar origen también a la formación del MIR en Chile en 1965; al proceso de formación de la izquierda peruana con base en la guerrilla rural de Luis de la Puente, el MIR peruano; al desarrollo del movimiento guerrillero de la izquierda revolucionaria en Venezuela; incluso va a ser el punto de partida del desarrollo de la organización urbana como en el caso de los Tupamaros, que parten del campo, de la idea del campo como centro, pero que en realidad van a hacer la lucha en la ciudad.

Así entonces, la década del sesenta es, por un lado, la década de hegemonía de la izquierda, de una teoría con base marxista y revolucionaria como es la teoría de la dependencia y, al mismo tiempo, un período de crecimiento de la izquierda revolucionaria y del desarrollo de los procesos de lucha armada, la mayor parte centrados en la idea de la guerrilla rural, el foquismo.

En este marco, conviene detenerse en la formación del MIR chileno, profundizar un poco, porque algunos lo ven como simple resultado de la Revolución Cubana, y no es así. Claro, la Revolución Cubana introduce un salto cualitativo a partir de 1961 para el desarrollo de la izquierda revolucionaria latinoamericana; le dio un impulso que seguramente no hubiera tenido con el éxito y la victoria del *Movimiento 26 de Julio*. Pero, pese a todas las influencias de la Revolución Cubana en ese proceso, es necesario analizar las particularidades de cada país, los procesos nacionales específicos. En Chile, entonces, habrá que considerar los factores concretos, objetivos, que llevan al surgimiento de esa fuerza de la izquierda revolucionaria en 1965.

En ese sentido, tenemos que considerar los problemas del propio desarrollo económico chileno, más acentuado incluso que el de Brasil u otros países. El estancamiento de la economía chilena tiende a ser profundo y prolongado. Sin embargo, junto a ese proceso de industrialización se van creando sectores de pobres urbanos, en más o menos grandes ciudades, lo que se manifiesta en Chile ya desde 1956, cuando el 2 de abril esa masa hace una primera aparición pública en la vida política del país, para llegar a tener luego un peso muy grande en la determinación de la política chilena. Por otro lado, la posición del movimiento campesino y la presión que éste empieza a ejercer sobre la sociedad establecida en los años sesenta van a tener un peso muy grande en la determinación de la misma dinámica de la lucha de clases; la burguesía va a tener que dar respuestas a un fenómeno y trata de hacerlo al abrir también el espacio para una mayor actuación de esas fuerzas radicalizadas. Así se da la lucha política en el país. Por otra parte, la derrota de la izquierda en 1964, junto con los factores de ascenso de la lucha de clases y el triunfo de la Revolución Cubana, influyen sobre el nacimiento del MIR, que no es resultado de una crisis por la ascensión de la izquierda, de la juventud del partido socialista o del entusiasmo de sectores juveniles por el movimiento revolucionario de Cuba, sino que resulta de la unión de varias generaciones de cuadros, de varios grupos y organizaciones que se venían formando en los años precedentes.

Hay un proceso similar al que se venía dando en Brasil y otros países en los cincuenta: el ascenso de la lucha de clases, del movimiento de masas, la crisis del modelo económico y la crisis larvaria de la dominación burguesa; la presión creciente del imperialismo, que actúa de manera abierta en la elección de 1964 para poder poner en pie la "Revolución en Libertad" de Frei y la DC.

Ésta es una de las cartas que jugó el imperialismo para hacer frente a la Revolución Cubana. En tal contexto se produce el desarrollo de varias fuerzas que convergen después en la formación del MIR. Este proceso proviene, en definitiva, más o menos de unas cinco líneas que confluyen: existen sectores que provienen de las corrientes adscritas al maoísmo, luego de la crisis del movimiento internacional y la ruptura chino-soviética; sectores trotskistas del período de la izquierda comunista de los años treinta; nuevos grupos trotskistas; también un desprendimiento de la Juventud Comunista y del PC; corrientes cristianas vinculadas al fundador de la CUT, Clotario Blest; un amplio sector de jóvenes provenientes de las juventudes socialistas; sectores independentistas influenciados por la Revolución Cubana. Socialmente, la base inicial del MIR estaba constituida por estudiantes, intelectuales, cuadros obreros y empleados del sector servicio.

Por eso, aunque en América Latina la izquierda revolucionaria, en general, nace poniendo énfasis en la importancia del campesinado y la guerrilla rural, en el caso chileno el MIR, sin dejar de lado estas determinantes, tiene que buscar un curso de desarrollo distinto. Las características urbanas de la sociedad chilena y la influencia de sectores que vienen de una u otra tradición político-cultural, particularmente sectores trotskistas, obligan a que la formulación del programa y de la estrategia del MIR tenga que mantener como elemento importante el papel de la clase obrera y el rol del partido.

La verdad es que se puede decir que la década del sesenta, en medio de ese gran ascenso de la lucha de clases en América Latina, fue una década de esperanza. Se veían las cosas más o menos claras; se conocía la estrategia, se sabían los caminos; se tenían los instrumentos. Era cuestión simplemente de ponerlos en práctica. A la conciencia revolucionaria no se le presentaban mayores problemas, mayores complicaciones. Desde el punto de vista de la formulación ideológica, teórica, las organizaciones no tenían grandes dificultades: el modelo de la Revolución Cubana contaba con un gran consenso, un poderoso atractivo.

La cuestión de la revolución parecía algo más o menos simple; las dificultades aparecerían más tarde en la práctica, debido al hecho de que desde 1964 los EE.UU. implementaron la contrarrevolución a gran escala. Aunque, ya en 1961, cuando asciende Kennedy, se empieza a poner en pie la doctrina de la contrainsurgencia, logrando, finalmente, a partir del golpe militar en Brasil, iniciar el proceso de ofensiva contrarrevolucionaria en Latinoamérica. A partir de entonces, el problema se va a plantear más bien desde la cuestión de

cómo enfrentar ese nuevo factor; significaba entender que había una contrarrevolución en marcha, dirigida por el imperialismo yanqui, y que había que buscar las formas de enfrentarla.

Las características que tenía el pensamiento de la izquierda en su nacimiento, en los años cincuenta, permiten que se acentúe el antimperialismo y tenderán a resaltar el papel del campesinado en la lucha armada. Las cosas se vuelven mucho más sencillas en apariencia y le permiten a la izquierda moverse con relativa facilidad desde el punto de vista teórico. Pero, en la práctica, se enfrentaba con muchas dificultades porque había que confrontar la acción contrarrevolucionaria y la acción contrainsurgente.

En los años sesenta, sin embargo, la izquierda revolucionaria todavía no percibía, no se daba cuenta de la eficacia de la contrainsurgencia en el enfrentamiento de los procesos de lucha armada; y no la percibía porque todavía los procesos estaban en auge. Es cierto que ya para finales de los sesenta el proceso venezolano estaba estancado, pero el proceso en Brasil emergía, así como el de Uruguay. En México, después del movimiento de 1968, seguirá el Movimiento 23 de Septiembre y los movimientos guerrilleros de la época: Lucio Cabañas y el partido de los pobres, etc. Es decir, hay un auge tan grande que es una guerra en desarrollo; cuando no toma en cuenta la lucha de clases, incluso la izquierda tiende a reducir la guerra únicamente a sus aspectos militares, con lo cual cae poco a poco en la trampa de la contrainsurgencia; y el problema está precisamente en cómo resolver las situaciones militares de manera eficaz para hacer frente a la contra-insurgencia que actúa. Hay que entender que la contrainsurgencia es un enfoque militar de la lucha política, porque la lucha política supone el juego de diferentes sectores, distintas fracciones, fuerzas y victorias que no implican el aniquilamiento del adversario; simplemente, el que pierde pasa a la oposición y desde la oposición tiene la oportunidad, a través de la lucha política, de volver a asumir el poder.

En este modelo del proceso de lucha política, concebido y practicado por la burguesía hasta 1960, la aplicación de la contrainsurgencia considera la lucha política como un proceso en que hay que aniquilar, destruir al enemigo. Por eso es un enfoque militar que sustituye al político. La izquierda cayó en gran medida en esa trampa, en tanto que vio los enfrentamientos de clase sólo en el aspecto militar, y se planteó enfrentar en esos términos a la ofensiva de la contrainsurgencia.

Por eso, su preocupación se centró en cuáles eran los mejores instrumentos, métodos, técnicas y procedimientos para enfrentar al enemigo. Se volvió una izquierda muy instrumentalista, muy fetichista del arma, del medio, antes que del sujeto y de las fuerzas sociales.

Ahora, en ese proceso que va tornando a la izquierda revolucionaria cada vez más hacia el aparato, hacia la valorización de la pura eficacia de los métodos y de las técnicas, sin percibir claramente ni el perfil ni la estrategia real del enemigo, la izquierda no percibió su proceso de derrota, que ya se había iniciado; porque aquélla continuó extendiéndose, al tiempo que el ascenso de masas se prolongaba, pese a los éxitos que la contrainsurgencia iba logrando.

Tal es el caso de Brasil. El éxito de la contrainsurgencia es relativo. De hecho, la contrainsurgencia da el golpe en 1964 y lo profundiza en 1968, pero precisamente es en ese año cuando se lanza, se despliega, la lucha armada. En un primer momento, la lucha armada brasileña provocó mucha conmoción, generó muchas esperanzas y expectativas en algunos sectores, ya que dio la impresión de un movimiento de mucho vuelo y alcance. Entre tanto, seguían los procesos de ascenso de lucha de masas en otros países, como Venezuela y Chile, donde en 1970 llega la *Unidad Popular* (UP) al gobierno; mientras en Argentina empieza a hacer agua la dictadura militar y se va preparando, de cierta manera, el regreso de Perón. Está también el proceso de Bolivia. La misma contrainsurgencia se enmascara en países como Perú, donde derrota a la izquierda; esto no es muy patente debido al reformismo de Velasco Alvarado y lo que fue el velasquismo hasta 1976. Aun en México, al inicio, las acciones armadas urbanas están combinadas con el ascenso del movimiento de guerrillas rural, como método importante y en el marco del ascenso de masas que había tenido lugar en 1968, y que se mantiene latente y da nuevos saltos entre 1970 y 1972.

5. La década de los setenta: ascenso y derrota de los movimientos de masas y movimientos revolucionarios

Pero ya en los setenta hay una situación nueva en Latinoamérica, en términos de la formación y desarrollo de las clases. Sucede, de hecho, que se va ampliando una lucha armada que va a aparecer como una fuerza ahora realmente impresionante, porque se combina o coincide con el ascenso de masas, en el cual juega un papel importante ya la clase obrera, como en el caso de Chile, Uruguay y Argentina. Esto hará que la idea del socialismo y la ideología socialista se vuelvan altamente dominantes. Se produce una evolución visible de todas las organizaciones de la izquierda revolucionaria hacia el marxismo y hacia el proyecto socialista. Eso fue claramente visible en Chile, con el MIR en la coyuntura de la UP. La necesidad del MIR de dar respuesta a ese movimiento de masas en esa nueva situación obliga realmente a este partido a dar un salto definitivo hacia el marxismo, a convertirse en un partido marxista-leninista y organizarse como tal, superando ciertas formas poco ortodoxas que había tenido en la década del sesenta.

En el caso de la izquierda brasileña, de la izquierda marxista de esa época, se da un fenómeno similar. También esta corriente se refleja en los progresos del marxismo en la izquierda venezolana, en Colombia y en Perú, aunque en este último país hay mucho más maoísmo que leninismo. Entretanto, en México todavía el maoísmo va a pesar mucho más que el leninismo. Es interesante anotar que en países como México y Perú, con una tradición indígena y campesina grande, una tradición comunitaria muy importante, el maoísmo en general parece tener una respuesta mejor, más eficaz de organización de la izquierda imperante, por las formas de organización del campesinado, con toda una tradición colectiva previa, que parece más próxima a la tradición china que a países como Argentina, Chile y Brasil, con otro tipo de formación económico-social. En los años setenta, en el primer quinquenio, la izquierda revolucionaria ingresa a una etapa de retroceso: tanto los movimientos de masas como los movimientos de lucha armada son reprimidos y derrotados, y el avance de la contrarrevolución hacia la mitad de 1975 es indetenible.

En 1975 el proceso se hace dramático con el golpe en Argentina y la derrota del ascenso de masas y la guerrilla urbana. Ahí comienza la percepción de la derrota histórica a que la izquierda revolucionaria había sido llevada. Ese fenómeno coincidirá en el campo teórico-ideológico con lo que también se considera la crisis de la teoría de la dependencia. Es precisamente a partir de

1975 que comienzan los ataques a dicha teoría, provenientes de dos frentes: por un lado, un retorno de la iniciativa burguesa que toma la forma del neodesarrollismo: ahí encontramos los viejos desarrollistas, los antiguos cepalinos; Prebisch vuelve a tener mucha importancia, junto a Furtado. Ellos expresan el intento de querer poner al desarrollismo como eje de solución nacional, pero ya no es el viejo desarrollismo nacionalista, centrado en la formación de capital nacional, poniendo la industrialización como solución para todos los problemas. Es mucho más complejo en sus elaboraciones; la burguesía toma la iniciativa en el sentido de imponer, en general a la sociedad, y a la izquierda también, su concepción de que América Latina debe resolver los problemas a través de la ideología neodesarrollista.

La otra vertiente de ataque a la teoría de la dependencia proviene del hecho de que la derrota de la izquierda revolucionaria da nuevo aliento a los PC (no es el caso del PC chileno, que fue muy permeado por la teoría de la dependencia; tal vez el único caso en que ocurrió eso). Así sucedió con el PC uruguayo, el mexicano y otros más. También el PC brasileño fue influido, a través de Luis Carlos Prestes, por la teoría de la dependencia, pero Prestes fue expulsado del PCB. Hoy en día [1989], el PCB no tiene nada que ver con esa teoría, porque el ala dependentista fue expulsada del partido junto a Prestes.

La respuesta teórica de los PC a la teoría de la dependencia va a tener como principales protagonistas a los PC uruguayo y mexicano, que van a tratar en eso de coincidir con sectores maoístas; se juntan a esa ofensiva, en lo que podemos llamar la ideología endogenista, que en cierto punto es muy similar a las tesis desarrollistas. Tanto el neodesarrollismo como el endogenismo se preocupan, sobre todo, de la economía interna, y de cierta manera dan menos importancia, menos peso, a los problemas de las relaciones entre la economía nacional y el imperialismo. Justamente por ahí se ataca a la teoría de la dependencia.

El marxismo va a ser pensado por los endogenistas en una forma que podríamos llamar "ortodoxa"; es decir, pensando el desarrollo de toda economía capitalista en Latinoamérica como una economía capitalista a secas, en sí misma, para pasar a preocuparse de cómo ahí sucedió la acumulación originaria, cómo se hizo la división social del trabajo, cómo se desarrolló la clase obrera, etc., sin mayor preocupación por el imperialismo, que es visto como algo externo, que favorece hasta cierto punto esos procesos, pero no es responsable por ellos.

Es todo lo contrario de lo que planteaba la dependencia, que veía una estrecha articulación entre la dependencia en sí y el imperialismo. Para los endogenistas, el problema de la dependencia sería como el subdesarrollo: el resultado, por un lado, de ese proceso de acumulación endógena y, por otro, su consecuencia natural. Y el que hubiera una articulación de modos de producción que seguirían coexistiendo, lo que constituiría la especificidad de cada país de América Latina, es lo que se trataría de rescatar y estudiar. Asimismo, los endogenistas trataron de ver qué modo de producción es el dominante y cómo se establecen las relaciones de clase, al interior de cada sociedad; allí se centró su mayor preocupación, y también en que la relación entre la economía latinoamericana y la economía mundial, es decir, la dependencia, es puesta de cierta manera de lado: esos son los dos límites de la teoría de la dependencia que logran bastante espacio en los medios intelectuales de izquierda. Desde entonces, se puede decir que dicha teoría entra en declinación, pierde la posición hegemónica que había empezado a asumir en la segunda mitad de los sesenta y que mantiene hasta mediados de los setenta.

Eso crea un problema serio, que hoy en día [1989] tiene que enfrentar el movimiento revolucionario. Es que ese retiro, esa pérdida de posición de la teoría de la dependencia, y un cierto estancamiento al que fue llevada por la pérdida y deserción de sus cuadros teóricos, por la derrota del movimiento revolucionario, llevó a que actualmente la izquierda revolucionaria no tenga una teoría propia.

La tradición y la alternativa vienen por el lado del neodesarrollismo, por el lado del endogenismo. La izquierda revolucionaria no ha sido capaz de partir de lo que había acumulado la teoría de la dependencia y seguir construyendo una visión de América Latina y del mundo; una visión propia del socialismo. Claro que para eso concurrió mucho nuestro colonialismo cultural, porque coincidió también, en la segunda mitad de los setenta, con el fracaso, la derrota que sufrió la izquierda europea —con la cual se habían construido nexos bastante estrechos, sobre todo en la primera mitad de los setenta con la izquierda francesa—, y lo que pasó fue que a mediados de los setenta, esa izquierda europea, que se había construido posteriormente a la izquierda revolucionaria latinoamericana, se convirtió en su referente principal.

La derrota es una derrota material, o sea, las izquierdas fueron duramente reprimidas. El resultado de eso va a ser la adopción del terrorismo como salida. Pero también es una derrota ideológica, porque son países en los cuales la burguesía y los mismos PC tienen una gran capacidad de elaboración teórica, dado que tienen un desarrollo material infinitamente superior y pudieron elaborar respuestas a la ideología revolucionaria que iba avanzando en Europa. Incluso iba aumentando el desarrollo de la ideología revolucionaria europea sobre la base de la incorporación de la teoría de la dependencia: hubo una gran absorción, un estado favorable a la recepción de ideas. En esa época América Latina exportaba ideas; los teóricos de la dependencia eran invitados a Europa para conferenciar en las universidades y centros de cultura, eran ampliamente publicitados. Había una gran efervescencia intelectual que, junto con el ascenso de la lucha del movimiento obrero, de la lucha de clases en Europa, favorecía el desarrollo de la ideología revolucionaria. Pero todo eso entró en crisis en la segunda mitad de los setenta. Como sabemos, se generalizan en las izquierdas alemana, francesa e italiana, los procesos de dispersión, de atomización –como en el caso de Lotta Continua–, el debilitamiento de la izquierda revolucionaria.

En todos los países en que había movimiento revolucionario en desarrollo en la primera mitad de los setenta esos movimientos entran en crisis en la segunda mitad de la década, sufren rupturas y los remanentes comienzan a hacer terrorismo. En realidad, quedó muy poca fuerza de la izquierda revolucionaria en Europa: algo en España, en Irlanda –aunque el IRA nunca fue realmente una organización de izquierda revolucionaria, pese a estar próxima por los métodos; tampoco ETA fue de izquierda revolucionaria propiamente–. Todo este reflujó y crisis influyeron sobre la izquierda revolucionaria latinoamericana. Por otro lado, hoy en día, para reflexionar sobre la crisis de la izquierda revolucionaria latinoamericana, sobre los problemas que enfrentamos en Brasil, Chile, Argentina, Uruguay, en todas partes, hay que partir de la base de que estos problemas tienen mucho que ver con esa pérdida teórica e ideológica, con la pérdida de la capacidad de reflexión que tuvo la izquierda revolucionaria hasta la mitad de los setenta.

Esto, claro está, ligado a la derrota de la izquierda, a la derrota del movimiento de masas en América Latina; pero también la influencia europea contribuye. No obstante, la realidad es mucho más compleja y cambiante; por lo mismo tenemos una crisis en Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, prácticamente en toda Sudamérica. Porque también esto se expresa en Venezuela,

Colombia: una crisis más o menos generalizada. Pero, por otro lado, en el mismo momento en que esta crisis se produce, y que en esos países (incluso en México) se llega a los puntos más hondos de la curva, se da la emergencia del movimiento de izquierda, de movimientos de masas en Centroamérica, que recogen toda la tradición de la izquierda revolucionaria de los años cincuenta, sesenta y setenta, por razones difíciles de entender.

Centroamérica es capaz de rescatar lo mejor del desarrollo de la izquierda revolucionaria en el período 1950-1970, y transformar la acumulación política y militar positiva de esos años en línea político-revolucionaria de victoria. Tenemos el caso de Nicaragua, de El Salvador, Guatemala. Es decir, se produce un auge del movimiento revolucionario centroamericano, precisamente en un momento en que la izquierda revolucionaria en América Latina, globalmente, está en crisis.

Si analizamos el desarrollo de la izquierda revolucionaria, la vemos en marcha en Centroamérica, rescatando lo mejor del pensamiento, de la experiencia en su conjunto, que incluso, bajo cierto punto de vista, recupera la teoría de la dependencia. Es importante darse cuenta de que la manera de razonar de muchos de los dirigentes nicaragüenses está centrada, basada en buena medida, en la mencionada teoría. De hecho, en la práctica, hubo por parte de la revolución nicaragüense una búsqueda y utilización de los materiales, de las conceptualizaciones de la teoría de la dependencia. Hay en los últimos años un cierto reflatamiento de la influencia nicaragüense, salvadoreña. En los cubanos la situación no es exactamente así, por la influencia soviética, pero aun ellos están abiertos a una revalorización de la teoría de la dependencia; buscan conocer más, discutir más.

Es una realidad a enfrentar, ser capaces de retomar la teoría de la dependencia y desarrollarla, rescatando lo mejor de ella para la época actual; es necesario actualizar una teoría marxista, porque la teoría de la dependencia tuvo de todo mezclado: marxistas, desarrollistas... Hoy podemos avanzar sobre la construcción de una teoría marxista de la dependencia que es la manera de resolver teóricamente el problema de dar a la izquierda una base teórica firme. Hoy, ya entrando a los ochenta, tenemos que discutir los hechos que pasan a influir en el desarrollo de la izquierda, por lo menos describir lo que está pasando más detenidamente.

6. La década de los ochenta: la revolución se traslada hacia Centroamérica

La década de los ochenta aparece todavía clara por su proximidad, pero hay una serie de elementos a considerar. Por un lado, el ascenso de Reagan y su política de contraofensiva, y el intento de recuperación de la hegemonía en el campo internacional. Reagan va a centrar buena parte de su acción sobre América Latina, después de un cierto fracaso relativo y un casi abandono de la doctrina de contrainsurgencia, en el restablecimiento de democracias burguesas más o menos viables o gobernables. No lo ha logrado, pero ése es el objetivo que se pone a partir de los años ochenta.

Hay que observar que donde más se ha hecho sentir la ofensiva contrarrevolucionaria estadounidense es en Centroamérica, y justamente ahí es donde se ha ido avanzando en la construcción de ese tipo de democracias controladas, combinadas con la contrainsurgencia; tal es el caso de Guatemala, Honduras, El Salvador, junto con la ofensiva sobre Nicaragua. Por otra parte, otro elemento que tenemos que considerar como una carencia de la izquierda es la elaboración de una teoría que nos permita tener un proyecto claro para América Latina en la crisis internacional.

Un tercer elemento es la cuestión de la democratización. Este problema, en América Latina, corresponde a un cambio de la estrategia estadounidense, de la política imperialista ya iniciada con Carter a mediados de los setenta. Esto fue un factor que también debilitó a la izquierda revolucionaria, porque no tuvo respuestas adecuadas. El gobierno de Carter asumió, en lo más profundo de la crisis (interna y externa) de EE.UU., después de la derrota de Vietnam, una posición defensiva. Se da en EE.UU. un proceso de revisión de su estrategia internacional. Carter va a lanzar dos líneas buscando resolver esto: por un lado, una propuesta compartida de administración de la crisis internacional, la trilateral: es decir, la asociación de Europa y Japón al proceso de administración de la crisis; por otro lado, se propone ir desarmando los focos de posibles procesos revolucionarios. Esto consta en un informe de Sol Linowitz que sirvió de base para la política de Carter hacia Latinoamérica, donde se indicaba cuáles eran los problemas principales y se ponía como central el de Panamá, a partir de lo cual vino toda la revisión del acuerdo del Canal.⁷¹

⁷¹ El *Informe Linowitz* fue el segundo de una serie de informes de la Comisión sobre las Relaciones Estados Unidos-Latinoamérica, presentado por Sol M. Linowitz al presidente Carter, en 1976. [N. Ed.]

La verdad es que se equivocaron, porque el problema no estaba ahí: estaba en Nicaragua, en El Salvador. Pero lo cierto es que hubo esa preocupación. Junto con ello se produjo la constatación de que las dictaduras militares, los regímenes de contrainsurgencia, no habían resuelto los problemas para los que fueron concebidos, no aseguraban gobiernos estatales que dieran cierta continuidad y tranquilidad a la administración de la crisis en América Latina. De tal manera que hay un alejamiento del gobierno estadounidense en relación a las dictaduras, choques incluso, fricciones que favorecen, contribuyen a los movimientos internos democráticos antidictatoriales que se iban desarrollando en la época.

No es que los estadounidenses estuvieran realmente a favor de una democratización; lo que ellos estaban buscando –y los ideólogos de Carter lo plantearon muy claramente– era cómo llegar a administrar Latinoamérica de una manera más eficiente que a través de las dictaduras militares, que ya no ofrecían estabilidad y que creaban problemas de choques, roces cada vez más abiertos con EE.UU.

Entonces, en EE.UU. se postula la idea de las democracias “gobernables”, las democracias vigiladas, democracias limitadas donde hubiera un elemento de tutela por parte de las FF.AA. sobre el juego democrático. Esto es lo que ellos llamaron “las democracias viables”. Aunque limitado, el objetivo norteamericano era suficiente para ponerlo en conflicto con las dictaduras militares y, de cierta manera, obligaba o favorecía ciertos elementos de apoyo a las oposiciones burguesas en esos países. De tal manera que eso favoreció, abrió espacios para la lucha democrática en los países latinoamericanos. Esto lo hicieron, de todas maneras, muy pragmáticamente porque, para ellos, la democracia gobernable era una cuestión en Brasil, y otra cosa en Honduras o El Salvador. Es algo que varía según el grado de agudización de la lucha de clases en cada país y la posibilidad o no de manejo de la burguesía local en relación al Estado y al control sobre los movimientos de masas.

En los países de Latinoamérica, en los setenta, a partir de la derrota de la izquierda se van dando procesos de recomposición de los movimientos populares, de los movimientos de masas; una recomposición en la que tuvo una participación efectiva la izquierda, no tanto como organización –ya que estaba destruida, clandestina, disminuida en su capacidad de acción–, sino más bien a través de los cuadros desprendidos de esas organizaciones, que actuaban en los movimientos de masas que mantenían sus vínculos, que seguían actuando. Esto es lo que llamamos los “movimientos sociales”, un

tema central para la sociología latinoamericana, sobre todo para la izquierda, como elementos importantes a considerar para el análisis de la lucha de clases en esos países. Estos movimientos –al revés de lo que ocurrió en el pasado, en los años sesenta y principio de los setenta– no son movimientos sociales que tengan claramente una conducción de izquierda, sino que tienen bastante autonomía, toda vez que se crean fuera de la acción directa de la izquierda. Ésta, en tanto fuerza organizada, pesa poco para la recomposición de los movimientos populares, pero pesa enormemente por la cantidad de cuadros que aporta, que fueron formados por la izquierda revolucionaria. Esto obliga a la búsqueda de una relación nueva de los partidos, de las organizaciones de izquierda con los frentes de masas que tienen, hoy en día, una autonomía que no tenían antes. Así, entonces, junto a la cuestión teórica, que es un problema grave que hay que resolver, otro problema relevante es precisamente la redefinición de las relaciones de la izquierda revolucionaria con el movimiento de masas, con los frentes de masas, con los llamados movimientos sociales, sindicatos, las organizaciones de los barrios y poblaciones, con las organizaciones de mujeres, de estudiantes, etc.

Hay que repensar todo eso porque tenemos movimientos que se han formado de otra manera, que se han recompuesto de otra manera, pero que son movimientos abiertos para la izquierda. Ésta es una cuestión central a resolver. De cierto modo, siempre fue un problema para la izquierda, pero se tendía a resolver de una manera muy simple, en un solo sentido: de dominación del partido sobre el movimiento, pese a todas las discusiones. Eso no debería haber sucedido, pero ésa era la tendencia. Actualmente eso es un suicidio, porque los movimientos sociales realmente disponen de una autonomía, por lo que es necesario partir del reconocimiento de ese hecho para definir la relación de conducción que la izquierda puede tener en relación a ellos.

Por otra parte, esos movimientos van a encontrar espacios para desarrollarse, no sólo por las contradicciones que se están dando entre el imperialismo estadounidense y los gobiernos, las dictaduras, sino por el hecho también de que las mismas oposiciones burguesas van ganando fuerza, van creciendo, y las contradicciones interburguesas se van agudizando, sobre todo a partir de la segunda mitad de los setenta, por los efectos de lo que señalamos antes: la crisis mundial y sus repercusiones en la lucha de clases y en los procesos de democratización que empiezan en América del Sur en particular.

7. Crisis de las dictaduras y procesos de democratización en el Cono Sur

Los procesos de democratización, de hecho, empiezan en 1980 en Perú; y van a seguir extendiéndose después, progresivamente, en Argentina, Uruguay y Brasil; no los vamos a analizar todos, pero haremos algunos señalamientos sobre el proceso en Brasil, porque es útil tener esto presente para la discusión.

La izquierda revolucionaria en Brasil estaba prácticamente derrotada en 1973: destruida, desmantelada, sus mejores cuadros asesinados, exiliados, realmente aniquilada como fuerza política significativa.

A partir de 1972 y 1973 se empiezan a sentir los movimientos de recomposición del movimiento popular, que van a tener una característica muy peculiar: sin una conducción de izquierda, bajo una dictadura muy violenta –porque el gobierno brasileño fue muy violento, produjo el aniquilamiento de la izquierda–, la represión, la coacción, la tortura y el terrorismo de Estado se hacen presentes con fuerza. ¿Qué pasa entonces? La masa se tiene que replegar a los reductos últimos donde puede resistir: la casa, el barrio, la fábrica. Intentarán recomponerse a partir de ahí, carentes de una conducción de izquierda, algo que sólo van a lograr progresiva y lentamente; pero eso va a dar como resultado un desarrollo bastante intenso y vigoroso del movimiento de masas, del movimiento popular. A partir de una posición defensiva se van reconstruyendo las bases de defensa ante la presión del Estado. Pero ese movimiento popular –en verdad son movimientos más corporativos; esto es una característica del movimiento de sectores altamente corporativizados, bien organizados, en la defensa de sus intereses inmediatos– está poco articulado con la lucha común y carece de un proyecto global. Además, esa característica común de autonomía, de una suerte de desconfianza frente a cualquier mecanismo de dirección que se le quiera imponer, lo hace extremadamente delicado a retomar una ligazón entre las organizaciones de izquierda.

Ese corporativismo se combina con movimientos que se fueron reconstruyendo desde la base hacia arriba, en una concepción de organización que tiene muy poco que ver con las ideas, con los modelos, con los conceptos de organización del leninismo. Más bien predominan el asambleísmo, el basismo, y en sus ideas son un poco espontaneístas.

Este fenómeno en Brasil ha dado como resultado, en términos de partido, que las organizaciones de izquierda, independientemente de la fuerza real que tengan (por ejemplo el PT), intentarán y lograrán implementar una fórmula de construcción real de partido. El PT se entiende —a diferencia de cómo se estudian las organizaciones de antes, que se conformaban como organizaciones de revolucionarios para actuar sobre el movimiento de masas— como emanación del movimiento de masas, un partido que se construye de abajo hacia arriba, lo que crea enormes problemas, naturalmente, porque choca con la concepción de partido leninista.

En algunos sectores del PT, por las necesidades organizativas propias de la conducción, en la construcción del partido se ha ido arribando hacia fórmulas que, sin estar necesariamente adscritas formalmente al leninismo, se acercan a los métodos leninistas de conducción, organización y dirección. Pero eso es muy resistido por amplios sectores de dicho partido, que lo ven casi como un resultado del movimiento de masas y, por lo tanto, determinado por las dinámicas del movimiento de masas en su base. Eso ha hecho que el PT haya sido muy eficaz en la organización de los movimientos populares. En el plano sindical, la central que formó el PT, la CUT, es sin duda la más dinámica, la más combativa, la que más crece. Pero, por otro lado, esto no le ha permitido al PT construir una alternativa política en la situación brasileña actual. El PT es un excelente instrumento de organización popular, pero no una alternativa de poder; y no se lo plantea, no se proyecta como tal hasta hoy; incluso su proyecto político es el mínimo posible, pero es el principal partido de izquierda en Brasil.

El PT es el resultado de ese proceso objetivo que resulta de la derrota histórica de la izquierda y de la manera en que se recompusieron los movimientos populares en Brasil. Algo de eso se puede ver también en la evolución de los partidos de izquierda mexicanos, en lo que ahora se llama Partido Socialista Mexicano (PSM), como resultado de la fusión de varios partidos, incluido el PC. Es el único país donde el PC se autodisuelve en un partido más amplio, en el que se juntan corrientes de la izquierda revolucionaria y no revolucionaria, como el PC. Este partido también tiene ese problema: cómo manejarse, cómo vincularse, cómo conducir los movimientos populares. ¿Cuál es el problema que se presenta? Que como resultado de los movimientos populares, como es el caso del PT, muchas veces tienden a desarrollarse más mecanismos de tipo aparatista, etc.

En la misma línea, debido a las derrotas de las izquierdas y la presión del movimiento de masas, surgen los frentes de izquierda, tipo Izquierda Unida en Perú, *Izquierda Unida* en Chile, *Frente Amplio* en Uruguay. Al mismo tiempo, tenemos un fenómeno importante: una modificación, un viraje en la posición de los organismos coordinadores que empieza con los PC de Centroamérica, particularmente el salvadoreño y el guatemalteco. Pero que con el viraje del PC chileno alcanza una dimensión mucho mayor por el alcance que tiene. El PC argentino ejecuta un viraje radical y realmente se hace una autocrítica despiadada: jamás se ha visto algo así. Es una revisión total del pasado e incluso una revisión de su política hacia el Che Guevara. Son todos estos los factores que debemos considerar.

La izquierda revolucionaria hoy en día tiene un muchos desafíos, y muy grandes; el reto es cómo relacionarse para establecer un nuevo tipo de vinculación adecuada, para conducir el movimiento de masas que se va recomponiendo, y que es importante, tal vez más importante que en el pasado. La cuestión es establecer una relación distinta, posible en la mayor parte de los países, con los PC. No es el caso del PC brasileño, que está a la derecha; diferente es la situación en Centroamérica, a partir de la situación en El Salvador, y que se ha extendido hacia el Cono Sur, como en el caso de la Izquierda Unida peruana, el caso chileno, el caso colombiano. Es decir que se viene extendiendo el problema de la unidad de la izquierda con elementos nuevos que no estaban presentes ni en los cincuenta, ni en los sesenta, ni siquiera en los setenta. Son elementos nuevos que tenemos que considerar y trabajar, entendiendo que la posibilidad del desarrollo de la izquierda revolucionaria pasa por la solución de los problemas a los cuales está enfrentada.

En el caso brasileño, la derrota de la izquierda en 1973 y el principio de recomposición de los movimientos populares; el proyecto de institucionalización de la dictadura; el choque con EE.UU.; la pérdida del dinamismo de la economía brasileña después de los setenta (no se puede hablar todavía de crisis, que empieza en los ochenta); y, por lo tanto, las contradicciones interburguesas agudizadas, van a llevar a una modificación de la política de la izquierda, que se niega a tener participación bajo cualquier forma institucional, en cualquier proceso electoral, sobre todo el planteado por la dictadura. Ésta había disuelto todos los partidos; había creado sólo dos: el partido de gobierno y el partido de oposición (de la oposición burguesa). Hasta 1974, las elecciones daban una mayoría aplastante al partido de gobierno, porque la

oposición burguesa era débil y porque la izquierda se negaba a cualquier tipo de participación en los procesos electorales, tomando siempre como consigna el “voto en blanco o nulo”. No obstante, en Brasil, la gente tiene que votar, está obligada a votar por Ley. La consigna de la izquierda de voto en blanco o nulo significaba no meterse en los problemas interburgueses. Pero con la derrota de la izquierda en 1973 y el anuncio de la dictadura de que iba a iniciar el proceso de institucionalización con elecciones libres, la izquierda cambia de posición y llama a votar. El *Movimiento Democrático Brasileño* (MDB) era el partido de oposición: una fuerza pequeña, débil numéricamente y con una débil posición antidictatorial.⁷² El resultado fue una votación espectacular para el MDB; en buena parte, por responsabilidad de la izquierda. Eso dicen los cálculos, debido a que los votos nulos y blancos, que eran más o menos un tercio de la fuerza electoral que tenía la izquierda, se convierten en votos políticos para el MDB, y cada vez crece más y funciona como un Frente Amplio de lucha democrática, presionando sobre la dictadura para la democratización.

La dificultad se presenta porque, cuando la izquierda hace eso, lo hace en los diferentes sectores, grupos y cuadros, pero no piensa, no precisa bien el problema. Además, no tiene condiciones para plantearse como una fuerza independiente en ese proceso para asumir fuerzas, para sacar a la dictadura, pues la izquierda no actuó como fuerza independiente. Se mete al MDB, lo infiltra con sus posiciones; llega incluso, en determinados momentos, a tener peso en las dinámicas del movimiento. Sin embargo, progresivamente, el MDB le va imprimiendo la dinámica a la oposición burguesa. Al llegar al término del proceso de 1979, después de las elecciones de 1978, pero sobre todo a partir de 1979, con la amnistía y la aprobación de los nuevos partidos, el MDB está totalmente bajo hegemonía burguesa.

Eso es lo que lleva a la escisión del MDB en dos partidos: el *Partido del Movimiento Democrático Brasileño* (PMDB), que es hoy [1989] el partido dominante del gobierno, con una enorme mayoría en Brasil, y que es un conglomerado de fuerzas dispares con hegemonía burguesa; y el *Partido de los Trabajadores* (PT), como fuerza de izquierda más consistente. Por otro lado está Leonel Brizola con un proyecto más personal: el *Partido Democrático Laborista* (PDL), que se apoya en ciertos cuadros y grupos de izquierda. O sea, hay dos partidos populares en Brasil efectivamente: el PDL y

⁷² El *Movimiento Democrático Brasileño* fue fundado el 24 de marzo de 1966, durante la dictadura militar, en un momento de obligado bipartidismo. [N. del E.]

el PT. Los pequeños partidos de izquierda que restaban, como el PC, el MR-8, etc., quedaron subordinados a la hegemonía burguesa del PMDB.

Señalamos esto porque es importante ver cómo el proceso de resistencia por parte de la izquierda, de no aceptación de los marcos legales-institucionales de lucha, de oposición dentro del régimen para provocar su reemplazo por otro régimen que brinde mejores condiciones de lucha, se realiza en Brasil de una manera muy equivocada; esto se puede explicar por la pérdida de cuadros dirigentes, por la situación represiva, pero es equivocado. En la medida en que la izquierda no actúa como fuerza independiente, sino más bien a partir de un frente amplio que va progresivamente poniéndose bajo la hegemonía burguesa, termina diluida en la iniciativa de esta última.

8. Los desafíos actuales de la izquierda revolucionaria en América Latina

Conviene hacer ciertos señalamientos que son parte de los retos más generales: los desafíos que la izquierda revolucionaria latinoamericana tiene que enfrentar hoy.

En el caso de Chile, esto asume un carácter más serio, más profundo, porque Chile tiene ciertas peculiaridades que pueden explicar y permitir entender por qué la dictadura chilena se mantiene. Por un lado, la reconversión económica: la transformación de la base económica chilena fue mucho más profunda que en cualquier otro país bajo la dictadura militar; y eso implicó un cambio radical en la estructura de clases, porque la base económica es la base de la reproducción social de las clases.

Hoy en día, el campesinado chileno, el proletariado, las clases medias chilenas, son muy distintas de las que eran hace 10 o 15 años, y eso tiene que ser estudiado y asimilado como una cuestión capital. Otra cosa, todavía más importante –porque no se trata solamente de saber que los movimientos populares, sobre una base social relativamente modificada, se han venido reafirmando con cierta independencia de la izquierda como ocurrió en Brasil y Argentina– es el hecho de que los movimientos sociales tienen una base objetiva distinta, que ha sido transformada durante el período dictatorial de manera mucho más radical que en los otros países. Entonces, el problema de estudio de los movimientos sociales y la manera de relacionarse con ellos es muy agudo para la izquierda chilena, y aún más que para la izquierda de los demás países.

Por otra parte, ese gran cambio económico y social chileno se hizo con la relativa permanencia de la superestructura política, incluso con la permanencia del cuadro partidario chileno, que si bien ha sufrido algunas transformaciones, básicamente no ha sido transformado. En el caso chileno, la izquierda sigue teniendo vigencia en sus organizaciones, con sus partidos. No ha sido destruida como en los demás países –como en Argentina y Brasil–, sino que mantiene una línea de continuidad, con modificaciones, que tiene que sufrir inevitablemente en etapas como éstas; pero probablemente está ahí la razón, la dificultad para echar abajo a la dictadura, porque los mismos estadounidenses tienen hacia Chile una política distinta de la que tuvieron hacia Brasil y Argentina. En algunos momentos avanzan un poco presionando a Pinochet para una apertura política, para que haya un espacio partidario de izquierda. De ahí que la izquierda se mantenga viva y capaz –en un proceso de apertura, como se ha visto en otros países– de avanzar, de crecer. Es evidente que en el caso de una apertura chilena, con la caída de Pinochet, la izquierda va a tener un espacio amplio de desarrollo; y, en ese sentido, es más peligrosa que las otras, porque mantiene su estructura organizativa, tiene una relación de continuidad con el pasado; ha conservado mayor número de cuadros, ha creado cuadros nuevos en el resurgimiento de sus estructuras partidarias y, sin duda, es un peligro mayor que cualquier otro país en América Latina.

LA CRISIS DEL DESARROLLISMO⁷³

Hasta mediados de este siglo, la teoría social que se produce en Latinoamérica está pensada, con raras excepciones, a partir de la consideración de las cuestiones nacionales. Sólo se puede hablar, realmente, del surgimiento de una corriente estructurada y, bajo muchos aspectos, original de pensamiento sobre la región en tanto tal a partir del *Informe Económico de América Latina de 1949*, divulgado por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), de las Naciones Unidas, en 1950.

La importancia de la teorización que allí comienza reside en la novedad de algunos de sus planteamientos y en la gran repercusión que ella alcanzó, tanto en el plano académico como político, en la generalidad de nuestros países. El análisis de las concepciones cepalinas es, pues, indispensable a quien desee conocer la evolución del moderno pensamiento latinoamericano.

La teoría del desarrollo

Para entender la CEPAL, sería útil considerar, primero, a la biografía intelectual de sus exponentes, principalmente el argentino Raúl Prebisch (responsable directo por el *Informe de 1949*), seguido del brasileño Celso Furtado y del chileno Aníbal Pinto; a ellos se pueden agregar el también argentino Aldo Ferrer y el mexicano Víctor Urquidí. Como Prebisch —que había sido director del Banco Central, bajo Perón— la mayoría de ellos tuvo participación activa en la política de sus países. Su formación era, en general, keynesiana, y algunos ostentaban apreciable dominio de la economía política clásica, particularmente Prebisch y Furtado. Sus incursiones en el campo del marxismo solían ser, sin embargo, desafortunadas.⁷⁴

La cuestión fundamental a ser planteada se refiere a la pregunta: qué es la CEPAL? En lo esencial, ella constituye una agencia de difusión de la teoría del desarrollo que se planteara en Estados Unidos y Europa, al término de la segunda guerra mundial.

⁷³ Archivo de Ruy Mauro Marini, con la anotación: "(1994)".

⁷⁴ Ver, por ejemplo, el modo infeliz con que tanto Furtado como Pinto abordan un concepto elemental de la teoría económica marxista: el de plusvalía, respectivamente en *Dialéctica del desarrollo*, México, FCE, 1964, Parte I, y en "Concentración del progreso técnico y de sus frutos en el desarrollo latinoamericano", *El Trimestre Económico* (México), p. 125, enero-marzo de 1965 (este último, incluido en el libro que reúne ensayos del autor, bajo el título *Inflación: raíces estructurales*, México, FCE, 1973, de donde extraeremos, más adelante, algunas citas).

Esa teoría tenía, entonces, un propósito definido: responder a la inquietud y la inconformidad manifestadas por las nuevas naciones que emergían a la vida independiente, a raíz de los procesos de descolonización, al darse cuenta de las enormes desigualdades que caracterizaban a las relaciones económicas internacionales.

Confrontados a esa situación, los países capitalistas centrales se preocuparon de explicar y justificar esas disparidades, que los beneficiaban de manera gritante, al tiempo que buscaron convencer a los nuevos Estados de que a ellos también se abrían posibilidades de progreso y bienestar. Bajo la denominación genérica de teoría del desarrollo, los planteamientos de los grandes centros nacen en órganos gubernamentales o instancias a ellos asociadas, se difunden en las universidades y centros de investigación y se traspasan a agencias internacionales.⁷⁵

A ese efecto, se tratará, esencialmente, de construir un concepto de desarrollo económico, a partir de la idea de que este corresponde al desdoblamiento del aparato productivo, en función de la conocida clasificación en tres sectores: primario, secundario y terciario. Para explicar por qué son los países avanzados aquellos en los cuales ese desdoblamiento se ha realizado plenamente, se toma al proceso de desarrollo económico que ha tenido lugar en los países capitalistas avanzados como un fenómeno de orden general y se sostiene que la posición que ellos ocupan en el contexto internacional corresponde al estadio superior de un *continuum* evolutivo. Las distintas economías que integran el sistema internacional se ubicarían en fases inferiores del mismo proceso, enmarcadas en un esquema dual: desarrollo-subdesarrollo, que sería sustituido más adelante por otro más sofisticado.

Así entendido, el concepto de subdesarrollo es idéntico al de situación pre-industrial. El subdesarrollo sería, pues, una situación previa al desarrollo económico pleno (cuando ya se hubiera completado el desdoblamiento sectorial), existiendo entre ambos momentos el llamado despegue (*take off*, para emplear el lenguaje entonces en boga), en el cual la economía en cuestión reuniría ya las condiciones para iniciar un desarrollo autosustentado.

⁷⁵ Entre las obras significativas del período, están: National Bureau of Economic Research, *Problems in the Study of Economic Growth*, N. York, 1949; United Nations, *Measures for the Development of Under-developed Countries*, N. York, 1951; Colin Clark, *The Conditions of Economic Progress*, Londres, 1951; S. H. Frankel, *The Economic Impact of Under-developed Countries*, Oxford, 1952; W. W. Rostow, *The Process of Economic Growth*, Oxford, 1953; y W. Arthur Lewis, *The Theory of Economic Growth*, Londres, 1955.

Recapitulando: la tesis central de la teoría del desarrollo es que el desarrollo económico representa un *continuum*, en el que el subdesarrollo constituye una etapa inferior al desarrollo pleno. Este representaría, empero, algo accesible a todos los países que se empeñaran en crear las condiciones adecuadas a ese efecto.

Un segundo aspecto a destacar en la teoría del desarrollo es su insistencia en que el desarrollo económico implica la modernización de las condiciones económicas, sociales, institucionales e ideológicas del país, la modernización correspondiendo en última instancia el acercamiento de dichas condiciones a los patrones vigentes en los países capitalistas centrales. El proceso de modernización, además de traer consigo la posibilidad de tensiones y crisis, se manifestaría durante cierto tiempo mediante una situación de dualidad estructural, que opondría un sector moderno al sector tradicional de la sociedad en cuestión. El tema de la modernización y la noción de dualismo estructural inspiraron el grueso de la producción sociológica y antropológica de ese período.⁷⁶

Finalmente, un tercer aspecto a considerar en la teoría del desarrollo es su proyección en el plano metodológico. En la medida en que desarrollo y subdesarrollo eran, en el fondo, la misma cosa, vale decir momentos constitutivos de la misma realidad: la economía capitalista industrializada, sólo podrían ser diferenciados mediante criterios cuantitativos, los únicos adecuados para ubicar una economía en este o en aquel grado de la escala evolutiva. Así, el subdesarrollo se definiría a través de una serie de indicadores: producto real, grado de industrialización, ingreso *per capita*, índices de alfabetización y escolaridad, tasas de mortalidad y esperanza de vida, etc., destinados a clasificar a las economías del sistema mundial y a registrar su avance en la senda del desarrollo.

Los inconvenientes de esa metodología son evidentes. Al ser esencialmente descriptiva, no posee cualquier capacidad explicativa. El resultado a que arriba es una perfecta tautología: una economía presenta determinados indicadores porque es subdesarrollada y es subdesarrollada porque presenta esos indicadores. Girando en círculo, el análisis no puede aspirar sino a establecer correlaciones verificables, que no arrojan de por sí ninguna luz sobre las cuestiones referentes a causa y efecto.

⁷⁶ Cfr. el ensayo de Enrique Valencia sobre la sociología de la modernización, incluido en este tomo, así como la conocida tesis del sociólogo francés Jacques Lambert sobre los "dos Brasiles", posteriormente generalizada al conjunto de América Latina.

Como quiera que sea, fue de la teoría del desarrollo que partió la CEPAL. Para entender el porqué de ello, hay que recurrir a una línea de análisis que tiene que ver con el papel de Estados Unidos en la construcción del mundo de la posguerra. Haremos aquí a un lado la consideración sobre sus iniciativas en el plano político, económico y militar, para ocuparnos tan sólo de lo que hizo en el plano ideológico.

Destaque especial merece la creación de comisiones económicas regionales, subordinadas al Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas y con asiento en Europa, Asia y el Lejano Oriente, y América Latina; posteriormente, se crearon dos más, para África y Asia Occidental.

Su objetivo era estudiar los problemas regionales y proponer políticas de desarrollo. En realidad, la misión fundamental atribuida a esas comisiones fue la de ser agencias de elaboración y difusión de la teoría del desarrollo, en el contexto de la política de domesticación ideológica que los grandes centros contrapusieron a las demandas y presiones de lo que vendría a llamarse de Tercer Mundo.

Dando inicio formalmente a sus trabajos en 1948, en Santiago de Chile, la CEPAL no rehúye la misión que le había sido confiada, pero, lejos de limitarse a la mera difusión, asume el papel de verdadera creadora de ideología, una vez que trata de captar y explicar las especificidades de América Latina. Esas especificidades, frente a los nuevos países que la descolonización había ido creando, eran indiscutibles.

Efectivamente, además de su precoz independencia política, América Latina contaba para entonces con un siglo de capitalismo, que llevara a la formación de complejas estructuras de clases y Estados nacionales consolidados. Hecho aún más importante, en muchos de sus países la industrialización, que comenzara entre las dos guerras mundiales, había modificado las alianzas de clases y convertido a la burguesía industrial en parte plena del bloque en el poder.

A diferencia, pues, de otras agencias similares, la CEPAL, al constituirse, se vincula a la realidad interna de América Latina y expresa las contradicciones de clase que la caracterizan, incluso las contradicciones interburguesas. Más que eso, ella será instrumentalizada por la burguesía industrial, tanto en función de las luchas sociales y políticas internas, como de los conflictos establecidos a nivel de la economía mundial.

Ello hará con que la CEPAL, partiendo de la teoría del desarrollo, en los términos en que había sido formulada en los grandes centros, introduzca en ella cambios que representarán su contribución propia, original, y que harán del desarrollismo latinoamericano un producto sí, pero no un simple calco de la teoría del desarrollo.

El desarrollismo

La contribución más importante de la CEPAL es su crítica a la teoría clásica del comercio internacional. Basada en el principio de las ventajas comparativas, esa teoría postula que cada país debe especializarse en la producción de bienes en que pueda lograr mayor productividad, la cual se encuentra por lo general determinada por la fertilidad del suelo, la disponibilidad de recursos minerales, etc. En la medida en que lo haga, esto asegura al país condiciones privilegiadas de competencia en el mercado mundial, llevando a que las transacciones que allí se realicen resulten beneficiosas para todas las partes.

La CEPAL dirá que, en los hechos, ello no pasa así. Por un lado, demostrará empíricamente que, a partir de 1870, se observa en el comercio internacional una tendencia permanente al deterioro de los términos de intercambio en detrimento de los países exportadores de productos primarios. Por otro lado, afirmará que dicha tendencia propicia transferencias de ingreso —en realidad, transferencias de valor, concepto que la CEPAL no maneja bien— las cuales implican que los países subdesarrollados, que exportan esos bienes, sean sometidos a una sangría constante de riqueza en favor de los más desarrollados, o sea, a una descapitalización.

Para la CEPAL, el deterioro de los términos de intercambio se debe a que el mercado mundial confronta países industrializados a países de economía primario-exportadora. Estos últimos, al no desarrollar su sector industrial o manufacturero, no están habilitados a producir tecnologías y medios de capital capaces de elevar la productividad del trabajo. Paralelamente, la inexistencia de ese sector limita la expansión de la oferta de empleo, llevando a que se registre en el sector primario una fuerza de trabajo excedente, que dificulta la elevación de la productividad y reduce su precio (o salario); eso redundará además en la formación de mano de obra excedente en el sector de servicios, donde genera los mismos efectos. Sería esa la razón de los bajos salarios que se verifican en las economías subdesarrolladas, las cuales tanto frenan al progreso técnico como no permiten la expansión y dinamización del mercado interno.

Inversamente, los países desarrollados serían aquellos que, con base en un sector secundario expansivo y una demanda dinámica de mano de obra, ostentan salarios elevados, los cuales inducen la introducción de innovaciones tecnológicas tendientes a reducir la participación del trabajo en la producción y, por ende, el impacto de los salarios en los costos.

El alza de la productividad de allí resultante no sería transferida plenamente inmediatamente a los precios de los bienes que esos países exportan, llevando a que, en el comercio internacional, esos precios se mantuvieran en un nivel elevado. En consecuencia, se favorecería la traslación de riqueza de la periferia subdesarrollada al centro desarrollado.

La verdad es que, captando correctamente el fenómeno empírico del deterioro de los términos de intercambio, la CEPAL lo interpretaba mal: tarde o temprano, el aumento de la productividad y la consiguiente reducción de los costos tienen que transferirse a los precios, salvo si se verifican situaciones anormales en el mercado mundial, como las que configuran una situación de monopolio o se derivan de guerras y catástrofes naturales. Además de ello, y la CEPAL no lo ignoraba, el desarrollo del capitalismo en los países dependientes ha implicado, desde el comienzo, la introducción de nuevas técnicas de producción y el aumento de la productividad del trabajo. Sin embargo, el señalamiento referente a la cuestión de la remuneración de la fuerza de trabajo representaba una intuición formidable, aunque mal establecida, puesto que no se trataba simplemente de una consecuencia de la baja productividad, como la vida se encargaría de demostrar.

Como quiera que sea, con su esquema centro-periferia, es decir, al tomar como punto de partida analítico a la economía mundial y las relaciones que allí se desenvuelven entre las economías nacionales, la CEPAL iba mucho más allá de la teoría del desarrollo y aseguraba para el conjunto de sus tesis una validez de principio, hasta entonces privilegio exclusivo de la teoría marxista del imperialismo. De hecho, la afirmación de Prebisch en el sentido de que: "el desarrollo económico de los países periféricos es una etapa más (...) en el proceso de desarrollo orgánico de la economía del mundo"⁷⁷ hace recordar irresistiblemente Bukharin.⁷⁸ Las limitaciones del pensamiento cepalino son un efecto de su vínculo umbilical con la teoría del desarrollo, además de representar un costo derivado de la posición de clase a partir de la cual la CEPAL realizó sus planteamientos.

⁷⁷ *La obra de Prebisch en la CEPAL*, t. I, p. 157. Selección de Adolfo Gurrieri, México, FCE, 1982

⁷⁸ Véase su ensayo *La economía mundial y el imperialismo*, Buenos Aires, *Cuadernos de Pasado y Presente*.

Así es como, fiel a la idea del desarrollo económico como un *continuum*, ella no consideraba el desarrollo y el subdesarrollo como fenómenos cualitativamente distintos, signados por el antagonismo y la complementariedad –como lo hará, a su tiempo, la teoría de la dependencia– sino tan sólo como expresiones cuantitativamente diferenciadas del proceso histórico de acumulación de capital.⁷⁹ Ello implicaba que, a partir de medidas correctivas aplicadas al comercio internacional y la implementación de una adecuada política económica, los países subdesarrollados verían abiertas las puertas de acceso al desarrollo capitalista pleno, poniendo fin a la situación de dependencia en que se encontraban. Esta tesis: la del desarrollo autónomo, constituye una de las marcas registradas del pensamiento cepalino.

La exigencia de una política económica centrada en la superación del subdesarrollo reposaba sobre otro elemento-clave: la concepción del Estado como algo situado arriba de la sociedad y capaz de dotarse de una racionalidad propia. Apoyada en ello, la CEPAL saltaba del plano en que planteaba su análisis económico, donde lidiaba con leyes objetivas e identificaba intereses económicos en pugna, a una visión idílica del mundo, tomado como campo de relacionamiento entre Estados llanos a reemplazar el enfrentamiento por la negociación y las leyes económicas por el deseo de cooperación.

Si la política económica era el instrumento, el objetivo esencial a que ella debería aspirar para superar el subdesarrollo era, para la CEPAL, la industrialización. Vimos ya cómo, en su entender, ésta sería capaz de promover una mejor alocaión de la fuerza de trabajo entre los sectores productivos; elevaría los salarios, viabilizando el mercado interno; e induciría el progreso técnico y el aumento de la productividad del trabajo, poniendo fin a las transferencias internacionales de valor. La industrialización se realizaría mediante una política deliberada de sustitución de importaciones de bienes manufacturados.

La fe que la CEPAL depositaba en la industrialización, en tanto medida bastante para la superación del subdesarrollo, extendíase a las virtudes que ella tendría como palanca para la transformación social.

⁷⁹ La excepción a la regla la constituye Celso Furtado, quien, ya en un período más avanzado, plantea esa diferencia entre las dos formas económicas, aunque relativice su planteamiento al circunscribirla a la cuestión de la formación de capital. Véase su libro *Desarrollo y subdesarrollo*, Buenos Aires, Eudeba, 1964.

Admitiendo que ciertas reformas eran necesarias en el plano institucional y político, la CEPAL subvaloraba las medidas distributivas, allí comprendida la reforma agraria, salvo como disposición de interés secundario.⁸⁰ En el pensamiento de la CEPAL, que por ello mereció el calificativo de “desarrollista” que se le ha dado, la industrialización asumía el papel de un *deus ex machina*, suficiente por sí misma para garantizar la corrección de los desequilibrios y desigualdades sociales.

El desarrollismo fue la ideología de la burguesía industrial latinoamericana, en especial de aquélla que —respondiendo a un mayor grado de industrialización y compartiendo ya el poder del Estado con la burguesía exportadora— trataba de ampliar su espacio a expensas de esta última, recurriendo para ello a la alianza con el proletariado industrial y la clase media asalariada. Al tiempo que *acenaba* [provocaba] para éstos, con la ampliación de la oferta de empleos y mayores salarios, el desarrollismo, mediante la crítica del esquema tradicional de división internacional del trabajo, exigía de los grandes centros capitalistas el establecimiento de un nuevo tipo de relaciones. Sin embargo, aunque rechazando al modelo primario-exportador y abriendo fuego contra la vieja clase dominante, reluctaba en plantear a la reforma agraria como premisa del modelo industrial, dado que, no pasando la alianza social por el campesinado (con la sola excepción de México), hacerlo significaría agravar inútilmente el conflicto interburgués.

En el curso de los años 50, junto al avance de la burguesía industrial, tanto en países donde ya era fuerte —Argentina, Chile, Uruguay, Brasil, México— como en los demás, que aceleran entonces su crecimiento industrial, el desarrollismo se convierten la ideología dominante y en la matriz por excelencia de las políticas públicas. No obstante, tras una década de expansión, la economía latinoamericana desagua, en los 60, en la crisis y el estancamiento, poniendo al desnudo las características perversas que había asumido la industrialización. Ello no podría dejar de repercutir hondamente en los círculos cepalinos, dando lugar a una crisis teórica de amplias proporciones.

⁸⁰ Ya en el *Informe de 1949*, Prebisch afirmara: “El problema económico esencial de América Latina consiste en acrecentar su ingreso real *per capita*, gracias al aumento de la productividad, pues la elevación del nivel de vida de las masas mediante la redistribución de los ingresos tiene límites muy estrechos”. *La obra de Prebisch...*, *op. cit.*, I, p. 163. Y, en una de las pocas ocasiones en que se ocupa de la reforma agraria, dice: “...Ciertamente, el aumento del rendimiento de la tierra depende fundamentalmente del mejoramiento de la técnica productiva y de la inversión de capitales. Pero hay numerosos casos en que la forma de propiedad es uno de los obstáculos que será necesario remover antes que esas medidas puedan fructificar”, para luego indicar: “El sistema impositivo podría ser uno de los medios más eficaces para hacerlo, sin dejar de lado a las medidas directas de fraccionamiento que las circunstancias aconsejen.” *Ibidem*, pp. 261-262.

La crisis del desarrollismo

La crisis económica que, al comienzo de la década de 1960, golpea la mayoría de los países latinoamericanos es, simultáneamente, una crisis de acumulación y de realización de la producción. Ella se manifiesta, por un lado, en el estrangulamiento de la capacidad para importar los elementos materiales necesarios al desenvolvimiento del proceso de producción y, por otro, en las restricciones encontradas para realizar esa producción. Ambos fenómenos se derivan de que la industrialización se llevara a cabo sobre la base de la vieja economía exportadora, es decir, sin proceder a las reformas estructurales capaces de crear un espacio económico adecuado al crecimiento industrial.

En los países capitalistas avanzados, la industrialización se dio de manera orgánica, llevando a que el crecimiento del sector de bienes de consumo generara inmediatamente como contrapartida la expansión de la oferta de bienes de capital, sin lo que el proceso se hubiera visto bloqueado. En los países latinoamericanos, la sustitución de importaciones operó sobre la base de una demanda preexistente de bienes de consumo y llevó a que la obtención de bienes de capital reposara esencialmente en la importación, conformando un modo de reproducción industrial intrínsecamente dependiente del exterior. La continuidad de un proceso puesto en estos términos suponía el crecimiento constante de la capacidad para importar y, por ende, una masa creciente de divisas.

¿De dónde provienen esas divisas? Primariamente, de la exportación. Pero, una vez que las viejas estructuras productivas se habían mantenido intocadas, las exportaciones seguían consistiendo en bienes primarios tradicionales, sujetos a la tendencia secular de deterioro de los términos de intercambio, diagnosticada por la CEPAL. El sector manufacturero no se había preocupado de conquistar mercados exteriores y destinaba toda su producción al mercado interno, lo que quiere decir que seguía dependiendo del sector primario para la obtención de las divisas necesarias a la adquisición de los bienes intermedios y de capital que su expansión demandaba. Por esa vía, la industria —que la CEPAL anunciara como la palanca del desarrollo autónomo— no hacía sino impulsar la reproducción ampliada de la relación de dependencia de América Latina respecto al mercado mundial, sin conducirla hacia una efectiva superación.

La segunda fuente de divisas corresponde a la aportación de capitales externos, materializada en inversiones directas, préstamos, financiamientos y donaciones. Con ingresos a título de exportaciones relativamente estancados, América Latina solicitara de Estados Unidos una generosidad similar a la que se expresara en el *Plan Marshall*, concebido en favor de la reconstrucción europea y que implicara la movilización de una ayuda considerable, mediante préstamos públicos y donaciones gubernamentales. El último intento serio de Latinoamérica en este sentido había sido la del presidente de Brasil, Juscelino Kubitschek, a fines de los 50, cuando lanzara la *Operación Panamericana*, centrada en la obtención de créditos públicos. Pero la OPA acabó siendo suplantada por la iniciativa norteamericana de la Alianza para el Progreso, al empezar la década de 1960, la cual se caracterizaba por su marcado carácter asistencialista y el énfasis que ponía en las inversiones extranjeras privadas.

Tales inversiones habían empezado a penetrar al sector industrial latinoamericano desde comienzos de los 50, ganando fuerte impulso en la segunda mitad de la década. En ese período, la industrialización encontrara en ellas un sostén y un factor de aceleración. Completado, sin embargo, el tiempo de maduración de esas inversiones, vale decir llegado el momento de la obtención real de ganancias, ellas revelaron su naturaleza contradictoria: sus ganancias se habían obtenido en el mercado interno, realizándose pues en moneda nacional; pero, para hacerse efectivas y, pues, susceptibles de reintegración al patrimonio de la matriz extranjera, deberían poder convertirse en moneda internacional, lo que exigía divisas a ser sustraídas del monto realizado en las transacciones externas.⁸¹ En otras palabras, lo que sirviera para ampliar la capacidad para importar de América Latina mostraba ser ahora un factor de limitación.

Mientras se contaba con un mercado interno en expansión, el ingreso de capitales externos superaba a las salidas, enmascarando el problema. Pero el mercado interno pronto encontraría su límite. Las grandes migraciones del campo a la ciudad, que la mantención de las estructuras tradicionales de producción provocaba y que la industrialización incentivara, se tradujeron en el rápido crecimiento de la oferta urbana de mano de obra, que acabaría por *descambar* hacia el desempleo abierto o disfrazado.

⁸¹ Eso nos pone ante un problema de realización de la plusvalía, que no consiste ya en su cambio de la forma mercancía a la forma dinero, sino en el cambio que la misma forma dinero debe sufrir debido a que no es dinero mundial. Un análisis del fenómeno, aunque deficiente desde el punto de vista conceptual, puede encontrarse en Francisco de Oliveira y F. Mazucchelli, "Padrões de acumulação, oligopólios e Estado no Brasil (1950-1976)", ensayo incluido en el libro de Oliveira: *A economia da dependência imperfeita*, pp. 76-113. Río de Janeiro, Graal, 1977

La causa de la incapacidad de la industria para crear empleo residía –más que en el uso de tecnologías inadecuadas, como sostuvo la CEPAL, dado que es inherente al progreso técnico ahorrar mano de obra– en la brutal superexplotación del trabajo que allí se practicaba, la cual era, a su vez, posibilitada por la existencia de esa fuerza de trabajo redundante.

Combinando bajos salarios con la prolongación de la jornada y la intensificación del ritmo de trabajo, el capital industrial movilizaba masas de trabajo sustancialmente mayores que las que, en condiciones normales, corresponderían a la suma de dinero destinada a pagarlas,⁸² inhabilitándose así para asimilar buena parte de las nuevas fuerzas de trabajo que se incorporaban al mercado. Peor todavía: acababa por crear una distribución del ingreso extremadamente perversa, que condenaba a la inmensa mayoría de la población a niveles de consumo miserables, muchas veces abajo del patrón mínimo de subsistencia. Con ello, se restringía el mercado interno, se limitaba la creación de áreas de inversión y se desestimulaba la introducción de nuevas técnicas de producción. Para completar el cuadro, la preservación de la vieja estructura agraria y la concentración de las inversiones en la industria provocaron un descompás entre la oferta de alimentos y el crecimiento urbano, impulsando los precios agrícolas hacia arriba y desatando la inflación.

No sorprende, pues, que la década de los 50 se caracterizase por una acentuada agudización de las luchas sociales. Estas tenían, como componentes nuevos, la emergencia del campesinado en tanto movimiento social, una clase obrera renovada e incrementada y el surgimiento de un proletariado pobre en las ciudades, que dio origen a las teorizaciones sobre la marginalidad urbana. Paralelamente, se adensaba el tejido de la clase media citadina y se aceleraba su salarización, llevando a un rápido aumento de una masa de estudiantes y jóvenes profesionales cada vez más descontentos con la falta de perspectivas que presentaba el tipo de desarrollo comandado por la burguesía industrial. Esos factores convergen, a lo largo del período, para promover convulsiones y crisis políticas, que empiezan con la radicalización de la revolución guatemalteca, bajo el gobierno de Jacobo Arbenz, y la revolución boliviana de 1952, siguen con el suicidio de Getulio Vargas en

⁸² Un estudio interesante sobre la superexplotación del trabajo llevada a cabo en ese período por el capital industrial es, de Raimundo Arroio Junior y Roberto Cabral Bowling, *El proceso de industrialización en México, 1940-1950. Un modelo de superexplotación de la fuerza de trabajo*, México, UNAM, Escuela Nacional de Economía, 1974, tesis de licenciatura, mimeo. El trabajo, algo modificado, se publicó por separado en dos ensayos en Cordera, R. (comp.), *Desarrollo y crisis de la economía mexicana*, México, FCE, *Lecturas* n.º 39, 1981.

Brasil y el derrocamiento de Juan Domingo Perón en Argentina, continúan con el movimiento ferrocarrilero en México y la revolución venezolana de 1958 y culminan, en 1959, con la revolución cubana.

Sensible a esa situación, la CEPAL modifica, desde comienzos de la década de 1960, sus planteamientos y, rectificando el enfoque meramente desarrollista que los caracterizaba, pasa a dar más énfasis a las reformas estructurales y a la distribución del ingreso. Pero es demasiado tarde. En un continente conturbado, la revolución cubana sacudía hasta los cimientos la dominación norteamericana y sembraba el pánico entre las clases dominantes criollas. Cuando se abre el ciclo de las dictaduras militares, el desarrollismo cepalino entra definitivamente en crisis.

Esta se vuelve visible tras el alejamiento de Prebisch, quien, en 1963, cambia la CEPAL por la UNCTAD. En 1965, Celso Furtado se empeña en demostrar que la economía latinoamericana tiende estructuralmente al estancamiento: este no sería, pues, causado por esta o aquella política económica –lo que absolvía a la CEPAL– sino que resultaría de la dinámica misma de las estructuras económicas existentes en la región, marcadas por el sello del dualismo. Furtado resume así su tesis:

“todo sucede como si la existencia de un sector precapitalista de carácter semifeudal, junto a un sector industrial que absorbe una tecnología caracterizada por un coeficiente de capital rápidamente creciente, originase una pauta de distribución del ingreso que tiende a orientar la aplicación de los recursos productivos, en forma a reducir la eficiencia económica de éstos, y de concentrar aún más el ingreso, en un proceso de causación circular.”⁸³

Es por ello que:

“el comportamiento de los agentes que toman decisiones económicas, los cuales pueden muy bien regirse por estrictos criterios de racionalidad, tanto en función de los medios que utilizan como de sus legítimos objetivos; se halla en las relaciones estructurales que delimitan el campo dentro del cual son tomadas las decisiones relevantes.”⁸⁴

⁸³ *Subdesenvolvimento e estagnação em América Latina*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1965. Hay traducción al español: *Subdesarrollo y estancamiento en América Latina*, Buenos Aires, Eudeba, 1966, de donde se toma la cita, p. 97. La obra es la mejor expresión del estancacionismo, posición que se ha querido endilgar a autores dependentistas.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 100.

Cabe señalar que Furtado flexibiliza su rígido modelo estructuralista, al considerar también a la política exterior de Estados Unidos y la acción de las empresas multinacionales como factores negativos para el desarrollo latinoamericano. Más que ello, en un *rompante* de radicalización política, plantea la posibilidad de superar las determinaciones estructurales que ha detectado en su análisis mediante la práctica de un socialismo de corte nacional, estatal y tercermundista:

“La sustancia ideológica del socialismo latinoamericano será seguramente extraída de la conciencia crítica para superar el subdesarrollo. Esa lucha tiene lugar dentro de los marcos políticos nacionales, los cuales delimitan los centros de decisión que comandan las actividades económicas, tanto en sus aspectos internos como en los externos. (...)”

La conjunción de esas dos ideas-fuerza –la afirmación nacionalista y el deseo de superar el subdesarrollo– constituyen el núcleo del pensamiento ideológico que por caminos variados está provocando la transformación de la vasta comunidad de pueblos que constituyen el Tercer Mundo.⁸⁵

El mismo año de 1965, analizando el rumbo que había tomado la industrialización latinoamericana, Aníbal Pinto produce un texto de notable agudeza, en el que recurre ampliamente a la contribución de renombrados marxistas, como Baran, Sweezy, Dobb, Bettelheim, Nove y Wright Mills. Teniendo como telón de fondo la dualidad estructural, que configuraría dos polos: capitalista y subdesarrollado, el autor se da como propósito:

“examinar si las condiciones establecidas (por el capitalismo, RMM) son propicias para la continuación del desarrollo y eventualmente para la corrección de los contrastes evidentes”.⁸⁶

El punto de partida de Pinto es la noción de que, en la fase que la CEPAL llama de “desarrollo hacia adentro”, vale decir, de industrialización, la dualidad estructural se modifica:

“Por una parte (...) la separación entre los polos es menos nítida que en el otro modelo (del “desarrollo hacia afuera”, RMM) y no corresponde a una simple dicotomía sectorial. Dentro de cada una de las actividades principales –primarias, secundarias y terciarias– se establece una especie de ‘corte horizontal’, que divide las capas modernas de las tradicionales o estancadas.

⁸⁵ *Ibid.*, pp. 26-27.

⁸⁶ “Concentración del progreso técnico...”, *op. cit.*, p. 84.

Por otro lado, los desniveles entre ambos universos parecen ser con frecuencia mucho más pronunciados”⁸⁷

Sin embargo, aunque Pinto atisbe la posibilidad de trabajar con un aparato más sofisticado, que introduzca un corte horizontal en los dos polos de la economía, se va a limitar casi siempre al esquema bipolar, inducido en buena medida por el material empírico de que dispone. En lo esencial, su preocupación gira en torno a la concentración del progreso técnico en el polo capitalista y el *constrangimiento* que ello implica para el desarrollo del otro polo, las cuestiones del empleo que de allí se derivan y el efecto negativo que ambos factores ejercen sobre la distribución del ingreso, incluso al interior del mismo polo capitalista.

El resultado es la distorsión y la pérdida de dinamismo de la industrialización. Refiriéndose a la situación de los países más industrializados, Brasil y México, Pinto acota:

“los dos países mayores de América Latina comparten una característica fundamental: que en ambos, tanto desde el ángulo del progreso técnico como del ingreso, una parte importante de sus sistemas y de su población ha quedado al margen del desarrollo. Sin embargo, parece claro que la marcha de esas economías en el presente y más aún en el próximo futuro depende en lo principal de lo que se llama genéricamente consumo de masas, esto es, de la existencia y ampliación del mercado para las industrias dinámicas, básicamente las de bienes de consumo durable y las intermediarias y de capital que las apoyan.

Colocando periodísticamente el problema podría decirse que esos países dependen de un *mercado de masas, pero sin masas* que, en efecto, lo sustenten y lo amplíen progresivamente hacia el futuro.”⁸⁸

Tras señalar y descartar un cambio revolucionario, puntualizando empero que “aun una estrategia más ‘moderada’ podría exigir reducciones en la concentración de la propiedad”,⁸⁹ lo que se ejemplifica con la reforma agraria, el autor apela, en la buena tradición cepalina, a la intervención del Estado para dar una solución al problema y concluye:

⁸⁷ *Ibid.*, p. 43. Cabe señalar que esta concepción de Pinto, respecto a los dos polos y el corte horizontal aplicable a ambos, tendrá posteriormente influencia en otros autores. Véase, especialmente, a Aníbal Quijano, *Redefinición de la dependencia y marginalización en América Latina*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO), 1970.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 85, subrayado en el original.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 97.

“... considerando en conjunto los efectos eventuales de una estrategia que maneje tanto los resortes de la distribución del ingreso como los de la reasignación del progreso técnico, cabría aludir a la posibilidad no despreciable de que ella implicara una moderación del impulso del sector capitalista, que ha sido el foco dinámico del sistema en los últimos lustros.”⁹⁰

Planteada en estos términos, queda poco de la confianza que depositara la CEPAL en las virtudes intrínsecas del desarrollo económico capitalista para asegurar el progreso y la justicia social en América Latina. El desencanto de Furtado lo lleva a radicalizar sus proposiciones y a confiar al socialismo la tarea de romper la tendencia innata del capitalismo latinoamericano al estancamiento. Bajo su aparente moderación, la conclusión de Pinto es igualmente desesperada: ante el cariz perverso que ha asumido el capitalismo latinoamericano, cabe al Estado coartar la expansión del sector moderno, o sea, actuar contra el propio desarrollo económico, en los términos en que la CEPAL lo había concebido.

La crisis del desarrollismo significó la pérdida de la posición privilegiada que la CEPAL alcanzara en su primera década de funcionamiento, cuando llegara a ser la agencia ideológica por excelencia de América Latina. A partir de su nueva posición, de respetable órgano técnico, ella seguirá realizando estudios y produciendo informes de la mejor calidad. Pero el proceso del pensamiento latinoamericano la deja atrás, dando lugar a nuevas manifestaciones teóricas.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 103.

LA CUESTIÓN DEL FASCISMO EN AMÉRICA LATINA

Pío García, Agustín Cueva, Ruy Mauro Marini y Theotonio dos Santos.⁹¹

Pío García

Me corresponde plantear algunas breves consideraciones iniciales sin otro objeto que contribuir a situar la discusión de hoy en relación a problemas determinados. Como nadie ignora en esta reunión, desde el golpe de Estado de 1964 en Brasil y, más aún, desde septiembre de 1973, con el golpe de Estado en Chile y la instauración de la dictadura de Pinochet, la literatura de ciencias sociales y política en América Latina se ha venido ocupando crecientemente de la discusión sobre la presencia de regímenes de carácter fascista en la región.

Se trata propiamente de una discusión, esto es, del tratamiento de un tema en cuyo planteamiento y desarrollo se han expuesto caracterizaciones e interpretaciones diversas entre las que se ha suscitado fuerte controversia. La discusión no se reduce, ciertamente, a las diferencias existentes en cuanto a la definición de los regímenes o las formas de dominación surgidas en América Latina, sino que, por el contrario, éstas se vinculan a diferencias y controversias existentes también en cuanto a las formas de comprensión e interpretación general de los problemas del desarrollo latinoamericano.

De aquí precisamente el interés de considerar estas cuestiones con Theotonio dos Santos, Ruy Mauro Marini y Agustín Cueva, quienes han contribuido con trabajos importantes tanto respecto al ámbito general de la teoría del desarrollo latinoamericano como al tratamiento, en especial, de la cuestión del fascismo en América Latina.

Me parece que el debate se realzará en la misma medida que no soslaye sino que por el contrario atienda efectivamente a los puntos de vista discrepantes expresados en los planteamientos o formulaciones recientes, y en particular por los propios participantes en la discusión. Efectivamente, entre los tres expositores reunidos se han expresado marcadas diferencias.

⁹¹ *Cuadernos Políticos*, n.º 18, octubre-diciembre de 1978, México, Ediciones Era, pp. 13-34. Se publica en este sitio gracias a Ediciones Era. Intervenciones ante el seminario sobre "Las fuentes externas del fascismo: el fascismo latinoamericano y los intereses del imperialismo", realizado en el Seminario Permanente sobre América Latina (SEPLA), México, el 20 de julio de 1978.

Hay quienes en el desarrollo de sus investigaciones han destacado por su elaboración de la categoría de la dependencia, por el estudio de la forma dependiente del desarrollo capitalista latinoamericano. Tal es señaladamente el caso de dos Santos, de quien acabamos de conocer *Imperialismo y dependencia*, y de Marini, con *Dialéctica de la dependencia y Subdesarrollo y revolución*. Cueva por el contrario, quien acaba de publicar su libro sobre *El desarrollo capitalista de América Latina*, ha considerado críticamente la llamada “Teoría de la dependencia”, particularmente en su artículo llevado por primera vez a discusión en el Congreso Latinoamericano de Sociología de San José de Costa Rica, en 1974.

Este es un orden de diferenciación que está planteado entre los expositores de esta tarde, pero no es el único; hay además otras disparidades que no son siempre coincidentes con las que existen en este primer plano.

En cuanto a las consideraciones acerca del llamado fascismo dependiente, fascismo criollo o neofascismo, dos Santos y Cueva se cuentan entre quienes han acogido la caracterización de fascista en relación a determinados regímenes militares surgidos en América Latina en el curso de los últimos tres lustros. Marini, por el contrario, pese a que no ha dejado de emplear la expresión *fascismo militar* en algunos de sus trabajos, se orienta a una caracterización en términos alternativos.

La situación se complicaría más si introdujéramos aquí elementos que se han hecho presentes en algunas referencias recientes sobre el tema, según las cuales la caracterización de fascismo dependiente corresponde a una proyección política mecanicista, atribuible a la deformación limitante de lo que se califica como economicismo dependentista. Tales referencias, que para la crítica del dependentismo se apoyan, por ejemplo, en el trabajo de Agustín Cueva, paradójicamente suelen no considerar que pese a su crítica de la “Teoría de la dependencia”, Cueva acepta la categoría de fascismo.

Las indicaciones anteriores dan una ligera idea de los términos bastante contrapuestos en que se desarrolla la discusión en la actualidad, y creo que sería de beneficio para todos si las exposiciones que escuchemos nos permiten adentrarnos, de la manera más viva posible, en las diferentes posiciones con que se aborden las cuestiones que suscitan en el debate.

A este respecto, me atrevería a sugerir algunos problemas que me parecen entre los más débiles tratados en los ensayos de comprensión del carácter de los regímenes sobre los que se discute la pertinencia de la categoría de fascismo.

En primer lugar, el problema de precisar el ámbito, el plano, el nivel de análisis de que se trata. ¿Se los considera puramente en tanto regímenes propiamente tales, vale decir, en tanto modalidades determinadas de articular el ejercicio del poder? ¿O se los considera en cuanto formas estatales, vale decir, en cuanto expresiones que asume la realidad del Estado ante los condicionamientos que importa una forma determinada de acumulación tendiente a permitir la subsistencia del desarrollo capitalista en América Latina? Esto es, el primer problema sobre el que creo que sería de interés alguna ampliación en los planteamientos, es el de si se considera a los regímenes de referencia meramente como modalidades de ejercicio del poder surgidas ante situaciones o coyunturas determinadas de la lucha de clases, o bien si se los considera como expresión de formas estatales, como regímenes correspondientes a formas estatales que responden a tendencias profundas de la lucha entre las clases, a las propias modalidades de acumulación tal cual se han hecho necesarias en el reajuste del desarrollo capitalista.

La cuestión importa por cuanto en determinadas líneas de análisis se suele entrever el planteamiento de que esta índole de regímenes vendría a representar algo así como anomalías o perturbaciones, en cualquier caso removibles en la medida que se superen las circunstancias críticas que impusieron su implantación, para reabrir entonces la posibilidad de un desarrollo capitalista de formas democráticas.

Más allá de si se acepta o no su caracterización de fascista, me parece que la discusión sobre las determinantes estructurales profundas del surgimiento y existencia de esta índole de regímenes contiene pues una implicación política de considerable importancia, en la medida en que tiende a esclarecer la cuestión de sus propensiones a la perduración.

El segundo problema que querría sugerir se refiere a la actual fase en que, claramente desde el advenimiento de Carter, se advierten planteamientos o esfuerzos tendientes a promover lo que se ha dado en llamar “democracias tuteladas”, es decir el establecimiento de formas más flexibles a las que se daría lugar en base a los regímenes actuales.

Sin entrar a considerar la índole de factores a que responden, creo que se puede reconocer la aparición efectiva de presiones encaminadas a la pretensión de aligerar a estos regímenes de algunos de sus rasgos más flagrantemente dictatoriales. Hay amplios sectores de la izquierda latinoamericana que conciben la eventualidad de tales intentos de democratización limitada como base propicia para situaciones de transición de otro carácter. Los intentos de democratización limitada, aun los que se impulsan desde el seno mismo de dichos regímenes y los centros imperialistas, se consideran así en su potencialidad de desarrollo y maduración de nuevas fuerzas y contradicciones, hasta que se precipiten situaciones políticas que permitan replantear opciones revolucionarias.

Es tras esta cuestión que subyace el problema a que quiero aludir. ¿Cuál es efectivamente la posibilidad de que situaciones de transición de este carácter se sostengan en el caso de los países dependientes de América Latina? ¿Cuáles son las posibilidades de perduración, de estabilidad, de situaciones de transición en las que no se modifiquen sino que se mantengan las condiciones materiales, estructurales, que han conformado los regímenes dictatoriales? Me parece que este problema se relaciona profundamente con las consideraciones relativas a lo que son los rasgos del nuevo patrón de acumulación asumido por el capitalismo en nuestros países, que seguirá siendo la realidad objetiva condicionante de las eventuales descomposiciones de los regímenes dictatoriales o de procesos de apertura de ámbitos mayores para el desarrollo de la lucha propiamente política.

Hay un tercer problema sobre el cual creo que sería de sumo interés escuchar a los expositores. En la discusión acerca del carácter fascista o no fascista de determinados regímenes latinoamericanos, se ha hecho usual destacar la importancia política que ciertamente reviste su definición. Se establece la razón de esta importancia en términos de sostener que, según se acepte o no la caracterización de fascista, se está atribuyendo un distinto ámbito de sustentación social a las dictaduras y, en consecuencia, se reconocen ámbitos también distintos de alianzas posibles para la lucha en su contra. La cuestión del carácter fascista o no fascista de estos regímenes se plantea pues como problema central en las definiciones estratégicas de línea política revolucionaria, se plantea en cuanto a las posibilidades de concertación de alianzas en la lucha contra la dictadura y su desarrollo revolucionario.

Ocurre sin embargo, que prácticamente en todos los trabajos se arranca de este reconocimiento para formular planteamientos determinados en cuanto al carácter fascista o no fascista de los regímenes, pero rara vez o prácticamente nunca se elucidan las consecuencias políticas de los mismos. Es decir, en la literatura sociológica sobre el tema se destaca la importancia de la discusión sobre el carácter fascista o no fascista de tales regímenes en cuanto a los enunciados sobre las posibilidades de entendimiento entre distintas fuerzas sociales para la lucha contra la dictadura. Pero hecho este reconocimiento, en la misma literatura sociológica normalmente no se hallan formulaciones en cuanto a las alianzas que vendrían a corresponderse con la caracterización por la que se está abogando.

Para establecer esta correspondencia entre los análisis sociológicos y los planteamientos políticos es necesario recurrir directamente a los documentos políticos. En la literatura sociológica hay más bien un vacío. Ahora bien, tal correspondencia resulta a mi juicio un tanto más clara en cuanto a quienes sostienen el carácter fascista de los regímenes de referencia. Pero es bastante más complejo establecer a qué índole de proposiciones políticas, a qué formulación de alianzas posibles de lucha contra la dictadura, responden caracterizaciones que se presentan como opuestas o sustitutivas de la de neofascismo, tales como las de Estado de contrainsurgencia, Estado de seguridad nacional, Estado militar o Estado en proceso de militarización.

Estos son pues los tres problemas que sugeriría fueran comprendidos en las intervenciones de los expositores.

Agustín Cueva

1] Dado el curso seguido por la discusión concerniente al fascismo en América Latina, me parece necesario comenzar por dos observaciones de orden general, íntimamente relacionadas entre sí. La primera consiste en subrayar que –al menos en mi opinión– la caracterización de los regímenes del cono sur como fascistas (o en su defecto como no fascistas) está lejos de constituir una fórmula mágica capaz de “revelar” cuál es la línea política *concreta* a seguir frente a este tipo de regímenes. La segunda observación se refiere al hecho, a menudo olvidado, de que el concepto de fascismo no cierra en modo alguno las posibilidades de análisis de cada situación nacional, con todas las determinaciones específicas y peculiaridades que puedan presentar. Al menos en la perspectiva marxista la categoría de fascismo es una categoría abierta a

la historicidad, como lo demuestra este pasaje ya clásico de Dimítrov, que en razón de su misma apertura pareciera anticipar el desarrollo de algunos de los procesos ocurridos en el área latinoamericana:

El desarrollo del fascismo y la propia dictadura fascista –escribió Dimítrov en 1935– adoptan en los distintos países *formas diferentes*, según las condiciones históricas, sociales y económicas, las particularidades nacionales y la posición internacional de cada país. En unos países, principalmente allí donde el fascismo no cuenta con una amplia base de masas, y donde la lucha entre los distintos grupos en el campo de la propia burguesía fascista es bastante dura, el fascismo no se decide a acabar inmediatamente con el parlamento, y permite a los demás partidos burgueses, así como a la socialdemocracia, cierta legalidad. En otros países, donde la burguesía dominante teme el *próximo* estallido de la revolución, el fascismo establece su monopolio político ilimitado, bien de golpe y porrazo, bien intensificando cada vez más el terror y el ajuste de cuentas con todos los partidos y agrupaciones rivales, lo cual no excluye que en el momento en que se agudiza de un *modo especial* su situación, intente extender su base para *combinar* –sin alterar su carácter de clase– la dictadura terrorista abierta con una burda falsificación del parlamentarismo.⁹²

Es sólo un ejemplo destinado a mostrar, de una parte, que muchas de las “originalidades” del fascismo latinoamericano no son necesariamente tales, y, de otra parte, que la caracterización de determinados regímenes como fascistas de ninguna manera da por concluida la investigación, sino que más bien constituye en cierto nivel su punto de partida.

Por lo demás, creo que no es superfluo recordar aquí la igualmente clásica observación de Marx en el sentido de que las formas concretas del Estado “cambian con las fronteras de cada país”.

La “sociedad actual” –escribe Marx en 1875– es la sociedad capitalista, que existe en todos los países civilizados, más o menos libre de aditamentos medievales, más o menos modificada por las particularidades del desarrollo histórico de cada país, más o menos desarrollada. Por el contrario, el “Estado actual” cambia con las fronteras de cada país.⁹³

⁹² Jorge Dimítrov, “La ofensiva del fascismo y las tareas de la Internacional en la lucha por la unidad de la clase obrera contra el fascismo”, en *Selección de trabajos*, pp. 182-83. Ed. Estudio, Buenos Aires, 1972

⁹³ K. Marx, “Glosas marginales al programa del Partido Obrero Alemán”, en *Obras escogidas*, p. 349. Ed. Progreso, Moscú, 1969

No pretendo entrar a desentrañar aquí las profundas implicaciones teóricas de este texto, que más adelante insiste en la “abigarrada diversidad” de formas que asume el Estado capitalista, pero sí quiero destacar que el nivel mismo de concreción que forzosamente subyace en cada realidad estatal nos obliga a manejarnos en este terreno con la mayor cautela, sin perjuicio de que en cierto plano de generalización (de cuyas limitaciones hay que tener conciencia) podamos caracterizar a determinados regímenes o formas de Estado como fascistas.

En lo personal me inclino a caracterizar de esta manera regímenes como los del cono sur de América Latina, tomando en consideración que representan la implantación de una dictadura terrorista abierta de los elementos más reaccionarios del capital monopólico, ejercida en contra de la clase obrera y el sector revolucionario de los campesinos y los intelectuales.⁹⁴ A partir de esta conceptualización, que para mí tiene la ventaja de poner en claro lo esencial, o sea el contenido de clase y la forma de ejercicio de la dominación,⁹⁵ es enteramente legítimo y necesario indagar las especificidades del fascismo latinoamericano.

2] Una cuestión fundamental para ubicar el actual fenómeno fascista en un contexto más amplio, consiste en recordar que la representación leninista del sistema capitalista: imperialista como una “cadena” compuesta de eslabones de diverso “espesor” sigue siendo plenamente válida en el momento presente. Se trata en última instancia de una representación que permite comprender el desarrollo desigual del capitalismo a nivel mundial, no de una manera mecánica y simplista (países ricos y países pobres o algo parecido), sino como un proceso de desarrollo heterogéneo de un cierto número de contradicciones que no necesariamente “maduran” más en los puntos más avanzados en términos de desarrollo de las fuerzas productivas. Por el contrario, en la concepción de Lenin esta “maduración” ocurre más bien en los “eslabones débiles” del sistema, o sea en aquellas áreas en las que una confluencia de factores históricos determina una acumulación y agudización muy particular de contradicciones. No me propongo desarrollar aquí mayormente esta representación del problema,⁹⁶ sino sólo registrar el hecho de que América Latina constituye, a *grosso modo*, uno de esos “eslabones

⁹⁴ Retomo casi literalmente la definición de Dimitrov en *op. cit.*, p. 182.

⁹⁵ Que en el caso de América Latina me parecen evidentes, como he tratado de demostrarlo en mi trabajo “La cuestión del fascismo”. *Revista Mexicana de Sociología*, pp. 2-77, abril-junio de 1977.

⁹⁶ Sobre la cual L. Althusser ha hecho importantísimas reflexiones en su artículo “Contradicción y sobredeterminación”, incluido en *La revolución teórica de Marx*. Ed. Siglo XXI, México, 1967.

débiles” por su misma condición de región subdesarrollada dependiente. Más aún, estoy convencido de que la peculiar problemática del Estado latinoamericano en el último siglo sólo puede comprenderse científicamente a partir de esta perspectiva leninista, que, por razones obvias, me limito sólo a señalar como línea de investigación.

De todas maneras resulta claro que la crisis del mundo capitalista iniciada hace una década ha involucrado como es natural a todos los países que viven bajo este sistema, mas *no de manera homogénea*. En Europa occidental, por ejemplo, la crisis es evidente, pero por tratarse de un “eslabón fuerte” el sistema cuenta allí con suficientes “reservas” como para paliar sus efectos, incluso de orden político, a tal punto que la misma dominación burguesa puede seguir presentándose (internamente) bajo la forma de una “hegemonía” que cuando más parece dejar espacio a respuestas democratizantes, pero no revolucionarias.

Distinto es el caso de las zonas “periféricas”, donde la acumulación de contradicciones exasperada por la crisis tiende a crear verdaderas *situaciones de ruptura*, acentuando simultáneamente las posibilidades revolucionarias (que efectivamente se han hecho realidad en Vietnam, Laos, Angola, Etiopía, etcétera) y las posibilidades de una contrarrevolución burguesa como la que ha tenido lugar en vastas regiones de nuestro continente. En este sentido, el fascismo latinoamericano no es más que un efecto del desarrollo desigual de las contradicciones de *todo* el sistema capitalista imperialista, que incluso ha llevado a una especie de “desdoblamiento” regional de los componentes básicos de la dominación: coerción y “hegemonía”. Creo, por esto, que antes que hablar de “fuentes externas” del fascismo latinoamericano, hay que ubicarlo como un fenómeno propio de ciertos “eslabones” de la cadena imperialista en un momento de crisis.

Sé muy bien que este primer acercamiento al problema es demasiado general, puesto que deja de lado la cuestión de saber qué condiciones ya más particulares, nacionales e internacionales del mismo desarrollo económico y no se diga de la lucha de clases, han determinado que la contrarrevolución burguesa pudiera triunfar, primero, y luego revestir la forma ya concreta de fascismo. En realidad, lo único que aquí busco poner de relieve es el hecho de que el propio ordenamiento del sistema capitalista imperialista genera situaciones en que la articulación y el desarrollo de las contradicciones que le son propias es tal, que la dominación burguesa monopólica sólo puede mantenerse por la vía terrorista, que por lo demás sirve de valiosa palanca

extraeconómica para la recomposición de los mecanismos de acumulación de capital, seriamente afectados por la crisis. Por esto, a la guerra política contra los sectores populares que caracteriza primordialmente a la fase inicial de la contrarrevolución burguesa, sigue, en los casos de una real fascistización, una verdadera guerra económica contra las grandes masas trabajadoras. Restablecido el “orden”, se pasa inevitablemente a un proceso de reacondicionamiento del basamento de la “sociedad civil”.

3] No creo que exista un “modelo” económico propiamente fascista, entre otras razones porque la misma categoría de fascismo es una categoría *política*. Pero existe, sí, una política económica del fascismo que deriva de su contenido de clase –política económica del capital monopólico– y de la forma en que ejerce su dominación. Quiero decir con esto último que el terror fascista permite *acelerar* el cumplimiento, de una serie de “tareas” económicas hasta entonces “obstruidas” por determinado nivel de la lucha de clases, a la vez que, en un infernal círculo vicioso, dicho cumplimiento exige el mantenimiento de una buena dosis de terror.

En primer lugar, el fascismo en América Latina acelera y profundiza hasta el límite máximo una *fase* (prefiero llamarla así antes que hablar de “modelo”) de acumulación de capital basada en la remuneración de la fuerza de trabajo muy por debajo de su valor histórico; o sea un proceso en el que la acumulación *pasa* a gravitar sobre la pauperización absoluta de las masas trabajadoras. Este proceso no es obviamente privativo de las áreas fascistizadas de nuestro continente, pero sí hay una diferencia de grado, de magnitud: Chile, Uruguay, Argentina y Brasil están ahí para atestiguarlo. ¿Se trata de una “fuente externa” del fascismo, dado que esto tiende, entre otras cosas, a compensar la caída de la tasa de ganancia a nivel internacional? Yo diría que en gran medida es así, a condición de no olvidar que el sector monopólico nativo del país fascistizado sale también beneficiado de esta situación. Más aún, creo que esto es una cuestión vital para dicho sector.

En segundo lugar, el fascismo permite acelerar los procesos de concentración y sobre todo de centralización del capital en la formación social en que se implanta, reordenar bruscamente la estructura de la producción industrial preexistente e introducir cambios importantes en la composición orgánica de las ramas más “dinámicas”. Expresión de un re-ordenamiento político del propio bloque burgués, el fascismo opera así un reordenamiento también económico del mismo, como lo veremos más adelante.

En tercer lugar, el fascismo precipita, en forma también brutal y ya sin “barreras” nacionalistas, el proceso de transnacionalización de nuestras economías, entendiéndose por esto no sólo lo ocurrido en la esfera de la propiedad –sobre la que tanto se ha escrito y no hace falta insistir– sino también en la esfera de la producción estrictamente tal, que pasa a insertarse de manera cada vez más clara dentro de una nueva división internacional del trabajo, de carácter capitalista imperialista. Esta inserción se facilita en la medida en que el fascismo crea rápidamente una “ventaja comparativa” al abatir el precio local de la fuerza de trabajo.

¿Implica esta transnacionalización un “suicidio” de la burguesía nativa o por lo menos una pérdida de su autonomía? Ciertamente no para el sector monopolístico local, cuya autonomía no consiste en la posibilidad de morir con la bandera nacional en la mano, sino en la posibilidad de establecer mejores condiciones relativas de extracción de plusvalía al proletariado.

Finalmente, el fascismo se encarga de reorganizar el mercado interior, no sólo concentrándolo hacia arriba (hecho bien conocido) más también redefiniendo los patrones de consumo popular. Esta redefinición permite un relativo ensanchamiento de ciertos rubros del consumo (aquellos que interesan directamente al capital monopolístico para su “normal” funcionamiento), a costa, claro está, del deterioro de las condiciones de salud, educación, vivienda, etcétera, que son los renglones duramente afectados por el proceso de pauperización absoluta de las masas trabajadoras.⁹⁷

4] En lo que a los factores sociales concierne, quisiera sobre todo insistir en que el fascismo acelera la recomposición del bloque dominante al barrer los “obstáculos” democráticos que en mayor o menor medida venían imponiendo límites al predominio omnímodo de la fracción burguesa monopolística nativa y sus aliados extranjeros. En este sentido creo que conviene poner bien en claro que el fascismo latinoamericano no se articula en torno a una supuesta “burguesía burocrática” o algo parecido, sino a partir del predominio de la fracción mencionada, que no es más que un componente del capital transnacional. Aquí como en otros casos, son la clase dominante y su fracción hegemónica las que confieren un contenido al Estado y no inversamente, aun si algunos investigadores se empeñan en negar o disolver este contenido bajo fórmulas tan ambiguas como la de “Estado burocrático-autoritario”.⁹⁸

⁹⁷ Para casos como el de Brasil todo esto está plenamente comprobado. Cf., por ejemplo, Paul Singer: “Reproducción de la fuerza de trabajo y desarrollo”, en *América Latina: cincuenta años de industrialización*. Ed. La Red de Jonás, México, 1978.

Es por lo demás ese predominio clasista el que define el “nuevo carácter” de las dictaduras militares del cono sur y permite la configuración del fascismo. Como anota el profesor Eberhardt Hackethal:

“Aun cuando las dictaduras terroristas, las dictaduras militares y la supresión temporal de la democracia burguesa en América Latina siempre significan un elemento del desarrollo político del continente, la dictadura fascista es un fenómeno relativamente nuevo en América Latina. Ni las dictaduras militares de los años veinte y treinta en una serie de países latinoamericanos (Brasil, Chile, Argentina), ni los regímenes dictatoriales semicoloniales de Nicaragua o de la República Dominicana ostentaron un carácter fascista, aun cuando emplearon métodos del fascismo. Estas dictaduras no se apoyaban ni en un grupo monopolista nativo de la burguesía ni eran regímenes alternativos frente al movimiento popular conducido por la clase trabajadora, sino manifestación de la deformación del desarrollo capitalista, de contradicciones al interior de las clases explotadoras y de la dependencia *semicolonial* de los monopolios estadounidenses.”⁹⁹

Es verdad que el fascismo opera un desplazamiento de ciertos sectores burgueses como eje de articulación de la dominación y que esta tarea se cumple con una fuerte intervención del Estado en todos los órdenes; pero no hay que olvidar que tales sectores son justamente los no monopolísticos, o sea los remanentes de la antigua “burguesía nacional”. En cuanto a la fracción monopolística, incluso puede decirse que pasa a “reinar” directamente: Vegh Villegas o Martínez de Hoz son algo más que sus simples emisarios...

La mencionada recomposición del bloque dominante no acaba desde luego con las contradicciones intraburguesas. Éstas se aplacan, como es lógico, en el momento ascendente del fascismo, o sea cuando la burguesía como un todo emprende su cruzada contra las masas trabajadoras; pero una vez que la fase de asentamiento del fascismo adviene, luego del triunfo militar de la contrarrevolución, las contradicciones resurgen en diversos planos: burguesía monopolística versus burguesía no monopolística; sectores nativos monopolísticos contra sectores monopolísticos no nativos; fracciones que producen para el mercado interior frente a fracciones que producen sobre todo para el

⁹⁸ Categoría manejada sobre todo por Guillermo O’Donnell en trabajos como: “Reflexiones sobre las tendencias de cambio del Estado burocrático-autoritario”, en *Revista Mexicana de Sociología*, pp. 1/77, enero-marzo de 1977.

⁹⁹ “Fascismo y lucha antifascista”, en *Nueva Política*, n.º 1, pp. 182-83. Enero-marzo de 1976. México

exterior, etcétera. Son contradicciones por su misma naturaleza secundarias, que no implican un real antagonismo, pero que sin embargo existen.

5] En otro nivel de análisis, aunque estrechamente vinculado con lo anterior, parece claro que el fascismo realiza un significativo reordenamiento de la superestructura estatal. ¿Regímenes fascistas o Estados fascistizados? Yo creo, retomando la fórmula de Dimítrov, que:

“la subida del fascismo al poder no es *un simple cambio* de un gobierno burgués por otro, sino la *sustitución* de una forma estatal de la dominación de clase de la burguesía –la democracia burguesa– por otra, por la dictadura terrorista abierta”.¹⁰⁰

Y no sólo esto. En el caso de América Latina, me parece que el ascenso del fascismo al poder ha significado inequívocamente una vía de consolidación del *capitalismo monopolista de Estado*, con todo lo que ello supone, incluso como redefinición de las funciones económicas del Estado. No quiero insistir aquí en lo que ya he señalado tantas veces: reconversión del antiguo capitalismo de Estado (no monopolístico), a menudo con fuerte merma del sector de empresas “públicas” (*privatización* en beneficio del capital monopolístico); desmantelamiento del “Estado benefactor”; “racionalización” del gasto público; aplicación de una política “liberal” en materia económica, etcétera.¹⁰¹ Y me parece que el propio proceso de burocratización en el que tanto se insiste es un efecto de la consolidación del capitalismo monopolista de Estado, que no inversamente.

El fascismo opera, además, un reforzamiento del llamado “Estado de seguridad nacional”, etiqueta que esconde el obvio proceso de militarización del Estado latinoamericano, sobre todo en las áreas fascistizadas.

En este punto se impone sin embargo una aclaración. Y es que no creo que este problema pueda situarse en el mismo plano teórico que la discusión sobre el fascismo, ni menos aún dar margen para que una categoría remplace a la otra como sugieren algunos investigadores.¹⁰² El denominado “Estado de

¹⁰⁰ *Op. cit.*, p. 183.

¹⁰¹ *Cfr.* “La política económica del fascismo en América Latina”, en ILDIS: *El control político en el Cono Sur*. Ed. Siglo XXI, México, 1978.

¹⁰² “...el Estado de seguridad nacional no es asimilable a las categorías clásicas de bonapartismo, fascismo o dictadura militar tradicional, sino que más bien constituye un tipo de Estado de Excepción diferenciable”. Gerardo Aceituno y Hernán Guerrero, “Estados Unidos y los Estados de Seguridad Nacional en América del Sur”, Testimonios y documentos de *El Día*, México, 20 y 21 de marzo de 1978.

seguridad nacional” no es en realidad ninguna forma de Estado, sino una dimensión militar de la lucha de clases que termina por identificar el ámbito de la nación con el espacio controlado por su clase dominante y, más allá de la nación, con el sistema capitalista y sus sub-bloques. Obviamente no es el TIAR o la existencia de la CONDECA lo que define a los Estados latinoamericanos, del mismo modo que no es la OTAN la que define el carácter de los Estados de Europa occidental, aunque *en todos estos casos* exista un “Estado de seguridad nacional”, una doctrina, implícita o explícita, de defensa de las “fronteras ideológicas”, y una clara dependencia militar con respecto al centro hegemónico del imperialismo, o sea Estados Unidos.

De suerte que lo que queda por explicar no es el hecho de que el aparato militar se “transnacionalice” *también* en América Latina, ni menos todavía el hecho de que ese aparato se justifique ideológicamente arguyendo razones de “seguridad nacional”: después de todo, los jefes de la OTAN tampoco dicen que están allí para defender los intereses de los monopolios... Lo que hay que explicar es por qué en el primer caso la “seguridad nacional” se acompaña de una militarización interna de corte fascista en determinados países, mientras que en el segundo caso los militares permanecen “normalmente” sólo como garantía en última instancia de la “hegemonía civil” de la burguesía, salvo situaciones de “emergencia” como la del famoso mayo francés, cuando el general De Gaulle movilizó sus “*blindés*” para recordar a los insurrectos que las “trincheras y fortificaciones” del capital monopólico no son simplemente metafóricas.

Hechas estas aclaraciones hay desde luego que recalcar que el fascismo sí establece condiciones de reforzamiento del llamado “Estado de seguridad nacional”, o sea de consolidación de los ejércitos latinoamericanos como brazo armado de la burguesía monopólica, en la medida en que al ajustar cuentas en el seno de las respectivas fuerzas armadas consolida a los sectores más reaccionarios de éstas, aniquilando casi por completo las reservas progresistas que en este ámbito podían existir, y que efectivamente existían en Brasil, Uruguay, Chile, Bolivia, etcétera.

Me parece, sin embargo, que el reforzamiento definitivo de este “Estado de seguridad” no es una cosa tan sencilla ni exenta de problemas. Pese a todas las apariencias en contrario, tal “Estado” tiene más dificultades para consolidarse en el área latinoamericana que en la europea occidental, por ejemplo. Señalo rápidamente algunas cuestiones: conflictos internacionales que en Europa están prácticamente superados, lo cual permite un

funcionamiento “armónico” de la OTAN, en América Latina distan mucho de estarlo; no hay sino que pensar en conflictos fronterizos como los de Chile-Argentina, Bolivia-Perú-Chile, Perú-Ecuador, etcétera, o recordar —ejemplo muy reciente— la virtual parálisis de CONDECA frente al conflicto nicaragüense a raíz de los incidentes internacionales de todos conocidos.

Además hay otros tipos de problemas específicos que han determinado, por ejemplo, el hecho de que Brasil no apoyara el proyecto de creación de la OTAS, o como se llame, entre otras cosas porque el desarrollo del capitalismo en el Brasil requiere de cierta apertura de mercados en África. En fin, quedan todos los problemas derivados del mismo papel superpolítico que han venido desempeñando las fuerzas armadas latinoamericanas, lo cual crea una situación no exenta de ambigüedad: por un lado, la gran fuerza derivada del mismo apoyo brindado por el imperialismo; de otro lado, la dificultad de superar ciertos resquebrajamientos que finalmente obedecen a condiciones internas de las sociedades latinoamericanas.

De todas maneras queda abierto un amplio campo para la investigación sobre este problema y creo que aportes como los que se pueden encontrar en el último número de la revista “*Nueva Política*” son un gran avance en este sentido.¹⁰³

6] Paso a considerar brevemente los efectos del fascismo en cuanto se refiere al reordenamiento de la “sociedad civil” latinoamericana en su sentido más amplio.

Primera observación. Los cambios en la economía no pueden dejar de producir sendos cambios en el resto de la “sociedad civil”: Marx decía, con razón, que la primera constituye la osatura de la segunda. Por lo tanto, mal cabe pensar que la etapa posfascista pueda ser un simple retorno, o sea una vuelta a la etapa prefascista. Indudablemente el fascismo ha redefinido muchos perfiles de la constelación social previa, ha creado un nuevo tejido institucional, ha impuesto nuevos referentes ideológico-culturales, ha creado un contexto nuevo de lucha.

Segunda observación. Pese a todas estas modificaciones, tengo la impresión de que el carácter de “eslabón débil” de los países fascitizados está lejos de superarse, incluso en el caso brasileño. Quiero decir con esto que las condiciones no parecen dadas como para que pueda establecerse en esas

¹⁰³ Me refiero a trabajos como los de Gregorio Selser y Daniel Waksman, aparecidos en el n.º 5-6 de la mencionada revista, México, abril-septiembre de 1977.

áreas fórmulas de recambio socialdemócratas más o menos estables, ni como para que puedan florecer en el movimiento obrero ilusiones similares a las del “eurocomunismo” (al menos como tendencia predominante). Y es que, dada la naturaleza misma del sistema capitalista imperialista, creo imposible una homogeneización del mismo; la propia estructuración desigual de sus contradicciones, sumada al crecimiento del socialismo en el mundo, lo condena a moverse políticamente entre los dos puntos extremos que nuestra época dibuja: el de la simple “hegemonía espiritual” y el de la “guerra tibia”.

Tercera observación. Las derrotas que la contrarrevolución fascista ha infligido a las clases populares y a *todas* las líneas políticas de izquierda, obligan a un serio replanteamiento de las tácticas y estrategias hasta ahora seguidas. Pero éste es un problema que no puede resolverse con fórmulas de carácter general, ni menos todavía al margen de los partidos proletarios realmente existentes.

Imprevisible en sus modalidades más concretas, el proceso de desfascistización de América Latina pasará seguramente, a través de múltiples sinuosidades, por una fase de democracia avanzada, que prepare las condiciones de la fase siguiente, de transición al socialismo. Ni una ni otra son tareas fáciles: queda por delante un problema de aglutinación de fuerzas, de organización y de dirección política, y hay una necesidad, más imperiosa que nunca, de unidad de las corrientes verdaderamente democráticas, antimperialistas y revolucionarias, sin la cual será imposible enfrentar exitosamente a un enemigo tan poderoso como el fascismo.

Ruy Mauro Marini

Partiré de la constatación de que atravesamos en América Latina un periodo contrarrevolucionario, para, una vez caracterizado ese periodo, indagar en qué medida éste afecta al Estado. En efecto, siendo el Estado como lo es, la fuerza concentrada de la sociedad, la síntesis de las estructuras y relaciones de dominación que allí existen, la vigencia de un proceso contrarrevolucionario incide necesariamente sobre él, afectándolo en su estructura y funcionamiento. Es la toma de conciencia de esa situación lo que ha llevado a los intelectuales y las fuerzas políticas del continente a plantearse el análisis de la contrarrevolución, generando la discusión sobre el carácter fascista o no fascista de ese proceso.

Ahora bien: me parece válido, bajo cierto punto de vista, recurrir al fascismo como término de referencia. En la medida en que el fascismo europeo representó también un periodo contrarrevolucionario, proporciona un punto de comparación para analizar la situación latinoamericana. Sin embargo, creo que –más que buscar las semejanzas y diferencias entre el proceso contrarrevolucionario latinoamericano y el fascismo europeo– es preferible partir del supuesto de que ambos constituyen formas particulares de la contrarrevolución burguesa y tratar, pues, de verificar en qué consiste la especificidad que asume la contrarrevolución latinoamericana, en especial desde el punto de vista del Estado. Estaremos así siguiendo las enseñanzas de los marxistas europeos, quienes han utilizado, para el análisis del fascismo, el punto de referencia que tenían entonces respecto a la contrarrevolución burguesa: el bonapartismo, sin asumir como supuesto que se tratara de fenómenos idénticos; más bien se preocuparon de establecer la especificidad del proceso fascista y de las formas de dominación y de Estado a que éste daba lugar. Si no hubieran procedido así, si hubieran confundido las formas particulares con el proceso general que las produce, no contaríamos hoy con los estudios sobre el fascismo, que han enriquecido la teoría política marxista y nos permiten abordar con más seguridad el análisis de la contrarrevolución latinoamericana.

Veamos, pues, qué factores han provocado la apertura de ese proceso contrarrevolucionario en América Latina, examinemos la influencia de éste en la estructura y funcionamiento del Estado, para plantearnos entonces la pregunta de si los cambios que éste ha experimentado representan o no un fenómeno transitorio, en el sentido que le dio Pío García al problema, y cómo afectan la estrategia revolucionaria.

A mi modo de ver, las dictaduras militares latinoamericanas son el fruto de un proceso que tiene tres vertientes. Como veremos más adelante, ese proceso no sólo generó dictaduras militares, sino que afectó a Estados que no asumieron esa forma. En este sentido, el primer efecto de la acción de esos factores no es tanto el golpe brasileño de 1964, como se sostiene, sino las modificaciones que presenta el Estado venezolano a partir de 1959, bajo el gobierno de Betancourt.

La primera vertiente de la contrarrevolución latinoamericana es el cambio de estrategia global norteamericana, que interviene a fines de los años cincuentas y principios de los sesentas, y que es implementada decididamente por el gobierno de Kennedy. Su principal motivación es el hecho de que Estados

Unidos, en tanto que cabeza indiscutible del campo capitalista, se ve enfrentado a una serie de procesos revolucionarios en distintas partes del mundo, como Argelia, Congo, Cuba, Vietnam, que arrojan resultados diferentes pero que hacen temblar la estructura mundial de la dominación imperialista. Esto se acompaña de la modificación de la balanza de poder entre Estados Unidos y la Unión Soviética que implica un mayor equilibrio entre ambos. Todo ello conduce al cambio de planteamiento estratégico norteamericano que pasa de la contemplación de una respuesta masiva global, en un enfrentamiento directo con la URSS, a la de una respuesta flexible, capaz de enfrentar al reto revolucionario (el cual, en la perspectiva de Estados Unidos, es siempre un reto soviético) dondequiera que éste se presentara.

La nueva estrategia norteamericana tiene varias consecuencias. Entre ellas, modificaciones en el plano militar, con énfasis por ejemplo en medios de transportación masiva y el fuerzas convencionales; la creación de cuerpos especiales adiestrados en la contraguerrilla, como los Boinas Verdes; el reforzamiento de los ejércitos nacionales, lo que McNamara en su libro *La esencia de la seguridad* llamó "indígenas en uniforme", mediante programas de capacitación y armamento. Pero lo más significativo, para lo que nos interesa aquí es la formulación de la doctrina de contrainsurgencia, que establece una línea de enfrentamiento a los movimientos revolucionarios a desarrollarse en tres planos: aniquilamiento, conquista de bases sociales e institucionalización.

Convendría destacar tres aspectos de la doctrina de contrainsurgencia. En primer lugar, su concepción misma de la política: la contrainsurgencia es la aplicación a la lucha política de un enfoque militar. Normalmente, en la sociedad, burguesa, la lucha política tiene como propósito derrotar al contrincante, pero éste sigue existiendo como elemento derrotado y puede incluso actuar como fuerza de oposición. La contrainsurgencia, en una perspectiva similar a la del fascismo, ve al contrincante como el enemigo que *no sólo debe ser derrotado sino aniquilado*, es decir destruido, lo que implica ver a la lucha de clases como guerra y conlleva, pues, la adopción de una táctica y métodos militares de lucha.

En segundo lugar, la contrainsurgencia considera al movimiento revolucionario como algo ajeno a la sociedad en que se desarrolla; en consecuencia, ve el proceso revolucionario *como subversión provocada por una infiltración del enemigo*.

El movimiento revolucionario es, pues, algo así como un virus, el agente infiltrado desde afuera que provoca en el organismo social un tumor, un cáncer, que debe ser extirpado, es decir, eliminado, suprimido, aniquilado. También aquí se aproxima a la doctrina fascista.

En tercer lugar, la contrainsurgencia, al pretender restablecer la salud del organismo social infectado, es decir, de la sociedad burguesa bajo su organización política parlamentaria y liberal, *se propone explícitamente el restablecimiento de la democracia burguesa*, tras el periodo de excepción que representa el periodo de guerra. A diferencia del fascismo, la contrainsurgencia no pone en cuestión en ningún momento la validez de la democracia burguesa, tan sólo plantea su limitación o suspensión durante la campaña de aniquilamiento. Mediante la reconquista de bases sociales, se debe pues marchar a la fase de institucionalización, que es vista como restablecimiento pleno de la democracia burguesa.

La segunda vertiente de la contrarrevolución latinoamericana es la transformación estructural de las burguesías criollas, que tiende a traducirse en modificaciones del bloque político dominante. La base objetiva de este fenómeno es la integración imperialista de los sistemas de producción que se verifica en América Latina, o más exactamente, la integración de los sistemas de producción latinoamericanos al sistema imperialista, mediante las inversiones directas de capital extranjero, la subordinación tecnológica y la penetración financiera. Ello lleva a que, en el curso de los cincuentas, y aún más de los sesentas, surja y se desarrolle una burguesía monopólica, estrechamente vinculada a la burguesía imperialista, en especial norteamericana.

La integración imperialista corresponde, junto a la superexplotación del trabajo, a la acentuación de la centralización de capital y de la proletarianización de la pequeña burguesía. Por esto, agudiza la lucha de clases y apunta a romper el esquema de alianzas adoptado hasta entonces por la burguesía, tanto a causa de las contradicciones existentes entre sus fracciones monopólicas y no monopólicas, como debido a la lucha que se entabla entre la burguesía en su conjunto y la pequeña burguesía, la cual acaba por empujar a ésta hacia la búsqueda de alianzas con el proletariado y el campesinado.

El resultado de ese proceso es la ruptura, el abandono de lo que había sido, hasta entonces, la norma en América Latina: el Estado populista, es decir, el "Estado de toda la burguesía", que favorecía la acumulación de todas sus

fracciones (aunque éstas aprovecharan desigualmente los beneficios puestos a su alcance). En su lugar, se crea un nuevo Estado, que se preocupa fundamentalmente de los intereses de las fracciones monopólicas, nacionales y extranjeras, y establece, pues, mecanismos selectivos para favorecer su acumulación; las demás fracciones burguesas deben *subordinarse* a la burguesía monopólica, quedando su desarrollo en *estricta dependencia del dinamismo que logre el capital monopólico*, mientras que la pequeña burguesía, aunque sin dejar de ser privilegiada en la alianza de clases en que reposa el nuevo poder burgués, es forzada a aceptar una redefinición de su posición, pierde importancia política y queda, ella también, totalmente subordinada, con sus condiciones de vida vinculadas a las iniciativas y al dinamismo de la burguesía monopólica.

La tercera vertiente de la contrarrevolución latinoamericana es el ascenso del movimiento de masas a que debe enfrentarse la burguesía, en el curso de los años sesenta. Ese movimiento venía desarrollándose, desde la década anterior: la revolución boliviana del 52, la guatemalteca del periodo 44-54, la radicalización misma de los movimientos populistas en distintos países, habían tenido su primer punto culminante con la revolución cubana. Ésta influye particularmente en las capas intelectuales pequeñoburguesas, que atravesaban, como vimos, un periodo de reajuste en sus relaciones con la burguesía, acentuando su desplazamiento hacia el campo popular. Allí gana importancia creciente el movimiento campesino, al paso que se desarrolla un nuevo movimiento obrero, producto del nuevo proletariado creado por la industrialización de las décadas precedentes. Es, en definitiva, ese amplio movimiento de masas, que irrumpe en las brechas del sistema de dominación creadas por la fractura del bloque en el poder y que incide en el sentido de agravar las contradicciones allí existentes, lo que explica la violenta reacción de la burguesía y el imperialismo, es decir, la contrarrevolución que se desata entonces en el continente.

Examinemos brevemente cómo se realiza y a dónde conduce esa contrarrevolución y veremos que ella no puede identificarse mecánicamente con el fascismo europeo, aunque sea como él una forma específica de contrarrevolución burguesa y recoja de ésta su característica general: el recurso por la fracción victoriosa al terrorismo de Estado para doblegar a sus oponentes, desde las fracciones rivales hasta, y muy especialmente, la clase obrera. Grosso modo, la contrarrevolución latinoamericana se inicia con un periodo de desestabilización, durante el cual las fuerzas reaccionarias tratan de

agrupar en torno a sí al conjunto de la burguesía y de sembrar en el movimiento popular la división, la desconfianza en sus fuerzas y en sus dirigentes; continúa a través de un golpe de Estado, llevado a cabo por las Fuerzas Armadas, y se resuelve con la instauración de una dictadura militar. Las sociedades concretas latinoamericanas imponen a cada uno de esos momentos su sello particular.

En la fase de preparación del golpe, o de desestabilización, se observan rasgos fascistas, pero éstos son secundarios. A través de la propaganda, de la intimidación verbal y hasta física, que puede implicar la utilización de bandas armadas, la burguesía contrarrevolucionaria busca desmoralizar al movimiento popular y ganar fuerza, sumando aliados y neutralizando sectores. Sin embargo, por tratarse de sociedades basadas en la super-explotación del trabajo, en ningún caso ella tiene condiciones para reunir fuerzas suficientes como para derrotar *políticamente* al movimiento popular, no llega siquiera a la estructuración de un partido político; es interesante observar que allí donde se utilizaron con más abundancia los métodos fascistas de lucha, es decir, en Argentina, sectores significativos de la izquierda niegan que se haya producido una contrarrevolución fascista. Como quiera que sea, las fuerzas contrarrevolucionarias no llegan jamás a un claro triunfo político, sino que necesitan usar la fuerza para hacerse del Estado y emplearlo en su beneficio; el terrorismo de Estado, como método de enfrentamiento con el movimiento popular, se intensifica precisamente porque este movimiento se encuentra intacto y muchas veces aparentemente fuerte, en el momento en que las fracciones contrarrevolucionarias logran subordinar plenamente el aparato estatal, no habiendo sufrido un proceso previo de derrotas, que en el fascismo pudo llegar a expresarse, como en Alemania, en el plano electoral.

Esta característica de la contrarrevolución latinoamericana se deriva de *la imposibilidad en que se encuentra la burguesía monopólica de atraer a su campo sectores significativos del movimiento popular*. A diferencia del fascismo europeo, que fue capaz de arrastrar a las amplias masas pequeño-burguesas y de morder incluso al proletariado, ganando allí cierto grado de apoyo entre trabajadores desempleados y hasta obreros en actividad, la burguesía monopólica en América Latina no puede pretender reunir verdadera fuerza de masas, que le permita enfrentar políticamente, en las urnas y en las calles, al movimiento popular. Por esto, se da como meta el restablecimiento de las condiciones de funcionamiento del aparato estatal,

aunque sea temporalmente, para poder accionarlo en su provecho. Esto implica resoldar la unidad burguesa, rehaciendo el bloque en el poder tal como se encontraba antes de su fractura, y restablecer, aunque sea limitadamente, o sea, dividiéndola, sus relaciones de alianza con la pequeña burguesía. Sobre esta base, el Estado puede entrar a zanjar la lucha de clases, mediante la intervención abierta del instrumento último de defensa del poder burgués: las Fuerzas Armadas. *Son éstas, pues, el verdadero objetivo de la política de desestabilización practicada por la burguesía y no, como en el fascismo, la conquista de una fuerza política propia superior a la del movimiento revolucionario.* Y es por ello que encontramos en la contrarrevolución latinoamericana otro rasgo peculiar respecto al fascismo: el discurso ideológico de *defensa de la democracia burguesa, es decir, del Estado burgués*, al revés de su negación, tal y como lo plantearon los movimientos fascistas.

Son estas condiciones específicas las que llevan a que la contrarrevolución latinoamericana pueda expresarse, en el plano ideológico y también estratégico, en la doctrina de la contrainsurgencia. Al privilegiar a las Fuerzas Armadas como elemento central de su estrategia, la burguesía monopólica está confiriendo a ese aparato especial del Estado la misión de solucionar el problema; está, pues, pasando del terreno de la política al de la guerra. En la medida en que se encuentra con Fuerzas Armadas ya preparadas ideológicamente, por la doctrina de contrainsurgencia, para el cumplimiento de esa tarea y para aplicar a la lucha política un enfoque militar, se resuelven en un solo proceso la voluntad contrarrevolucionaria de la burguesía y la voluntad de poder desarrollada en las Fuerzas Armadas. Estas van, así, más allá del golpe de Estado y proceden a la implantación de la dictadura militar; si, desde el punto de vista de la doctrina burguesa clásica, son el cuerpo del Estado, se convierten ahora en su cabeza.

Pero la dualidad original, expresada por la burguesía monopólica y las Fuerzas Armadas, aunque encuentre una primera resolución en el proceso del golpe de Estado, se reproduce a un nivel superior, una vez instaurado el *Estado de contrainsurgencia*. La forma de dictadura militar que éste asume indica tan sólo que las Fuerzas Armadas han asumido su control y ejercen como institución el poder político. Ella no nos revela la esencia de ese Estado, desde el punto de vista de su estructuración y funcionamiento, ni pone en evidencia el hecho de que las Fuerzas Armadas comparten allí el poder con la burguesía monopólica. Para captar esto, es necesario ir más allá de la mera expresión

formal del Estado, siendo que, siempre que encontremos ciertas estructuras, funcionamiento y coparticipación entre Fuerzas Armadas y capital monopólico, estaremos ante un Estado de contrainsurgencia, tenga éste o no la forma de una dictadura militar.

El Estado de contrainsurgencia, producto de la contrarrevolución latinoamericana, presenta una hipertrofia del poder ejecutivo, a través de sus diversos órganos, respecto de los demás; no se trata, sin embargo, de un rasgo que lo caracterice respecto al moderno Estado capitalista. Más bien esa distinción debe buscarse en la existencia de dos ramas centrales de decisión dentro del poder ejecutivo. De un lado, la rama militar, constituida por el Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, que expresa a la institución militar al nivel de la toma de decisiones y que reposa sobre la estructura vertical propia a las Fuerzas Armadas; el Consejo de Seguridad Nacional, órgano deliberativo supremo, en el que se entrelazan los representantes de la rama militar con los delegados directos del capital; y los órganos del servicio de inteligencia, que informan, orientan y preparan el proceso de toma de decisiones. De otro lado, la rama económica, representada por los ministerios económicos, así como las empresas estatales de crédito, producción y servicios, cuyos puestos clave se encuentran ocupados por tecnócratas civiles y militares. Así, el Consejo de Seguridad Nacional es el ámbito donde confluyen ambas ramas, entrelazándose, y se constituye en la cúspide, el órgano clave del Estado de contrainsurgencia.

Es ésta la estructura real del Estado de contrainsurgencia, que consagra la alianza entre las Fuerzas Armadas y el capital monopólico, y donde se desarrolla el proceso de toma de decisiones fuera de la influencia de las demás instituciones que componen el Estado burgués Básico, como lo son el poder legislativo y judicial. Éstos pueden perfectamente mantenerse en el marco de la dictadura militar, como ocurre en Brasil, o configurar incluso un régimen civil, como en Venezuela, sin que ello afecte la estructura y el funcionamiento real del Estado de contrainsurgencia, Recordemos, en este sentido, cómo Venezuela –donde se hizo el primer ensayo de contrainsurgencia en América Latina, a principios de los sesentas– ha evolucionado en el sentido de crear su Consejo de Seguridad Nacional y llegado incluso a la estructuración de un Sistema Nacional de Empresas Públicas, que rige el capitalismo de Estado venezolano fuera de todo control por parte del Congreso y demás órganos estatales.

En síntesis, el Estado de contrainsurgencia es el Estado corporativo de la burguesía monopólica y las Fuerzas Armadas, independientemente de la forma que asuma ese Estado, es decir, independientemente del régimen político vigente. Dicho Estado presenta *similitudes formales* con el Estado fascista, así como con otros tipos de Estado capitalista, pero *su especificidad está en su peculiar esencia corporativa y en la estructura y funcionamiento que de allí se generan*. Llamarlo fascista no nos hace avanzar un paso en la comprensión de su significado.

Este análisis no debe llevar a malentendidos. Los tecnócratas civiles y militares, que se ocupan de la gestión del Estado, no son más que la representación política del capital, y en tanto que tal no cabe especular sobre su autonomía, más allá de lo que se puede hacer con cualquier representación política respecto a la clase que representa; en otros términos, es profundamente erróneo calificar a esa tecnocracia como burguesía estatal, en el mismo plano que la clase burguesa propiamente dicha. Del mismo modo, la fusión de los intereses corporativos de las Fuerzas Armadas y de la burguesía monopólica no debe oscurecer el hecho de que esta última representa una fracción propiamente capitalista de la burguesía mientras que las Fuerzas Armadas (o, para ser más preciso, la oficialidad) no es sino un cuerpo de funcionarios cuya voluntad económica y política es rigurosamente la de la clase a que sirve. Finalmente, es necesario tener presente que, aunque el Estado de contrainsurgencia sea el Estado del capital monopólico, cuyas fracciones constituyen hoy el bloque en el poder, no excluye la participación de las demás fracciones burguesas, así como en su reproducción económica el capital monopólico crea constantemente para los demás sectores capitalistas condiciones de reproducción (y también de destrucción), por lo que es incorrecto suponer que las capas burguesas no monopólicas pueden estar interesadas en la supresión de un Estado que constituye la síntesis de las relaciones de explotación y dominación en que ellas basan su existencia; no reside en otra causa el fracaso de los frentes antifascistas que se han intentado poner en marcha en América Latina y que han chocado siempre con el rechazo de la burguesía no monopólica, independientemente de las fricciones que ésta mantiene con el bloque en el poder.

He intentado establecer, hasta aquí, las causas y la naturaleza de la contrarrevolución latinoamericana, así como el carácter del Estado a que dio lugar. Me preocuparé ahora de la situación actual que atraviesa la contrarrevolución, correspondiente a una fase de institucionalización y, hasta cierto punto, democratización limitada, que apunta a lo que los teóricos del Departamento de Estado norteamericano han llamado “democracia viable” y, aún más precisamente, “democracia gobernable”. Es indudable que esa fase acarrea modificaciones al Estado contrarrevolucionario, que entenderemos mejor si analizamos los factores que determinan esa situación. Seguiré, en este análisis, los mismos pasos dados para el examen del origen y cristalización del proceso contrarrevolucionario en América Latina.

Si partimos del primer factor considerado: el imperialismo norteamericano, constataremos inmediatamente que su situación es distinta de la que tenía en los años sesenta. Tras el auge económico de aquel periodo, ha sobrevenido una crisis económica, sin perspectivas de solución a la vista. En ese marco, la hegemonía norteamericana en el campo capitalista ya no es incontrastable, como entonces, sino que se ve enfrentada a las pretensiones que, en el plano económico y político, levantan las demás potencias imperialistas, en particular Alemania Federal y Japón. La crisis se ha reflejado, además, en el interior mismo de la sociedad norteamericana, provocando una crisis ideológica y política que, mediante hechos como ‘*Watergate*’, el hippismo y otros, han afectado la legitimidad del sistema de dominación.

En otro plano, junto a un reforzamiento constante de la Unión Soviética, que ha logrado mantener el equilibrio militar con Estados Unidos, se ha verificado un notable avance de las fuerzas revolucionarias en diferentes partes del mundo. El punto crítico de la crisis económica, a mediados de esta década, coincidió con grandes victorias del movimiento revolucionario en África, particularmente Mozambique y Angola, y en Asia, con la derrota espectacular de Estados Unidos en Vietnam, al mismo tiempo que, en la misma Europa, las fuerzas populares lograban significativos avances en Portugal, España, Italia y Grecia, e incluso en bastiones imperialistas como Francia.

En este contexto, el imperialismo norteamericano ha debido hacer adecuaciones en su estrategia, que se han expresado en la política de Carter. Este ha asumido el gobierno con el propósito explícito de restaurar la legitimidad del sistema de dominación dentro de la sociedad norteamericana, echando mano de viejos mitos que son caros a la ideología burguesa en ese país, como el de los derechos humanos, y de medidas que tratan de hacer

menos pesada la crisis para los distintos grupos sociales del país. Igualmente, se ha dado por tarea sortear la crisis económica, reafirmando la hegemonía norteamericana en el campo capitalista; aunque admita que esa hegemonía debe ser compartida, en la línea de lo planteado por la Comisión Trilateral, Estados Unidos pretende mantenerse como eje rector de la relación de fuerzas a ser establecida entre las potencias imperialistas.

Finalmente, el imperialismo norteamericano se propone modificar su estrategia mundial, para compensar y evitar la repetición de los fracasos tenidos en la primera mitad de la década, modificación que sigue dos líneas principales. La primera es la polarización de las relaciones con el campo socialista, centralizándolas en Europa; la segunda, la desconflagración o el enfriamiento de las zonas periféricas “calientes”. Por ello, Carter ha sostenido que Europa es la espada de Occidente y se ha esforzado por tornar tensas las relaciones entre la OTAN y el Pacto de Varsovia; aunque pudiera eventualmente llevar a la guerra, la política agresiva y belicista del imperialismo norteamericano respecto a la Unión Soviética busca en realidad un nuevo equilibrio, sobre la base de lo que el expresidente Ford llamó “paz con fuerza” para lo que privilegia a Europa, considerando que el avance de la revolución mundial en otras áreas iba desmejorando la correlación de fuerzas en su detrimento. En consecuencia, plantea una política de enfriamiento de las zonas periféricas, desde medidas que tratan de dar solución a problemas particularmente agudos, como las que se han tomado en el Medio Oriente, en Panamá, etcétera, hasta la revisión de la doctrina de contrainsurgencia, que pretende limar sus aspectos más ásperos y adecuarla a las nuevas condiciones de la lucha de clases.

Esto se debe a que la contrainsurgencia, pese a la capacidad que ha demostrado para detener el movimiento revolucionario en muchas áreas, ha experimentado fuertes reveses, en particular el de Vietnam, y se ha revelado incapaz, incluso allí donde fue efectiva para detener el movimiento revolucionario, de asegurar las condiciones de una dominación política estable, como es el caso de Latinoamérica; se debe también a que las potencias imperialistas europeas, a medida que deben asumir mayores responsabilidades mundiales en el marco de la hegemonía compartida, se ven forzadas a considerar la fuerza del movimiento obrero en sus países, que se opone a la violencia cruda y abierta que la contrainsurgencia ha implicado; la utilización de métodos contrarrevolucionarios más sutiles, impulsados sobre todo por Alemania Federal, ha arrojado resultados positivos en los países de

Europa mediterránea. Señalemos de paso que el planteamiento político estrechamente nacional que hacen actualmente los partidos europeos llamados eurocomunistas merma la capacidad del movimiento obrero de esos países para pesar en la correlación de fuerzas mundial e inclinar la balanza hacia el campo de la revolución, como quedó evidenciado con la reciente ofensiva reaccionaria que el gobierno francés pudo desarrollar en África, sobre la base de la derrota electoral de la izquierda en Francia.

Como quiera que sea, el punto principal de la doctrina de contrainsurgencia, que se encuentra ahora sometido a revisión, es el que se refiere al origen de los movimientos revolucionarios.

Abandonando la noción simplista de la infiltración externa, los nuevos teóricos del imperialismo norteamericano, salidos de la Comisión Trilateral, como Huntington, ven el problema como resultado de descompensaciones, de desequilibrios que afectan al Estado en la moderna sociedad capitalista, como resultado de las presiones mismas de las masas, en sus esfuerzos por mejores condiciones de vida. Esto que es válido ya no sólo para los países dependientes, sino para los mismos países capitalistas avanzados, los lleva a plantearse el problema de la "governabilidad de la democracia", que apunta necesariamente a la limitación, a la restricción del propio juego político democrático, para mantenerlo bajo control.

Para América Latina, la reformulación de la estrategia norteamericana se ha traducido en la búsqueda de una nueva política, todavía no plenamente definida, que, además de la eliminación de los puntos de fricción, como el referente al canal de Panamá, apunta a una institucionalización política, capaz de expresarse en una democracia "viable", es decir, restringida. Pero ello no resulta sólo de los planteamientos estratégicos de Estados Unidos, sino que se deriva también, y principalmente, de las nuevas condiciones de lucha de clases que rigen en América Latina.

Papel importante desempeña, en este sentido, la diversificación del bloque en el poder, por los cambios intervenidos en el seno de la burguesía monopólica. En los países donde este fenómeno se encuentra más avanzado, como Brasil, podemos ver cómo las contradicciones interburguesas no se guían ya, como en el pasado, por intereses divergentes de la burguesía industrial y agraria, o de las capas inferiores de la burguesía respecto a su sector monopólico, sino que nacen de *divisiones surgidas en el seno del gran capital, de la propia burguesía monopólica.*

Así, es posible constatar cómo en Brasil –desde que, en 1974, entró en crisis el patrón de reproducción económica basado en la industria de bienes de consumo suntuario–, las luchas interburguesas se dan entre las fracciones nacionales y extranjeras (norteamericana, fundamentalmente), ligadas a dicha industria, y las fracciones nacionales y extranjeras (en lo esencial, eurojaponesa), que tienen asiento en la industria básica y de bienes de capital. Se trata, hoy, de decidir los rumbos de la economía del país, del patrón de reproducción que éste debe seguir y ello, que implica reasignación de recursos, ventajas fiscales, crediticias y de todo tipo, estimula la rivalidad entre esos dos sectores del gran capital, la cual polariza a los demás grupos capitalistas que se encuentran vinculados a uno u otro sector. Conviene tener presente que no es posible ya, en estas circunstancias, enmascarar las luchas interburguesas tras justificaciones de corte nacionalista ni tampoco pretender encauzarlas hacia fórmulas del tipo frente antifascista, ya que ellas *dividen por igual a los sectores burgueses nacionales y extranjeros que operan en el país y enfrentan a fracciones del gran capital*.

De todos modos, las contradicciones interburguesas, al agudizarse, exigen espacio político para poder dirimirse. La centralización rígida del poder político, en manos de la élite tecnocrático-militar, debe flexibilizarse, devolver cierta vigencia al parlamento como ámbito de discusión, permitir el accionar de los partidos y la prensa, para que las distintas fracciones burguesas puedan desarrollar su lucha. Ello no choca, además, con la exigencia de que el Estado siga detentando capacidad suficiente para mantener en cintura al movimiento de masas, ya que, cuanto más ausente esté de la escena política, mayor libertad de acción tienen las fracciones burguesas para llevar a cabo sus enfrentamientos y negociaciones. Es la razón por la cual el proyecto burgués de institucionalización no se aparta de la fórmula de democracia “viable”, “gobernable” o restringida, que proponen los teóricos imperialistas norteamericanos. Del mismo modo, al desatarse la contrarrevolución, el proyecto del gran capital convergía hacia el centralismo autoritario, hacia las formas dictatoriales propuestas por dichos teóricos.

Se trata, pues, ahora, de llevar a cabo una “apertura” política que preserve lo esencial del Estado de contrainsurgencia. ¿En qué consiste esto? En la institucionalización de la participación directa del gran capital en la gestión económica y la subordinación de los poderes del Estado a las Fuerzas Armadas, a través de los órganos estatales que se han creado, en particular el Consejo de Seguridad Nacional. El primer punto no se encuentra, desde

luego, en discusión, para la burguesía; a lo sumo, da lugar a enfrentamientos entre sus fracciones por asegurarse una tajada mayor en el reparto del botín que representa la rama económica del Estado de contrainsurgencia. El segundo es, hoy, objeto de discusión: en muchos países se habla de un Consejo de Estado, como órgano contralor de los demás aparatos de Estado, en el cual tendrían peso importante las Fuerzas Armadas; en Brasil, se intenta incluso resucitar la vieja fórmula del Estado monárquico, que consagraba, además de los tres poderes clásicos del Estado, al poder moderador, ejercido por el Emperador, y que los ideólogos de la gran burguesía atribuyen hoy a las Fuerzas Armadas.

Cualquiera que sea la fórmula adoptada —y lo más probable es que ella presente variantes en los diversos países del continente—, se marcha, sin embargo, hacia un Estado de cuatro poderes, o más precisamente, al *Estado del cuarto poder*, en el cual las Fuerzas Armadas ejercerán un papel de vigilancia, control y dirección sobre el conjunto del aparato estatal. Esta característica estructural y de funcionamiento del Estado no será, desde luego, sino el resultado del avasallamiento del aparato estatal por las Fuerzas Armadas (más allá de las estructuras propias de la democracia parlamentaria que éste ostente) y del ordenamiento legal de origen militar impuesto a la vida política, en particular las leyes de seguridad nacional. Es de señalarse que, en el marco de esa democracia restringida, pero democracia de todos modos, la palabra fascismo perderá hasta el carácter agitativo que tiene hoy y habrá de ser abandonada; pero ese abandono representará la renuncia a un análisis incorrecto de la situación actual, y no su superación por un análisis superior y más adecuado a las nuevas condiciones políticas surgidas, lo que dejará a la izquierda y al movimiento popular desarmados para poder enfrentarlas.

Sin embargo, el proyecto burgués-imperialista de institucionalización es resultado también de un tercer factor: el movimiento de masas, ante el cual se plantea con el propósito de mover a engaño y confusión, pero que lo vuelve problemático, errático y lo amenaza incluso con el fracaso. En efecto, es indiscutible que, de manera lenta, zigzagueante, el movimiento de masas latinoamericano, tras un periodo de reflujo, ha entrado desde fines de 1976 en un proceso de recuperación. Más que eso, presenta, a diferencia de lo que ocurría hasta los años sesenta, una característica nueva, que era hasta entonces privativa de los países de mayor desarrollo de la región, como Argentina, Chile, Uruguay: un claro predominio de la clase obrera en su seno.

Basta con mirar hacia Centroamérica, Perú, Colombia, para darse cuenta de que la clase obrera se ha vuelto, en toda la región, el eje rector de las masas trabajadoras de América Latina, que se pliegan progresivamente a su conducción y adoptan sus formas de organización y de lucha. Paralelamente, aunque su influencia siga siendo grande en algunos países, el campesinado va cediendo lugar a un proletariado agrícola numeroso y combativo, agrupado por lo general en centros urbanos, que crea las condiciones objetivas para concretar la alianza obrero-campesina, mientras la pequeña burguesía urbana se compone cada vez más de capas proletarizadas y, en la mayoría de los casos, empobrecidas, que mantienen y acentúan la tendencia, ya observada a principios de los sesentas, de desplazar sus alianzas de clase hacia el campo popular.

La acción de esas amplias masas, al mismo tiempo que hace más necesaria la puesta en práctica de nuevas fórmulas de dominación, que no pueden basarse ya en la violencia pura y simple, complica la implementación del proyecto burgués-imperialista, en la medida en que tienden a plantearse ante éste con creciente autonomía, presionando en favor de concesiones no previstas, así como la ampliación y profundización de las reformas propuestas. Situándose todavía marcadamente en el plano de la lucha económica y democrática, las masas no han perdido empero la memoria, particularmente en sus sectores más avanzados, del mensaje socialista que, a través de la acción, la izquierda latinoamericana les llevó a lo largo de los sesentas, así como de la presente década, lo que despierta el temor de la burguesía y el imperialismo, haciéndolos aferrarse aún más a las garantías que les ofrece el Estado de contrainsurgencia. En consecuencia, el proceso de institucionalización se desarrolla de manera extremadamente compleja, bajo el embate de las presiones de masas y los esfuerzos de la clase dominante por mantenerlo bajo control, lo que le impone marchas y contramarchas y permite prever que su límite está dado por la defensa a ultranza que hará de su aparato estatal, tal y como en esencia se encuentra hoy estructurado.

En consecuencia, no hay ninguna razón para suponer que la lucha democrática que libran hoy las masas populares latinoamericanas pueda extenderse indefinidamente, permitiendo que, a cierta altura, se produzca el paso natural y pacífico al socialismo. Todo indica más bien que la lucha democrática y la lucha socialista se entrelazarán para los trabajadores en un solo proceso, un proceso de duro y decidido enfrentamiento con la burguesía y el imperialismo.

Theotonio dos Santos

Mi contribución a este seminario deberá versar sobre algunas consideraciones de carácter conceptual ya que en las aportaciones anteriores se llegó a un nivel de planteamiento histórico y teórico bastante preciso. Pretendo destacar solamente algunos aspectos que me parecen centrales para la discusión del problema, sobre todo respecto del concepto del fascismo, de la especificidad del fascismo latinoamericano y del papel del imperialismo en su caracterización.

En primer lugar me gustaría retomar un aspecto que he señalado en otras oportunidades,¹⁰⁴ la distinción entre el fascismo como movimiento y como régimen político. Como movimiento político, el fascismo correspondió a un momento político muy específico de Europa de los años 20-30, muy apoyado en la pequeña burguesía con ciertos matices ideológicos muy específicos. Como régimen político, el fascismo ha adoptado formas bastante diversificadas y creo que sería muy difícil establecer propiamente una definición muy clara respecto de las formas particulares que asumió el Estado en los distintos regímenes fascistas. Creo que la definición del fascismo como régimen político, que es el aspecto que nos interesa aquí, debe apoyarse en el carácter histórico y de clases de este fenómeno y, en ese sentido, buscaría definir el fascismo como un régimen de excepción del gran capital, que utiliza sistemáticamente los métodos terroristas de represión.

Creemos necesario situar esta definición en un plano suficientemente general para asegurar una abstracción correcta de los aspectos esenciales del fenómeno: su condición de clase, su época histórica y su método de represión. Algunos autores soviéticos, como Kiva Maidanik,¹⁰⁵ han intentado definir el fascismo como una forma de transición hacia el capitalismo monopolista de Estado, buscando caracterizar entonces esta hegemonía del gran capital y la utilización del régimen de excepción y la vía del terror como una forma de lograr la instauración del capitalismo monopolista de Estado.

Considero que este planteamiento es importante, pero por las razones que voy a plantear no me gustaría limitar el fascismo a esta forma de transición al capitalismo monopolista de Estado.

¹⁰⁴ Véase mi artículo sobre "El fascismo dependiente" en la *Revista Mexicana de Sociología*, México, 1977. Véase también la reedición de mi libro *Socialismo o fascismo*. Edicol, México, 1978.

¹⁰⁵ Kiva Maidanik defendió esa tesis en el curso de otoño de 1976 en la Facultad de Economía de la UNAM. Véase también sus intervenciones en la revista *América Latina*, Moscú, 1974.

Creo que cuando decimos que el fascismo es un régimen de excepción del gran capital, lo situamos en una época histórica determinada, es decir, la del surgimiento del gran capital financiero, del monopolio y del imperialismo. En segundo lugar, al señalar que el fascismo es un régimen de excepción, basado en el terror, lo delimitamos conceptualmente como una forma contrarrevolucionaria propia de la época del imperialismo y, por tanto, podemos comprender por qué este fenómeno surge exactamente después de la primera guerra mundial, que es la primera gran crisis del imperialismo.

Particularmente, yo situaría la primera oleada fascista mundial en el periodo de la gran ola depresiva que va de 1918 a 1945 y que tuvo su momento de crisis más violenta en el periodo de 1929-1933. Considero que estas situaciones de crisis de largo plazo son las que obligan a la clase dominante, y en el caso específico de la época imperialista al capital financiero, a buscar un régimen de excepción para impedir la resolución revolucionaria que las coyunturas de crisis plantean. Al mismo tiempo, es necesario tomar en cuenta que la contrarrevolución sólo puede triunfar aprovechándose del debilitamiento que la crisis provoca en las clases populares, al conducirlos a intentos revolucionarios fracasados o al desgaste político en la medida en que no logran mantener una política de autodefensa que impida que la crisis transforme la situación de las clases trabajadoras en general, y obrera en particular, en totalmente defensiva. La permanencia por periodos largos del desempleo, derivado de las crisis, lleva a una gran competitividad dentro de la clase y facilita el triunfo de las políticas contrarrevolucionarias.

En este sentido también me gustaría señalar que las tendencias contrarrevolucionarias del capital financiero tienden a darse mucho más en los países de desarrollo medio o de imperialismo tardío que en los países más avanzados del imperialismo, porque es en esos países donde se combina esta situación revolucionaria con situaciones de lucha nacional que obligan a la clase dominante a un gran esfuerzo ideológico de identificación nacional y político de centralización del poder, para responder a las tendencias revolucionarias. Al mismo tiempo la clase dominante debe encontrar una estrategia económica que le permita responder a las exigencias de acumulación de capital para superar la crisis.

Según creemos, y ello implicaría un debate bastante largo, el periodo actual es de crisis del imperialismo.¹⁰⁶ Estamos en una etapa caracterizada por una

¹⁰⁶ Estas tesis se encuentran en mi libro *Imperialismo y dependencia*. Ed. Era, México, 1978.

onda depresiva larga que, según nuestros estudios, empezó en el 66 (a pesar de que tuvo un primer momento de manifestación entre el 59-61) y que llegó a su grado más profundo en el periodo de 73-75, el cual, según creo, no es todavía su depresión más grave, comparable a la crisis 29-33. Este deberá ocurrir aún, en un tiempo relativamente próximo. Si nosotros caracterizamos el periodo actual como una ola depresiva de largo plazo, podríamos aceptar que las mismas fuerzas que obligaron al capital monopolista a buscar los regímenes de excepción y la utilización del terror en los años de 1920-30, renazcan en la escena internacional.

En ese sentido, yo discrepo de cualquier visión que caracterice al fascismo simplemente como un problema nacional. A pesar de su manifestación nacional, lo veo fundamentalmente como un fenómeno internacional y creo que lo fue en el periodo de 1920-40, que se caracterizó por las olas sucesivas de irradiación de regímenes fascistas. Yo mantendría esta visión, sobre todo para entender que el periodo actual no es solamente un periodo de manifestaciones contrarrevolucionarias aisladas, sino que es un periodo que tiende a ampliar las olas contrarrevolucionarias internacionales. Sin embargo, la ampliación de esas olas contrarrevolucionarias depende también de las respuestas dadas por el movimiento popular y revolucionario internacional, que se encuentra en un nivel muy distinto del de los años 20-30. Hoy día es mucho mayor la fuerza internacional del movimiento progresista.

Estos planteamientos generales nos llevan por tanto a considerar el fascismo como un fenómeno de clase, y como una forma muy general del Estado, caracterizada por regímenes de excepción que utilizan el terror, lo que los distingue de otras formas particulares de regímenes del gran capital. En ese sentido estaría muy de acuerdo con la cita que leí Cueva en el principio de su exposición, en la que se reconocía dentro de la III Internacional este carácter diversificado del fascismo ya en el año 1935, o sea que ya estaba bastante claro que el fascismo alemán, el italiano, el japonés, etcétera, no eran la misma cosa.

Estos planteamientos teóricos, si bien nos dan algunas luces sobre la esencia del fenómeno, evitando confundir con el fascismo formas particulares no esenciales como el apoyo de la pequeña burguesía, el partido único, la persecución a los judíos, etcétera,¹⁰⁷ no nos permiten aclarar todavía la

¹⁰⁷ La tendencia a incluir esas características secundarias como elementos esenciales del fascismo se encuentra en varios autores, como se puede ver en *Revista Mexicana de Sociología*, números sobre Estado y clase en América Latina, editados en 1977.

especificidad del fenómeno en la América Latina de hoy. Estoy de acuerdo con Ruy Mauro Marini en el sentido de que la cuestión de la definición general de fascismo o no es un problema más bien escolástico si no se complementa con un análisis efectivo de la especificidad de este fascismo latinoamericano. Vemos pues que hay mucho más acuerdo que desacuerdos, cuando hacemos las caracterizaciones de la situación concreta.

Para quedar en los aspectos muy generales que hemos planteado, es evidente por un lado que el fascismo latinoamericano concuerda con la definición anterior cuando vemos estos regímenes de fuerza como un producto de la hegemonía del capital monopólico (de éste se trata, como se trataba en los periodos de los años veinte y treinta), pero es evidente al mismo tiempo que este capital monopólico ha cambiado desde el punto de vista de la estructura internacional; entró en una fase de integración internacional, concentración y centralización mucho más alta y al mismo tiempo la intervención del Estado en la economía se hizo mucho más profunda.

Por tanto este capital monopólico asume hoy día una forma diferente en los países dominantes y en aquéllos que alcanzaron un desarrollo medio. Estos no se sitúan internacionalmente en una posición de lucha interimperialista como el caso de Alemania, Italia, España, etcétera, sino en una posición dependiente. Su situación dependiente plantea una serie de especificidades en lo que respecta a la relación entre las burguesías monopólicas locales y la burguesía monopólica internacional, como se ha señalado aquí en las dos intervenciones anteriores.

En este sentido, no se trata de un fenómeno solamente latinoamericano y puede ser generalizado para ciertos países de Asia, como Indonesia, o de África, como Sudáfrica, en los que hay un desarrollo capitalista que ya alcanzó un cierto nivel de industrialización, pero que no logra ni puede superar las características dependientes, lo que lleva a contradicciones bastante específicas que tienden a ser resueltas por la forma de un Estado de excepción con la utilización sistemática del terror.

Por otro lado, este desarrollo histórico del capital monopólico también cambió su relación con la pequeña burguesía. Si la pequeña burguesía todavía subsistía en los años veinte como un sector importante de movilización de masas y como un sector todavía poderoso desde el punto de vista social, en los países de desarrollo medio donde se han producido los fenómenos

fascistas recientes, se trata de capas sociales con mucho menos poder para resistir al gran capital y con una dependencia mucho más fuerte respecto de él. Esto implica una dificultad para que el fascismo se desarrolle como un movimiento, puesto que históricamente se desarrolló como tal a partir de las frustraciones de la pequeña burguesía y, sólo después de convertirse en un fuerte movimiento político ideológico anticomunista, fue dominado por el gran capital. Hoy día la tendencia es distinta, es el gran capital el que moviliza a la pequeña burguesía en un sentido fascista, utilizándola como un instrumento de masas; cumplidos los objetivos de toma del poder y destrucción de las oposiciones liberales y populares, fue inmediatamente desmovilizado.

Esto ocurrió con la movilización de masas con la consigna de Dios, Patria y Libertad en Brasil en 1964; con los movimientos más nítidamente fascistas de la pequeña burguesía en contra del gobierno de la Unidad Popular en Chile; y también en la Argentina, después de intentos de organización fascista dentro y fuera del peronismo, se pasa a desmovilizar la acción de masas cuando se instala el golpe de Estado de 1976 y se inician nuevas formas de represión, de carácter institucional.

Este hecho es nuevo, desde el punto de vista del movimiento político, pues el fascismo de Mussolini y Hitler mantuvo un alto grado de movilización de masas una vez en el poder.

Pero esta movilización iba acompañada de formas institucionalizadas de terror que se impusieron a través de la destrucción de las formas espontáneas de milicias fascistas.

La primera exigencia del gran capital y los militares, cuando llegaron al poder Mussolini y Hitler, fue desmovilizar sus tropas de choque o aun aniquilarlas físicamente. Es decir que la hegemonía del sector pequeñoburgués fue destruida cuando se llegó al poder. En el caso de Mussolini y Hitler, la aniquilación tuvo que ser muy violenta porque se había desarrollado mucho el fascismo como movimiento; en el caso latinoamericano estos movimientos fueron mucho menos espontáneos y por tanto se los pudo liquidar con mecanismos mucho menos violentos.

La presente oleada fascista internacional plantea la cuestión nacional en términos muy distintos de los años veinte. Trátase de burguesías nacionales dependientes que ya están asociadas al capital internacional.

En consecuencia, la posibilidad de movilizar a la pequeña burguesía y otros sectores en una política nacional consecuente es mucho menor. Los regímenes fascistas en condición de dependencia tienen que realizar una política económica en favor de las inversiones internacionales en la medida en que la burguesía internacional es el sector hegemónico dentro del bloque de poder.

La cuestión nacional asume, en consecuencia, una forma muy distinta. Pero yo no diría que la cuestión nacional está liquidada simplemente por la afirmación del monopolio internacional en los mercados nacionales, aunque estén altamente internacionalizados. El desarrollo del capitalismo siempre implica un cierto grado de afirmación nacional, un cierto grado de integración de la economía a nivel nacional, un cierto grado de intervención del Estado en el sentido de fortalecer esta base nacional.

Es en este sentido que me gustaría señalar las contradicciones que me parece encerrar este fascismo específico de la época actual. Señalaría estas contradicciones en los siguientes términos:

En primer lugar, se plantea la contradicción entre el fascismo en los países dependientes y la forma de dominación burguesa aún liberal en los países centrales. Se hace muy difícil hacer compatible un régimen democrático y la defensa de la democracia en los países dominantes con la defensa de formas fascistas en los países dependientes. Aquí me gustaría señalar que hay un sector de la burguesía de los países dominantes que asume cada vez más una perspectiva fascista para sus propios países, lo que es muy importante tomar en consideración, pues este factor actúa favorablemente respecto a soluciones fascistas en los países capitalistas dependientes.

A mí me parece que un sector de la democracia cristiana alemana está mucho más próximo de una concepción fascista, que sectores de las burguesías de nuestros países. Creo que hay una división dentro de la burguesía a nivel internacional que se está desarrollando. Hay una tendencia pro-fascista a nivel internacional en enfrentamiento con la tendencia liberal-conservadora y la tendencia socialdemócrata, que corresponde a un sector de la burguesía que está dispuesto a arriesgarse a dominar el movimiento obrero por la vía de una ideología reformista que lo mantiene como fuerza organizada y actuante dentro del capitalismo.

Diría que esta contradicción tiende a presentarse en las varias etapas de desarrollo del fascismo. Se trata de una contradicción que se presentó también en los años veinte y treinta entre sectores de la burguesía inglesa y norteamericana nítidamente pro-hitleristas y sectores antihitleristas o bien pro o antimussolini.

Esta disyuntiva sólo pudo ser resuelta en el momento en que el fascismo se convirtió en una amenaza militar para los Estados inglés y estadounidense.

Esta contradicción tiende a asumir una forma nueva en nuestros días desde el momento en que hay una falta de correlación entre las tendencias hegemónicas que se presentan en el capitalismo dominante y el capitalismo dependiente. Por otro lado, los Estados de los países dominantes ejercen o por lo menos ejercieron una influencia decisiva en la instalación de regímenes fascistas en los países dependientes. Estados Unidos e Inglaterra podrían haber dicho que no tenían ninguna responsabilidad por lo que estaba pasando en Alemania o lo que pasaba en Italia, a pesar de que ciertos sectores de la burguesía en Estados Unidos e Inglaterra apoyaban los movimientos fascistas de estos países. Sin embargo, como Estado y como aparato burgués internacional es muy clara la responsabilidad de Estados Unidos por la instalación de los regímenes fascistas en América Latina, debido al alto grado de dependencia de las burguesías locales en relación con la burguesía internacional y sus Estados también. Esto evidentemente aumenta la contradicción entre la necesidad de recurrir a regímenes fascistas y la base social interna de las burguesías dominantes, lo que lleva a vacilaciones en su política internacional.

La segunda contradicción es aquélla que me parece existir entre el fortalecimiento del Estado en los países dependientes (como instrumento necesario de acumulación de capital, en la medida en que la expansión del capital internacional necesita de la creación de una gran infraestructura) y la situación de dependencia que debilita la autonomía y la soberanía del Estado. El fortalecimiento del Estado, resultante de la acumulación del capital en la etapa monopolista actual, tiende a fortalecer las ilusiones de la pequeña burguesía, del capital nacional y del sector tecnocrático civil-militar sobre la capacidad del Estado para asumir una cierta autonomía frente al capital internacional. De aquí se deriva el peligro que representa esta situación en la creación de cierto nacionalismo militar.

Recordemos que, justamente en los textos de la Comisión Trilateral sobre la situación internacional, hay una insistencia muy grande sobre este problema nacional como el más importante que tiene que enfrentar la política trilateral en los países dependientes.

La cuestión del nacionalismo militar representa un desafío muy grande para un capital internacional que se ha apoyado tan firmemente en los militares como instrumento de poder y de dirección del Estado. Aquí creo que es necesario hacer un planteamiento respecto a la tendencia de Ruy Mauro Marini a caracterizar la cuestión del Estado de Seguridad Nacional como el aspecto central de la especificidad del periodo actual. Esta caracterización me parece muy peligrosa, porque nos desvía hacia un aspecto secundario: para mí el aspecto central es la lucha del gran capital por imponer su hegemonía y la necesidad de recurrir para ello al Estado de excepción y al terror.

Las formas que utiliza el gran capital me parecen un aspecto secundario. Pueden ser importantes en ciertos periodos históricos que tienen que ser analizados, pero son secundarias desde el punto de vista conceptual porque (y esto va a repercutir en el desarrollo del aspecto político) los problemas que empieza a enfrentar en la actualidad la burguesía internacional respecto a este nacionalismo militar que se desarrolla en el caldo de cultivo de los regímenes fascistas puede llevarla a restablecer los regímenes típicamente civiles con ciertas restricciones en lo que respecta a la participación del movimiento de izquierda, particularmente las tendencias revolucionarias de izquierda. Esto es lo que justifica el apoyo actual a las llamadas “democracias” restringidas, relativas o limitadas.

Sin embargo la limitación de la democracia es un fenómeno bastante complejo. Creo que la capacidad para limitar la democracia es bastante dudosa, porque la democracia genera una dinámica que refleja en primer lugar el movimiento de la sociedad civil y todo depende entonces de la existencia en la sociedad de un sector pequeñoburgués, de un sector intermedio suficientemente fuerte para garantizar un cierto equilibrio de la democracia para que no se convierta en una democracia revolucionaria.

El problema es que esta acumulación del capital en los últimos años en América Latina, en regímenes como el brasileño sobre todo, pero también muy violentamente en Chile y otros países, lo que está haciendo es debilitar ese sector intermedio. Y creo que aquí hay un problema en la sociedad civil misma que el capital no puede resolver por un acto de voluntad política.

Como lo señaló Cueva, son las transformaciones económicas generadas por el fascismo las que están limitando la viabilidad de estas salidas democráticas y, evidentemente, la rapidez con que deberán generarse presiones populares conducirá a romper las limitaciones impuestas por la burguesía nacional e internacional a la democracia y ésta se irá convirtiendo en el factor dinámico del proceso. Creo que en 1977-1978, cuando se empiezan a bosquejar estas formas de participación popular, hay varios ejemplos que desde un inicio demostraron el carácter problemático de las democracias restringidas. Esto quedó en evidencia en Perú, donde se ha impuesto como una necesidad inevitable el funcionamiento de una Asamblea Constituyente, que radicaliza el proceso de democratización. En el caso de Bolivia se llegó hasta el fraude electoral y se tuvo que retroceder en las perspectivas de liberalización limitada. En el caso de Nicaragua se llegó a ciertos acuerdos pensando que con eso se podría controlar el país por dos años más, y la situación vuelve a salirse del control del Departamento de Estado, que intenta retornarlo en un nivel superior de concesión.

Entonces el factor realmente dinámico empieza a ser el movimiento democrático, el movimiento de masas. Sin embargo, en la medida en que estos movimientos de masas (y en esto estoy plenamente de acuerdo con Ruy Mauro Marini) pasaron por cambios muy importantes en su composición con el desarrollo de la industrialización en los últimos años, debe esperarse un comportamiento más coherente y maduro de las masas populares. Particularmente del movimiento obrero, que se presenta como una fuerza que tiende cada vez más a polarizar las fuerzas populares, creando una estructura mucho más orgánica, mucho más fuerte que la que se logró en los movimientos de masas en el pasado. La tendencia, por tanto, es que este movimiento popular pueda crear una situación democrática avanzada que no tendrá condiciones de sobrevivir dentro de los marcos del capitalismo y por ende planteará el problema del socialismo. De aquí que la cuestión de las relaciones entre democracia y socialismo sea una de las más importantes para la izquierda en América. Pero esto sería motivo para otro seminario.

LA REVOLUCIÓN LATINOAMERICANA Y EL SOCIALISMO COMO PROCESO HISTÓRICO¹⁰⁸

La primera parte estará referida al socialismo como proceso histórico y, para eso, voy a intentar hacer un análisis de lo que fue la evolución del capitalismo, para de ahí extraer algunas líneas de reflexión. El punto de partida es la idea de que el socialismo es una cuestión inseparable de la fase imperialista del capitalismo. Lenin caracterizaba esa fase como la última etapa del desarrollo capitalista, indicando también que se trataba de la era de las revoluciones proletarias triunfantes. Pienso que ésa es una manera de ver la historia en sus justos términos, es decir, que la historia no es –como pretenden algunos– una simple sucesión de modos de producción, no es simplemente el cambio del feudalismo al capitalismo y al socialismo. La historia es, ante todo, un proceso de lucha de clases. El elemento que nos interesa, en este caso, es que la fase final del capitalismo corresponde precisamente a una nueva era de la historia de la lucha de clases caracterizada por el ascenso del proletariado como clase protagónica del proceso histórico y eso corresponde a la era de las revoluciones proletarias triunfantes. En ese sentido, la idea de que el capitalismo es una condición necesaria para el socialismo es correcta, siempre y cuando no se enfoque desde un punto de vista mecánico. Lo que pienso es que, el capitalismo va acumulando las condiciones para la revolución proletaria al generalizar la explotación capitalista y, por lo tanto, al generalizar cierta forma de la lucha de clases, acaba por convertir a todo movimiento revolucionario en un movimiento socialista.

La generalización de la explotación capitalista puede o no manifestarse de manera estricta como la formación de una clase obrera industrial. A lo que me refiero es a la generalización del proletariado en su condición básica, es decir, como un conjunto de individuos separados de los medios de producción, privados de la posibilidad de producir sus propios medios de vida. Basta el desarrollo de este proceso para que nosotros estemos situados realmente frente a la generalización de una cierta clase y de un cierto modo de la lucha de clases, sobre el cual se funda el proceso de la revolución proletaria.

¹⁰⁸ Exposición grabada en CIDAMO, México, D. F., ca. 1981. Captura y edición del texto a cargo de *Ruy Mauro Marini-Escritos* (2014).

La era que vivimos es la era de la revolución proletaria, que tenemos que entender como un proceso histórico, así como entendemos la era del capitalismo o la era de las revoluciones burguesas. Vamos a partir de la evolución del capitalismo con el objeto de intentar extraer algunas líneas de reflexión que nos permitan entender al socialismo como proceso histórico.

I

Para Marx, la era capitalista, o la era burguesa, es todo un proceso histórico que empieza a mediados del siglo XVI. Nosotros sabemos que esta era todavía no termina. La era del proletariado se desarrolla desde su conformación histórica como clase protagónica.

La era del socialismo tiene que verse como un proceso histórico que recién empezó. Esa sería la tesis que trataré de desarrollar.

Desde fines del siglo XVII hasta fines del siglo XIX, tenemos, como hecho histórico fundamental, los procesos de la revolución burguesa. Desde la revolución inglesa hasta mediados del siglo XIX, y sobre todo a partir de la revolución de 1848, constatamos en Europa y Estados Unidos –no así en América Latina donde la revolución burguesa va a continuar durante algún tiempo– una serie de revoluciones burguesas nacionales que fueron configurando el ascenso de la burguesía al primer plano de la historia. Lo primero que salta a la vista de este periodo es el carácter progresivo y relativo de esos procesos.

El capitalismo plenamente desarrollado, sabemos, implica la generalización de las relaciones asalariadas, sin embargo, en Inglaterra vemos ya desde el siglo XVI la afirmación del capital como una fuerza importante que va ganando cuerpo en la historia, correspondiendo a un capitalismo eminentemente comercial y manufacturero. Solo después de la revolución industrial, o sea a fines del siglo XVIII, las relaciones asalariadas se van transformando en dominantes en la manufactura y empiezan a ganar terreno en la agricultura. Las relaciones capitalistas son, pues, relaciones en expansión que van destruyendo otro tipo de relaciones existentes entonces en la sociedad inglesa. Con la revolución industrial, el sector de la burguesía que funda su existencia en la misma esfera de la producción, es decir, la burguesía industrial, se destaca como el sector hegemónico y pasa a ser el elemento clave de ese proceso histórico.

Antes de la revolución industrial, e incluso hasta la revolución francesa de fines del siglo XVIII, las revoluciones burguesas se dan todavía en el marco de predominio del capital comercial y manufacturero. Son las revoluciones de 1848 las que ya se dan en una situación en que el capital industrial se ha vuelto hegemónico.

Por otro lado, vemos también una cierta asimetría en el desarrollo de la burguesía y el capitalismo. No existe un desarrollo igual de las distintas revoluciones burguesas.

La era del capitalismo que, desde el punto de vista del surgimiento de nuevas relaciones de producción, empieza en el siglo XVI, tiene su primera revolución burguesa en el siglo XVII y va a pasar un siglo para que aparezca la segunda revolución, la revolución francesa. Sólo en el siglo XIX, cuando se afirma el nuevo modo de producción, a través de capital industrial, se generaliza el proceso de revoluciones burguesas. Toda Europa y Estados Unidos son sacudidos por las revoluciones burguesas. En América Latina, este proceso comienza a hacerse presente, de manera muy mediatizada, en la segunda mitad del siglo XIX. No hay que perder de vista un hecho muy importante: con la generalización de las revoluciones burguesas –o sea, a partir de las revoluciones de 1848– la burguesía pasa a convertirse, en Europa por lo menos, de una clase revolucionaria en una clase contrarrevolucionaria.

Es decir, la burguesía sólo completó su acceso al poder bastante tiempo después de haber hecho su primera revolución, la inglesa. Al culminar su proceso de conquista del poder, la burguesía se presenta en la historia como una clase contrarrevolucionaria enfrentada al ascenso de una nueva clase, engendrada por el propio capitalismo, el proletariado.

Durante la revolución de 1848, el proletariado ya se hace presente y es reprimido. En la Comuna de París, en 1871, el proletariado hace la primera revolución proletaria de la historia que se ve frustrada. La burguesía entonces aparece plenamente como una clase contrarrevolucionaria.

En este punto quisiera señalar lo siguiente. Ya en el manifiesto del Partido Comunista de 1848, Marx se refiere a la burguesía como una clase contrarrevolucionaria que, detentando el poder, reprime a la clase emergente, el proletariado. Pero tanto Marx, como más tarde Lenin, admiten que la burguesía sigue cumpliendo un papel revolucionario en el grueso del mundo. En ese sentido van las observaciones de Marx, por ejemplo, sobre la

expansión capitalista en la India, que pueden ser muy discutibles. Sin embargo, en lo esencial, lo que Marx está apuntando es que el capital llega destruyendo las viejas formas de organización social allí existentes, empujando a la India, por decirlo así, hacia adentro de la historia. Pienso que la burguesía mantiene cierta potencialidad revolucionaria hasta el momento en que el capitalismo se convierte en imperialismo. América Latina cae totalmente bajo las férulas del imperialismo cuando éste entra a operar directamente en la explotación de los medios de producción, después de la segunda guerra mundial. Es en ese momento cuando, en América Latina, la burguesía se convierte plenamente en una clase contrarrevolucionaria. Hasta entonces, la burguesía había cumplido funciones progresistas, aunque todos sabemos que en muchos aspectos no era tan progresista. Pero, a partir de la II Guerra Mundial la burguesía latinoamericana es, sin duda alguna, una clase contrarrevolucionaria que enfrenta a hierro y fuego el ascenso revolucionario proletario, campesino y popular que va emergiendo en distintos países.

Pero, volviendo al proceso de las revoluciones burguesas, habíamos señalado que presenta un carácter progresivo y relativo, que tanto el desarrollo del capitalismo como el acceso de la burguesía al poder no es igual en los distintos procesos, sino asimétrico. Otra característica de la revolución burguesa, que hay que tener presente, es que está conformada por una serie de procesos nacionales específicos, con toda una serie de condiciones propias, digamos “impuros”. Ninguno de esos procesos nacionales es una revolución burguesa que pudiera diseñarse abstractamente, en función de lo que debe ser una revolución burguesa. Cada proceso se hizo según las condiciones de la lucha de clases que existía en cada país.

Tomemos brevemente tres ejemplos clásicos de revoluciones burguesas: la inglesa, la francesa y la alemana.

En la revolución inglesa, el proceso revolucionario va a ser liderado por una fracción de la aristocracia que se había aburguesado, por decirlo así, a raíz del proceso de acumulación originaria. El bloque revolucionario está integrado por sectores campesinos subordinados a la nueva burguesía agraria, además, por sectores artesanales urbanos y algunos sectores manufactureros de la burguesía. Es significativo que, en la revolución inglesa, la hegemonía de la fuerza social revolucionaria es la fracción agraria de la aristocracia, transformada en nueva burguesía, que se enfrentaba a la antigua aristocracia terrateniente aliada de algunos sectores del capital comercial. El proceso revolucionario se desarrolla de una manera muy contradictoria y hasta

confusa, cuyo resultado no va a ser una victoria absoluta de la burguesía. Recordemos que se trataba de la primera revolución burguesa. Yo creo incluso que el proyecto de conquistar el poder no podía objetivamente ser formulado en forma clara por la burguesía. Lo que hace es resolver el proceso revolucionario mediante un compromiso, llamado “revolución gloriosa”, entre las dos grandes fracciones agrarias: la fracción terrateniente y la burguesa. Este compromiso fue favorecido por el aburguesamiento también de la fracción terrateniente ocurrido a lo largo de los cuarenta años del proceso revolucionario inglés. De esta manera, vamos a tener en lo esencial un Estado burgués que, sin embargo, mantiene a la vieja aristocracia en proceso de aburguesamiento como la fuerza hegemónica; eso es lo que da como resultado una forma particular de Estado burgués, que fue la monarquía constitucional con su división en dos cámaras: la Cámara de los Lores, donde predominaba la aristocracia feudal terrateniente, y la Cámara de los Comunes, donde estaba representada la burguesía. La primera etapa de ese Estado se va a caracterizar por el predominio de la cámara de los Lores. El proceso posterior fue la progresiva transformación del Estado desde dentro, con el progresivo predominio de la Cámara de los Comunes. Ese Estado, pues, tiene la particularidad de responder en lo esencial a los intereses de la burguesía emergente, pero quedando en manos de la aristocracia feudal. Es la aristocracia la que provee de cuadros para el gobierno, la diplomacia y las fuerzas armadas del Estado. La revolución burguesa en Inglaterra se desarrolla en una forma impura y muy compleja.

En la revolución alemana, lo que se tiene es una burguesía que se desarrolló mucho más tardíamente. En el siglo XIX se desarrolla una burguesía industrial, en el marco de un régimen feudal que se había mantenido sólido, con un Estado eminentemente feudal. En 1848 la burguesía se levanta a la cabeza de un bloque popular como en la revolución francesa, pero como lo hace en condiciones de mayor desarrollo del capitalismo, la fuerza principal de ese campo popular ya no es el campesinado –como en Francia– sino el proletariado, teniendo también un gran peso la pequeña burguesía urbana. El resultado es que, en el curso del proceso, cuando la burguesía trata de lanzarse contra la clase terrateniente para destruir el régimen feudal y abrir el camino al desarrollo del capitalismo, encuentra que tiene en su flanco, presionándola, al proletariado. A mitad del camino, la burguesía da un vuelco, rompe la alianza con el bloque social, fundamentalmente con el proletariado, y se alía con la clase terrateniente para reprimir a éste que era un enemigo mucho más peligroso. El resultado de esto es que el capitalismo se va a tener

que desarrollar en Alemania en un marco de Estado feudal, conservando los antiguos privilegios de la clase terrateniente, hasta ya entrado el siglo XX.

Como se ve, solamente en estos tres casos, no existe un modelo de revolución burguesa en abstracto. Existen procesos revolucionarios concretos, mediante los cuales, en un periodo de muchos años, la burguesía se va afirmando como clase protagónica, va poniéndose a la cabeza de la sociedad de su tiempo.

Creo que vale la pena señalar lo siguiente:

Primero, como conclusión respecto al capitalismo: la transición al capitalismo es ya parte de la era capitalista que empieza con el siglo XVI. Esta constatado el momento en que surge el capital, en que empieza el proceso de transición de la era feudal a la era capitalista; transición que sólo se va a completar, como sabemos, después de la revolución industrial. Sin embargo, todo ese periodo de inicio del capitalismo es ya la era del capital, así como un niño desde que nace es ya una persona y no le hace falta ser adulto para ser una persona. Desde su niñez comienzan las fases de su desarrollo.

Segundo. Este proceso se caracteriza por el cambio de las relaciones de producción pero, sobre todo, se caracteriza por las luchas de clases violentas, que corresponden al ascenso de la burguesía al primer plano de la historia. En la era capitalista, cuando la burguesía logra su afirmación como clase dominante, el proceso se convierte en la era de la contrarrevolución burguesa. Pero la revolución burguesa es una serie de procesos que se hacen en base a compromisos y alianzas, que corresponden a las condiciones concretas que cada burguesía nacional tiene que enfrentar para transformar la sociedad y tomar el poder.

Tercero. Que la revolución burguesa, como proceso histórico, implica abrir camino al desarrollo del capitalismo. La lucha de la burguesía, en el plano de la lucha social y de la lucha política, implica que esta burguesía va creando condiciones para que el régimen capitalista de producción se expanda y se consolide; lo que se va a manifestar, en última instancia, es un cambio del sistema de propiedad. Es en el cambio de sistema de propiedad por donde podemos medir si realmente existe una revolución, si una clase está sustituyendo realmente a otra. Toda clase corresponde a un modo de propiedad, y eso lo vemos en la revolución burguesa en Europa, en el reemplazo de la antigua propiedad privada individual por la propiedad

privada capitalista. De tal manera que hablar de capitalismo y revolución burguesa es hablar de un mismo proceso bajo dos puntos de vista; es hablar del cambio de las relaciones de propiedad y de la lucha de clases que hace posible este tipo de desarrollo económico.

A partir de esta constatación sobre la era de la revolución burguesa, yo quería avanzar sobre nuestro tema central, la revolución proletaria.

II

La revolución proletaria presenta rasgos absolutamente distintos al proceso de la revolución burguesa. Uno de estos rasgos tiene que ver con las condiciones del surgimiento del nuevo modo de producción. Hemos visto que la burguesía corresponde al desarrollo del capitalismo que surge dentro del feudalismo, nutriéndose en cierta manera de otro modo de producción, ganando fuerza como relación económica a través del comercio, la conversión de la producción artesanal en manufacturera, etc., hasta tener la fuerza suficiente para sacudirse de esa piel que le quedaba estrecha, romperla y surgir en la historia con una plena configuración propia. El proletariado, por el contrario, no surge con el desarrollo del modo de producción socialista, sino dentro de un largo periodo del capitalismo. Es decir, la simple existencia del proletariado no genera relaciones socialistas. Bajo el capitalismo se desarrollan las condiciones que permiten el surgimiento del socialismo, se desarrolla el proletariado, la concentración de los medios de producción, etc., pero el socialismo no puede surgir dentro del capitalismo, debe surgir fuera de él, a través de una ruptura radical. Este aspecto de la revolución proletaria es muy importante por el hecho de que, a mi modo de ver, ahí residen las razones fundamentales de crítica al reformismo.

El reformismo, en sus diferentes variantes, cree que es posible desarrollar formas socialistas de producción dentro del capitalismo y ganando posiciones, transitar simplemente de la sociedad capitalista al socialismo. La verdad es que todo lo que el socialismo trata de hacer dentro del capitalismo sólo refuerza al capitalismo y no asegura de ninguna manera una sociedad socialista. La sociedad socialista sólo puede surgir de la ruptura de la sociedad capitalista. Las formas más avanzadas del capitalismo de Estado, que es lo que más podría acercarse al socialismo, han permitido el resurgimiento del capital privado con mucha más fuerza que antes, consolidando al capitalismo al revés de orientar a la sociedad al socialismo. Piensen ustedes en el caso de

Egipto con Nasser, el de Perú con Velasco Alvarado, intentos de capitalismo de Estado que han conducido a reforzar al capitalismo y no al revés. Se nacionaliza la banca, se nacionaliza el comercio exterior, se estatiza esto, se estatiza lo otro, pero no se resuelve para nada el problema de la revolución socialista. Más bien, estos instrumentos van a jugar en favor del reforzamiento de la burguesía, mientras se mantiene la dominación burguesa, mientras no se hace pues la revolución proletaria.

Otra diferencia importante entre la revolución proletaria y la revolución burguesa es que esta última sólo es posible sobre la base de un cierto desarrollo de las relaciones de producción capitalista. Si el capital no tiene un cierto grado de desarrollo no hay una burguesía con fuerza suficiente para plantearse la toma del poder. En el caso del proletariado su situación es distinta en la medida que la toma del poder, o más bien la revolución proletaria, es condición para el surgimiento y desarrollo del socialismo, y no al revés.

La revolución burguesa se da sobre la base de un cierto desarrollo del capitalismo, sin ese desarrollo ella no es posible. La revolución proletaria, al revés, es la condición para el desarrollo del nuevo modo de producción.

Estas cuestiones son importantes porque nos permiten encarar de otra manera las cuestiones de la estrategia y táctica de la revolución proletaria.

Las constataciones sobre estas dos eras, de la revolución burguesa y la revolución proletaria, nos interesan también por sus semejanzas. La primera semejanza está en que, al igual que la revolución burguesa, la revolución proletaria se presenta como un proceso histórico, se desarrolla en un espacio largo de tiempo, involucrando diferentes procesos particulares que se nos han presentado hasta ahora como procesos nacionales. Y nada nos dice que esto pueda cambiar en corto plazo.

Esto nos permite observar lo erróneo del intento de erigir algunas formas particulares en modelo para otras revoluciones. Porque así como se tomó a la revolución francesa como modelo de revolución burguesa, descalificando como tal a todo proceso que no se pareciera a ese modelo, así también se ha dado en el marxismo el intento de erigir, por ejemplo, a la revolución rusa como modelo de la revolución proletaria. Ciertos fenómenos que eran específicos de las condiciones en que el proletariado ruso hizo su revolución fueron tomados como leyes generales de la revolución proletaria.

Un ejemplo de fenómeno particular de la revolución rusa, es lo que se ha llamado la acumulación originaria socialista. La teoría de la acumulación originaria socialista surge en los años 20s y es retomada por Stalin para la implementación de sus planes quinquenales. La idea básica de esta teoría es que, en un país muy atrasado como Rusia, es necesario impulsar el desarrollo de la acumulación de medios de producción, de recursos productivos, que permitan dar el salto hacia una etapa de industrialización superior, reforzando en ese proceso a la clase obrera. En un país atrasado, en un país agrario, esto tiene como costo la expropiación de los campesinos. Los campesinos tienen que cargar con la mayor parte del costo de la acumulación originaria socialista. Ustedes saben que en la URSS esto se hizo de una manera brutal, sobre todo a través de la colectivización forzosa hecha por Stalin en los años 30. La colectivización fue prácticamente una guerra civil dentro del proceso revolucionario, un enfrentamiento armado con los campesinos, que fueron obligados a ceder sus excedentes, sus tierras. La colectivización y reorganización de la agricultura se expresó también en una violenta lucha interna dentro del partido, que terminó con la liquidación de la vieja guardia bolchevique, con los procesos de Moscú de 1935-36.

Los últimos grandes líderes del partido bolchevique, que no habían sido desplazados en el momento de la lucha contra el trotskismo, fueron simplemente eliminados, fueron ejecutados. El más notable de ellos fue, como ustedes saben, Bujarin, quién por lo demás se oponía a la tesis de acumulación originaria socialista. Este fenómeno particular de la revolución rusa se preservó durante algún tiempo como una ley general de la construcción del socialismo en los países atrasados. Pero si nosotros observamos la construcción del socialismo, por ejemplo en Cuba, encontramos que allí no ocurre ninguna acumulación originaria socialista de esa manera. Allí no hubo ese tipo de enfrentamientos con el campesino. En lo general, en Cuba el desarrollo socialista no se hizo a costa de los sacrificios de los campesinos, al contrario, ellos obtuvieron una serie de ventajas. ¿Y qué significa eso, que no es una revolución socialista? Lo que pasa es que en la revolución cubana las relaciones de las clases sociales eran muy distintas. El campesinado era otro tipo de campesinado, en la mayor parte compuesto por obreros agrícolas que además no eran el sector más importante, desde el punto de vista de la producción. Además, para dar el salto o iniciar la construcción del socialismo, Cuba contó con el apoyo de los recursos del campo socialista, y en particular de la URSS, haciéndose indirectamente beneficiaria de la acumulación originaria socialista que allí ocurrió. Esto

demuestra que eso que tomaron como una ley general de la construcción socialista en los países atrasados, hasta los años 60s, era absolutamente incierto. No es ninguna ley sino una particularidad de la revolución rusa, que se debe a las condiciones de la lucha de clases, nacionales o internacionales, en que nace esa revolución.

Otra semejanza entre la revolución proletaria y la revolución burguesa, que se deriva de la anterior, se debe al hecho de que las revoluciones proletarias, por las condiciones internas y externas en que se hacen, asumen una configuración absolutamente específica dentro del marco general que llamamos la era de la revolución proletaria. Las condiciones de las clases, las alianzas, etc., mediante las cuales el proletariado impulsa y dirige el proceso revolucionario es lo que le da un sello distintivo a cada revolución. La revolución proletaria, como la revolución burguesa, se constituyó pues de procesos “impuros”; es decir, no determinados sobre la base de un modelo abstracto, ideal.

La revolución proletaria, como la revolución burguesa, tiene la característica de ser un proceso universal, en el sentido de que, cuando se abre la era de las revoluciones burguesas, todos los grandes movimientos sociales, todas las revoluciones que se van haciendo, asumen tal carácter, aunque en el país en cuestión podría ponerse a discusión si existía burguesía o no. ¿Por qué razón? Porque el capitalismo se había ya afirmado como sistema internacional y las bases sobre las cuales tienden a girar las relaciones económicas son los intereses del capital.

Al respecto, hay un texto de Marx muy interesante, en el que se refiere a la oligarquía esclavista del sur de Estados Unidos, los esclavistas de la explotación del algodón. En este texto, Marx dice lo siguiente: el que a los dueños de plantaciones de América —es decir, Estados Unidos— no sólo los llamamos capitalistas sino que lo sean, pese a que son esclavistas, se basa en el hecho de que ellos existen como una anomalía dentro del mercado mundial basado en el trabajo libre. ¿Qué significa eso? Que esa economía esclavista se comporta en función de la ley de la ganancia y la plusvalía, y eso es así porque las leyes internacionales se imponen dentro de esa economía particular, que existe como capitalismo anómalo. Eso significa que si el capital se impone, como régimen económico a nivel mundial, el proceso de revoluciones que va ocurriendo se va centrando en torno al movimiento general de la revolución burguesa. Ahora bien, una vez generalizadas las relaciones capitalistas a nivel mundial y, por lo tanto, desarrollado el

proletariado en sus diferentes formas urbanas y agrarias; una vez generalizado también un sistema de dominación contrarrevolucionario, opuesto a los intereses de las masas, no puede existir un proceso revolucionario auténtico que no se inscriba dentro del proceso de la revolución proletaria. Es cierto lo que el Che Guevara decía, que en las condiciones actuales o se hace una revolución socialista o se tiene una caricatura de revolución. Y eso nos lleva a que nosotros podamos afirmar que los procesos “impuros” de revolución de Angola y Mozambique, por no decir Cuba o Nicaragua, sean parte del proceso de la revolución proletaria. Esos son los procesos mediante los cuales se va realizando la revolución de nuestra época y nosotros no ganamos nada en negarles el carácter de revolución proletaria. Para su análisis tenemos que partir de cuáles son las condiciones internas y externas de la lucha de clase en cada revolución, a qué se deben las formas específicas que asumen. Eso sí que enseña y enriquece la teoría revolucionaria.

De esto se derivan algunas consecuencias. La primera de ellas es que los procesos de revoluciones proletarias o socialistas no se pueden enjuiciar a la luz de lo que debe de ser el socialismo en abstracto, deducido de algunos manuales, y menos todavía de lo que debe ser el comunismo, un error muy frecuente en los críticos del socialismo. La situación llega a un punto tal de caricatura que hoy día se habla con lujo de menosprecio, de burla, llamándole “socialismo real”. La verdad es que no hay otro socialismo que el real, los demás son socialismos abstractos, imaginarios, ideales, fantasmagóricos. Pero el socialismo realmente existe y eso es lo que nos interesa. Ponerlo entre comillas, tratarlo con burla, no ayuda nada, no nos hace avanzar un paso en la comprensión de la historia.

Por otra parte algunos autores, críticos también del socialismo, se niegan a llamar socialistas a las sociedades socialistas actuales y prefieren llamarlas sociedades *postcapitalistas*. Podríamos dejarlo así, pero eso no nos aclara bien la naturaleza de esas sociedades. Porque si yo me refiero a las sociedades que surgen en el siglo XVII y digo que son sociedades *postfeudales*, eso puede ser cierto, pero ya no sé qué tipo de sociedades son; sé que no son feudales, pero no sé qué son.

Lo que nosotros no podemos perder de vista es que el socialismo es un periodo de transición y como tal viene cargado de una herencia que recibe de la sociedad capitalista, por eso viene lleno de impurezas y deformaciones. El problema central para nosotros es de otro carácter, es saber si el proceso que

se está desarrollando tiene o no una tendencia central socialista que le encamina al cambio de la relaciones de producción, del modo de producción, de la dominación de clase.

Por otra parte, una segunda conclusión es que la revolución proletaria marca el ascenso del proletariado al poder, pero ese ascenso se da por medio de luchas, de alianzas, de compromisos de la más variada índole, según las condiciones concretas en que se encuentra el proletariado en cada país y en cada época.

Creo que situaciones tan raras –como las que señalaba con Inglaterra, en que tenemos una revolución burguesa que mantiene a la cabeza del Estado a la aristocracia feudal– no debieran de extrañarnos si presentaran un proceso de regresión. Creo que, con algunas variantes, esa situación ha estado presente en China en algunos momentos en que a la cabeza de la revolución se encuentra al campesinado, incluso, a veces encontramos que sube la burocracia. Es una lucha que se va desarrollando, a mi modo de ver, dentro del periodo de transición al comunismo, dentro del socialismo. Creo que algunas categorías propias de la revolución burguesa podrían ser estudiadas con una nueva visión para intentar explicar ciertos fenómenos que se dan en el socialismo; porque sobre el socialismo hay una gran pobreza en el estudio, parece como si la gente se enardeciera un poco frente a los problemas del socialismo, y está a favor o está en contra, aplaude o chifla, pero analiza poco. Para el análisis del socialismo, el marxismo presenta limitaciones que no tiene por qué presentar, si los marxistas fueran más creadores en su proceso de análisis.

Finalmente, decíamos que, para que uno pueda afirmar con seguridad que se está frente a un proceso socialista, la cuestión clave de toda revolución es la cuestión de la propiedad. A mi modo de ver, el elemento que nos asegura que estamos en una nueva era, que estamos entrando a una etapa distinta de la humanidad, es sin duda alguna el paso de la propiedad privada capitalista a la propiedad colectiva social. Hoy día, lo que nosotros vemos es la propiedad colectiva fundamentalmente estatal, lo que se debe a los problemas del Estado mismo, la no desaparición del Estado, su reforzamiento. Esos son problemas a estudiar mejor al afrontar el problema de las sociedades socialistas.

En suma, creo que el socialismo sólo puede ser entendido si nosotros nos abrimos a la historia, a la realidad, nos deshacemos un poco de las ideas hechas, de las fórmulas, de los modelos y contemplamos al socialismo como una era histórica, como un proceso histórico que se da siempre de manera contradictoria, con avances y retrocesos de manera no muy limpia, a veces bastante sucia, siempre impura. Así se hace la historia. No se hace de manera bonita, no se hace como en el cine. Entender, además, que estamos viviendo un cambio, una nueva era, una fase de transición. Hoy día, en el mundo no podemos encontrar sociedades comunistas mientras el capitalismo siga existiendo, sobre todo con la fuerza que tiene hoy. Lo que tenemos son revoluciones socialistas con las características de impureza, de heterodoxia, que cada uno de estos procesos puede tener.

III

Al respecto, los puntos que voy a tratar de desarrollar ahora son los siguientes:

1. La revolución latinoamericana, siendo parte del proceso de la revolución socialista y proletaria mundial, comienza a esbozar una contribución propia, original, a la revolución proletaria. Esa contribución no implica en nada romper el marco general de la revolución proletaria, que a mi modo de ver se constituye por dos elementos fundamentales: el control de la economía con la colectivización de los medios de producción y la construcción de un nuevo Estado con nuevas formas de democracia.

2. El hecho de que la revolución latinoamericana esté dando este tipo de contribución original no es simplemente el resultado de un acto de voluntad, sino de la presión de los factores objetivos que operan sobre la revolución latinoamericana.

3. El hecho de que surjan elementos nuevos en los procesos revolucionarios latinoamericanos, respecto a los procesos que las precedieron, confirma la idea de que la revolución proletaria se hace como un proceso histórico y, a medida que su desarrollo se va cumpliendo, también va encontrando mejores condiciones para lograr sus objetivos. De la misma manera como el desarrollo de la revolución burguesa fue dando sociedades burguesas cada vez más desarrolladas, más perfeccionadas, el proceso histórico de la revolución socialista también va creando mejores condiciones para su propio desarrollo.

Esta visión de la revolución socialista como proceso histórico nos permite, en cierta manera, superar la confrontación tradicional entre reforma y revolución, entre el cambio gradual y el cambio violento, entre los métodos parlamentarios y la lucha armada, etc. Analizando la realidad, los cambios sociales, las revoluciones no se hacen de manera ininterrumpida, sino que pasan por periodos de rupturas, de cambios bruscos que expresan los desplazamientos de las clases, el cambio de una clase en el poder por otra. Las reformas se realizan bajo la dominación de la antigua clase expresando las condiciones que tiene la clase revolucionaria para arrancar esas reformas a la clase dominante, expresan pues un proceso de acumulación de fuerzas de la clase revolucionaria; pero no cambian radicalmente la situación entre las dos clases, o sea, mantiene el esquema de dominación vigente. Pero distintas son las reformas que la clase revolucionaria impone una vez que ella detenta el poder, pues lo hace a partir de una nueva dominación de clase. Mediante este enfoque es posible disipar ciertas confusiones siempre planteadas por el reformismo. Por ejemplo, en el caso de Chile, la idea de que era posible llegar a un cambio radical mediante una acumulación de reformas, sin contemplar qué significaba la toma del poder y la posibilidad de hacer cambios mucho más radicales a partir del poder. Ese planteamiento llevó a una enorme confusión entre lo que era la toma del poder y las tareas de la transición. Las tareas de la transición sólo se pueden cumplir desde el poder, mediante reformas impuestas y no mediante reformas arrancadas.

Por otro lado, interviene la fuerza de la burguesía internacional, y eso el caso chileno lo mostró muy claramente. Por ello, pese a que los procesos de la revolución proletaria tienen un marco nacional, la burguesía –que es una clase internacionalizada– tiene condiciones para mantenerse en el poder, aun cuando la correlación de fuerzas internas le es desfavorable en un momento dado. Esta idea nos lleva a reflexionar que si hubiera un cambio de la correlación de fuerzas a nivel internacional, que pusiera al capitalismo en posición de inferioridad frente al socialismo, se abrirían las posibilidades de revoluciones relativamente pacíficas en el plano nacional. Pero tal situación es prácticamente imposible mientras la burguesía se mantiene como fuerza dominante en el plano internacional.

Ahora bien, la revolución latinoamericana se viene realizando en un marco de relaciones internacionales en que el capitalismo sigue siendo el sistema dominante y la burguesía la clase dominante a nivel mundial. Sin embargo, habría que analizar un conjunto de factores que constituyen elementos de

presión sobre los procesos revolucionarios latinoamericanos, obligando a buscar formas novedosas de transición al socialismo. Entre esos factores que presionan al proceso insurreccional latinoamericano –dificultando o favoreciendo, pero obligándolo a realizarse por nuevos caminos– quiero mencionar en primer lugar el estado de la relación de fuerzas entre el capitalismo y el socialismo, y los cambios que se vienen observando allí. Estos cambios surgen, en primer lugar, de un reforzamiento del campo socialista en el plano militar, logrando prácticamente un equilibrio militar y, en segundo lugar, de un proceso de expansión del socialismo, que se viene acelerando y que ha hecho avances notables particularmente en la década de los 70s. Esta situación ha venido trabajando para modificar la relación de fuerzas en el plano internacional, poniendo dificultades a las soluciones militares de intervención que rompan el equilibrio entre los campos.

Este proceso de cambio de la relación de fuerzas internacionales, en condiciones de equilibrio militar, se caracteriza por una capacidad de dinamismo y de expansión del socialismo mucho mayor que la del mundo capitalista.

Muy ligado a eso, constatamos el ascenso y el cambio de calidad de los movimientos revolucionarios en la periferia capitalista. Después de la II Guerra Mundial, éstos se expresaron como movimientos de descolonización, que no movilizaban al conjunto de las fuerzas sociales en función de objetivos radicales y de carácter social, sino que eran procesos, en alguna medida, de negociación con las metrópolis. El caso más típico es, tal vez, el de la India. Al no ser movimientos para ruptura de los vínculos coloniales y de dependencia, se limitaban a la posibilidad de cambios en la correlación de fuerzas al interior de esos países, cambios en las alianzas de clases y en la dominación de clases.

En la siguiente etapa, esos movimientos de la periferia asumieron ya un carácter más radical de enfrentamiento, implicaron movilizaciones amplias de masas trabajadoras y en particular de campesinos. Hablamos de los movimientos de liberación nacional de fines de los 50's y principios de los 60's. Allí el caso típico es el de Argelia, que ya implica cambios sociales importantes, pero no es un proceso más radical de revolución proletaria y se estanca durante un largo periodo, lo que es perder terreno o tiende a retroceder.

Finalmente, encontramos una tercera forma del alza de los movimientos revolucionarios en esos países, que lleva a la ruptura no sólo de los vínculos coloniales sino de la misma estructura social y de las relaciones de dominación de clase; que vincula pues el proceso de liberación nacional al proceso socialista. En esta forma, la liberación nacional forma parte del proceso de la revolución proletaria. Los casos más típicos son el de Cuba y Vietnam, y los que siguen en la década de los 70's, como Angola y Mozambique. Casi todos los movimientos de liberación tomaron esa forma, a excepción de Irán que tiene condiciones muy particulares. Hay otros casos de descolonización, como Belice y Surinam, aunque allí no se trata de movimientos de liberación propiamente dichos. Pero la forma dominante de los movimientos de masa en los países dependientes y coloniales es la de su integración al proceso de la revolución proletaria, que de hecho surge en los años 60's y se afirma en el curso de los 70's.

Finalmente, un tercer factor que afecta la correlación de fuerzas a nivel mundial es la crisis del capitalismo. Esa crisis, además de los factores propios que viene produciendo –sociales, económicos, políticos– parece ser algo más que una simple crisis capitalista.

Parece estar indicando un cambio de periodo en la evolución del capitalismo, un cambio similar al que ocurrió a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, expresándose en el desplazamiento de la hegemonía capitalista de Gran Bretaña, Estados Unidos y Alemania, con sus efectos de primera y segunda guerras mundiales y el surgimiento del socialismo. Entre los años 1930-40 ese proceso de desplazamiento termina con la plena hegemonía de Estados Unidos y de cierta manera se congela por un periodo la expansión del socialismo. En esa fase de los años 1930-40 surge un elemento nuevo, que viene desarrollándose de la fase anterior y que en esta nueva etapa va a adquirir su plena expresión, los movimientos revolucionarios en los países dependientes y coloniales. La década del 70 y lo que va del 80 están indicando la apertura a un nuevo periodo con la declinación de la hegemonía norteamericana en el campo capitalista y una pérdida progresiva de las posiciones del capitalismo respecto del socialismo, respecto al proceso de la revolución proletaria.

Allí está un elemento clave para que ese cambio en la correlación de fuerzas se vaya dando. Un elemento más importante que las contradicciones interimperialistas y el desarrollo del campo socialista es el movimiento revolucionario de la periferia capitalista que, surgiendo en el tránsito de un

periodo a otro, en este momento parece ser el factor más importante, el más dinámico, el más decisivo, para volcar de manera definitiva la correlación de fuerzas a nivel mundial y abrir una nueva etapa, en la cual el imperialismo pase a ser realmente la fuerza más débil en la correlación mundial de fuerzas. Si eso se diera, hecho que hasta ahora nosotros no conocemos, abriría la posibilidad de una expansión más rápida de la revolución proletaria y la posibilidad de que ésta se diera por medios pacíficos en ciertas zonas.

De confirmarse esta tendencia al cambio de la correlación de fuerzas, el imperialismo se vería obligado a una política menos agresiva, mucho más sutil y diplomática destinada a asegurar algunos intereses. Creo que existen ya algunas señales que anuncian ese posible cambio de la política imperialista, una de ellas es la política de Carter, en los dos primeros años de gobierno. La enorme debilidad que tiene Estados Unidos en ese momento, al salir de la guerra de Vietnam y otros factores como 'Watergate', etc., se expresó en esos dos primeros años en una política más sutil, más cuidadosa para asegurar sus intereses, pero por medios distintos a los que el imperialismo utiliza normalmente y que Carter volvió a usar en la segunda mitad de su periodo, y que se intensifica con Reagan. Otra señal de un posible cambio de la política imperialista, que anunciaría una nueva etapa para la revolución socialista, puede ser la política europea en general; pero en particular la política de la socialdemocracia europea respecto a los movimientos revolucionarios que se van desarrollando a escala mundial.

Un segundo orden de factores que operan en el sentido de modificar las condiciones internacionales, en que se realiza la revolución latinoamericana, es el intercambio económico creciente entre el campo socialista y el campo capitalista.

Sabemos que un elemento clave del desarrollo del socialismo está en el desarrollo de las fuerzas productivas; que no es posible avanzar en lo que Marx llamaba el "reino de la libertad" sin un desarrollo apreciable de las fuerzas productivas, que vayan liberando a la humanidad de los problemas más difíciles de subsistencia. Pero este elemento también es importante desde un punto de vista más inmediato, en el cambio de las relaciones de fuerzas entre los dos campos. Debido al gran desarrollo de las fuerzas productivas en el campo capitalista, la búsqueda por resolver este problema en los países socialistas pasa por establecer relaciones económicas con el campo capitalista a través del mercado mundial. En los últimos 20 años se han presentado diversas soluciones a este problema. Entre las soluciones

“izquierdistas” destaca, desde luego, la situación china en la fase de la revolución cultural; la negación de la tecnología, el intento de construcción del socialismo sobre la base de pequeñas unidades de producción urbano-rurales. Ése rechazo chino, en parte expuesto por las circunstancias difíciles para establecer relaciones con el campo capitalista e incluso con los países más avanzados del campo socialista, son un ejemplo de las soluciones “izquierdistas”. Pero más grave y dramático, con resultados mucho más siniestros, es el caso de Kampuchea bajo Pol Pot. Este caso dejó un saldo, si no me equivoco, de tres millones de muertos. Fue una experiencia realmente siniestra de tratar de construir un socialismo campesino con la despoblación de las ciudades.

Más recientemente tenemos soluciones de derecha, o sea, en las que países socialistas se abren a puertas anchas al mercado mundial, a las inversiones, aceptando incluso los patrones culturales y los patrones de desarrollo del capitalismo. El caso más dramático de las soluciones de derecha es sin duda el de Polonia, con la deuda externa que tiene, con la crisis económica que vive, con el estímulo al consumo interno y los problemas políticos que todos conocemos.

Es decir, si entendemos que para el desarrollo del socialismo el desarrollo de las fuerzas productivas juega un papel claro y que no es posible solucionar ese problema sin una cierta vinculación al mercado mundial, tenemos que pensar que los países socialistas tienen que caminar sobre el filo de la navaja, evitando caer hacia un extremo o al otro. El desarrollo de las fuerzas productivas no puede ser tomado como un objetivo en sí mismo, sino entendido desde la perspectiva de subordinación a los objetivos del socialismo, de que tiene que servir efectivamente para el desarrollo de la sociedad, elevar los niveles de bienestar de la masa evitando simultáneamente las desviaciones, los peligros para el comunismo. Estos problemas se presentan como un mal endémico en casi todas las economías socialistas de hoy día, porque no se ha sido capaz de enfrentar el problema desde un punto de vista, yo diría, ideológico-cultural; o sea, un cambio real de los patrones de consumo de la gente, que corresponda a un cambio de mentalidad. Hoy día, viendo las lecciones de la historia, viendo la situación de China, Kampuchea y de Polonia; viendo la importancia que tiene todavía el mercado capitalista, es obligación poner un gran énfasis en el desarrollo ideológico, político y cultural de las masas, en el marco de los procesos revolucionarios. Creo que esa preocupación está presente en todos los países socialistas, pero tendrá que

estar presente con mucha más fuerza en países como Nicaragua, dadas las condiciones que tiene. Creo que los sandinistas este problema lo han enfrentado muy bien, pero el problema ideológico y cultural sigue siendo una cuestión particularmente difícil para Nicaragua.

Una tercera línea de presiones que experimentan las revoluciones que se están haciendo, y las que se van a hacer en América Latina, viene de las lecciones de la historia en lo que se refiere a los instrumentos que se pueden emplear para la construcción del socialismo. Me refiero a que hoy día una revolución socialista tiene que ser mucho más política que económica. Nicaragua es un ejemplo en ese sentido. Más importante que las nacionalizaciones son el desarrollo del poder popular, la movilización de las masas, la institucionalización de sus organizaciones para, a partir de ahí, ser capaces de determinar el curso de la evolución económica y no simplemente mediante las nacionalizaciones y el control del aparato estatal. Este problema se planteó de manera bastante evidente en el último periodo del proceso chileno, que justamente había tomado otro camino; había puesto sus esperanzas más en las nacionalizaciones que en el poder popular, para resolver el problema de la transición. En Chile se pudo ver claramente que la idea de las nacionalizaciones no asegura para nada el poder popular, el poder de las masas; más bien, se tuvo el enfrentamiento del Estado y de una parte de la izquierda contra los organismos del poder popular que surgían.

Por otro lado, las dificultades económicas externas e internas obligan a mantener diferentes formas de propiedad en el proceso de transición, expresándose entonces las relaciones de las diferentes clases.

El pluralismo político real, se basa en la existencia de diferentes fuerzas integradas en la alianza de clases amplia, dentro de la cual se mueven las fuerzas revolucionarias. Por otra parte, este pluralismo se debe también al tipo de presiones y apoyos que recibe el proceso revolucionario desde el plano internacional, a partir de los cambios que van ocurriendo en la política imperialista. En el caso concreto de Nicaragua se observa claramente que el pluralismo político no es el resultado de un acto de voluntad, sino de las condiciones concretas de la relación de clases, interna y externa, que presionan al proceso revolucionario. A mi modo de ver, los nicaragüenses han tenido varias veces la tentación de avanzar en el proceso de nacionalización más allá de lo que las condiciones lo permiten, lo que llevaría a restringir enormemente el margen en el cual se ejerce el pluralismo. En Nicaragua, la coexistencia de diferentes formas de propiedad, la correlación de fuerzas

internacionales, etc., son las condiciones concretas en las que se tiene que desarrollar el proceso revolucionario. Otras revoluciones no habían tenido esas mismas condiciones, más bien habían tenido que moverse en un sentido inverso. En otros casos, para poder llevar adelante el proceso revolucionario, la condición había sido asegurar una conducción muy centralizada en el partido y en el Estado.

Ahora bien, para que, en las condiciones actuales de la relación de fuerzas, uno pueda pensar que los procesos revolucionarios van a cristalizar en una nueva forma de tránsito que podríamos llamar democracia revolucionaria de masas, se requiere en primer lugar y como condición básica que el Estado haya sido conquistado. Y el elemento fundamental para la toma del poder es el que los revolucionarios cuenten con una fuerza militar propia, con un ejército propio; ésta es la condición sin la cual la democracia revolucionaria de masas no se puede ni siquiera imaginar. ¿Por qué? Porque los procesos revolucionarios se dan todavía en condiciones de mayor fuerza de la burguesía internacional; por lo tanto, ese peso inducido de la burguesía interna sólo puede ser contrarrestado con la fuerza de las armas.

Si se preguntaran qué es lo importante en la experiencia nicaragüense —y que parece ser importante también en la experiencia salvadoreña— pues en primer lugar, sin duda alguna, estaría el hecho de que han podido construir un ejército propio. En segundo lugar que la utilización del Estado no es tanto para hacer nacionalizaciones, sino para el desarrollo de la organización de las masas y la ampliación de los organismos de poder popular. Y eso tiene que ser así debido a que el poder que detentan los revolucionarios se ve amenazado por la existencia de una alianza de clases muy diversificadas, por el hecho de que tienen que apoyarse en elementos internacionales que incluso devienen del imperialismo. Y en tercer lugar que en esos países —Nicaragua, El Salvador— se han construido efectivamente frentes amplios nacionales que implican una diversidad mucho más rica de alianzas de clases que desde luego sólo se han podido hacer esos frentes sobre la base de una unidad revolucionaria. Sin ese elemento de unidad la política revolucionaria no está asegurada.

En este sentido, si uno ve la forma que asumió el sistema político, el sistema de fuerzas políticas, en revoluciones precedentes, observamos cambios muy interesantes que están respondiendo a las condiciones históricas en las cuales las revoluciones se van realizando.

En el caso de la URSS, por ejemplo, tenemos la experiencia de un partido único, aunque no fuera inicialmente la intención de V. Lenin. Lenin no tenía gran interés en un partido único, buscaba más bien una forma de pluripartidismo, pero las condiciones internas e internacionales no van a permitir eso. La presión del imperialismo, la capacidad de resistencia de la burguesía interna y la infiltración internacional, son tan grandes que obligaron al proceso revolucionario a marchar rápidamente hacia una centralización de la fuerza, como elemento para contrarrestar la amenaza de la contrarrevolución. Si, por ejemplo, tomamos el caso de las democracias populares de Europa oriental, encontramos que la idea del multipartidismo se mantuvo presente. Pero las condiciones en que se va implantando el Estado socialista, las condiciones de la guerra fría, llevaron a que las alianzas partidarias expresaran alianzas de clase puramente formales, sin contenido. En el caso de Polonia, sabemos que existe un partido de la pequeña burguesía, un partido campesino y existe el POUP, pero en realidad los otros dos nunca tuvieron ninguna existencia y siempre el poder estuvo concentrado en manos del POUP, con los problemas que evidentemente crea la centralización excesiva del poder y del control. En el caso cubano, durante la primera fase de la revolución, se mantuvo una dialéctica bastante viva entre las diferentes fuerzas partidarias y entre lo que era el Partido Comunista y el Movimiento del 26 de Julio. Sin embargo, ahí también se llegó a la formación de un partido único. En parte, esto se puede explicar por las condiciones de enorme hostilidad en que Cuba tuvo que asegurar el poder, pero también por la influencia soviética que favoreció una solución de ese tipo. Si contemplamos la experiencia nicaragüense, vamos a ver una situación distinta. Tenemos que el problema de la unidad revolucionaria es resuelto en el *FSLN* a través de la unión de las tres tendencias, pero aún antes del triunfo de la revolución se trata de conformar un frente amplio, que es el Frente Patriótico. Este frente se mantiene incluso después de la toma de poder y va a dar lugar a la formación de un sistema de partidos, que los hechos mismos van obligando a revitalizar aun cuando a veces se debilita. Si tomamos el caso de El Salvador, la situación no es distinta, es decir, el *FDR* incluye a una serie de partidos y tenemos que el *FMLN* corresponde a otro tipo de alianzas que prefiguran lo que debe de ser, en el futuro, el partido revolucionario. Aquí también todo indica que las condiciones en que los revolucionarios pueden triunfar los obligan, incluso, a un mayor compromiso para mantener un sistema de alianzas amplio, quizá mucho más amplio que en la experiencia nicaragüense.

En conclusión, el cambio de la correlación de fuerzas internacionales, por un lado, favorece al proceso revolucionario en América Latina; pero, por otro, lo presiona, obligando a buscar formas mucho más pluralistas y democráticas de conducción y a un proceso más gradual de la transformación de la estructura social, particularmente del proceso de colectivización. La única manera de asegurar el proceso revolucionario, está en contar con una fuerza militar propia y un movimiento revolucionario de masas, contar con el poder popular. Ésa es la única forma de compensar las presiones que sufre constantemente el proceso revolucionario y que obligan a hacer concesiones que, en cualquier momento, podrían desviar la ruta del proceso revolucionario. En las condiciones actuales, es posible ahorrar el costo de una colectivización forzosa sobre la base de una cierta negociación y de cierto compromiso, siempre y cuando se aseguren dos elementos claves: la fuerza militar y el poder popular. A partir de allí, nos podemos plantear que el problema del socialismo no está en el desarrollo de las fuerzas productivas, sino en la democracia proletaria, que implica una presencia real de las masas en el control de la economía y que asegure, en el plano político, el control del poder y una línea revolucionaria. Creo que las condiciones que tenemos hoy día van a dar un socialismo distinto al que nosotros hemos conocido.

LA CUESTIÓN DEL ESTADO EN LAS LUCHAS DE CLASES EN AMÉRICA LATINA ¹⁰⁹

Introducción

La etapa histórica que se ha abierto en los años recientes, en América Latina, está poniendo otra vez en el centro de la discusión ideológica la cuestión de la relación entre la lucha socialista y la lucha democrática. Ello es así porque, tras las formas violentas que asumió la contrarrevolución burguesa e imperialista en el continente, a raíz de la Revolución Cubana, el proceso político latinoamericano ha sufrido una inflexión, perceptible ya a fines de 1976, que lo conduce hacia el cauce de la democratización. En estas condiciones, las fuerzas de izquierda se han visto confrontadas a una situación nueva. En efecto, en las condiciones anteriores, el simple hecho de ponerse al frente de la resistencia contra los regímenes contrarrevolucionarios, por lo general dictaduras militares, las convertía inmediatamente en intérpretes de las aspiraciones políticas de las amplias masas, particularmente cuando las disidencias burguesas se planteaban con extrema timidez ante el bloque en el poder, no logrando salirse del marco de la contrarrevolución. Sin embargo, al configurarse la tendencia a la democratización, la izquierda no sólo ha comenzado a perder el monopolio de la lucha democrática, ante el surgimiento de movimientos con conducción burguesa que se plantean también en este terreno, lo que la obliga a diferenciarse de éstos, sino que la incorporación de masas cada vez más amplias a la lucha política contra los regímenes dictatoriales y la importancia que allí asume la clase obrera hacen necesario que la izquierda busque una definición programática que exprese los intereses estratégicos de esta clase, los cuales apuntan naturalmente hacia el socialismo, y los enlace con los que, sin dejar de ser también de la clase obrera, relevan de otras clases y fracciones de clase, inscribiéndose más bien en la lucha por la democracia.

La piedra de toque de la relación dialéctica entre ambas líneas de acción es sin duda la concepción de Estado y de su relación con la sociedad. Es de allí que se deriva, en última instancia, la estrategia que las fuerzas de izquierda deben plantear, para arribar a la articulación de estas líneas. No es, pues, accidental que la cuestión del Estado se esté convirtiendo en la cuestión ideológica por excelencia en Latinoamérica, como ha ocurrido siempre que las

¹⁰⁹ "Cuaderno 44", *Serie Avances de Investigación*, Centro de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México, 1980.

luchas de clases se agudizan en el seno de las sociedades burguesas. Tanto más que la reflexión política de la izquierda latinoamericana se había ya orientado hacia ella, tras el impacto provocado por la experiencia chilena, y que lo deba hacer de manera aún más decidida desde el momento en que la Revolución nicaragüense, con su método radical de destrucción del Estado dictatorial, la ha reactualizado. Finalmente, las discusiones que se están verificando entre las fuerzas marxistas de Europa han puesto en evidencia que la cuestión del Estado no atañe tan sólo a la estrategia para la toma del poder, sino que la rebasa, incidiendo en todo el proceso de transformación que le sigue, es decir, determinando directamente la forma y el contenido de la transición socialista.

No pretendo aquí, agotar todas las instancias de la discusión que se realiza actualmente en torno a la cuestión del Estado en América Latina. Mi contribución a esta discusión apunta tan sólo a develar la naturaleza del Estado surgido de la contrarrevolución latinoamericana, o sea, el carácter de la estructura estatal que encubren las dictaduras militares, y la especificidad de los distintos proyectos, y por tanto, de las fuerzas sociales que los sustentan, que convergen en la tendencia general a la democratización. En las conclusiones, intentaré sacar de ese análisis algunas de las implicaciones que me parecen más relevantes para el futuro de la lucha socialista en nuestros países.

La contrarrevolución latinoamericana y el Estado

La conquista del poder por el proletariado es un proceso complejo, que no corresponde automáticamente a la pérdida del poder por la burguesía. Más bien, la experiencia histórica nos muestra que la revolución proletaria prolonga su etapa democrática, es decir, de constitución de una fuerza social hegemónizada por la clase obrera —única base sólida para la dictadura del proletariado, y, pues, para la transición socialista— más allá del derrocamiento de la burguesía como clase dominante. Es posible conjeturar sobre las implicaciones de que dicha fuerza social revolucionaria se constituyera antes de la toma del poder por la clase obrera. Sin duda, se acertaría, o se haría incluso innecesaria, la base democrática de la revolución victoriosa; a esto apuntan las tesis del eurocomunismo. Pero —y esto es cierto particularmente para América Latina, donde la única revolución socialista triunfante: la cubana, ha seguido ese patrón, el cual parece imponerse también hoy al proceso revolucionario nicaragüense— la etapa democrática de la revolución

proletaria (que no se confunde, como se ha pretendido, con una etapa democrática burguesa, en que la burguesía mantuviera un rol hegemónico) tiende a extenderse hasta después de la destrucción del Estado burgués y es justamente esa destrucción que permite desarrollarse plenamente a la fuerza social revolucionaria y realizarse, entonces sí pacíficamente, el paso del proceso a su etapa socialista. Experiencias revolucionarias clásicas, como la soviética o la china, no desmienten, sino que confirman esta aseveración.

Es por esta razón que la cuestión central de la lucha socialista gira en torno a la destrucción del Estado burgués, lo que, por lo que antes señalamos, no constituye un problema específicamente socialista, sino más bien configura la cuestión democrática que debe resolver el proletariado revolucionario.

Esa aparente paradoja no tiene ninguna posibilidad de resolución si la lucha de la clase obrera por la toma del poder no define con claridad el carácter del Estado contra el cual combate, es decir, la naturaleza de la dominación de clase que le corresponde y la estructura real mediante la cual la clase dominante opera; sólo así es posible plantearse con seguridad la cuestión de las alianzas de clases y, pues, en la medida en que es su consecuencia, de la construcción de la fuerza social revolucionaria. No basta, pues, a la izquierda latinoamericana remitirse a la teoría general revolucionaria para hacer frente al problema de la relación entre la lucha democrática y la lucha socialista, que debe hoy resolver, sino que le es indispensable analizar concretamente el Estado que la contrarrevolución burguesa e imperialista ha puesto de pie en el continente.

Las tres vertientes de la contrarrevolución

Empecemos por considerar a la contrarrevolución. En su proceso de desencadenamiento, podemos distinguir tres vertientes. Como veremos más adelante, ese proceso no sólo generó dictaduras militares, sino que afectó a Estados que no asumieron esa forma. En este sentido, el primer efecto de la acción de esos factores no es tanto el golpe brasileño de 1964, como se sostiene, sino las modificaciones que presenta el Estado venezolano a partir de 1959, bajo el gobierno de Betancourt.

La primera vertiente de la contrarrevolución latinoamericana es el cambio de estrategia global norteamericana, que interviene a fines de los años cincuenta, y principios de los sesenta, y que es implementada decididamente por el gobierno de Kennedy. Su principal motivación es el hecho de que Estados Unidos, en tanto que cabeza indiscutible del campo capitalista, se ve enfrentado a una serie de procesos revolucionarios en distintas partes del mundo, como Argelia, Congo, Cuba, Vietnam, que arrojan resultados diferentes pero que hacen temblar la estructura mundial de la dominación imperialista. Esto se acompaña de la modificación de la balanza de poder entre Estados Unidos y la Unión Soviética, que implica un mayor equilibrio entre ambos. Todo ello conduce al cambio del planteamiento estratégico norteamericano, que pasa de la contemplación de una respuesta masiva y global, en un enfrentamiento directo con la URSS, a la de una respuesta flexible, capaz de enfrentar el reto revolucionario (el cual, en la perspectiva de Estados Unidos, es siempre un reto soviético) donde quiera que éste se presentara.

La nueva estrategia norteamericana tiene varias consecuencias, entre ellas modificaciones en el plano militar, con énfasis por ejemplo en medios de transportación masiva y en fuerzas convencionales; la creación de cuerpos especiales adiestrados en la contraguerrilla, como los Boinas Verdes; y el reforzamiento de los ejércitos nacionales, lo que McNamara en su libro *La esencia de la seguridad* llamó “indígenas en uniforme”, mediante programas de capacitación y armamento. Pero lo más significativo, para lo que nos interesa aquí es la formulación de la doctrina de contrainsurgencia, que establece una línea de enfrentamiento a los movimientos revolucionarios a desarrollarse en tres planos: aniquilamiento, conquista de bases sociales e institucionalización.

Convendría destacar tres aspectos de la doctrina de la contrainsurgencia. En primer lugar, su concepción misma de la política: la contrainsurgencia es la aplicación a la lucha política de un enfoque militar. Normalmente, en la sociedad burguesa, la lucha política tiene como propósito derrotar al contrincante, pero éste sigue existiendo como elemento derrotado y puede incluso actuar como fuerza de oposición. La contrainsurgencia, en una perspectiva similar a la del fascismo, ve al contrincante como el enemigo que *no sólo debe ser derrotado sino aniquilado*, es decir destruido, lo que implica ver a la lucha de clases como guerra y conlleva, pues, la adopción de una táctica y métodos militares de lucha.

En segundo lugar, la contrainsurgencia considera al movimiento revolucionario como algo ajeno a la sociedad en que se desarrolla; en consecuencia, ve el proceso revolucionario como *subversión provocada por una infiltración del enemigo*. El movimiento revolucionario es, pues, algo así como un virus, el agente infiltrado desde afuera que provoca en el organismo social un tumor, un cáncer, que debe ser extirpado, es decir, eliminado, suprimido, aniquilado. También aquí se aproxima a la doctrina fascista.

En tercer lugar, la contrainsurgencia, al pretender restablecer la salud del organismo social infectado, es decir, de la sociedad burguesa bajo su organización política parlamentaria liberal, *se propone explícitamente el restablecimiento de la democracia burguesa*, tras el periodo de excepción que representa el periodo de guerra. A diferencia del fascismo, la contrainsurgencia no pone en cuestión en ningún momento la validez de la democracia burguesa, tan sólo plantea su limitación o suspensión durante la campaña de aniquilamiento. Mediante la reconquista de bases sociales se debe pues marchar a la fase de institucionalización, que es vista como restablecimiento pleno de la democracia burguesa.

La segunda vertiente de la contrarrevolución latinoamericana es la transformación estructural de las burguesías criollas, que tiende a traducirse en modificaciones del bloque político dominante. La base objetiva de este fenómeno es la integración imperialista de los sistemas de producción que se verifica en América Latina, o más exactamente, la integración de los sistemas de producción latinoamericanos al sistema imperialista, mediante las inversiones directas de capital extranjero, la subordinación tecnológica y la penetración financiera. Ello lleva a que, en el curso de los cincuenta, y aún más de los sesenta, surja y se desarrolle una burguesía monopólica, estrechamente vinculada a la burguesía imperialista, en especial norteamericana.

La integración imperialista corresponde, junto a la superexplotación del trabajo, a la acentuación de la centralización de capital y de la proletarianización de la pequeña burguesía. Por esto, agudiza la lucha de clases y apunta a romper el esquema de alianzas adoptado hasta entonces por la burguesía, tanto a causa de las contradicciones existentes entre sus fracciones monopólicas y no monopólicas, como debido a la lucha que se entabla entre la burguesía en su conjunto y la pequeña burguesía, la cual acaba por empujar a ésta hacia la búsqueda de alianzas con el proletariado y el campesinado.

El resultado de ese proceso es la ruptura, el abandono de lo que había sido, hasta entonces, la norma en América Latina: el Estado populista, es decir, el “Estado de toda la burguesía”, que favorecía la acumulación de todas sus fracciones (aunque éstas aprovecharan desigualmente los beneficios puestos a su alcance). En su lugar, se crea un nuevo Estado, que se preocupa fundamentalmente de los intereses de las fracciones monopólicas, nacionales y extranjeras, y establece, pues, mecanismos selectivos para favorecer su acumulación; las demás fracciones burguesas deben *subordinarse* a la burguesía monopólica, quedando su desarrollo en *estricta dependencia del dinamismo que logre el capital monopólico*, mientras que la pequeña burguesía, aunque sin dejar de ser privilegiada en la alianza de clases en que reposa el nuevo poder burgués, es forzada a aceptar una redefinición de su posición, pierde importancia política y queda, ella también, totalmente subordinada, con sus condiciones de vida vinculadas a las iniciativas y al dinamismo de la burguesía monopólica.

La tercera vertiente de la contrarrevolución latinoamericana es el ascenso del movimiento de masas a que debe enfrentarse la burguesía, en el curso de los años sesenta. Ese movimiento venía desarrollándose desde la década anterior; la revolución boliviana del 52, la guatemalteca del periodo 44-54, la radicalización misma de los movimientos populistas en distintos países, habían tenido su primer punto culminante con la revolución cubana. Esta influye particularmente en las capas intelectuales pequeñoburguesas, que atravesaban, como vimos, un periodo de reajuste en sus relaciones con la burguesía, acentuando su desplazamiento hacia el campo popular. Allí gana importancia creciente el movimiento campesino, al paso que se desarrolla un nuevo movimiento obrero, producto del nuevo proletariado creado por la industrialización de las décadas precedentes. Es, en definitiva, ese amplio movimiento de masas, que irrumpe en las brechas del sistema de dominación creadas por la fractura del bloque en el poder y que incide en el sentido de agravar las contradicciones allí existentes, lo que explica la violenta reacción de la burguesía y el imperialismo, es decir, la contrarrevolución que se desata entonces en el continente.

Contrarrevolución y contrainsurgencia

Examinemos brevemente cómo se realiza y adónde conduce esa contrarrevolución y veremos que ella no puede identificarse mecánicamente con el fascismo europeo, aunque sea como él una forma específica de contrarrevolución burguesa y recoja de ésta su característica general: el recurso por la fracción victoriosa al terrorismo de Estado para doblegar a sus oponentes, desde las fracciones rivales hasta, y muy especialmente, la clase obrera. *Grosso modo*, la contrarrevolución latinoamericana se inicia con un periodo de desestabilización, durante el cual las fuerzas reaccionarias tratan de agrupar en torno a sí al conjunto de la burguesía y de sembrar en el movimiento popular la división, la desconfianza en sus fuerzas y en sus dirigentes; continúa a través de un golpe de Estado, llevado a cabo por las fuerzas armadas, y se resuelve con la instauración de una dictadura militar. Las sociedades concretas latinoamericanas imponen a cada uno de esos momentos su sello particular.

En la fase de preparación del golpe o de desestabilización, se observan rasgos fascistas, pero éstos son secundarios. A través de la propaganda, de la intimidación verbal y hasta física, que puede implicar la utilización de bandas armadas, la burguesía contrarrevolucionaria busca desmoralizar al movimiento popular y ganar fuerza, sumando aliados y neutralizando sectores. Sin embargo, por tratarse de sociedades basadas en la superexplotación del trabajo, en ningún caso ella tiene condiciones para reunir fuerzas suficientes como para *derrotar* políticamente al movimiento popular, no llega siquiera a la estructuración de un partido político; es interesante observar que allí donde se utilizaron con más abundancia los métodos fascistas de lucha, es decir, en Argentina, sectores significativos de la izquierda niegan que se haya producido una contrarrevolución fascista. Como quiera que sea, las fuerzas contrarrevolucionarias no llegan jamás a un claro triunfo político, sino que necesitan usar la fuerza para hacerse del Estado y emplearlo en su beneficio; el terrorismo de Estado, como método de enfrentamiento con el movimiento popular, se intensifica precisamente porque este movimiento se encuentra intacto y muchas veces aparentemente fuerte, en el momento en que las fracciones contrarrevolucionarias logran subordinar plenamente el aparato estatal, no habiendo sufrido un proceso previo de derrotas, que en el fascismo pudo llegar a expresarse, como en Alemania, en el plano electoral.

Esta característica de la contrarrevolución latinoamericana se deriva de la *imposibilidad en que te encuentra la burguesía monopólica de atraer a su campo a sectores significativos del movimiento popular*. A diferencia del fascismo europeo, que fue capaz de arrastrar a las amplias masas pequeño-burguesas y de morder incluso al proletariado, ganando allí cierto grado de apoyo entre trabajadores desempleados y hasta obreros en actividad, la burguesía monopólica en América Latina no puede pretender reunir verdadera fuerza de masas, que le permita enfrentar políticamente, en las urnas y en las calles, al movimiento popular. Por esto, se da como meta el restablecimiento de las condiciones de funcionamiento del aparato estatal, aunque sea temporalmente, para poder accionarlo en su provecho. Esto implica resoldar la unidad burguesa, rehaciendo el bloque en el poder tal como se encontraba antes de su fractura, y restablecer, aunque sea limitadamente, o sea, dividiéndola, sus relaciones de alianza con la pequeña burguesía. Sobre esta base, el Estado puede entrar a zanjar la lucha de clases, mediante la intervención abierta del instrumento último de defensa del poder burgués: las fuerzas armadas. Son éstas, pues, el verdadero objetivo de la política de desestabilización practicada por la burguesía y no, como en el fascismo, la conquista de una fuerza política propia superior a la del movimiento revolucionario. Y es por ello que encontramos en la contrarrevolución latinoamericana otro rasgo peculiar respecto al fascismo: el discurso ideológico de defensa de la democracia burguesa, es decir, del Estado burgués, al revés de su negación, tal y como lo plantearon los movimientos fascistas.

Son estas condiciones específicas las que llevan a que la contrarrevolución latinoamericana pueda expresarse, en el plano ideológico y también estratégico, en la doctrina de la contrainsurgencia. Al privilegiar a las fuerzas armadas como elemento central de su estrategia, la burguesía monopólica está confiriendo a ese aparato especial del Estado la misión de solucionar el problema; está, pues, pasando del terreno de la política al de la guerra. En la medida en que se encuentra con fuerzas armadas ya preparadas ideológicamente, por la doctrina de contrainsurgencia, para el cumplimiento de esa tarea y para aplicar a la lucha política un enfoque militar, se resuelven en un solo proceso la voluntad contrarrevolucionaria de la burguesía y la voluntad de poder desarrollada en las fuerzas armadas. Estas van, así, más allá del golpe de Estado y proceden a la implantación de la dictadura militar; si, desde el punto de vista de la doctrina burguesa clásica, son el cuerpo del Estado, se convierten ahora en su cabeza.

El Estado de contrainsurgencia

Pero la dualidad original, expresada por la burguesía monopólica y las fuerzas armadas, aunque encuentre una primera resolución en el proceso del golpe de Estado, se reproduce a un nivel superior, una vez instaurado el *Estado de contrainsurgencia*. La forma de dictadura militar que éste asume indica tan sólo que las fuerzas armadas han asumido su control y ejercen como institución el poder político. Ella no nos revela la esencia de ese Estado, desde el punto de vista de su estructuración y funcionamiento, ni pone en evidencia el hecho de que las fuerzas armadas comparten allí el poder con la burguesía monopólica. Para captar esto, es necesario ir más allá de la mera expresión formal del Estado, siendo que, siempre que encontremos ciertas estructuras, funcionamiento y coparticipación entre fuerzas armadas y capital monopólico, estaremos ante un Estado de contrainsurgencia, tenga éste o no la forma de una dictadura militar.

El Estado de contrainsurgencia, producto de la contrarrevolución latinoamericana, presenta una hipertrofia del poder ejecutivo, a través de sus diversos órganos, respecto de los demás no se trata, sin embargo, de un rasgo que lo caracterice respecto al moderno Estado capitalista. Más bien esa distinción debe buscarse en la existencia de dos ramas centrales de decisión dentro del poder ejecutivo. De un lado, la rama militar, constituida por el Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, que expresa a la institución militar al nivel de la toma de decisiones y que reposa sobre la estructura vertical propia a las fuerzas armadas. El Consejo de Seguridad Nacional es el órgano deliberativo supremo, en el que se entrelazan los representantes de la rama militar con los delegados directos del capital, y los órganos del servicio de inteligencia, que informan, orientan y preparan el proceso de toma de decisiones. De otro lado, la rama económica, representada por los ministerios económicos, así como las empresas estatales de crédito, producción y servicios, cuyos puestos clave se encuentran ocupados por tecnócratas, civiles y militares. Así, el Consejo de Seguridad Nacional es el ámbito donde confluyen ambas ramas, entrelazándose, y se constituye en la cúspide, el órgano clave del Estado de contrainsurgencia.

Es ésta la estructura real del Estado de contrainsurgencia, que consagra la alianza entre las fuerzas armadas y el capital monopólico, y donde se desarrolla el proceso de toma de decisiones fuera de la influencia de las demás instituciones que componen el Estado burgués clásico, como lo son el poder legislativo y judicial. Estos pueden perfectamente mantenerse en el

marco de la dictadura militar, como ocurre en Brasil, o configurar incluso un régimen civil, como en Venezuela, sin que ello afecte la estructura y el funcionamiento real del Estado de contrainsurgencia. Recordemos, en este sentido, cómo Venezuela —donde se hizo el primer ensayo de contrainsurgencia en América Latina, a principios de los sesentas— ha evolucionado en el sentido de crear su Consejo de Seguridad Nacional y llegado incluso a la estructuración de un Sistema Nacional de Empresas Públicas, que rige el capitalismo de Estado venezolano fuera de todo control por parte del Congreso y demás órganos estatales.

En síntesis, el Estado de contrainsurgencia es el Estado corporativo de la burguesía monopólica y las fuerzas armadas, independientemente de la forma que asuma ese Estado, es decir, independientemente del régimen político vigente. Dicho Estado presenta *similitudes formales* con el Estado fascista, así como con otros tipos de Estado capitalista, pero *su especificidad está en su peculiar esencia corporativa y en la estructura y funcionamiento que de allí se generan*. Llamarlo fascista no nos hace avanzar un paso en la comprensión de su significado.

Este análisis no debe llevar a malentendidos. Los tecnócratas civiles y militares que se ocupan de la gestión del Estado, no son más que la representación política del capital, y en tanto que tal no cabe especular sobre su autonomía, más allá de lo que se puede hacer con cualquier representación política respecto a la clase que representa; en otros términos, es profundamente erróneo calificar a esa tecnocracia como burguesía estatal, en el mismo plano que la clase burguesa propiamente dicha. Del mismo modo, la fusión de los intereses corporativos de las fuerzas armadas y de la burguesía monopólica no debe oscurecer el hecho de que esta última representa una fracción propiamente capitalista de la burguesía mientras que las fuerzas armadas (o, para ser más preciso, la oficialidad) no son sino un cuerpo de funcionarios, cuya voluntad económica y política es rigurosamente la de la clase a que sirve. Finalmente, es necesario tener presente que, aunque el Estado de contrainsurgencia sea el Estado del capital monopólico, cuyas fracciones constituyen hoy el bloque en el poder, no excluye la participación de las demás fracciones burguesas, así como en su reproducción económica el capital monopólico crea constantemente para los demás sectores capitalistas condiciones de reproducción (y también de destrucción), por lo que es incorrecto suponer que las capas burguesas no monopólicas puedan estar interesadas en la supresión de un Estado que constituye la síntesis de las

relaciones de explotación y dominación en que ellas basan su existencia; no reside en otra causa el fracaso de los frentes antifascistas que se han intentado poner en marcha en América Latina y que han chocado siempre con el rechazo de la burguesía no monopólica, independientemente de las fricciones que ésta mantiene con el bloque en el poder.

Democracia burguesa *versus* democracia revolucionaria

Me he preocupado, hasta ahora, de analizar las causas y la naturaleza de la contrarrevolución burguesa e imperialista en América Latina, así como el carácter del Estado a que ella dio lugar. Sin embargo, como indicamos ya, desde fines de 1976, se observa en el continente el surgimiento de un proceso que apunta hacia la democratización de los regímenes de fuerza surgidos de la contrarrevolución. Se trata de un proceso intrínsecamente contradictorio, en cuyo seno empiezan a cristalizar distintos proyectos políticos, como resultado de las fuerzas contradictorias que en él confluyen.

Las “democracias gobernables”

Si partimos del primer factor considerado: el imperialismo norteamericano, constataremos inmediatamente que su situación es distinta de la que tenía en los años sesenta. Tras el auge económico de aquel periodo, ha sobrevenido una crisis económica, sin perspectivas de solución a la vista. En ese marco, la hegemonía norteamericana en el campo capitalista ya no es incontrastable, como entonces, sino que se ve enfrentada a las pretensiones que, en el plano económico y político, levantan las demás potencias imperialistas, en particular Alemania Federal y Japón. La crisis se ha reflejado, además, en el interior mismo de la sociedad norteamericana, provocando una crisis ideológica y política que, mediante hechos como Watergate, el hippismo y otros, han afectado la legitimidad del sistema de dominación.

En otro plano, junto a un reforzamiento constante de la Unión Soviética, que ha logrado mantener el equilibrio militar con Estados Unidos, se ha verificado un notable avance de las fuerzas revolucionarias en diferentes partes del mundo. El punto candente de la crisis económica, a mediados de esta década, coincidió con grandes victorias del movimiento revolucionario en África, particularmente Mozambique y Angola, y en Asia, con la derrota espectacular de Estados Unidos en Vietnam, al mismo tiempo que, en la misma Europa, las fuerzas populares lograban significativos avances en Portugal, España, Italia y Grecia, e incluso en bastiones imperialistas como Francia.

En este contexto, el imperialismo norteamericano ha debido hacer adecuaciones en su estrategia, que se han expresado en la política de Carter. Éste ha asumido el gobierno con el propósito explícito de restaurar la legitimidad del sistema de dominación dentro de la sociedad norteamericana, echando mano de viejos mitos que son caros a la ideología burguesa en ese país, como el de los derechos humanos, y de medidas que tratan de hacer menos pesada la crisis para los distintos grupos sociales del país. Igualmente, se ha dado por tarea sortear la crisis económica, reafirmando la hegemonía norteamericana en el campo capitalista; aunque admita que esa hegemonía debe ser compartida, en la línea de lo planteado por la *Comisión Trilateral*, Estados Unidos pretende mantenerse como eje rector de la relación de fuerzas a ser establecida entre las potencias imperialistas.

Finalmente, el imperialismo norteamericano se propone modificar su estrategia mundial, para compensar y evitar la repetición de los fracasos tenidos en la primera mitad de la década, modificación que sigue dos líneas principales. La primera es la polarización de las relaciones con el campo socialista, centralizándolas en Europa; la segunda, la desconflagración o el enfriamiento de las zonas periféricas “calientes”. Para ello, Carter ha sostenido que Europa es la espada de occidente y se ha esforzado por tornar tensas las relaciones entre la OTAN y el *Pacto de Varsovia*; aunque pudiera eventualmente llevar a la guerra, la política agresiva y belicista del imperialismo norteamericano respecto a la Unión Soviética busca en realidad un nuevo equilibrio, sobre la base de lo que el ex presidente Ford llamó “paz con fuerza”, para lo que privilegia a Europa, considerando que el avance de la revolución mundial en otras áreas iba desmejorando la correlación de fuerzas en su detrimento. En consecuencia, plantea una política de enfriamiento de las zonas periféricas, desde medidas que tratan de dar solución a problemas particularmente agudos, como los que se han tomado en el Medio Oriente, en Panamá, etcétera, hasta la revisión de la doctrina de contrainsurgencia, que pretende limar sus aspectos más ásperos y adecuarla a las nuevas condiciones de la lucha de clases.

Esto se debe a que la contrainsurgencia, pese a la capacidad que ha demostrado para detener el movimiento revolucionario en muchas áreas, ha experimentado fuertes reveses, en particular el de Vietnam, y se ha revelado incapaz, incluso allí donde fue efectiva para detener el movimiento revolucionario, de asegurar las condiciones de una dominación política estable, como es el caso de Latinoamérica; se debe también a que las

potencias imperialistas europeas, a medida que deben asumir mayores responsabilidades mundiales en el marco de la hegemonía compartida, se ven forzadas a considerar la fuerza del movimiento obrero en sus países, que se opone a la violencia cruda y abierta que la contrainsurgencia ha implicado; la utilización de métodos contrarrevolucionarios más sutiles, impulsados sobre todo por Alemania Federal, ha arrojado resultados positivos en los países de Europa mediterránea. Señalemos de paso que el planteamiento político estrechamente nacional que hacen actualmente los partidos europeos llamados eurocomunistas merma la capacidad del movimiento obrero de esos países para pesar en la correlación mundial de fuerzas e inclinar la balanza hacia el campo de la revolución, como quedó evidenciado con la ofensiva reaccionaria que el gobierno francés pudo desarrollar en África, sobre la base de la derrota electoral de la izquierda en Francia.

Como quiera que sea, el punto principal de la doctrina de contrainsurgencia, que se encuentra ahora sometido a revisión, es el que se refiere al origen de los movimientos revolucionarios. Abandonando la noción simplista de la infiltración externa, los nuevos teóricos del imperialismo norteamericano, salidos de la Comisión Trilateral como Huntington, ven el problema como resultado de descomposiciones, de desequilibrios que afectan al Estado en la moderna, sociedad capitalista, como resultado de las presiones mismas de las masas, en sus esfuerzos por mejores condiciones de vida. Esto, que es válido ya no sólo para los países dependientes, sino para los mismos países capitalistas avanzados, los lleva a plantearse el problema de la “governabilidad de la democracia”, que apunta necesariamente a la limitación, a la restricción del propio juego político democrático, para mantenerlo bajo control.

Para América Latina, la reformulación de la estrategia norte americana se ha traducido en la búsqueda de una nueva política, todavía no plenamente definida que, además de la eliminación de los puntos de fricción, como el referente al Canal de Panamá, apunta a una institucionalización política, capaz de expresarse en una democracia “viable”, es decir, restringida. Pero ello no resulta sólo de los planteamientos estratégicos de Estados Unidos, sino que se deriva también, y principalmente, de las nuevas condiciones de lucha de clases que rigen en América Latina.

El Estado del cuarto poder

Papel importante desempeña, en este sentido, la diversificación del bloque en el poder, por los cambios intervenidos en el seno de la burguesía monopolítica. En los países donde este fenómeno se encuentra más avanzado, como Brasil, podemos ver cómo las contradicciones interburguesas no se guían ya, como en el pasado, por intereses divergentes de la burguesía industrial y agraria, o de las capas inferiores de la burguesía, respecto a su sector monopolítico, sino que nacen de *divisiones surgidas en el seno del gran capital, de la propia burguesía monopolítica*.

Así, es posible constatar cómo en Brasil —desde que, en 1974, entró en crisis el patrón de reproducción económica basado en la industria de bienes de consumo suntuario—, las luchas interburguesas se dan entre las fracciones nacionales y extranjeras (norteamericana fundamentalmente), ligadas a dicha industria, y las fracciones nacionales y extranjeras (en lo esencial, euro-japonesas), que tienen asiento en la industria básica y de bienes de capital. Se trata, hoy, de decidir los rumbos de la economía del país, del patrón de reproducción que ésta debe seguir y ello, que implica reasignación de recursos, ventajas fiscales, crediticias y de todo tipo, estimula la rivalidad entre esos dos sectores del gran capital, la cual polariza a los demás grupos capitalistas que se encuentran vinculados a uno u otro sector. Conviene tener presente que no es posible ya, en estas circunstancias, enmascarar las luchas interburguesas tras justificaciones de corte nacionalista ni tampoco pretender encauzarlas hacia fórmulas del tipo frente antifascista, ya que ellas *dividen por igual a los sectores burgueses nacionales y extranjeros que operan en el país y enfrentan a fracciones del gran capital*.

De todos modos, las contradicciones interburguesas, al agudizarse, exigen espacio político para poder dirimirse. La centralización rígida del proceso político, en manos de la *élite* tecnocrático militar, debe flexibilizarse, devolver cierta vigencia al parlamento como ámbito de discusión, permitir el accionar de los partidos y la prensa, para que las distintas fracciones burguesas puedan desarrollar su lucha. Ello no choca, además, con la exigencia de que el Estado siga detentando capacidad suficiente para mantener en cintura al movimiento de masas, ya que, cuanto más ausente esté de la escena política, mayor libertad de acción tienen las fracciones burguesas para llevar a cabo sus enfrentamientos y negociaciones. Es la razón por la cual el proyecto burgués de institucionalización no se aparta de la fórmula de democracia “viable”, “gobernable” o restringida, que proponen los teóricos imperialistas norteamericanos.

americanos. Del mismo modo, al desatarse la contrarrevolución, el proyecto del gran capital convergía hacia el centralismo autoritario, hacia las formas dictatoriales propuestas por dichos teóricos.

Se trata, pues, ahora, de llevar a cabo una “apertura” política que preserve lo esencial del Estado de contrainsurgencia. ¿En qué consiste esto? En la institucionalización de la participación directa del gran capital en la gestión económica y la subordinación de los poderes del Estado a las fuerzas armadas, a través de los órganos estatales que se han creado, en particular el *Consejo de Seguridad Nacional*. El primer punto no se encuentra, desde luego, en discusión, para la burguesía; a lo sumo, da lugar a enfrentamientos entre sus fracciones por asegurarse una tajada mayor en el reparto del botín que representa la rama económica del Estado de contrainsurgencia. El segundo es, hoy, objeto de discusión: en muchos países se habla de un *Consejo de Estado*, como órgano contralor de los demás aparatos del Estado, en el cual tendrán peso importante las fuerzas armadas; en Brasil, se intenta incluso resucitar la vieja fórmula del Estado monárquico, que consagraba, además de los tres poderes clásicos del Estado, al poder moderador, ejercido por el Emperador, y que los ideólogos de la gran burguesía atribuyen hoy a las fuerzas armadas.

Cualquiera que sea la fórmula adoptada —y lo más probable es que ella presente variantes en los diversos países del continente—, se marcha, sin embargo, hacia un Estado de cuatro poderes, o más precisamente, al *Estado del cuarto poder*, en el cual las fuerzas armadas ejercerán un papel de vigilancia, control y dirección sobre el conjunto del aparato estatal. Esta característica estructural y de funcionamiento del Estado no será, desde luego, sino el resultado del avasallamiento del aparato estatal por las fuerzas armadas (más allá de las estructuras propias de la democracia parlamentaria que éste ostente) y del ordenamiento legal de origen militar impuesto a la vida política, en particular las leyes de seguridad nacional. Es de señalarse que, en el marco de esa democracia restringida, pero democracia de todos modos, la palabra fascismo perderá hasta el carácter agitativo que tiene hoy y habrá de ser abandonada; pero ese abandono representará la renuncia a un análisis incorrecto de la situación actual, y no su superación por un análisis superior y más adecuado a las nuevas condiciones políticas surgidas, lo que dejará a la izquierda y al movimiento popular desarmados para poder enfrentarlas.

La lucha popular por la democracia

Sin embargo, el proyecto burgués e imperialista de institucionalización es resultado también de un tercer factor: el movimiento de masas, ante el cual se plantea con el propósito de mover a engaño y confusión, pero que lo vuelve problemático, errático y lo amenaza incluso con el fracaso. En efecto, es indiscutible que, de manera lenta, zigzagueante, el movimiento de masas latinoamericano, tras un periodo de reflujo ha entrado desde fines de 1976 en un proceso de recuperación. Más que eso, presenta, a diferencia de lo que ocurría hasta los años sesenta, una característica nueva, que era hasta entonces privativa de los países de mayor desarrollo de la región, como Argentina, Chile, Uruguay: un claro predominio de la clase obrera en su seno. Basta con mirar hacia Centroamérica, Perú, Colombia, para darse cuenta de que la clase obrera se ha vuelto, en toda la región, el eje rector de las masas trabajadoras de América Latina, que se pliegan progresivamente a su conducción y adoptan sus formas de organización y de lucha. Paralelamente, aunque su influencia sigue siendo grande en algunos países, el campesinado va cediendo lugar a un proletariado agrícola numeroso y combativo, agrupado por lo general en centros urbanos, que crea las condiciones objetivas para concretar la alianza obrero-campesina, mientras la pequeña burguesía urbana se compone cada vez más de capas proletarizadas y, en la mayoría de los casos empobrecidas, que mantienen y acentúan la tendencia, ya observada a principios de los sesenta, de desplazar sus alianzas de clase hacia el campo popular.

La acción de esas amplias masas, al mismo tiempo que hace más necesaria la puesta en práctica de nuevas fórmulas de dominación, que no pueden basarse ya en la violencia pura y simple, complica la implementación del proyecto burgués imperialista, en la medida en que tienden a plantearse ante éste con creciente autonomía, presionando en favor de concesiones no previstas, así como la ampliación y profundización de las reformas propuestas. Situándose todavía marcadamente en el plano de la lucha económica y democrática, las masas no, han perdido empero la memoria, particularmente en sus sectores más avanzados, del mensaje socialista que, a través de la acción, la izquierda latinoamericana les llevó a lo largo de los sesenta, así como de la presente década, lo que despierta el temor de la burguesía y el imperialismo, haciéndolos aferrarse aún más a las garantías que les ofrece el Estado de contrainsurgencia. En consecuencia, el proceso de institucionalización se desarrolla de manera extremadamente compleja, bajo

al embate de las presiones de masas y los esfuerzos de la clase dominante por mantenerlo bajo control, lo que le impone marchas y contramarchas y permite prever que su límite está dado por la defensa a ultranza que hará de su aparato estatal, tal y como en esencia se encuentra hoy estructurado.

En consecuencia, no hay ninguna razón para suponer que la lucha democrática que libran hoy las masas populares latinoamericanas pueda extenderse indefinidamente, permitiendo que, a cierta altura, se produzca el paso natural y pacífico al socialismo. Todo indica más bien que la lucha democrática y la lucha socialista se entrelazarán para los trabajadores en un solo proceso, un proceso de duro y decidido enfrentamiento con la burguesía y el imperialismo.

Conclusiones

El análisis de las condiciones en que se desarrolla actualmente la lucha de clases en América Latina nos muestra que el despliegue del movimiento democrático popular tiende a deslindarlo en forma creciente de los proyectos de democratización que plantean las clases dominantes y el imperialismo, al tiempo que apunta hacia el enfrentamiento radical entre la democracia revolucionaria de masas y el Estado del gran capital. Ello significa que las cuestiones candentes para la izquierda latinoamericana son las de asegurar la movilización independiente del movimiento de masas, en pos de un programa democrático amplio, y proporcionarle las armas teóricas y prácticas que le permitan suprimir el principal obstáculo a la consecución de ese programa, vale decir, el Estado burgués. Ninguno de esos problemas puede ser resuelto si no se logra que, en su desarrollo, el movimiento popular haga cristalizar la hegemonía de la clase obrera, la única clase de la sociedad burguesa que, por sus condiciones materiales de existencia y por sus virtualidades ideológicas, es capaz de concebir a la realización de la democracia como la supresión de la dominación misma de la burguesía.

La revolución nicaragüense, como lo hiciera antes la revolución cubana, ilustra a perfección esa característica de las luchas de clases latinoamericanas. Antes que nada, porque, al revés de lo que se pudiera pretender, la revolución es el producto directo del desarrollo capitalista que se observa en Nicaragua, en el curso de los años cincuenta, y que se acelera en la década siguiente, enmarcado en la integración económica centroamericana, el cual, al promover el surgimiento de una burguesía monopólica, lleva simultánea-

mente, a su fraccionamiento interno, mediante la configuración del grupo somocista. Enseñoreado del aparato estatal, éste puede convertirlo, de la dictadura militar tradicional que había sido, en el Estado corporativo de los monopolios y las fuerzas armadas, al estilo de las dictaduras más modernas que surgen en la región, en el curso de la contrarrevolución burguesa e imperialista.

Las luchas interburguesas, que estallan sobre esa base, a fines de los años sesenta, y se recrudecen a mediados de esta década, se combinan con el ascenso del movimiento de masas, acicateado ya en gran medida por el accionar de la izquierda revolucionaria, el Frente Sandinista. Serán necesarios, sin embargo, cerca de dos años, hasta la insurrección de septiembre de 1978, para que la oposición antisomocista se deslinde internamente, con el intento de negociación entre el somocismo, la burguesía opositora y el imperialismo norteamericano, por un lado, y la democracia revolucionaria popular, encabezada ahora abiertamente por los sandinistas, por otro. En menos de un año, el proceso avanzará con rapidez suficiente para dar al traste con los intentos de mediatización de la lucha revolucionaria y culminar con la destrucción del Estado burgués.

La conquista del poder no cierra ni mucho menos el ciclo de la revolución nicaragüense. Es evidente que ha afirmado más bien su etapa democrática, que prosigue hoy, con el apoyo del nuevo Estado, y en particular de las nuevas fuerzas armadas, mediante el proceso de politización y organización de las masas. La creación de la central sindical, la formación de milicias populares, el surgimiento de los comités de defensa, la elección por la base de los poderes locales no son sino las formas en que se expresa ese proceso. A su cabeza, dirigiendo sin desviaciones el curso de la etapa democrática de la revolución, se encuentra una vanguardia política, en que predomina la ideología proletaria: el marxismo leninismo, y que se esfuerza conscientemente por hacer madurar las condiciones que permitan transitar a la etapa socialista de la revolución, que será necesariamente la de la dictadura del proletariado o, lo que es lo mismo, la de la democracia proletaria. Es este hecho, más que cualquier otro, el que acerca al proceso nicaragüense del proceso cubano, al mismo tiempo que lo aleja de otra experiencia latinoamericana en que la destrucción del Estado dio lugar al resurgimiento del capitalismo y la dominación burguesa: la revolución boliviana de 1952.

Sin embargo, más que por su forma general y sus perspectivas, la revolución nicaragüense nos interesa aquí directamente por el hecho de que puso sobre el tapete, una vez más, el carácter revolucionario que presenta la lucha democrática en Latinoamérica. La gran cuestión, a un tiempo teórica y práctica, que ella plantea es la de porqué el Estado somocista, y en especial sus fuerzas armadas, no se desmoronó ante los embates de la lucha de clases y debió de ser derrotado militarmente. De paso, esto apunta a una especificidad de la revolución nicaragüense respecto a la cubana: al hecho de que la insurrección no pudo ser allí la coronación del proceso de lucha armada, sino que se constituyó más bien en un factor de acumulación de fuerzas propicio al desarrollo de la lucha armada, aunque incapaz de llevarla a su desenlace. La razón de esa peculiaridad adviene del hecho de que la forma insurreccional de lucha sólo es decisiva si lleva a la división de las fuerzas enemigas, es decir, si escinde su poder militar. Cuando esto se da, como lo analizó Lenin al considerar la experiencia del acorazado Potemkin, se asiste al traspaso de fuerzas militares del enemigo al campo de la revolución, donde vienen a constituirse en poder armado revolucionario, obviando el largo camino de construcción de un poder militar propio, al margen del ya existente. Pero si el fenómeno no se produce, es entonces este último camino el que queda, vale decir, la construcción de un ejército regular en el seno del campo popular mismo y su enfrentamiento al ejército enemigo.

El que haya sido este el curso que siguió la revolución nicaragüense nos lleva a preguntar qué determinó la capacidad de resistencia del ejército somocista, que permaneció íntegro, en lo esencial, hasta el último momento, y, aun después de la victoria, se niega a plegarse a la revolución triunfante, afincándose más bien en la contrarrevolución, mediante el hostigamiento interno o el reagrupamiento en países vecinos. Pesa allí, sin duda, el tipo de relación que se estableció entre el régimen y sus fuerzas armadas, materializado no sólo en privilegios y prebendas sino también en la vinculación directa de sus miembros a los intereses del capital; ello no representa sin embargo, como se ha querido hacer creer, una especificidad del somocismo, sino que es la forma particular que adquiere la simbiosis entre la burguesía y los militares, presente en otras dictaduras latinoamericanas, como la brasileña, y que hemos analizado en otra oportunidad. Pero al lado de ese factor explicativo, hay que añadir otro más: el que se trataba de un ejército formado en la ideología y las técnicas de la contrainsurgencia; el odio de la tropa, constituida en su mayoría por hijos de campesinos, al sandinismo y al movimiento popular, y su bestialidad represiva,

ejemplificada en el hecho tan publicitado del asesinato de un periodista norteamericano, no podrían entenderse de otra manera.

Si esto es cierto; si, lejos de ser una excepción, las características del proceso nicaragüense advienen del desarrollo capitalista y de la doctrina de la contra-insurgencia, que conforman el marco de las luchas de clase en toda América Latina, entonces su validez es mucho más amplia que la que se podría suponer en un principio. En efecto, se tendría no sólo que aceptar el carácter revolucionario de la lucha democrática en América Latina, sólo susceptible, pues, de ser conducida por el proletariado revolucionario, cuya meta no podría dejar de ser el socialismo, si no que sería necesario admitir también que -independientemente de las formas particulares que revista en los distintos países- ese carácter revolucionario implica también que la lucha de clases asuma la forma general de la lucha armada.

Este parece ser el resultado a que ha conducido, en América Latina, la contrarrevolución burguesa e imperialista. Como quiera que sea, y más allá de que se trate de cuestiones que sólo se resolverán definitivamente en la práctica, ello reafirma la importancia que adquiere, en las luchas por el socialismo en el continente, el problema ideológico que representa la concepción del Estado. Sólo la solución correcta por parte de las fuerzas de izquierda a ese problema dará garantías de que ellas serán capaces de ponerse de hecho a la cabeza de las luchas de clase que estamos viviendo actualmente y que no pueden sino acrecentarse, en el curso de la presente década.

ALIANZAS Y COMPROMISOS EN LA DEMOCRACIA SOCIALISTA¹¹⁰

En la historia de las ideas, socialismo y democracia no tienen el mismo origen ni tienden necesariamente a la identidad. Tanto Platón como Saint-Simon fueron capaces de imaginar sistemas socialistas de corte marcadamente autoritario, del mismo modo como la ideología burguesa, aún en sus formas más avanzadas, pudo plantearse la democracia sin vincularla al socialismo. Es el socialismo moderno, que surge como crítica al proceso y a la idea de la revolución burguesa, con Babeuf, Blanqui, la izquierda ricardiana, y culmina con el marxismo, quien relaciona íntimamente a los dos conceptos y los vuelve inseparables.

Inseparables, pero no idénticos. En su expresión superior, es decir, en tanto gobierno de las mayorías, la democracia supone al socialismo, el único modo de organización de la producción y el consumo que, por reposar en la propiedad social de los medios de producción, asegura igualdad política a la inmensa masa de los productores¹¹¹ –aunque, como lo señaló Marx, no les asegure aún la igualdad económica. Es más: la democracia plena no sólo supone, como premisa, al socialismo, sino que conduce a él, a menos que se pudiera concebir una mayoría que gobernase en beneficio de la minoría, es decir, en contra suya.

Esa interdependencia que se establece así entre democracia y socialismo no debe oscurecer el hecho de que, lejos de ser una identidad, se trata de dos conceptos –y, si son buenos, de dos realidades– perfectamente diferentes, aunque unidos por una relación indisoluble.¹¹² En tanto relación dialéctica, las realidades que ella involucra, aunque mutuamente determinadas, tienen vida propia, pudiendo desarrollarse de manera asimétrica y hasta contradictoria, una frente a la otra. Es así como, en el curso de la revolución proletaria,

¹¹⁰ Ponencia presentada en el encuentro continental celebrado en Managua, Nicaragua (12-15 de julio de 1987), en homenaje al Che Guevara, en ocasión del XX Aniversario de su asesinato. Publicada en *Crisis y alternativas revolucionarias en América* vol. I, Ed. Compañero, Montevideo, Uruguay, 1987.

¹¹¹ Eso fue lo que vislumbró Rousseau, al tratar de la desigualdad, y lo llevó casi al punto de ruptura con la ideología burguesa, sin que su fidelidad al pequeño productor y, por ende, a la pequeña propiedad, le permitiera dar el salto de lo que se aprovechó la burguesía para, aún a regañadientes, proceder a la recuperación de su doctrina.

¹¹² Por esto, la fórmula de Lenin: socialismo = electrificación + sóviets no es buena, al absorber la democracia en el socialismo y dejarla al mismo nivel del desarrollo de las fuerzas productivas. Tenía, empero, un enorme potencial propagandístico, al poner en evidencia las tareas prioritarias que deparaba la revolución soviética.

encontramos situaciones en que la defensa del socialismo se realizó a expensas de la democracia (el comunismo de guerra soviético, 1919-21, por ejemplo) o en que las exigencias de la democracia imponen límites al proceso de socialización (Nicaragua hoy).

Por lo general, las críticas equivocadas –de izquierda o de derecha– a las revoluciones proletarias en marcha nacen de la no comprensión del carácter dialéctico de la relación socialismo-democracia. Peor todavía: no perciben que esa relación se realiza mediante procesos históricos nacionales, los cuales, por sus determinaciones peculiares de orden socio-económico y cultural, así como por las correlaciones de fuerzas internacionales en que se inscriben, afectan al modo como ella se desarrolla, tanto cuanto el tiempo histórico, el momento particular del proceso histórico general en que cada revolución se produce.

La confusión en cuanto a lo que es esencial y lo que es contingente, a lo que hace el concepto y lo que hace a la realidad concreta a que él se refiera, respecto a la relación democracia-socialismo, no es exclusiva, empero, de sus críticos. Existe, en cada proceso particular de revolución proletaria, la tentación de convertir en leyes o imperativos generales características propias del proceso, tentación que se vuelve tanto más fuerte cuanto más controvertidas son esas características, o sea, cuanto más necesaria parece su justificación. Fue así como la colectivización forzosa del campo, en la Unión Soviética, fruto específico del aislamiento internacional del país y de las luchas de clases allí registradas en los años 20, fue preconizada por sus partidarios más entusiastas en nombre de una hipotética ley de la acumulación socialista originaria.

La realidad es que la expropiación violenta de los campesinos, aparte de que no se verificó en las revoluciones que siguieron –bastando mencionar China o Cuba, o aún la misma Nicaragua–, no fue en la Unión Soviética sino la expresión, y en cierto modo un momento histórico de resolución, de las contradicciones que se desarrollaban en el seno de la alianza obrero-campesina y que habían dado ya fruto con las requisas de grano, propias del comunismo de guerra. Cuando Lenin formula la nueva política económica (NEP), que restablecía para la producción campesina el juego del mercado, condicionado y bajo la vigilancia del Estado, lo hace precisamente para abrir a esas contradicciones un cauce de desarrollo pacífico, vale decir democrático.

Éste es, sin duda, un elemento central en el concepto de democracia y que le confiere especificidad, independientemente del sistema económico con el que convive: el reconocimiento de divergencias y choques de intereses entre los actores políticos (la democracia socialista no hace sino convertir en actores políticos privilegiados a las grandes masas del pueblo, que otras formas de democracia coartan y reprimen) y la posibilidad efectiva de que puedan solucionarlos pacíficamente. Desde el momento en que uno impone al otro una solución de fuerza, se abandona el campo de la democracia, por mucho que, a los ojos de los contemporáneos o en la perspectiva histórica, esa solución se justifique como medida destinada a asegurar, a largo plazo, la democracia. Se puede discutir si, de no proceder a la colectivización forzosa, la Unión Soviética habría sido capaz de llevar adelante la edificación socialista —el camino, como vimos, para asentar en bases sólidas la igualdad política, condición necesaria de la democracia plena—. Lo que no se puede discutir es que la colectivización significó un modo no democrático de solucionar la crisis a que fuera conducida la alianza obrero-campesina en la Unión Soviética de entonces.

En esta perspectiva, la democracia —más allá de las instituciones jurídicas y políticas en que se expresa— aparece como un modo, un método para solucionar las divergencias entre las clases sociales. ¿Entre todas? La visión leninista del problema, inscrita en un contexto de guerra civil y de agresión internacional, contesta a la pregunta restringiendo la democracia al campo de la revolución, a la alianza obrero-campesina, y la asocia con la dictadura a ser ejercida en contra de la burguesía, que promueve esa guerra y esa agresión. Dejemos, por ahora, de lado la cuestión de saber si esa dualidad es esencial al concepto de democracia y ahondemos antes en la manera como Lenin concibe el ejercicio de la democracia.

La alianza obrero-campesina en la revolución soviética no es una alianza entre iguales: eso queda claramente expresado en la Constitución de 1921, que sobredimensiona la representación política del proletariado en detrimento del campesinado. Es una alianza de la clase revolucionaria, el proletariado, con la inmensa masa rusa oprimida y explotada, constituida esencialmente por campesinos. La alianza se basa en la insumisión de estos a esa opresión y a esa explotación, que los hace también revolucionarios. Pero, mientras los campesinos pueden contentarse con el reconocimiento de su derecho de propiedad, quedando así en el marco de la revolución burguesa, el proletariado quiere ir más allá y suprimir la propiedad, como forma de garantizar la

igualdad política y, pues, la libertad. La cuestión está, para el proletariado, en convencer al campesinado a ir contra su interés inmediato –la propiedad privada– en cambio de la satisfacción de su interés más general: el fin de la opresión y la explotación.

Convencer, es decir, persuadir. El proletariado no está en condiciones de someter a los campesinos por la fuerza, aunque eso se hiciera en beneficio de estos. Peor todavía: someterlos por la fuerza contrariaría la vocación democrática del proletariado.

Como método de gobierno, hay pues que recurrir a la persuasión, más que a la coerción, y esto es lo que hace del Estado obrero-campesino un Estado democrático, o sea, un Estado cuya característica central es la solución de las divergencias entre las clases que lo sostienen mediante la discusión y el convencimiento. La forma y la duración de la transición socialista estarán determinadas, antes que nada, por el modo como se enfrentan las divergencias y el tiempo que tome su superación. Hasta tanto, las dos clases tendrán que convivir pacíficamente, haciéndose mutuas concesiones, y lo harán en el contexto de instituciones estatales que garanticen esa convivencia.

La convivencia pacífica no impide, sin embargo, y hasta exige iniciativas tendientes a modificarla. Lo contrario sería el estancamiento, el peor enemigo de los proyectos históricos. Mientras esas iniciativas se mantengan en el plano de la persuasión, ellas no afectan para nada el carácter democrático del Estado. Basta, empero, que asuman carácter coercitivo para que la democracia sea puesta en peligro.

Elo conduce a plantearse qué es la ley en un Estado proletario democrático. Instrumento mediante el cual el Estado fija objetivos y establece procedimientos, bajo pena de sanción, es decir, de manera coercitiva, la ley no podría existir en un régimen en que todos fueran iguales y en el que nadie tuviera el derecho de imponer algo a otro. Para que la ley exista, es necesario que la toma de decisiones a nivel del Estado no se reparta equitativamente entre las clases que lo sostienen; lo que no tiene nada que ver, evidentemente, con la idea de la igualdad de todos ante la ley, que la revolución proletaria hereda de la revolución burguesa.

Democracia e igualdad política no son, pues, idénticas. La democracia implica desigualdad, por lo menos en la toma de decisiones, para lo que tiene necesariamente que ejercerse como dominación de una clase sobre otra.

Lo específico de la democracia socialista está en que esa dominación se ejerce mediante la persuasión y no la coerción. Es por esto que, para Lenin, la ley no es simplemente un imperativo que comporta una sanción (como en la democracia burguesa); ella es también y sobre todo –en cuanto medio de ejercicio de la democracia proletaria– un instrumento educativo, que fija objetivos y los explica, cabiendo al Estado (y al partido) aplicarlos mediante la persuasión. La ley ideal de la democracia socialista es aquella que contiene más preámbulo que artículos y que opera como palanca en manos de agitadores y propagandistas. En el límite, la ley ideal no es sino una forma más desarrollada de propaganda política.¹¹³

El método democrático de gobierno es posible en el marco de relaciones de clases que enfrentan un enemigo común y comparten objetivos históricos, siendo por eso capaces de consenso. Relaciones de ese tipo conforman una alianza, cuya expresión política es la democracia. Distinta es la situación cuando se trata de clases cuya relación está basada en la opresión y la explotación de una por la otra. En este caso, el método por excelencia de gobierno es la coerción, por mucho que la resistencia y la lucha de la clase dominada pueda forzar a la clase dominante a hacerle concesiones y a recurrir, si no a la persuasión, por lo menos al engaño, con el fin de limitar el uso indiscriminado de la coerción.

En efecto, ningún Estado puede asentarse exclusivamente en la coerción. Aún el Estado esclavista, basado en una relación de opresión-explotación casi indisfranzable y que, por eso mismo, se sostiene siempre con las armas en la mano, aún ese Estado es forzado a emplear medios no coercitivos –la costumbre, la idea de la inferioridad del esclavo, etc.– para ejercer su poder. Con el advenimiento de la sociedad burguesa, esto se acentuará, al verse la clase dominante forzada a conciliar la opresión y la explotación de las otras clases con el proyecto histórico que les propuso, centrado en las nociones de igualdad y de libertad, así como de progreso. Esa será la tarea de la ideología burguesa.

Arma privilegiada en su lucha por el poder político, la ideología se volvió también, con la burguesía, instrumento de la mayor importancia para ejercerlo. Ninguna clase en la historia, antes de ella, concedió a la ideología papel tan decisivo en su modo de dominación. Por tanto, la burguesía debió

¹¹³ Es más desarrollada porque la clase que la emplea cuenta con el Estado –no específicamente como instrumento de coerción, sino de presión económica– para apoyarla, por ejemplo, dando prioridad a los recursos para la construcción de cooperativas agrícolas.

realizar una labor titánica, hasta convertir a la igualdad en subordinación igual de todos a la ley; a la libertad, en la libre disposición de la propia fuerza de trabajo; y al progreso, en perspectiva individual de promoción social. La piedra de toque de esa construcción ideológica, en el plano de la dominación, fue el concepto de ciudadanía –o la titularidad individual de los derechos políticos– mediante el cual la burguesía escamoteó las clases sociales e hizo a cada uno participe aislado de la vida del Estado. El individuo ha sido confrontado así, sin ninguna defensa, al Estado, fuente y guardián del orden establecido y que cumple su función mediante el monopolio de la fuerza.¹¹⁴

La democracia socialista, que rompe con el individualismo burgués y se asume como expresión de la lucha de clases, renuncia también a la mistificación ideológica como instrumento de dominación. Vimos ya la ruda franqueza que reina en el seno de la alianza obrero-campesina, basada en el interés común de poner fin a la opresión y a la explotación, pero en la que subsisten todavía divergencias en cuanto a intereses de clases inmediatos. Hacia la burguesía, con la que no comparte interés histórico alguno, la clase obrera no puede practicar una política de alianza: la burguesía es sometida al proyecto histórico del proletariado mediante la fuerza, la coerción, sin que existan posibilidades de persuadirla a aceptar la democracia socialista.

Es natural que –en un tiempo histórico en que la correlación mundial de fuerzas la favorece– la burguesía se resista fuertemente a los movimientos nacionales de revolución proletaria, encauzando la lucha de clases hacia la guerra civil abierta. Es en ese contexto que la dualidad *democracia proletaria-dictadura del proletariado*, tal como la formuló Lenin, adquiere plena vigencia. Persuasión y coerción se constituyen entonces en dos líneas claramente diferenciadas, dos polos opuestos y complementarios de la acción estatal.

Pero ni la capacidad de resistencia de la burguesía se ejerce de manera constante y uniforme ni la correlación mundial de fuerzas tiene preeminencia sobre la que va construyendo internamente la revolución proletaria. Sea porque la burguesía flaquea temporariamente en su lucha opositora, sea porque ella tiene que plegarse a una situación de facto que no le permite insurgirse, la democracia socialista puede –a partir de una clara posición de fuerza, es decir, de una capacidad coercitiva incuestionable– hacer concesiones

¹¹⁴ El monopolio de la fuerza por el Estado es una invención burguesa, en su lucha contra el orden feudal. El mayor grado de dispersión de la fuerza es el que se registra en el Estado esclavista, donde la coerción sobre la clase dominada es atribución de cada propietario de esclavos.

a la burguesía, así como a sectores de otras clases a ella vinculados –los intelectuales llamados burgueses, principalmente–. Esas concesiones no se confunden con las que se verifican en la alianza obrero-campesina, las cuales, como indicamos ya, son ilimitadas en el contenido y en el tiempo, determinando por ello el carácter y la duración de la transición socialista. Las concesiones a la burguesía, inversamente, son condicionadas por las exigencias de la transición y están necesariamente limitadas en un sentido y en el otro. Si exitosas, abren al proletariado y a la burguesía la posibilidad de acuerdos concretos, que, sin configurar una alianza –ya que excluyen intereses históricos comunes– se definen más bien como compromisos.

La política leninista de antes de la guerra civil y, más tarde, de la NEP los practicó sin disfraces. Buenos ejemplos son el decreto de 1918 sobre la publicidad, que –como lo señaló el mismo Lenin– indicaba claramente que el gobierno soviético no se daba como tarea inmediata la socialización total de la industria y del comercio, o los privilegios concedidos a los técnicos en el período de la NEP. La revolución china aseguró la supervivencia de empresas capitalistas nacionales por el tiempo de vida de sus propietarios. Cuba mantuvo por largo período intocado al pequeño comercio. Y Nicaragua –en la línea esbozada ya por el proceso chileno de 1970– consagró tres formas de propiedad en su estructura jurídica: estatal, cooperativa y privada.

En este plano, el concepto de dictadura –en tanto régimen de violencia abierta de una clase contra otra– no se aplica plenamente. Los compromisos representan una forma de ejercicio del poder hasta cierto punto consensual, aunque se estriben en la capacidad material de coerción que tiene el Estado. A diferencia de las alianzas, los compromisos no involucran cuestiones relativas a intereses históricos comunes y antes se refieren a intereses prácticos e inmediatos claramente identificados y debidamente ecuacionados por las partes interesadas.

Sin embargo, la importancia del compromiso para el desarrollo de la democracia socialista trasciende lo meramente táctico y va más allá del espacio específico de las relaciones burguesía-proletariado. En efecto, para avanzar hacia una política de compromisos, el proletariado tiene que haber resuelto de manera correcta su política de alianzas: sólo un bloque revolucionario sólido asegura un Estado fuerte, condición *sine qua non*, como señalamos, del compromiso. Esto significa que la política de compromisos no es posible si la democracia no es plenamente ejercida en el seno de la alianza, sin lo cual ésta abrirá siempre flancos a las maniobras del enemigo.

En esta perspectiva, la política de compromisos no es sino la irradiación de la práctica democrática del bloque revolucionario al conjunto de la sociedad. Mediante ella, aún la dominación basada en la coerción asume tintes más suaves y permite la extensión limitada de prácticas democráticas a la misma burguesía. Abre, así, en cierta medida, camino al uso de la persuasión, particularmente en dirección a las nuevas generaciones. Por eso, la aplicación del compromiso, allí donde él se hace posible, imprime un sello más democrático al conjunto de la transición socialista, la cual, sólo en ese contexto, puede adoptar de manera más amplia el pluralismo.

Es para una transición socialista basada en el compromiso que Marx concibe el programa expuesto en el *Manifiesto Comunista*. Tras más de un siglo de luchas de clases, algunos de los puntos allí planteados han sido ya total o parcialmente resueltos en el seno del propio capitalismo. Se engañan, sin embargo, los que suponen, por ello, que aquél era el programa de la revolución democrático-burguesa. Basta constatar, entre esos puntos, la supresión del derecho de herencia para darse cuenta de que se trata del programa de la revolución proletaria, tal como la concebía Marx, es decir, en tanto proceso histórico destinado a suprimir las bases de la sociedad burguesa e inaugurar la transición hacia el comunismo.

La modestia aparente y el innegable gradualismo del planteamiento de Marx son consecuencia natural de la visión que él tenía del comunismo en tanto fruto del mismo desarrollo histórico. En un alto grado de abstracción, él expresaría esa visión en el Prefacio a la *Contribución*, que nos presenta el pasaje del capitalismo al comunismo como sucesión casi natural de modos de producción. Para Marx, el capitalismo crea mediante su propio desarrollo las premisas del comunismo y es sobre ellas que se apoya el proletariado para promover la transición socialista.

Ello no excluye, para nada, el hecho de la revolución, vale decir la conquista del Estado por el proletariado. Para Marx, el Estado es, de hecho, la palanca que el proletariado debe tomar en sus manos para remover las formas capitalistas que obstruyen el paso de la historia. Esa idea recorre toda su obra, está presente en *El Capital* (donde reivindica, por cierto, el programa del *Manifiesto*), en su polémica con los cooperativistas y, sobre todo, en su estudio sobre la Comuna. Al reconocer en ésta la primera expresión histórica del Estado proletario, Marx no hace (como lo señaló Engels) sino reafirmar lo que el Manifiesto expusiera ya sin dejar lugar a dudas: la necesidad de la revolución proletaria como partera del socialismo.

¿Esa revolución es necesariamente violenta? Marx admitía la posibilidad del camino pacífico, basado en el compromiso, en países sin gran desarrollo de la burocracia y del ejército —es decir, en países donde el Estado burgués no alcanzaba todavía su plena madurez—. En su análisis del problema, Lenin parte de la visión del capitalismo en su fase imperialista para sostener que la vía pacífica, tal como la concibiera Marx, se encontraba cancelada precisamente en países, como Estados Unidos, donde ella pareciera más practicable. Las reflexiones posteriores de Lenin, retomadas por la III Internacional, harán del imperialismo la piedra de toque de una estrategia de revolución violenta que se extiende a los países del Tercer Mundo.

La historia le ha dado razón. Nada impide, empero, que la posibilidad de la revolución pacífica sea replanteada en el curso del desarrollo histórico, aunque sobre bases distintas de las que establecía Marx. En efecto, un factor decisivo en el éxito o el fracaso de las revoluciones modernas es la correlación de fuerzas internacional. Sin ella, es difícil explicar la derrota de la Unidad Popular en Chile —independientemente de que no se le pueda atribuir la influencia decisiva— así como el avance reciente del socialismo en Asia, África y América Latina.

Para la importancia del factor internacional, en los procesos nacionales de revolución proletaria, contribuye tanto la internacionalización del capital en la fase imperialista, y la solidaridad burguesa que sobre ella se asienta, como la creciente fuerza política, económica y militar de la Unión Soviética y, con ella, de los países que se enmarcan en su campo de alianzas. Pero la influencia del campo socialista no opera en el vacío, sino en el contexto definido de las correlaciones de fuerzas, llevándolo a operar más abiertamente o con políticas de perfil bajo, según las circunstancias. Por otra parte, el juego de contradicciones en el campo imperialista influye en sentido favorable o desfavorable en los procesos revolucionarios, de lo que es buen ejemplo la actitud distinta que asumió Europa occidental ante el Chile de Allende y la Nicaragua sandinista.

Esto no implica que no se verifique una tendencia en la evolución de la correlación de fuerzas internacional. Aún si nos atenemos a momentos favorables para la expansión del socialismo, la formación de las democracias populares de Europa oriental, así como la victoria de la revolución china, verifican en un contexto en que, pese a la influencia creciente de la URSS, el campo imperialista ostenta innegable poderío; en cambio, el avance revolucionario en el Tercer Mundo, en la segunda mitad de los 70's, reflejó una

mayor debilidad del imperialismo, minado por la crisis económica internacional, la agudización de la competencia entre Estados Unidos, Europa y Japón, y la crisis global de la sociedad norteamericana. Observemos que, aunque contenidos relativamente, ninguno de esos factores fue realmente superado.

Es posible suponer que, mediante el fortalecimiento del socialismo y el avance del movimiento revolucionario mundial, la correlación mundial de fuerzas pueda venir a ser totalmente desfavorable a la burguesía internacional. En ese contexto, se abrirían posibilidades mayores para revoluciones proletarias pacíficas, en posición para practicar de la manera más amplia la democracia y el pluralismo. Es evidente que la concreción de esa posibilidad, que ahorraría costos y sufrimiento a las masas trabajadoras, depende aún, prioritariamente, del éxito que logren hoy los movimientos revolucionarios en el ámbito de sus luchas nacionales. El contenido de la revolución será siempre la conquista del poder político por el proletariado y sus aliados, la forma que ella aún asume es la lucha frontal contra el enemigo de clase para alcanzar ese objetivo.

En este evento, homenajeamos la memoria de un revolucionario que, en su pensamiento y en su práctica, se hizo carne con esa idea. Dondequiera que los obreros y los campesinos de América Latina se alcen en lucha por la conquista del poder, allí estará presente Ernesto Che Guevara, enseñándoles, con su palabra y su ejemplo, que la revolución es el camino real al socialismo y, más que eso, que no hay revolución fuera del socialismo.

ACERCA DEL ESTADO EN AMÉRICA LATINA¹¹⁵

En relación al tema que nos ocupa: la emergencia de un nuevo orden estatal en Latinoamérica, me referiré a tres cuestiones principales. La primera tiene que ver con los modos de participación de la sociedad en las estructuras y en el ejercicio del poder, es decir, con la democracia. La segunda, con la capacidad de esa sociedad para formular e implementar políticas atendiendo a sus propios intereses, lo que atañe a la autonomía y, por ende, la dependencia. La tercera cuestión, en fin, se plantea en la perspectiva del futuro de América Latina, en el contexto de las transformaciones por las que pasa el mundo en este fin de siglo.

Poder popular y movimientos sociales

Las luchas democráticas contemporáneas en América Latina han estado fuertemente influidas por los cambios que ella ha experimentado en su formación socioeconómica, en especial los que indujeron a la salarización y a la urbanización en gran escala, y por el marco internacional de la guerra fría, que determinó la agudización de las luchas de clases y la polarización de las fuerzas políticas. Manifestaciones importantes de esas luchas han sido el esfuerzo radical por afirmar y ampliar la participación de las masas en el contexto de regímenes burgueses democráticos, que cristalizó en el fenómeno del poder popular, y la resistencia popular a regímenes de corte tecnocrático y militar, que dio origen a los movimientos sociales.

Poco estudiado y casi falto de bibliografía, el fenómeno del poder popular es hoy prácticamente ignorado en nuestros estudios sociológicos y políticos. Surgiendo de forma espectacular en el curso del proceso chileno de la Unidad Popular, representó un intento de masas obreras y populares marginadas para organizarse y, simultáneamente, constituir un poder alternativo al del Estado burgués tradicional, cuya lógica sofocaba el ímpetu transformador de la coalición de izquierda que gobernaba entonces Chile. Su ámbito de actuación fue eminentemente local, pero su trayectoria implicó transitar de la defensa de intereses inmediatos al planteamiento de políticas nacionales. Por ello, sus expresiones fueron múltiples, comenzando por las juntas de abastecimiento y precios, pasando por los llamados “cordones industriales” y llegando a los comandos comunales urbanos y campesinos, que reunían obreros y/o campesinos, profesionales, estudiantes, mujeres.

¹¹⁵ Archivo de Ruy Mauro Marini, con la anotación “Intervenção no Congresso de ALAS, Havana, 1991. Versão definitiva, publicada en Memoria del Congreso, N. Sociedad”. También, aparece en el archivo como: “Tres observaciones sobre el Estado en América Latina”.

Fenómeno similar, aunque más coyuntural y localizado, se registró en esos años en países como Argentina, Colombia y México. Sin embargo, sólo los regímenes de orientación socialista, vale decir los de Cuba y la Nicaragua sandinista, se preocuparon de rescatarlo e institucionalizarlo.

En los países donde la represión estatal forzó las masas al repliegue, ellas se refugiaron en sus últimas trincheras: la vivienda, la escuela, el local de trabajo, para desde allí desarrollar la lucha por sus derechos. El nuevo sindicalismo brasileño, peruano, mexicano tiene ese sello de origen, así como los movimientos barriales, ecologistas, generacionales, feministas. A medida que la burguesía se adhirió a las movilizaciones en pro de la democracia y bregó por tomar su conducción, ella estimuló esos movimientos a apurar sus especificidades y aún su corporativismo, como forma de alejar a las masas de la lucha política general. La manera como, en Brasil, ella alentó con una mano el desarrollo de esos movimientos, mientras con la otra llevaba al fracaso la campaña por el restablecimiento de las elecciones presidenciales directas (el llamado movimientos por las "directas-ya"), ilustra elocuentemente la táctica empleada por la burguesía latinoamericana para asumir el liderazgo de los procesos de democratización.

De consuno con el imperialismo, la burguesía acabó por lograr su objetivo. La hegemonía de esa alianza se ha traducido en la implementación de un proyecto de corte democrático-liberal. Desde el punto de vista de la reconstrucción democrática, ese proyecto enfatiza el papel del parlamento, instancia en donde la burguesía puede con facilidad obtener mayoría, directamente o, lo que es más frecuente, a través de la élite política a su servicio. En relación al papel del Estado en la vida económica, el proyecto burgués-imperialista abraza al neoliberalismo, con el fin de adecuar la economía latinoamericana a los intereses de los grandes centros, privatizar el capital social que se encuentra en la esfera pública y limitar la capacidad de intervención en la economía de que dispone el ejecutivo, ya sea transfiriendo parte de sus atribuciones al parlamento, ya sea apropiándose la burguesía misma de la otra parte, en nombre de supuestos derechos de la iniciativa privada.

Ese proceso se encuentra todavía en curso y choca con muchas resistencias. En efecto, si es cierto que el modo como se ha desarrollado el movimiento popular se ha constituido en obstáculo a su plena afirmación política, le proporciona empero las premisas para una estrategia de lucha por el poder y para un proyecto nuevo de sociedad.

Al lado de sus organizaciones tradicionales, como los sindicatos, el movimiento popular cuenta hoy con órganos de todo tipo, que ha debido crear para asegurar su derecho a la educación, al transporte, a la vivienda, al abastecimiento de alimentos, luz y agua, los cuales le confieren un tejido mucho más denso que en el pasado y una capacidad insospechada para comprender, manipular y controlar los complejos mecanismos de producción y circulación de bienes y servicios. Por ello, cuando la burguesía plantea un modelo de sociedad que transfiere esos mecanismos y su control al mercado y al parlamento, instancias donde ella reina soberana, el movimiento popular puede contraponerle su propio esquema de régimen social, basado en la organización de las masas en función de sus intereses inmediatos y en su participación directa en las instancias pertinentes de decisión.

La experiencia de los pueblos latinoamericanos les ha enseñado que la concentración de poderes en manos del Estado, cuando éste no es suyo, apenas lo refuerza en tanto que máquina de opresión de la burguesía. Debilitarlo hoy, restarle fuerza económica y política interesa, pues, al movimiento popular, siempre que ello implique transferencia de atribuciones y riqueza no a la burguesía, sino al pueblo. Así, el fin de la política proteccionista es visto con benevolencia. Respecto a las privatizaciones, el movimiento popular –sin perder de vista que la propiedad pública siempre es más permeable a sus demandas que la privada– se orienta hacia la propuesta de un área social regida por el principio de la autogestión y de la subordinación de los instrumentos estatales de regulación a las organizaciones populares.

En la lucha por su propuesta democrática, el movimiento popular ha avanzado considerablemente en su capacidad de concretar alianzas y aglutinar amplios sectores de la población. Desde fines de los 80, los procesos electorales, en México, en Brasil, en Argentina, en Perú, en Venezuela, han mostrado un claro avance de las fuerzas progresistas. El que, en la mayoría de los casos, los gobiernos resultantes de esos comicios hayan asumido la defensa de intereses ajenos al pueblo es harina de otro costal. Ello ha implicado un divorcio creciente entre las élites políticas y las masas, llevando a que el proyecto democrático-liberal se vuelva cada vez más cuestionado.

La tarea central de la izquierda latinoamericana consiste en formular una alternativa viable a ese proyecto y hacerlo junto y con las masas. En ese contexto, habrá que rescatar las conquistas históricas que las masas han logrado ya, en el seno de la sociedad burguesa, y plasmar nuevos institutos

jurídicos y normas de vida, que correspondan a una sociedad superior. La izquierda tendrá que alcanzar, sobre esa base, su unidad, descartando de antemano los planteamientos dogmáticos y sectarios que hacen de esa unidad un punto de partida, para, a la inversa, poner al pluralismo político e ideológico como criterio fundamental de una práctica social libre y solidaria.

Autonomía y dependencia

Respecto al segundo punto, la capacidad de los países latinoamericanos para autodeterminarse, conviene recordar que, en los 70's, la declinación del poderío norteamericano, *vis-à-vis* del bloque socialista y de los otros centros capitalistas, abrió camino a una mayor autonomía de los Estados latinoamericanos en el plano internacional. Al lado de proyectos de afirmación nacional como el del "Brasil potencia" o de la "Gran Venezuela", se desarrolla entonces un vigoroso latinoamericanismo, que se expresa en la formación del Sistema Económico Latinoamericano (SELA), en 1975, e iniciativas como las del Pacto de San José, mediante el cual México y Venezuela buscan paliar los efectos causados por la crisis petrolera a los países centroamericanos, o la del Grupo de Contadora, con el que esos dos países, junto a Colombia y Panamá, tratan de frenar al intervencionismo yanqui en la región.

En los 80's, caracterizados por la contraofensiva norteamericana, bajo el gobierno de Ronald Reagan, y el derrumbe del socialismo europeo, esa situación se modificó drásticamente. Junto a ello, los coletazos de la crisis económica internacional agravaron los problemas latinoamericanos. Estados Unidos reemplazó, entonces, en tanto que instrumentos de intervención en los asuntos de América Latina, al Departamento de Estado y el Pentágono por sus Departamentos del Tesoro y de Comercio, actuando de consuno con el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Los acuerdos referentes al pago del servicio de la deuda externa y a préstamos y financiamientos, particularmente los que se han concluido con el FMI y el Banco Mundial, atan de las manos nuestros gobiernos, fijando al detalle, por largos períodos, la política presupuestaria, los planes de inversión, los montos de los gastos sociales, los niveles de la tasa de interés. Al firmarlos, los gobiernos latinoamericanos renuncian a cualquier pretensión de independencia en la formulación de sus políticas y pasan a disponer de un grado de autonomía prácticamente nulo.

Se nos está imponiendo, así, una política de reconversión económica funcional a los objetivos de los grandes centros capitalistas. En ese marco, se nos asigna la obligación de abastecer a éstos con materias primas y manufacturas de segunda o tercera clase, a costa del desmonte de nuestras estructuras productivas y de nuestros propios mercados, poco importando que ello implique volver la espalda a la atención de las necesidades más elementales de la población. Paralelamente, se nos fuerza a la práctica de una política de privatizaciones, que transfiere a precio vil para las manos de los grandes grupos, extranjeros en su aplastante mayoría, las empresas creadas con fondos públicos, fondos que han sido formados por nuestros pueblos con enorme sacrificio. Al Estado queda poco más que la función de reprimir a las masas para garantizar la consecución de esos propósitos.

La izquierda y las fuerzas progresistas de América Latina no disponemos de una estrategia adecuada para hacer frente a esa problemática ni estamos siendo capaces de vincular las luchas populares en pro de una verdadera democracia con el proyecto de una sociedad más justa e independiente. Hay un vacío teórico e ideológico, que se hace tanto más peligroso cuanto más decidida es la acción de los grandes centros internacionales y de nuestras burguesías para llevar adelante su política de reconversión.

Sin embargo, es indispensable preocuparse con los efectos económicos y sociales de esa política. La reconversión implica modernizar o sencillamente destruir sectores de productividad más baja, lo que impacta negativamente el empleo y contribuye por ello a degradar el salario. Cabe a las fuerzas populares actuar en pro de la puesta en marcha de mecanismos compensatorios de transición, mientras se concluye la construcción de un parque productivo renovado, capaz de competir internacionalmente, reduciendo los costos y al mismo tiempo elevando los niveles de empleo y salario.

La propuesta misma de reforma del Estado que se ha planteado en América Latina, debe ser revisada. No se trata ya de defender indiscriminadamente su presencia en la economía ni de batirse por un proteccionismo exacerbado; que sólo sirvieron, en la mayoría de los casos, para transferir valor a los grupos empresariales privados. Se trata, primero, de postular que el Estado asuma papel rector en esa nueva etapa del desarrollo económico, a fin de orientar el proceso y cohibir la *cupidez* de los grupos nacionales y transnacionales. Trátase, también, de garantizar que la privatización de las empresas estatales no signifique tan sólo el traspaso del patrimonio público a

manos privadas, mediante transacciones de dudosa seriedad, sino que conduzca a una creciente participación popular en el plano de la producción y de la distribución.

Se trata, en fin, de que las llamadas ‘políticas de austeridad’ representen realmente el término de las transferencias de recursos al sector empresarial privado e impliquen, simultáneamente, el redireccionamiento del gasto estatal hacia las políticas sociales. En ese contexto, la prioridad –además de la salud– es la educación, condición *sine qua non* para que la población latinoamericana sea capaz de ajustarse a las exigencias que los cambios técnico científicos acarrearán a nivel de la producción y los servicios, además de ser palanca privilegiada para la elevación política y cultural de los trabajadores.

El futuro de América Latina

Llegamos así a nuestra tercera cuestión, que se refiere a la posibilidad de existencia de una América Latina integrada y solidaria ante los campos de fuerzas que configura el nuevo orden mundial. No nos preocupa tan sólo la emergencia de grandes bloques económicos en Europa, en América del Norte, en Asia. Nos preocupan sobre todo las tendencias a la transformación del orden estatal, que, presentes a nivel mundial, pueden balcanizar definitivamente a la región, si ella no las encauza hacia una integración superior.

Lo primero a considerar es que la integración económica de América Latina es prerequisite indispensable a nuestra integración a la economía mundial. Sólo así evitaremos que, dispersos y aislados, seamos objeto de anexiones por separado. A ese nivel, y como una manera de concentrar nuestras fuerzas, habrá que recuperar muchas de las atribuciones estatales votadas a la extinción en los procesos nacionales de reforma del Estado, actualmente en curso.

Sin embargo, para que la integración económica resulte, hay que tener claridad respecto a los problemas que encierra. De partida, ella no debe ocultar su propósito de alcanzar una mayor especialización de las economías nacionales, puesto que sólo se puede integrar lo que es complementario. Esto supone la destrucción de los sectores menos o no competitivos de algunos países en beneficio de otros, además de involucrar significativo costo social. Pero el desarrollo conjunto, mediante mecanismos multinacionales, de

nuevos sectores productivos y de servicios, principalmente los que se basan en las tecnologías de punta, representa una compensación más que suficiente, junto a las políticas a ser adoptadas para minimizar los costos sociales.

Hay un aspecto aún más relevante: retirar a la integración de la competencia exclusiva de los gobiernos y la burguesía, mediante el despliegue de una mayor iniciativa por parte de las fuerzas populares, lo que supone la coordinación de esfuerzos en el plano sindical, social y cultural, así como partidario y parlamentario. La integración debe dejar de ser un mero negocio, destinado tan sólo a garantizar áreas de inversión y mercados, para convertirse en un gran proyecto político y cultural, tal como la ha concebido la mejor tradición de la izquierda latinoamericana. Ello exige que obreros, estudiantes, intelectuales, mujeres, organizaciones sociales y políticas de los países de América Latina forjen los instrumentos hábiles para la unificación de sus demandas y para la coordinación de sus luchas en el plano reivindicativo y de la legislación laboral, de la política educacional y de las plataformas programáticas, y se batan por la inclusión de sus representantes en los órganos existentes o por ser creados en el marco del proceso de integración.

Cabe considerar, finalmente, que la integración política parece estar sometida a un doble proceso. Lo ilustra la emergencia de una Europa occidental políticamente unificada y, en contrapunto, el derrocamiento del poderoso y ultracentralista Estado soviético, que ha dado lugar a una multiplicidad de nuevas naciones, dentro y fuera de la actual Comunidad de Estados Independientes. Pero en la misma Europa occidental se observa que, de forma violenta, como en el País Vasco e Irlanda, o pacífica, como en Escocia y Lombardía, una serie de nacionalidades reivindican su autonomía.

A raíz del desarrollo del mercado común norteamericano, nadie puede asegurar que movimientos nacionales autonomistas no vengán a amenazar la integridad territorial de México, con sus contrastes entre norte y sur, peligro que se cierne igualmente sobre Canadá, de débil consolidación nacional, y aún sobre Estados Unidos, donde se acusa a cada día la heterogeneidad étnica. Consideraciones de ese orden son válidas para la comunidad en gestación en el Cono Sur, en especial Brasil, dilacerado por las diferencias que se profundizan entre las regiones sur y noreste y asombrado por los intereses internacionales que se proyectan sobre la Amazonia. Por razones socio-económicas o étnicas, la inmensa mayoría de los países latinoamericanos no parece constituir excepción, con destaque para Colombia, Perú y Guatemala.

Todo pasa como si estuviéramos asistiendo al comienzo del fin del Estado-nación, en tanto expresión necesaria y única de afirmación –y negación– de las nacionalidades que el desarrollo del capitalismo mundial puso de pie. En su lugar, sobre la base de una internacionalización económica y cultural creciente, derivada de los movimientos de capital y las nuevas tecnologías de transporte y comunicaciones, se esboza la tendencia a la constitución de entidades internacionales más grandes y, en contradicción aparente, de entidades nacionales menores y más estrechamente vinculadas a las raíces históricas, étnicas y culturales de cada pueblo. Integración internacional y derecho de las nacionalidades a la plena autonomía –tal parece ser el marco que empieza a forjarse el mundo de mañana.

En la mejor tradición de la izquierda latinoamericana, el sueño de Bolívar y del Che se encuentra hoy reactualizado por la vida misma. No nos cabe sino luchar por una América Latina integrada política y económicamente, mediante estructuras supranacionales capaces de asegurar a sus pueblos y etnias el derecho a desarrollarse sin cortapisas. Pero, tanto en el plano regional como mundial, la desigualdad de los sujetos que se confrontan y las relaciones de explotación que subyacen a todo el proceso representan un reto que demanda un esfuerzo formidable de invención, tanto más que el mismo socialismo ha sido puesto en cuestión. Y, sin embargo, parece ser altamente improbable que ese nuevo curso de la historia pueda seguir adelante sin la superación del capitalismo, régimen social que se funda en la desigualdad y la explotación. Habrá, así, que revisar nuestra concepción del socialismo y, desechando su identificación exclusiva con la revolución bolchevique y sus avatares, retomar la idea-clave de Marx, que ve al socialismo como una era histórica, fruto de un largo período de transformaciones y realización efectiva del protagonismo de las masas.

Importa poco que, al hacerlo, se nos tache de anticuados, modernos, postmodernos o simplemente que se nos pretenda negar calificación científica. La ciencia no es un conjunto de procedimientos destinados a embellecer o escamotear la realidad. A ella cabe lidiar con hechos, aunque ello implique perder la elegancia y ensuciarse las manos. La forma por la cual se están desarrollando la democracia, la reconversión económica y la integración en América Latina, y sus reflejos a nivel del orden político, están lejos de corresponder a nuestros deseos. Ello nos exige asumir nuestras responsabilidades para con los pueblos de la región y esforzarnos por señalarles un camino mejor.

EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO MUNDIAL Y SU IMPACTO EN AMÉRICA LATINA¹¹⁶

A partir de 1967, el mundo capitalista ingresó a una crisis de larga duración, que se desdobló en tres fases. Mucho se ha hablado de esa crisis y algo se sabe de las estrategias puestas en práctica por los centros imperialistas, en particular Estados Unidos, para superarla. Sin embargo, los análisis de la crisis: a) no han considerado oportunamente el hecho de que esa crisis no era sólo del mundo capitalista, sino que se había convertido en un proceso verdaderamente mundial; b) se enfocaron al estudio de las estrategias de recuperación en relación al mundo capitalista en sí; y c) prescindieron en su mayoría de un examen serio de lo que pasaba en el mundo socialista.

En estas consideraciones sobre la crisis, buscaremos no perder de vista su dimensión propiamente mundial.

Las etapas de la crisis mundial

En ese sentido, distinguimos una primera fase, que va hasta comienzos de los 80, marcada por graves y recurrentes recesiones en los países imperialistas. Desde fines de los 70's, más precisamente a partir de 1978, se registra la formulación de estrategias de reconversión, a nivel de las grandes ramas (automotriz, electrónica, telecomunicaciones, etc.), que involucran medidas de modernización y contemplan inversiones tecnológicas cuantiosas, al tiempo que se agudiza allí la competencia entre grandes grupos económicos. Las quiebras, fusiones y acuerdos inter-firmas se suceden y asumen carácter brutal durante la recesión que atravesaron los centros capitalistas en 1980-1982.

Durante esa fase, se mantuvo estable el crecimiento de los países socialistas y se aceleró en ellos el avance de la industrialización. Es así como, frente a un aumento medio anual de 3.9 % de la producción mundial, en la década de 70, la URSS y Europa Oriental crecieron a una tasa media anual de 5 %; paralelamente, su participación en la producción industrial mundial, que era de 18.6 % al comienzo de la década de 1970, llega a casi un cuarto en 1980. Sin embargo, cabe observar que en la URSS, durante los 70's, la expansión económica pierde velocidad en relación a la década anterior: 7.1 % anual en los 60 y 5.6 % en los 70.

¹¹⁶ Archivo de Ruy Mauro Marini, con la siguiente anotación: "Ponencia I Encuentro Nacional de Latinoamericanistas, Puebla, abril 1993. Para *Memoria*. Puebla 93 (y UAM?)".

A su vez, los países dependientes se han visto afectados desigualmente por la crisis capitalista. Considerando al grupo relativamente más desarrollado, algunos –como Sudáfrica e India– ven caer su tasa de crecimiento, quedando por debajo de la media mundial, mientras otros –principalmente Corea del Sur y Brasil– aumentan su producción a tasas muy elevadas. Esa desigualdad explica la modesta progresión de la participación de los países dependientes en la producción industrial mundial: desde el 8 % a casi el 10 %, entre 1960 y 1970.

El resorte del crecimiento de los países dependientes y del bloque socialista europeo fue, precisamente, la crisis que vivían los centros capitalistas. Implicando allí una sobreacumulación de capital, ella provocó la búsqueda de nuevos campos de inversión y dio lugar a grandes flujos de inversión en dirección a esos países, al tiempo que les abría a este espacio en el mercado mundial de manufacturas. Es lo que explica el notable crecimiento de países como la RDA o Polonia, así como la cristalización del fenómeno sub-imperialista o, si se prefiere, de los llamados NICs (nuevos países industrializados). Fue a partir de allí que se hizo posible a los centros diseñar su estrategia de recuperación, basada en el desarrollo de nuevas ramas de producción y servicios utilizando tecnologías de punta.

La recesión de comienzos de la década pasada cambió esa situación. Golpeando a los países centrales entre 1980-82, ella afectó también al comercio internacional, llevándolo por primera vez en mucho tiempo a una contracción. Por otro lado, aunque se mantuvo aún fuerte en los primeros años de esa fase, el movimiento de capitales comienza a bajar desde 82 y, para los países dependientes, es ya apenas la mitad en 1984, precisamente cuando la carga representada por el servicio de la deuda contraída en los 70 se hacía agobiante. Precipitados todos, incluso los NICs, a la recesión a partir de 1981, sólo en 1984 ellos emprenden una difícil recuperación, bajo el soplo de la retomada en los centros y en el comercio mundial. Esa recuperación se debió hacer en un nuevo contexto internacional y bajo la presión de los centros imperialistas en pro de la reconversión, como veremos adelante.

La recesión de comienzos de los 80 arrastró también, por primera vez, a los países socialistas, a excepción de China. La expansión de los 70 cobraba ahora su precio: realizada sobre la base de la extensión de sus parques productivos, sin mayor innovación tecnológica, y en dependencia creciente del mercado mundial, esos países se vieron a brazos con estructuras productivas obsoletas y una onerosa deuda externa. Su participación en el comercio internacional

los enfrentó a una aguda competencia con los países dependientes, particularmente los NICs, centrándose principalmente en líneas de intercambio caracterizadas por exceso de oferta y precios bajos. Por otra parte, la expansión económica precedente, con el consecuente crecimiento del empleo y del salario, junto a una acelerada urbanización, puso a sus gobiernos bajo la presión de expectativas de consumo que se han ido haciendo impostergables, tanto más que los regímenes vigentes se mostraron incapaces de dar al pueblo una ética y una escala de valores distintas de las que engendró el capitalismo.

Señalemos, de pasada, que China siguió un camino distinto y cosechó otros resultados. Tras el desenlace de la revolución cultural y la derrota del maoísmo, la dirigencia se abocó a la modernización del país, pero, al mismo tiempo que establece mejores relaciones con el mundo capitalista, se niega a una apertura irrestricta y rechaza la política de endeudamiento propuesta por el capital internacional. Aunque enfrente presiones populares, de carácter predominantemente político, el gobierno y el partido parecen lejos de las dificultades que hicieron presentes en la URSS y en Europa Oriental. Ello se debe en buena parte a la política económica seguida, pero también, sin duda, a la mejor liga lograda entre los ideales comunistas y la tradición cultural del país.

La emergencia de un mundo nuevo

La segunda mitad de la década de 1980 presenta, como señal distintiva, la reafirmación creciente del poderío y prestigio del capitalismo central, frente a una Europa socialista en crisis y los esfuerzos de reconversión de los países dependientes. Empecemos con el capitalismo central, que parece haber entrado en un nuevo ciclo. Aun la recesión actual, blanda y controlada, y, por cierto, ya superada en Estados Unidos, apunta en esa dirección, como si se tratara de poner a la casa en orden y preparar los grandes centros para explotar mejor las oportunidades que se abren, en Europa oriental, el Medio Oriente y Asia, principalmente.

En esos años, junto a un crecimiento moderado del PIB en los países centrales, el comercio mundial se expande de modo sostenido. Desde 83, la inversión fija mantiene allí niveles elevados, destacándose en ella lo que se refiere a máquinas y equipos, en particular de alta tecnología. Las tasas de ganancia presentan una doble característica: por un lado, una sensible

recuperación, que las pone en su nivel histórico (cercano al 20 %), y por otro, la supresión de las tasas exageradas de Japón, que apuntaban claramente a la obtención de ganancias extraordinarias, conquistadas sobre la base de diferencias tecnológicas extremadas. En otros términos, las condiciones de competencia entre los grandes centros se normalizan, lo que no quiere decir que ella no siga siendo feroz.

Un rasgo saliente de la llamada economía capitalista posindustrial es la coexistencia de altas tasas de inversión con niveles también elevados de desempleo. La comparación entre Japón y Alemania, o toda Europa, muestra, una vez más, que el problema no puede achacarse simplemente a la tecnología en sí, sino principalmente a las relaciones sociales. En efecto, pese a su alto grado de modernización tecnológica, el crecimiento del desempleo en la expansión es menos intenso en Japón que en los otros.

Como quiera que sea, e independientemente de que el capitalismo haya o no ingresado a la fase de expansión correspondiente a un nuevo ciclo largo, es innegable que él tiene en este momento la iniciativa. En el ejercicio de ésta, ningún país ha sido más agresivo que Estados Unidos. Desde 1980, poniendo en práctica las estrategias de recuperación planteadas a nivel económico, el imperialismo norteamericano encuentra en Reagan el dirigente indicado para hacer al resto del mundo pagar el precio de su reforzamiento. La devaluación sistemática del dólar, el proteccionismo comercial, las transferencias de capital en su favor: todo le ha servido a Estados Unidos para pasar la cuenta a los países centrales y dependientes. Estos últimos se han visto forzados a un proceso de reconversión económica, tendiente a ajustarlos como proveedores de materias primas y manufacturas de segundo rango a los países centrales, bajo la tutela de los organismos financieros internacionales.

En su conjunto, el capitalismo avanzado pasa a centralizar violentamente los flujos internacionales de mercancías y capital, haciendo jugar en su provecho la expansión del comercio internacional y reuniendo la masa de recursos necesaria para llevar a cabo el desarrollo de las nuevas tecnologías. La participación de los países dependientes en el valor de las exportaciones mundiales, que había evolucionado del 18.4 % en 1970 para el 28.6 % en 1980, cae en 1986 para el 20.6 %. Para ello, concurrió el abaratamiento de precios de los bienes exportados por los países dependientes y socialistas a los centros capitalistas, haciendo con que, para éstos, el valor unitario disminuyera en casi un quinto y permitiéndoles, pues, con el mismo monto en dinero, comprar más 20,5 % de bienes físicos. Paralelamente, los países

centrales concentraron la comercialización de bienes de alta tecnología y elevado valor agregado, como los productos electrónicos. Lo mismo hicieron con el capital dinero, que se concentró cada vez más en los países centrales, sea bajo la forma de inversiones directas, sea bajo la de préstamos y financiamientos.

Los países socialistas de Europa sufren, como vimos, el impacto de la crisis en los 80, y se ven sometidos, con excepción de la ex URSS, a la presión representada por el servicio de la deuda. La ascensión de Gorbachev, en 1985, va a significar un viraje en la política soviética, derivado del rezago creciente ante el capitalismo y de las presiones populares en pro de la flexibilización de las estructuras burocráticas de poder y de mejores condiciones de vida. Kerenski travestido de Lenin, Gorbachev anuncia una reforma profunda del socialismo soviético, que no amenazaría en principio sus fundamentos, e inicia el acercamiento a los países centrales. El deshielo abrió campo a sectores contestatarios, antes reducidos a grupos de intelectuales, e hizo aflorar en la burocracia partidaria un sector dicho reformista, que –adoptando una postura populista– creció rápidamente y galgó luego posiciones de poder. Su gesto más notable fue provocar la desaparición de la URSS.

El reformismo soviético oculta cada vez menos su orientación antisocialista y su fascinación por el capitalismo. Su penetración en una clase obrera despolitizada y reprimida es innegable. Frente a él, se alzan los sectores que tienen interés objetivo en el socialismo, en particular la burocracia ligada a la gestión del sector estatal, y los militares, de formación más rígida, además de marcada por la ideología de la guerra fría.

En materia de política internacional, Gorbachev, junto a la reducción del arsenal armamentista, trató inicialmente de orientar reformas similares en Europa oriental. Sin embargo, la despolitización allí es mayor, las raíces del socialismo más débiles y los nacionalismos más fuertes, además de que éstos se volvían, en buena medida, contra la propia Unión Soviética. No sorprende, pues, que Gorbachev fuera arrastrado más allá de lo que se proponía y, al insistir en la política de *descompromissamiento* de la URSS respecto a los movimientos antisocialistas de la región, acabara por abrir la puerta a la caída del muro de Berlín. Él iría aún más lejos al votar, en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, la resolución que dejó campo libre a Estados Unidos para intervenir militarmente en el Golfo Pérsico.

Implicaciones de la Guerra del Golfo

La guerra del Golfo representó la culminación de la estrategia de poder puesta en práctica por Estados Unidos a partir de 1980, la cual había ya engendrado acontecimientos como las intervenciones en El Salvador, en Granada y en Panamá, así como la extensión de la presencia militar norteamericana a países de Sudamérica, so pretexto de combatir el narcotráfico. Tras alentar el aventurerismo de Sadam Hussein (días antes de la invasión de Kuwait, la embajadora norteamericana en Bagdad afirmara que Estados Unidos no intervendría en la cuestión), el gobierno de Bush se valdría de ello para regimentar el apoyo del conjunto de los países imperialistas y desatar una de las guerras más brutales de este medio siglo, la única que llegó de hecho a contemplar la posibilidad del empleo de bombas nucleares.

A diferencia de lo que pasara en las intervenciones anteriores, Estados Unidos logró en ésta poner tras de sí al conjunto de los países imperialistas, para lo que colaboró el sello de las Naciones Unidas que pudo imprimirle y pese a la renuencia inicial de Japón, Francia y Alemania. Se afirmó como única superpotencia mundial, ratificando la división del trabajo que, desde la segunda guerra, había impuesto en el campo imperialista (al llamar a sí las tareas dichas de defensa) y rebajando la posición militar de la Unión Soviética, sin aceptar los intentos tardíos de ésta para moderar los efectos del mandato que consintiera en otorgarle en la ONU. Con ello, avanzó en el sentido de configurar un sistema mundial que combina, de un lado, la multipolaridad económica y política y, del otro, su supremacía militar.

La tendencia de ese nuevo sistema mundial es expresarse a través del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que se configura como una especie de órgano ejecutivo, dominado por los cinco países que tienen allí asiento permanente y poder de veto, al lado de un parlamento formado por la Asamblea General, cuyas decisiones no tienen carácter imperativo. La Corte de La Haya, también sin poder resolutivo, flanquea esa estructura que, inspirada en la doctrina política burguesa, quiere imponer a todo el mundo, y en particular a los países dependientes, una suerte de gobierno mundial. Ello pone otra vez sobre la mesa las discusiones que, al inicio del siglo, suscitaron la cuestión del superimperialismo.

Sin embargo, la homogeneidad económica que debería subyacer a esa superestructura no está presente, en virtud de la fragmentación de la economía mundial en grandes bloques teniendo por epicentro a Estados Unidos, Japón y el dúo Alemania-Francia. Más allá de la feroz competencia establece a nivel internacional, ello convalida las transformaciones acarreadas por la crisis, y en particular la centralización del capital que ella propició.

No es este el momento de llegar a conclusiones definitivas. Nos faltan, para ello, la perspectiva, la información y, sobre todo, el marco teórico indispensables para la construcción de una nueva visión del mundo. Pero no hay duda de que es preciso intentar un análisis renovado, partiendo del supuesto de que estamos realmente ingresando a una etapa histórica en que las cosas se anuncian radicalmente diferentes de lo que conocimos hasta ahora. Ante la falencia de los dogmas y la mediocridad de las teorías burguesas, el marxismo creador se presenta como la herramienta eficaz para llevarlo a cabo.

Reconversión e integración en América Latina

Cabe así volver los ojos para lo que está pasando en los países latinoamericanos. Hemos planteado que la dependencia es una relación de subordinación política entre naciones capitalistas. Desde otro punto de vista, ella corresponde a una forma peculiar de capitalismo, que surge en base a la expansión mundial de un sistema que configura diversas formas de explotación. El capitalismo dependiente representa, en ese contexto, un tipo de capitalismo en el cual, dadas las relaciones de clases que allí se establecen, basadas en la superexplotación del trabajo, las contradicciones se hacen más agudas, configurándolo pues como el “eslabón débil” del sistema. Es por ello que a más desarrollo capitalista dependiente, más contradicciones sociales y mayor desarrollo de la lucha de clases.

Desde los años 80, sobre la base de las derrotas sufridas por la izquierda y la subordinación de los movimientos de masas a la hegemonía burguesa, se han impuesto las políticas neoliberales. Ellas se aplican hoy de México a Argentina, con la destrucción de parte del parque productivo construido por los países latinoamericanos después de los años 30, la extensión del desempleo, la rebaja de los salarios y la negativa del Estado a atender las necesidades básicas de la población en materia de educación, salud, vivienda y seguridad social.

El objetivo es forzar la reconversión económica de la región para adecuarla a los requerimientos de los centros imperialistas, frente a los cuales ella está llamada a producir y exportar bienes primarios y manufacturas de segunda clase e importar bienes industriales de tecnología superior. Con pequeña variación, se trata de implantar un esquema de división internacional del trabajo similar al que regía en el siglo XIX.

Los países latinoamericanos en los que existe una burguesía industrial relativamente desarrollada, aunque consideren inevitable y, hasta cierto punto, deseable la integración al bloque hegemonizado por Estados Unidos, tratan de llegar a ella negociando las condiciones y reservándose cierta autonomía para aprovechar ventajas ofrecidas por otros bloques económicos. El peso relativo de esa burguesía, frente a la que basa su actividad en la exportación de materias primas agrícolas y minerales, determina el grado de firmeza en la implementación de esa política. Esta se perfila aún con más fuerza cuando la burguesía industrial llega a generar una fracción moderna, vinculada a las nuevas tecnologías aplicadas a la producción y a los servicios.

Dada la subordinación a que se encuentra sometido el movimiento popular, las condiciones de negociación de los gobiernos son menores en la medida en que es débil la burguesía industrial y fuerte la presencia directa del capital transnacional. Sea individualmente, como en el caso de México (y tendencialmente de Chile), sea agrupados (como en el caso de los países que integran el Mercosur), esas negociaciones se realizan en el marco de la política delineada por Estados Unidos, que fue enunciada por Bush con el nombre de Iniciativa de las Américas.

La ausencia del pueblo en ese proceso debilita a los gobiernos y amenaza con hacer de la integración algo extremadamente negativo, mientras que la pasividad de la izquierda implica dejar pasar una oportunidad magnífica para hacer avanzar la integración latinoamericana, que ha sido tradicionalmente una de sus consignas más sentidas.

Algunas conclusiones

La importancia que ganan hoy día las cuestiones internacionales y su incidencia directa en la vida nacional deben llevarnos a revalorizar su estudio y a sentar las bases para una auténtica política latinoamericana. Elemento central es en ello el tema del gobierno mundial. En este plano, la clave está en la democratización de la ONU, que comprende, entre otros puntos: carácter imperativo para las resoluciones de la Asamblea General y los dictámenes de la Corte de La Haya; elección por la Asamblea General de todos los miembros del Consejo de Seguridad, así como de los directivos de las organizaciones especializadas (UNESCO, FAO, etc.); limitación de los poderes y privilegios del Consejo de Seguridad, con el término del derecho de permanencia y de veto, la institución del principio de rotatividad para todos los cargos y la fijación de mandatos anuales; competencia exclusiva de la Asamblea General (si necesario, en convocación extraordinaria) para la adopción de medidas que impliquen bloqueo económico, acción militar o cualquier tipo de violación del principio de no intervención en los países miembros.

Una segunda línea de acción se refiere a la integración continental. Cábenos plantear un proyecto de integración que vaya más allá del mero negocio. Para nosotros, la integración será económica, sí, pero también política y cultural. Ello implica luchar por la puesta en marcha de instituciones que aseguren una efectiva participación popular, comenzando por la elección directa de los representantes nacionales al Parlamento Latinoamericano y siguiendo con la presencia activa de obreros, estudiantes, intelectuales y mujeres en aquellos órganos que traten asuntos de su interés.

En el marco de la reestructuración de la economía mundial, parece irreal oponerse al estrechamiento de lazos con Estados Unidos. Sin embargo, planteando a la integración en los moldes arriba indicados, estaremos asegurando que ella no venga a ser sino una anexión disfrazada. Paralelamente, hay que luchar para que la participación en el bloque encabezado por Estados Unidos no implique poner cortapisas al desarrollo de una política latinoamericana independiente en los organismos internacionales y tampoco una limitación al establecimiento de relaciones con otros bloques, según las conveniencias nacionales y regionales.

Estas son algunas de las iniciativas a adoptar para que podamos pensar en un futuro mejor.

MEMORIA¹¹⁷

*El mundo del mañana es nuestro mundo.
En su nombre, exigimos que se hagan los grandes sacrificios
y las renunciaciones forzadas
y la incorporación
general.*
(Fragmento de un poema de juventud)

Advertencia

Este texto fue escrito para responder a una exigencia académica de la Universidad de Brasilia. Su objetivo es el de dar cuenta de mi vida intelectual y profesional, razón por la cual las referencias personales o políticas aquí incluidas tienen el propósito de mera contextualización. En ningún momento pensé en la posibilidad de su publicación y limité su circulación a personas para quienes el trabajo puede, a mi modo de ver, presentar algún interés, esencialmente, familiares y amigos más cercanos, así como estudiantes que manifestaron especial curiosidad respecto a mi trabajo.

1. El inicio

Nací en 1932. Por mi origen, soy un producto de las tendencias profundas que determinaron el surgimiento del Brasil moderno que emergió en aquella década. Mi padre era el primer hijo de un sastre artesano de Génova y de una campesina de la Calabria, que ya lo trajeron concebido al emigrar para Brasil, en 1888; mi madre, hija más joven de una tradicional familia de latifundistas del Estado de Minas Gerais, aún niña se cambió, con mi abuelo, de su hacienda cerca de Livramento para Barbacena, luego de la quiebra que sufrió con la abolición de la esclavitud, y ahí asistió a la dilapidación de los restos de su fortuna, en comidas y cenas que reunían habitualmente no menos de 20 personas. Profesor de Matemáticas en la escuela agrícola local, mi padre, después del matrimonio y estimulado por la energía de mi madre, ascendió socialmente, licenciándose en Derecho e ingresando, mediante concurso público, a la casta de los entonces llamados “príncipes de la República” –los inspectores de impuesto de consumo.

¹¹⁷ Archivo de Ruy Mauro Marini, traducción al español de Claudio Colombani

Liberal en su juventud, se adaptó –aunque más por lazos personales y familiares– al clan local vinculado al *Estado Novo* y, más tarde, al *Partido Social Demócrata* (PSD). La imagen que dejó fue la de un hombre sencillo, severo y sorprendentemente honesto, si se consideran las tentaciones a las que por su cargo estaba expuesto. Me trasladé a Río de Janeiro, en 1950, para prepararme para el examen de admisión en la Escuela de Medicina, después de haber recibido una buena formación que la educación pública proporcionaba, principalmente en el terreno humanístico –en siete años de educación básica en el Colegio Estatal de Barbacena, estudié cuatro de latín y siete de portugués, inclusive dos años dedicados a la literatura brasileña y portuguesa, y aprendí a leer inglés, francés y español, además de obtener una buena base en matemáticas, historia y geografía, y conocimientos un tanto anticuados (como descubriría después) en física, química y biología. El viaje a Río de Janeiro cambió mis planes. Aunque, en el curso preparatorio para el ingreso en la Escuela de Medicina, yo me actualizaba en ciencias físicas y naturales, éstas no eran mi fuerte y comparadas con las atracciones que la ciudad me ofrecía en materia de cine, teatro, playas y bohemia salían perdiendo. La experiencia de un empleo provisional –como trabajador eventual en el Censo Demográfico de aquel año– me hizo sentir el gusto por la independencia y, cuando dejé los estudios, me llevó a ocupar cargos menores, sucesivamente, en la Central del Brasil, en el Ministerio de la Aeronáutica y en el Instituto de Jubilación y Pensiones de los Empleados de la Industria (IAPI, por sus siglas en portugués) donde, habiendo ingresado también por concurso, terminé quedándome. Traducciones, en general del inglés, de materias para periódicos y agencias de noticias o de tiras cómicas, revisión de galeras, etc., permitían que, sin grandes aprietos económicos, me entregara a mi mayor pasión –los libros. Además de la experiencia de vida que adquirí, lejos de la casa paterna y del círculo de amigos de infancia, en aquellos años pude dedicarme a completar mi formación, principalmente en literatura, poesía y teatro, historia y filosofía. Sólo en 1953 volvería a preocuparme por mi formación escolar. Pero la vocación a las ciencias humanas no tenía, entonces, opciones fáciles. La enseñanza de economía apenas se iniciaba y se confundía mucho –tradicción con la cual, en Brasil, nunca llegamos a romper totalmente– con la de contabilidad. La Facultad de Filosofía no abría más horizonte que el de ser profesor de enseñanza media. El gran centro de formación humanística, en el Río de aquella época, continuaba siendo la Facultad Nacional de Derecho de la Universidad del Brasil. Fue hacia ahí donde me dirigí.

De los cursos de los que no olvido se pueden mencionar las clases brillantes de Hermes Lima, así como las de Pedro Calmon –estas últimas, menos sustantivas– y las exposiciones fascinantes, aunque oscuras y algo confusas, de un profesor de cuyo nombre no me recuerdo, que sustituía a Leónidas de Rezende en la cátedra de Economía Política. Yo era alumno del curso nocturno, el más politizado y al cual concurrían personas más maduras, muchas ya exitosas en su profesión, y fue con mis colegas con los que más aprendí. Fue particularmente en el Centro Académico Cândido de Oliveira (CACO), que era el corazón de la Facultad y máxima expresión del movimiento estudiantil de la década de los 50, donde las ideas e inclinaciones asumían un perfil más sobresaliente y se enfrentaban con determinación. Ese movimiento estudiantil hacía el supremo esfuerzo de –superando la ideología meramente democrática de la década anterior– forjar un proyecto de país, al calor de las campañas nacionalistas y desarrollistas. A pesar de la distancia que yo guardaba de ellos –irritado, como todos los independientes de izquierda, con su práctica instrumentalista y prepotente– debe hacerse justicia a los comunistas que ahí militaban (bajo la dirección de un joven que se llamaba nada menos que ¡Lenin!), quienes, sin importar cuan minoritarios y sectarios fueran, mucho me enseñaron sobre el Brasil y sobre el mundo. Pero era el estudio de las ciencias humanas el que me interesaba y la Nacional de Derecho no podía dar más de lo que me estaba dando. Fue cuando la Fundación Getulio Vargas, con el apoyo de la OEA, decidió –después de haber llevado a cabo con un grupo experimental– dar un gran paso en la implementación de la Escuela Brasileña de Administración Pública (EBAP), abriendo exámenes de ingreso, en todo el país, para jóvenes que estuvieran dispuestos a darle tiempo integral, los cuales recibirían una beca de estudios. La propia EBAP ofrecía, en Río de Janeiro, un propedéutico que cursé y que me ayudó a aprobar los exámenes en primer lugar, lo que me garantizó la beca. Una palanca me permitió obtener un permiso con goce de sueldo del IAPI para asistir al curso, que fue considerado como “de interés del servicio”. Se abría una nueva época en mi formación.

Nueva época en todos los sentidos. Ante el clima intelectual tradicionalista y enrarecido que privaba en la Universidad de entonces, la EBAP abría un amplio espacio a las ciencias sociales y reclutaba su cuerpo docente entre la intelectualidad más joven, que la universidad mandarinesca excluía, o en el exterior. Figura sobresaliente era Alberto Guerreiro Ramos, profesor de Sociología, crítico irreverente de todo lo que olierá a oficialismo, ecléctico incorregible, abierto a las nuevas ideas que se originaban de Bandung y de la

CEPAL; su influencia sobre mí, en aquellos años, fue absoluta. Diferente, pero también decisiva, fue la influencia que ejerció Julien Chacel, profesor de Economía, riguroso, ortodoxo, cuya timidez rayaba en la agresión y que recién llegaba de Francia para iniciar una carrera académica irreprochable. A François Gazier, quien sería el primer director del futuro Instituto de Estudios de Desarrollo Económico y Social (IEDES), de París, y que fue catedrático de Ciencias Políticas, además de sus clases siempre exactas y bien fundamentadas, debo mi iniciación en las reglas del método de análisis y exposición, el producto más genuino del genio francés. Entre muchos otros nombres a mencionar, es justo registrar los de Marcos Almir Madeira, gracias a quien conocí los cursos y los tés de la Academia Brasileña de Letras; Marialice Pessoa, quien, en un portugués americanizado, buscaba transmitirnos su fe inquebrantable en Boas, Linton y Herskovitz; Mario Faustino, siempre efervescente de vida, malicia e ironía; José Rodrigues de Senna, figura humana admirable, y, *last but not the least*, Benedito Silva, director de la Escuela, cuya dedicación al generoso proyecto que ella representaba no fue por mí cabalmente comprendida, en aquel entonces.

La EBAP me dio lo que venía buscando, es decir, la posibilidad de iniciarme seriamente en el estudio de las ciencias sociales; en el segundo año del curso, empecé a dar clases como profesor asistente de Guerreiro Ramos, en su curso de sociología, en la Escuela de Servicio Público del Departamento Administrativo del Servicio Público (DASP). No significa que el diploma de Administrador que ella me daría tuviera, para mí, alguna importancia y, antes de concluir el curso, yo ya me preocupara como podría seguir adelante. La orientación y el apoyo personal de Guerreiro Ramos me encaminaron para Francia, de cuyo gobierno obtuve una beca de estudios, sustentado en mi petición por Gazier y por Michel Debrun, quien lo sustituyera. Emprendí el viaje en septiembre de 1958, para estudiar en el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de París, el famoso SciencesPo. Pero no sin antes hacer una interesante experiencia en investigación, gracias a José Rodrigues de Senna, que —como jefe, en ese entonces, del sector de investigaciones de la Petrobrás— me dio la oportunidad de realizar, en el norte y nordeste del Brasil, la investigación nacional que él dirigía sobre las condiciones de vida de los trabajadores de la empresa.

Los dos años pasados en Francia completaron, prácticamente, mi formación. Además de que me permitieron conocer otros países durante las vacaciones —Alemania, Italia, Inglaterra, Suiza— así como provincias de Francia, me

llevaron a redondear mi cultura artística y literaria y a entrar en contacto directo, como alumno, con las figuras más notables de las ciencias sociales francesas de la época, en SciencesPo (Jean Meynaud, Maurice Duverger, Georges Balandier, René Rémond, François Duroselle, Pierre Laroque, René Dumont, André Sigfried, entre otros) y en la Sorbonne, IEDES y el Collège de France (Georges Gurvitch, Charles Bettelheim, Maurice Merleau-Ponty). Gracias al impulso dado por Jean Baby y André Amar, pude realizar, por primera vez, la lectura de Hegel y el estudio sistemático de la obra de Marx y profundizar en el estudio de los autores marxistas, Lenin principalmente. En esos dos años pude convivir con el mundo estudiantil y cosmopolita de París, y de ahí nacieron amistades enriquecedoras con argelinos, peruanos, estadounidenses, mexicanos, daneses, marroquíes, alemanes y, naturalmente, brasileños y franceses.

El período que pasé en Francia coincidió con el auge de la teoría desarrollista en América Latina y en Brasil –con la cual ya me había familiarizado en la EBAP, gracias a Guerreiro Ramos, habiendo inclusive asistido de cerca el proceso de formación del ISEB (y, antes, del IBESP)– y con su difusión en la academia francesa, con Balandier como pontífice. Al mismo tiempo, ese era el momento en que la descolonización era vivida dramáticamente por Francia, a través de la derrota en Indochina y la radicalización de la guerra de Argelia, provocando rupturas al interior de los grupos políticos e intelectuales, fenómeno que acompañé con vivo interés, más aún que, en mi medio, convivía con jóvenes militantes argelinos, camboyanos y vietnamitas, además de los que provenían de las colonias del África negra. Las teorías del desarrollo, en boga en los Estados Unidos y en los centros europeos, se me revelaron, entonces, como lo que realmente eran: instrumento de mistificación y domesticación de los pueblos oprimidos del Tercer Mundo y arma con la cual el imperialismo buscaba enfrentarse a los problemas creados en la posguerra por la descolonización. Comenzaba, entonces, mi alejamiento con respecto a la CEPAL, fuertemente influenciado, además, por mi creciente aproximación al marxismo.

Eso me llevó, aún en Francia, a tomar contacto con el grupo que editaba, en Brasil, la revista *Movimiento Socialista*, órgano de la juventud del Partido Socialista (que publicó mi artículo donde ajustaba cuentas con el nacional-desarrollismo), en particular con Eric Sachs, con quien vendría a establecer, a mi regreso, una grande amistad y cuya experiencia y cultura política me influyeron fuertemente. Ese grupo, con sus principales vertientes en Río de

Janeiro, São Paulo y Belo Horizonte, constituiría, más tarde, la Organización Revolucionaria Marxista - Política Obrera (POLOP por sus siglas en portugués), primera expresión en Brasil de la izquierda revolucionaria que emergía en toda América Latina. Debo observar que el interés que la Revolución cubana despertó en Francia, dando lugar a una intensa cobertura de la prensa y a la publicación de libros significativos, como el de Sartre, era mucho mayor que el que se verificaba en Brasil –hecho que constaté con sorpresa, al regresar. Esa situación sólo se modificó después del intento de invasión estadounidense y de la consecuente posición cubana en favor del marxismo y de la URSS. La gestación de la izquierda revolucionaria brasileña y latinoamericana –particularmente en la Argentina, Perú, Venezuela y Nicaragua– no es, como se pretende, efecto de la Revolución cubana, sino parte del mismo proceso que la originó –independientemente de que, en los años 60, ésta pase a ejercer una fuerte influencia.

A mediados de 1960, regresé a Brasil y reasumí mi cargo en el IAPI, pasando a trabajar en el sector de organización y métodos de la Dirección de Personal que, bajo la dirección de José Rodrigues de Senna, se dedicaba entonces a la mecanización del archivo de personal. A pesar de ser considerada como una función gratificada, el salario no era alto y me obligó a buscar otros ingresos. A partir de septiembre, pasé a ser el corresponsal del turno nocturno en la agencia cubana de noticias Prensa Latina, dirigida por Aroldo Wall, de quien me hice amigo, y ahí permanecí un año. Fue en esa condición que acompañé –trabajando, a veces, hasta la madrugada– el gobierno de Janio Quadros, la crisis de su renuncia y la primera fase del gobierno de João Goulart, “Jango”. Por otra parte, llevado por Aluizio Leite Filho, me había vinculado, desde mi regreso, al grupo de la Unión Metropolitana de Estudiantes que publicaba “*O Metropolitano*”, como encarte dominical de “*O Diário de Notícias*”, con total independencia, y que contaba, entre sus cuadros más brillantes, con César Guimarães, Carlos Diegues, Silvio Gomes, Rubem César Fernandes, Carlos Estevam Martins. Juntos, hicimos un periódico estudiantil que hizo época, por su estilo vibrante, la novedad de los temas, el enfoque directo (inclusive en el campo de la política nacional e internacional) y hasta por su presentación gráfica, que influenciaría el proceso de renovación de la gran prensa, que tuvo lugar más tarde.

En *Prensa Latina* y en “*O Metropolitano*” hice mi aprendizaje periodístico, tornando efectiva una de las facetas de mi vocación intelectual que continuaría desarrollando en el futuro.

Como registro, debo recordar que, en uno de mis raros trabajos de reportaje, cubrí, para *Prensa Latina*, el Congreso Nacional de Campesinos, realizado en Belo Horizonte en 1961, e hice pública, a través de “*O Metropolitano*”, la lucha sorda que se trababa entre el Partido Comunista Brasileño (PCB) y las Ligas Campesinas de Francisco Julião –uno de los puntos fuertes del trabajo de masas de la izquierda revolucionaria. Esa materia, además de sorprender por la novedad, al sacar a la luz asuntos de la izquierda (que, con excepción de su propia prensa, eran tabú en los grandes medios de comunicación), favoreció el desarrollo de la lucha ideológica y política entonces en curso, al tornarla explícita.

En abril de 1962, se creó la Universidad de Brasilia (UnB), bajo la dirección entusiasta de Darcy Ribeiro, rodeado por figuras notables, como Anísio Teixeira, Oscar Niemeyer, Claudio Santoro, y una pléyade de jóvenes intelectuales recién egresados, como Theotonio dos Santos, Vania Bambirra, Theodoro Lamounier, Carlos Callou, Luiz Fernando Victor, Levi Santos, José Paulo Sepúlveda Pertence. Rompiendo con el inmovilismo y el hábito mandarinesco de la Universidad tradicional, la UnB presentó una novedad en su concepción jurídica, constituyéndose como una fundación, lo que ampliaba su independencia con respecto al Estado, y adoptando el régimen laboral de las Leyes Laborales, con lo que buscaba evitar la burocratización del cuerpo docente; en su concepción orgánica, basada en departamentos e institutos, en vez de cátedras y facultades propias de la Universidad tradicional; en su concepción pedagógica, que privilegiaba el trabajo docente en equipo, a través de clases mayores y menores, la relación enseñanza-investigación, el impulso a los cursos libres, debates y seminarios y la apertura de cursos de posgrado; en su concepción de investigación, que valorizaba el entorno regional, y en su concepción de la relación universidad-sociedad, que la llevaba a abrirse al exterior, promoviendo cursos de extensión e, inclusive, de formación profesional y capacitación sindical.

Integrándome en la UnB en septiembre de 1962, como auxiliar de enseñanza –en 1963, pasaría a ser profesor asistente– tuve entonces una de las experiencias más ricas de mi vida académica, sea como docente, impartiendo clases de Introducción a la Ciencia Política y Teoría Política, en el nivel de graduación con Víctor Nunes Leal, Lincoln Ribeiro y Theotonio dos Santos, y codirigiendo el seminario de posgrado sobre Ideología Brasileña; sea como estudiante, preparando mi tesis de doctorado sobre el bonapartismo en Brasil (cuyo texto y materiales se perderían en 1964, durante la primera invasión de

la Universidad por el ejército); sea participando en las actividades diversas que la Universidad promovía, tanto internamente como en la extensión; sea, finalmente, conviviendo con los colegas mencionados, además de otros como Andre Gunder Frank, que llegó en 1963. Debo señalar que, aunque ya tuviera un pensamiento inquieto y original, formado al calor de su contacto con Paul Baran, Paul Sweezy, Harry Huberman, en “*Monthly Review*”, fue entonces que Frank –absorbiendo los nuevos elementos teóricos que surgían en el seno de la izquierda revolucionaria brasileña –maduró las tesis que expondría, de manera provocativa y audaz, en su *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*¹¹⁸, publicado en 1967, libro que representa un marco de lo que vendría a llamarse “teoría de la dependencia”.

En realidad, y contrariando interpretaciones generalmente admitidas que ven la teoría de la dependencia como un subproducto y alternativa académica a la teoría desarrollista de la CEPAL, ella tiene sus raíces en las concepciones que la nueva izquierda –particularmente en Brasil, aunque su desarrollo político fuera mayor en Cuba, Venezuela y Perú– elaboró para hacer frente a la ideología de los partidos comunistas. La CEPAL sólo se convirtió en blanco en la medida en que los comunistas, que se habían dedicado más a la historia que a la economía y a la sociología, empezaron a apoyarse en las tesis cepalinas del deterioro de las relaciones de cambio, del dualismo estructural y de la viabilidad del desarrollo capitalista autónomo, para sostener el principio de la revolución democrático-burguesa, antiimperialista y antifeudal, que ellos habían heredado de la Tercera Internacional. Contra poniéndose a eso, la nueva izquierda caracterizaba la revolución como, simultáneamente, antiimperialista y socialista, rechazando la idea del predominio de relaciones feudales en el campo y negando a la burguesía latinoamericana capacidad para dirigir la lucha antiimperialista. Fue en el Brasil de la primera mitad de los 60 que esa confrontación ideológica asumió un perfil más definido y que surgieron proposiciones suficientemente significativas para abrir camino a una elaboración teórica, capaz de enfrentar y, a su tiempo, derrotar la ideología cepalina –no siendo, pues, motivo de sorpresa el papel destacado que en ese proceso desempeñaron intelectuales brasileños o vinculados, de alguna forma, con Brasil.

¹¹⁸ A. Gunder Frank, *Capitalismo y Subdesarrollo en América Latina*. El libro n.º 39 en esta *Colección Socialismo y Libertad*

En el nivel teórico, eso sólo vendría a dar todos sus frutos después del golpe militar de 1964, cuando, limitada en su militancia, la joven intelectualidad brasileña encontraría tiempo y condiciones para dedicarse plenamente al trabajo académico y se vería, de hecho, convocada a eso por la situación que se pasó a vivir en toda América Latina, asolada por la contra-revolución. A principios de la década, la teorización aún se encontraba estrechamente vinculada con el combate político y los éxitos o fracasos se medían a través de indicadores muy concretos. En el caso de la UnB, es importante destacar que la izquierda revolucionaria se constituyó en una fuerza principal del naciente movimiento estudiantil de Brasilia bajo la hegemonía de la Federación de Estudiantes que se creó –hecho inédito en Brasil y en América Latina– a partir de un significativo movimiento docente, que deflagró, en 1963, la primera huelga de profesores universitarios de que tenemos noticia, la cual culminó con la formación de una pionera Asociación de Profesores, en cuya dirección la nueva izquierda era absolutamente mayoritaria. Sería un error pensar que ella quedó restringida a la universidad: la nueva izquierda se vinculó con el sindicalismo militar entonces en ascenso, principalmente con el movimiento de los sargentos y con el propio movimiento obrero que se constituía en Brasilia, a tal punto que, en el I Congreso Sindical de Brasilia, en 1963, estuvo en condiciones de vencer el PCB, perdiendo por escaso margen.

Mi estancia en Brasilia fue cortada bruscamente por el golpe de 1964. En aquel momento yo estaba en Río, –sabiendo que cesado, conjuntamente con otros doce profesores, en la primera medida tomada por la dictadura contra la Universidad. Después de evitar caer en prisión en mayo, caí finalmente, en julio, en manos del Centro de Información de la Marina (CENIMAR). En septiembre, beneficiado por el *habeas corpus* del Supremo Tribunal Federal (STF) (mismo que la Justicia militar negara, anteriormente), fui secuestrado por la Marina y entregado al Ejército, en Brasilia, debido a otro proceso que se había abierto allí. Repetí el itinerario Justicia militar-STF y obtuve, en diciembre, un nuevo *habeas corpus* que, esta vez fue respetado. Aunque por poco tiempo: si no hubiera salido de la ciudad, discretamente, horas después de mi liberación, habría sido arrestado de nuevo. Después de un período de clandestinidad de casi tres meses, cuando la presión policiaco-militar sobre mis compañeros y mi familia se incrementó, a punto de obligar a uno de mis hermanos a entrar también a la clandestinidad, pedí asilo en la Embajada de México, en Río de Janeiro, y viajé para ese país un mes después.

2. El primer exilio

No conocía a nadie ahí. Pero, en el aeropuerto, me esperaban el reducido grupo de asilados que vivía en el país —cerca de veinte— lo que me proporcionó, así como las autoridades mexicanas, una acogida reconfortante. Entre los muchos amigos que hice —además de Maria Ceailles, combativa militante de las Ligas Campesinas, con quién compartiera el asilo en la Embajada— me acuerdo, con especial cariño, de Carlos Taylor, comunista histórico, hombre de gran corazón y de carácter recto, quien fuera presidente de la Unión Nacional de los Servidores Públicos en Brasil y que, después de buenos servicios prestados a México, vino a fallecer a Brasil en 1978; Álvaro Faria, cuya edad relativamente avanzada en nada disminuyera su entusiasmo por la filosofía y por la política y gracias a quien hice amistad con Rodolfo Puiggrós, exiliado en México muchos años antes y que impartía, en la Escuela de Economía de la UNAM, el único curso de marxismo de aquella universidad, y Claudio Colombani, estudiante de ingeniería de São Paulo, quien me hizo entender cuán grande era entre la juventud del PCB la revuelta contra el reformismo y el acomodamiento de su dirección. Reencontré, también, a Andre Gunder Frank, entonces profesor en la UNAM, quien me facilitó los primeros contactos con intelectuales y militantes políticos mexicanos.

A los quince días de mi llegada y después de sufrir una decepción —Pablo González Casanova, uno de los pocos intelectuales que conocía de nombre y que me recibió con cariño y solidaridad, dejó la dirección de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, de la UNAM, y fue sustituido por Enrique González Pedrero, que simplemente no me recibió— obtuve, a través de Mario Ojeda Gómez, entonces director del Centro de Estudios Internacionales (CEI) de El Colegio de México —quien, además de cálidamente solidario, era un entusiasta de Brasil— un lugar en la Institución. Entre los colegas de quienes guardo mejores recuerdos, en esos primeros tiempos del Colegio, están, además del propio Ojeda, Olga Pellicer de Brody, antigua compañera de SciencesPo; Rafael Segovia, cuyo escepticismo e ironía incitaban al rigor; Víctor Urquidi, desarrollista ilustre, pero capaz de respetar el derecho de opinión; Roque González Salazar, hombre inteligente y lleno de alegría de vivir; y, principalmente, José Thiago Cintra, a quien conociera superficialmente en Brasil y que cursaba un posgrado en estudios orientales, y quien terminó por llegar a ser uno de mis amigos más queridos.

La primera tarea que realicé fue escribir un artículo para la acreditada revista del CEI, *Foro Internacional*, sobre los acontecimientos recientes en Brasil. Las interpretaciones de entonces sobre el golpe de 1964, además de considerarlo un simple cuartelazo, lo presentaban esencialmente como resultado de la intervención estadounidense, un cuerpo extraño, de cierto modo –o, como dijera Leonel Brizola, un rayo en el cielo azul– a la lógica interna de la vida brasileña. Mi punto de vista era radicalmente opuesto: la acción de los Estados Unidos en Brasil no se podía entender como ajena a la realidad nacional, sino como un elemento constitutivo y sólo pudo tornarse efectiva (y, por lo tanto, sólo explicable) a la luz de la lucha de clases en el país, que fincaba sus raíces en la economía y determinaba el juego político –y de la cual las Fuerzas Armadas eran parte plena. Con base en la poca información basada en hechos y estadísticas que pude obtener, completada por mi conocimiento directo y por mi vivencia, dediqué los dos primeros meses en el Colegio a la demostración de esa tesis y de ese trabajo resultó mi artículo “Contradicciones y conflictos en el Brasil contemporáneo” (escrito, como ejercicio, en español) –que se basaba, en amplia medida, en el informe sobre la situación política brasileña, que yo había presentado en la última reunión del Comité Central de la *Polop*, realizada en marzo de 1965. Habiendo pasado por la crítica de Segovia, el artículo tuvo su aprobación por parte del Consejo Editorial de *Foro Internacional* gracias al peso de la opinión de Urquidí, que declaró haber, finalmente, leído alguna cosa que le permitía entender lo que ocurrió en Brasil.

La importancia de ese artículo fue el plantear sobre otras bases la explicación del proceso brasileño pos-1930, influenciando considerablemente análisis posteriores. Los ecos de esa influencia pueden percibirse en la mayoría de los estudios que se escribieron después sobre el tema, menos en autores que me citan explícitamente (por ejemplo, Dreyfus, 1981, que vuelve a privilegiar el papel de la intervención estadounidense) que sin embargo otros no lo hacen (por ejemplo, Oliveira y Mazzuccheli, 1977, particularmente en su intención –no siempre bien sucedida– de privilegiar los “factores internos” y, sobre todo, en su evaluación del segundo gobierno de Getulio Vargas). A nivel del Colegio, el artículo me dio prestigio y motivó mi inclusión en el cuerpo editorial de *Foro Internacional*, donde permanecí hasta dejar la institución, en 1969.

Estimulado por la repercusión de ese ensayo, tanto en el Colegio como fuera, y buscando penetrar en la naturaleza profunda de los acontecimientos brasileños, escribí (aún en 1965) otros dos –además de trabajos menores, publicados en órganos sindicales y estudiantiles, de los cuales el más importante era la revista “*Solidaridad*”, editada por el Sindicato Mexicano de Electricistas, entonces uno de los más poderosos y más avanzado de México. El primer de los ensayos –atendiendo a una sugerencia de Frank en el sentido que yo escribiera algo para “*Monthly Review*”– fue dedicado, ya no al proceso de lucha de clases del que había resultado el golpe militar, sino a sus causas económicas profundas y a sus consecuencias, particularmente en el nivel latinoamericano. Escrito también en español, fue publicado, en 1965, en Nueva York, con el título “Brazilian Interdependence and Imperialist Integration”, y la versión original apareció en *Selecciones en Castellano de “Monthly Review”*, que se editaba entonces en Buenos Aires.

En este ensayo, modificando el enfoque, yo planteaba en primer plano las transformaciones de la economía mundial en el postguerra (especialmente la centralización de capital en Estados Unidos y su efecto sobre las exportaciones de capitales) y su impacto en la economía del Brasil y en la diferenciación de su clase burguesa, para examinar, a la luz de esos fenómenos, la política exterior brasileña en los años 60 y sus implicaciones para América Latina. Ese estudio tuvo tres resultados importantes.

Primero, impulsó la superación del enfoque meramente institucional –y, frecuentemente, jurídico– preponderante en los análisis de la política exterior latinoamericana, motivando los estudiosos a investigar sus determinaciones económicas y de clase (efecto inicialmente sentido en el propio Colegio de México pero, directa o indirectamente, extendido después al Brasil, empezando con el análisis pionero de Martins, 1972). Segundo, despertó mayor atención para el cambio operado en los movimientos de capital en la postguerra, con ventaja para las inversiones directas en la industria, tesis que se constituiría en uno de los pilares de la teoría de la dependencia, principalmente por las implicaciones del fenómeno en la diferenciación interna de la burguesía, que yo señalaba en el artículo y que sostenían el concepto de “burguesía integrada” que yo ahí exponía (véase, entre otros estudios, Santos, 1976, principalmente su trabajo más difundido “El nuevo carácter de la dependencia”, escrito originalmente en 1966, y Cardoso y Faletto, 1969, primera versión en 1967, sobre todo su concepto de “burguesía asociada”). Tercero, planteó la cuestión del subimperialismo, que ahí traté

por la primera vez y que despertó particular interés en círculos intelectuales argentinos y uruguayos, así como de brasileños que los integraban, gracias a la difusión que dio a mi ensayo su publicación en Buenos Aires. Ese interés llevaría a un grupo vinculado con la revista *Marcha*, de Montevideo, en que se destacaron Vivian Trías y Paulo Schilling, a desarrollar nuevas elaboraciones sobre el tema, a través de las cuales, por un lado, se operó un deslizamiento hacia lo que se podría llamar de “teoría del satélite privilegiado” –distinta, en sustancia, de la tesis que yo planteara– y, por otro lado, se descubrió y aún se sobrevaloró la doctrina geopolítica, hasta el punto de convertirla en clave explicativa del fenómeno –lo que también estaba lejos de coincidir con la visión que yo tenía (las elaboraciones más acabadas de esa corriente, en versión bien posterior, se encuentran en Trías, 1977, y Schilling, 1978).

El segundo artículo (de hecho, el tercero) fue gracias a Jesús Silva Herzog, director de la tradicional revista “*Cuadernos Americanos*”, quien, a solicitud mía, manifestó interés en un artículo inédito, en la línea de los anteriores; escrito también en español, fue publicado en 1966, con el título “La dialéctica del desarrollo capitalista brasileño”. A diferencia del primer ensayo, centrado en el proceso socio-político brasileño, y del segundo, más preocupado con la articulación de la economía brasileña con el sistema imperialista y sus implicaciones para América Latina, este tercer estudio procuraba sintetizar los dos enfoques, con el propósito de develar las grandes líneas del proceso histórico del Brasil moderno y la gestación de las condiciones de la revolución socialista. Este último aspecto iluminaba todo el análisis y fue, efectivamente, con el título de “El carácter de la revolución brasileña” que el ensayo fue publicado de nuevo, en 1970, en *Pensamiento Crítico*, la revista cubana de más prestigio en aquella época y que se destacaba por su osadía teórica y política.

Al terminar el año de 1965, ocurrió algo que influyó profundamente en mi trayectoria intelectual. El curso de graduación del CEI incluía una disciplina sobre América Latina, centrada principalmente en cuestiones de política exterior, como indicaba su denominación: Historia Diplomática de América Latina. En aquel entonces, México era aún un desierto en materia de estudios latinoamericanos, como atestigua el hecho de que –además de ser la única en el género en un curso de relaciones internacionales– esa disciplina fuera siempre impartida por un especialista estadounidense. Lo que sucedió, en aquel año, es que el profesor encargado –de nombre conocido, pero que ahora no me acuerdo– tuvo un impedimento de última hora, creando un

problema para el cumplimiento normal del currículo en 1966. El razonable prestigio que había ganado en el Colegio, sumado al hecho de ser brasileño y tener, por lo tanto, alguna noción de lo que ocurría en el Cono Sur, llevó a la dirección del CEI a asumir que yo era latinoamericanista y a solicitar mi colaboración para la solución del problema. Así fue como me convertí, de hecho, en titular de la disciplina durante el resto de mi permanencia en el Colegio.

En realidad, salvo información directa y nociones superficiales sobre el tema, adquiridas durante mi estancia en Francia, yo no sabía mucho sobre América Latina. Así, durante unos tres meses me dediqué al estudio de la bibliografía disponible, utilizando principalmente la biblioteca del Colegio –muy buena en ese particular. Ahí, además de estudios nacionales, en su mayoría clásicos, y uno que otro intento de teorización más general (como los trabajos de la CEPAL y las obras de Gino Germani y Torcuato S. Di Tella), hice la desagradable constatación de que los estudios latinoamericanos venían esencialmente de los países desarrollados –principalmente Estados Unidos, Inglaterra y Francia, en ese orden– y padecían, en la mayoría de los casos, de un paternalismo elitista, que me hacía recordar los cursos de Balandier, en SciencesPo.

Organicé el programa, buscando combinar algunas formulaciones de carácter global con el análisis por países, excluyendo América Central y México, no sólo por ser suficientemente –en el caso de México ampliamente– tratados en otras disciplinas, sino también para evitar problemas políticos. La metodología era, esencialmente, la que yo desarrollara en mis trabajos sobre Brasil, haciendo que las cuestiones de política exterior, además de ser enfocadas a partir de sus determinaciones socioeconómicas, constituyeran sólo una dimensión del objetivo de conocimiento construido en el curso. Cuando era necesario, el programa introducía el examen de categorías y tesis marxistas, porque era en el marxismo que él se basaba. Esas modificaciones hicieron que el curso se titulara, más tarde, *Problemas Internacionales de América Latina*.

El éxito logrado con los alumnos –un grupo particularmente brillante, es justo reconocer, y que trabajaba tiempo integral– llegó a crearme dificultades con la dirección y colegas del cuerpo docente. En su entusiasmo, los estudiantes me endiosaron, al mismo tiempo que establecían comparaciones entre mi curso y los demás, que resultaban ser poco lisonjera para éstos; peor aún, asumieron posiciones de izquierda que desentonaban en la torre de marfil

que la institución se enorgullecía de ser. Debo ser honesto: mi opción teórica y política siempre fue respetada en el Colegio, mientras permanecí allí, y se mantuvo invariable el cálido trato que me era dispensado, tanto en el terreno personal como profesional. Pero, de manera bien mexicana, la dirección del CEI tomó algunas medidas –como, para los futuros grupos, dislocar el curso de una posición intermedia para el final del currículo y ejercer sobre los estudiantes, antes de que llegaran a mis manos, una influencia neutralizadora. Así, no sorprende que –al impartir un nuevo curso, en 1968– yo me encontrara con un grupo de alumnos que pasó a la historia del Colegio bajo la designación de *cool generation*.

La repercusión del curso de 1966 llevó al CEI a crear, en 1967, un seminario sobre América Latina, en el nivel de posgrado –iniciativa pionera en México y, hasta donde sé, en América Latina, si descartamos las que correspondían a organismos internacionales, de tipo más especializado. Encargado de su coordinación, establecí un programa flexible, cuya línea central era garantizada por mí, pero que incluía conferencistas, sea para tratar temas previamente establecidos, sea para intervenir en determinadas áreas del programa, a partir de su propia especialidad. En ese contexto, además de invitar especialistas mexicanos y estadounidenses, aproveché el paso por el país de intelectuales latinoamericanos, en particular brasileños, como Celso Furtado, Helio Jaguaribe y Octavio Ianni. El curso tuvo éxito, consolidando mi posición en el Colegio y me dio la posibilidad de platicar con los brasileños sobre la situación nacional. Me acuerdo, particularmente, de la discusión que una noche mantuve con Celso Furtado, en el *Café de Las Américas*, juntamente con José Thiago Cintra. Furtado, por su parte, defendía su tesis de la “pastorización”, es decir, el retroceso de la economía brasileña al estadio meramente agrícola que la dictadura brasileña estaría promoviendo (tesis que él había expuesto en su artículo de presentación al número especial de “*Temps Modernes*” sobre Brasil, publicado en 1966, y que Siglo XXI editaría con el título de *Brasil Hoy*); yo, por mi parte, insistiendo en el eje central de mi reflexión sobre Brasil, o sea, en la idea de que la dictadura correspondía a la dominación del gran capital nacional y extranjero e impulsaba la economía del país a una etapa superior de su desarrollo capitalista.

Aún en 1967, atento a la reunión que se realizaba en México sobre la propuesta mexicana de desnuclearización de la región, de que resultaría el Tratado de Tlatelolco, escribí, en colaboración con Olga Pellicer de Brody, el artículo “Militarismo y desnuclearización en América Latina”. En ese trabajo, a

la par de la denuncia sobre la actuación de la delegación brasileña en la conferencia, que descaracterizó el objetivo de México e hizo del tratado algo de poca eficacia, mostrábamos que esa actitud correspondía al propósito de la dictadura de desarrollar en Brasil una industria bélica importante, como base de la política expansionista que ella llevaba a cabo. El artículo fue publicado en *Foro Internacional*, y llamó la atención de los especialistas del Colegio para el tema y motivó dos tesis de graduación en el CEI.¹¹⁹

A fines de ese mismo año, durante una quincena de vacaciones, en Zihuatanejo, en respuesta a una solicitud de la revista "*Tricontinental*" de La Habana, en el contexto de la movilización revolucionaria que se constituiría en la línea central de la política exterior cubana en los años siguientes— escribí el artículo "Subdesarrollo y revolución en América Latina". Éste vendría a ser mi trabajo más conocido internacionalmente, sea debido a la gran difusión de la revista (que se editaba en español, inglés y francés y se distribuía mundialmente), sea por las diversas reediciones de que fue objeto; se destacan, entre éstas, la de la edición en castellano de "*Monthly Review*" (que, después del golpe de 1966 en la Argentina, empezó a ser editada en Santiago de Chile), la del *reading* elaborado por Bolívar Echeverría y publicado en Berlín bajo el título "*Kritik des bürgerlichen Anti-Imperialismus*", y la del *reading* editado por Feltrinelli, titulado "*Il nuovo marxismo latinoamericano*". Ese ensayo, que refleja lo esencial de las investigaciones que yo venía realizando desde fines de 1965, resume su contenido en la declaración inicial —"la historia del subdesarrollo latinoamericano es la historia del desarrollo del sistema capitalista mundial"— y se dedica a demostrar que ese subdesarrollo es simplemente la forma particular que asumió la región al integrarse al capitalismo mundial.

En 1968, por invitación de Leopoldo Zea, también profesor en el Colegio, quien desarrollaba la iniciativa pionera de crear un Centro de Estudios Latinoamericanos en la Facultad de Filosofía, de la UNAM, asumí en éste —además de la dirección de un seminario sobre América Latina, para graduados y posgraduados— la cátedra del curso de Historia de Brasil y sus Antecedentes Portugueses, que tuvo un singular destino. Como se trataba de un curso de dos semestres, destiné el primero a exponer la teoría y el método marxistas, discutiendo cómo aplicarlos al estudio de América Latina; y, con esa base, el segundo tuvo como objetivo el análisis del proceso económico, social y político de Brasil. El interés que despertó el curso provocó no sólo un

¹¹⁹ Lozoya, 1969, y Vargas, 1973

notable aumento del número de alumnos, motivando sucesivos cambios de salón hasta llegar a un auditorio, sino también la modificación cualitativa del alumnado, que empezó a venir de diferentes facultades, tanto del área de humanidades como de ciencias exactas y naturales. En realidad, ahí se reunió la vanguardia estudiantil de la UNAM —a punto de que, después de la represión al movimiento estudiantil, en octubre de aquel año, me hicieron la sugerencia, un poco en broma un poco en serio, que fuera impartir el curso en la cárcel.

Por presión de los estudiantes, realicé un seminario de lectura de *El Capital*. Dificultades institucionales hicieron que éste se llevara a cabo en mi casa, durante las mañanas de sábado, con la participación de estudiantes y profesores jóvenes del Colegio y de la UNAM. Esa iniciativa, sin precedentes en aquella época, daría sus frutos, como constaté al regresar a México en 1972: supe de la existencia de diversos seminarios de ese tipo impartidos por participantes del movimiento estudiantil de 1968.

1967 y 1968 fueron, así, los años en que, después de consolidar mi posición en el Colegio, me proyecté en los círculos intelectuales y políticos mexicanos e inicié mi lanzamiento en el plano internacional. Además, fueron años de situación económica holgada. En efecto, desde mediados de 1966 —por intermedio de su hijo, alumno mío en el Colegio— conocí a Gonzalo Abad Grijalva, funcionario destacado de la UNESCO, que dirigía un órgano mantenido por ésta, la OEA y el gobierno de México —el *Centro Regional de Construcciones Escolares para América Latina* (CONESCAL)—, al cual me integré con el cargo de Educador. Formado en su casi totalidad por arquitectos e ingenieros y dedicado a cuestiones eminentemente técnicas, CONESCAL terminó constituyéndose en un excelente ambiente de trabajo para mí: hice amistades de nostálgica memoria (en especial, Oswaldo Muñoz Marín, Marín Reyes Arteaga, Alejandro Unikel, Carlos Osorno y mi secretaria Magdalena, sin contar al propio Abad) y, además de ampliar mis horizontes con conocimientos de arquitectura, urbanismo, artes plásticas e ingeniería, pude profundizar en el estudio de la realidad económica y social latinoamericana. Ahí, participé en los cursos internacionales realizados anualmente por la institución, desarrollé investigaciones de carácter técnico (resultando dos informes de cierto alcance, uno sobre la formación tecnológica en América Latina y otro, de cuño más colectivo, sobre una nueva metodología arquitectónica para las construcciones escolares) y publiqué un par de artículos en la revista del Centro.

De estos artículos, había uno que trataba sobre la cuestión educacional en América Latina y que sirvió de base para mis reflexiones sobre el tema de los movimientos estudiantiles, que entonces estaban en ascenso. Permanecí en CONESCAL hasta 1969, cuando, preparándome ya para abandonar México, presenté mi renuncia.

Aún en 1968, instado por Claudio Colombani, empecé a escribir colaboraciones no periódicas para el influyente y oficialista periódico “*El Día*”, en la sección titulada *Testimonios y Documentos*. En mayo, entusiasmado con las acciones del movimiento estudiantil brasileño, escribí un artículo de una página, en el cual analizaba sus motivaciones y definiciones programáticas, su dinámica y sus tácticas de lucha. Por razones nunca aclaradas, fue publicado en agosto, poco después del brote del movimiento estudiantil-popular que, en julio, sacudió el establishment mexicano hasta sus bases y se constituyó en uno de los más importantes puntos de ruptura en la historia del país. Inútilmente conseguí una carta del periódico, en la cual este asumía la responsabilidad por la infeliz coincidencia. El hecho –sumado a mis antecedentes políticos, mi actividad docente y una conferencia pública, en el Colegio, sobre la cuestión estudiantil latinoamericana– hizo pesado el ambiente que me rodeaba, hasta en mi casa (que pasó a ser vigilada y a sufrir censura telefónica); en el órgano de la Secretaría de Gobernación, encargado del control de los asilados, recibí un trato francamente hostil. Cuando, en octubre, tuvo lugar la represión gubernamental, con la masacre de Tlatelolco, mi situación se tornó insostenible.

Opté, entonces, por entrevistarme con la más alta autoridad en la materia, el subsecretario de Gobernación. Fría y cortésmente, éste me dio la versión oficial de lo que sucedía: los buenos muchachos mexicanos habían sido envenenados por agitadores extranjeros y se habían vuelto contra su país; en el entender del gobierno, yo era uno de los principales responsables por lo que sucediera. Me pareció inútil argumentar y me limité a indagar si eso significaba que el gobierno quería que yo abandonara el país. –Usted está bajo la protección del gobierno de México; sin embargo, éste consideraría su partida como un gesto de colaboración para que las cosas se normalicen, me respondió, con inalterable cortesía. –Muy bien. ¿De qué plazo dispongo?, pregunté. –¿Cómo?, ¿plazo? Usted tomó una decisión, nadie lo está expulsando, fue la respuesta.

Después de eso, la presión directa (vigilancia, censura, etc.) cesó. Naturalmente, busqué demostrar en la práctica mi intención de cumplir el acuerdo: después de renunciar a CONESCAL, reduje mi participación en el Colegio y me alejé de la UNAM. O, por lo menos, yo pensaba estar actuando así: tiempo después, vendría a saber que –sin ninguna exigencia, es verdad, de que fuera cesado– esas instituciones habían sido instruidas, por escrito, por la Secretaría de Gobernación en el sentido de evitar mi relación con estudiantes.

Contactando con mis amigos que se encontraban asilados en otros países, logré oportunidades de salida y terminé optando por Argelia, pasando por Francia (mi correspondencia con Miguel Arraes me abriría las puertas de aquel país y me llevó, algún tiempo después, a hacer el prefacio a la edición mexicana de su libro *Brasil: pueblo y poder*). Sin embargo, para mi sorpresa, la autorización de salida me fue negada. Hablando con la misma autoridad de Gobernación, ésta justificó la negativa debido al acuerdo existente con la dictadura brasileña, en el sentido de impedir mi viaje a centros de reunión de exiliados –lo que descartaba, también, Francia, Uruguay y Chile– salvo que, renunciando al asilo, yo liberara al gobierno mexicano de cualquier responsabilidad sobre mis actos. Y fue lo que terminaría haciendo.

Aunque ese proceso haya tardado casi un año, es justo resaltar que, hecho el acuerdo verbal con Gobernación, ya no volví a ser molestado. Pude, inclusive, sin estorbos, mantener estrecha relación con los presos políticos liberados por la dictadura a raíz del secuestro del embajador estadounidense, que México acogió. Entre ellos, estaban Vladimir Palmeira y José Dirceu, líderes del movimiento estudiantil de 1968, además de Ricardo Villas. Fue, para mí, excelente oportunidad para discutir los problemas de la izquierda brasileña descubriendo, también, que mis ensayos sobre Brasil habían tenido en el país una amplia difusión clandestina, inclusive con una edición mimeografiada, publicada por la Unión Metropolitana de Estudiantes de Río de Janeiro, bajo el título *Perspectivas da situação econômica brasileira*, de la cual sólo muchos años después me llegó un ejemplar.

Una pequeña anécdota revela cómo me torné conocido de los jóvenes militantes de izquierda y, al mismo tiempo, la visión distante que ellos tenían de mí. Al llegar el grupo al aeropuerto de México, ellos fueron cercados por un fuerte dispositivo de seguridad y no pude intercambiar más que algunas palabras con Vladimir, aprovechando para decir que lo vería más tarde en el hotel. Cuando él informó eso a sus compañeros, Ricardo Villas, muy joven,

cayó de los cielos: –“¿Pero Ruy Mauro Marini existe realmente?”, preguntó, incrédulo, ante la inesperada materialización de lo que no era, hasta entonces, más que un nombre de textos de formación política.

Con mis actividades reducidas, durante 1969 me dediqué principalmente a la dirección de tesis de grado en el Colegio. Tres de ellas llegaron a ser presentadas aún cuando me encontraba en México: la de Jorge Robledo, venezolano, de quien ya no tuve noticias, sobre *El movimiento estudiantil venezolano*, que se inspiraba en mis preocupaciones sobre el tema y versaba sobre la revolución de 1958 y la lucha de clases subsiguiente; la de René Herrera Zúñiga, nicaragüense, hoy profesor e investigador en el Colegio, cuyo título no me acuerdo, sobre el proceso socio-político de Nicaragua y el fenómeno Somoza, y la de Carlos Johnson, mexicano-estadounidense, que actualmente da clases en la UNAM, sobre la coherencia interna del movimiento de los países no-alineados, medida a través de las votaciones en la ONU. Dejé encaminadas las de Ricardo Valero Becerra, mexicano, que vendría a tener brillante carrera en la diplomacia y en la política, sobre *Fundamentos y tendencias de la política exterior brasileña*, dedicada al examen de las determinaciones socio-económicas de la política exterior de Brasil en los años 50's, y la de Gonzalo Abad Júnior, ecuatoriano, hoy funcionario internacional, sobre la lucha de clases en Ecuador, ambas presentadas después de mi salida de México.

También en 1969, en respuesta a una invitación de Pablo González Casanova, entonces director del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, participé en el libro por él organizado, *Sociología del desarrollo económico (Una guía para su estudio)*, en convenio con un centro de la UNESCO en París. Cada sección debería contener un examen de las tendencias de la disciplina considerada y una bibliografía comentada. Fui responsable por la sección de sociología política. El texto introductorio fue publicado también, aisladamente, en la revista colombiana “*Desarrollo Indoamericano*”, dirigida por José Consuegra, en la cual colaboré durante algún tiempo.¹²⁰

Paralelamente, con el apoyo entusiasta de Claudio Colombani, también en 1969, me dediqué a la preparación de un libro, basado en los trabajos que publicara en el período, que Arnaldo Orfila Reynal, fundador y director de Siglo XXI, manifestara interés. Con el ensayo de 1967 sobre América Latina como apertura, reuní mis estudios sobre Brasil (reformulándolos, para incluir

¹²⁰ *La sociología política*. Versión en francés en pdf.

mis consideraciones sobre la industria bélica, en lo que se refería a la política exterior) y agregué un ensayo sobre la problemática de la izquierda, que mucho se debe a las discusiones que tuve con los presos políticos liberados, en particular Vladimir Palmeira. Problemas de la editora retrasaron su lanzamiento, de manera que, cuando eso ocurrió, al final del primer trimestre de 1970, yo ya había salido de México.

Subdesarrollo y revolución es, pues, un texto centrado prioritariamente sobre el análisis de los problemas brasileños que alcanzó gran difusión en los años 70's, con reediciones casi anuales, y que entró, aunque perdiendo fuerza, en la década de 80's. Según mi opinión, el interés que despertó se debe, en parte, a la novedad del enfoque –inserto como está el libro en la corriente de las nuevas ideas que se cristalizaron en la teoría de la dependencia–, en parte, a la metodología, que buscaba utilizar el marxismo de modo creador para la comprensión de un proceso nacional latinoamericano y, finalmente, a su audacia política, que rompía con el academicismo timorato y aséptico que tuviera vigencia, hasta entonces, en los estudios de esa naturaleza. El último capítulo, que enfoca los problemas de la izquierda armada y lo hace desde dentro,¹²¹ suscitó un entusiasmo en la intelectualidad joven y, en general, en la militancia de izquierda (ésta promovió, en Italia, su publicación en la edición local de "*Monthly Review*", a pesar de que ya estaba en curso una traducción de mi libro); sin embargo, el libro llegó a provocar preocupación en los editores, que –como no habían tenido conocimiento previo de ese último capítulo, que fue entregado por mí directamente a la imprenta, cuando ya estaba en proceso la impresión– temieron, al verlo publicado, que la empresa resultara comprometida.

Problemas, es verdad, el libro los creó, pero en países como Brasil y la Argentina, que requisaron y destruyeron todos los paquetes remitidos. Sin embargo, en la mayor parte de América Latina, y en México en particular, el libro fue un éxito, que luego llegó a Europa. En 1972, apareció la edición francesa y, en 1974 (con una introducción que vendría a ser mi trabajo más significativo y con una traducción de Laura Gonzalez) la edición italiana bajo el título *Il sottoimperialismo brasiliano*. Un contrato firmado con Penguin Books no tuvo continuidad, por razones que ignoro, pero en 1975 se llevó a cabo la edición portuguesa, con base en la 5ª edición mexicana de 1974, corregida y aumentada.

¹²¹ El único precedente, en esta línea, había sido *¿Revolución en la revolución?*, de Régis Debray, en 1967

Con ese libro, cerré con llave de oro mi primer exilio, durante el cual, al mismo tiempo en que completaba mi formación, me realicé profesionalmente. La victoria de Luis Echeverría en las elecciones de 1969 –quien, como secretario de Gobernación, comandara la represión al movimiento estudiantil– y la negativa de Francia de permitirme ingresar o pasar por su territorio sin documentación (que me era negada tanto por el gobierno brasileño como por el mexicano) me llevaron, después de haber renunciado al asilo político, a decidirme por Chile, donde la situación política podría facilitar las cosas. En noviembre de 1969, desembarqué en Santiago.

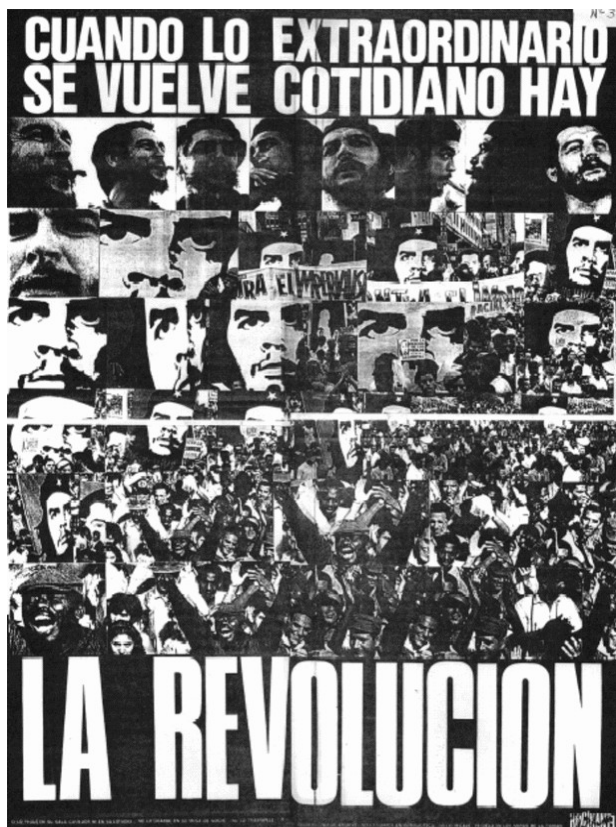
3. El segundo exilio

Mi ingreso a territorio chileno se hizo con alguna dificultad, resuelta por la presión de amigos que ahí me esperaban –en particular Theotonio dos Santos y Vania Bambirra– juntamente con la intervención de políticos –como el entonces senador Salvador Allende– y de la Universidad de Concepción y de su Federación de Estudiantes (FEC). Efectivamente, aún en México, yo había sido contactado por su presidente, Nelson Gutiérrez –quien me conocía por mis trabajos y por las informaciones de amigos brasileños, entre los que se encontraba Evelyn Singer, profesora en dicha universidad y que había militado conmigo en Brasil. Gutiérrez me había comunicado sobre la existencia de una vacante de profesor titular en el Instituto Central de Sociología y me había consultado sobre mi interés en ocuparla. Como en ese entonces ya consideraba Chile como posible alternativa a Argelia, respondí afirmativamente, y mi currículum fue incluido en el concurso abierto para esa vacante y aprobado. Así, yo llegaba al país con un contrato en la mano.

Permanecí en Santiago cerca de tres meses, aprovechando las vacaciones escolares, y no me desvinculé totalmente de la ciudad porque ahí mantuve un pequeño departamento durante todo el tiempo en que estuve en Concepción. No me seducía, en efecto, la perspectiva de fijar mi residencia en esta última ciudad, acostumbrado como estaba a las grandes metrópolis, además de que Santiago presentaba para mí más atractivos. Ahí estaban grandes amigos míos, como Vania y Theotonio, junto con una amplia colonia de exiliados brasileños que mientras viví en Chile, estuvo formada, en diversos momentos, por Darcy Ribeiro, Almino Afonso, Guy de Almeida, José Maria Rabelo, Maria da Conceição Tavares; en poco tiempo, haría nuevas amistades entre los chilenos y latinoamericanos, como Tomás Vasconi, Inés Reca, Pío García, Orlando Caputo, Roberto Pizarro, Aníbal Quijano, reencon-

trándome también con Andre Gunder Frank, que era profesor en la Universidad de Chile, y su esposa, Marta Fuentes. Por otra parte, Santiago vivía un momento de intensa movilización política, que resultaría, en las semanas inmediatas a mi llegada, en la constitución de la *Unidad Popular*, frente político que reunía las fuerzas de izquierda –con excepción del *Movimiento de Izquierda Revolucionaria* (MIR)–, y en la designación de Allende como su candidato a las elecciones presidenciales del año siguiente.

A pesar de haber recibido una propuesta de trabajo del Instituto de Administración (INSORA), con el cual había entrado en contacto desde México, y tener el interés del Centro de Estudios Socio-Económicos (CESO) de la Facultad de Economía, de la Universidad de Chile, me trasladé, en marzo de 1970, a Concepción. Estaba dispuesto a quedarme por lo menos un año, como reconocimiento a la solicitud que me manifestara la Federación de Estudiantes.



Rocinante n. 3, 1969.

Si el nivel de politización era alto en Santiago, adquiriría en Concepción connotaciones explosivas. Una de las principales ciudades del país, de antigua tradición industrial e íntimamente vinculada con los centros mineros de Lota y Coronel, cuna del *Partido Comunista*, esa ciudad dio origen, en 1965, a una nueva fuerza de izquierda, el MIR –fracción de la *Juventud Socialista*, con participación destacada de una corriente intelectual trotskista – liderado por una pléyade de jóvenes brillantes, principalmente Miguel Enríquez, Luciano Cruz y Bautista van Schouwen. Con Luciano como presidente, la Federación de Estudiantes dio inicio, de manera espectacular, a la reforma universitaria, que agitaba aún al país cuando llegué, y que había lanzado el MIR en el nivel nacional, en 1969, gracias a la adopción –después de la ruptura con los trotskistas– de una activa política de lucha armada. Un poco más joven, Nelson Gutiérrez, ahora ex presidente de la FEC, terminaría por integrarse al grupo dirigente, donde se destacó por su inteligencia, su integridad revolucionaria, su inagotable sed de conocimiento y su notable capacidad oratoria.

En un ambiente de esa naturaleza, es difícil distinguir lo que fue actividad académica y lo que fue actividad política. Mi vida personal fue, de cierta manera, anulada, en aras de una práctica pedagógica incesante, en las aulas, en las reuniones con militantes, durante las comidas, las tertulias en mi casa, en las visitas a dirigentes y bases obreras de Tomé, Lota, Coronel. En la Universidad, impartí diversos cursos, por motivación política y académica, además de establecer lazos de amistad con Juan Carlos Marín, uno de los raros intelectuales marxistas realmente dedicado a cuestiones de estrategia militar; Alejandro Saavedra, estudioso de la cuestión agraria, sobre la cual sostenía tesis extremadamente originales; Luís Vitale, que se esforzaba por rescatar la historia de las luchas de clases en Chile; Guillermo Briones, científico político de formación tradicional, pero siempre abierto a lo nuevo; Julio López y José Carlos Valenzuela, que llegaban de Polonia, entusiasmados con Kalecki; Nestor D'Alessio y otros.

Entre los mencionados cursos, cabe destacar el de Sociología Política, que rescataba mi experiencia en Brasilia; Sociología de América Latina, en que capitalizaba mis estudios en México; y Métodos y Técnicas de Estudio y Exposición, que tuviera una primera versión en CONESCAL, con el fin de preparar arquitectos e ingenieros para la comprensión de las cuestiones sociales y que, en Concepción, tuvo el propósito de disciplinar el razonamiento de los jóvenes militantes, capacitarlos en la investigación y

prepararlos para dominar diferentes formas de exposición, como el panfleto, el artículo, el discurso oratorio, el informe, el ensayo. También participé en el curso de Ciencias Sociales que el Instituto realizaba extra muros, en las facultades y escuelas de ingeniería, medicina, servicio social, geología, matemáticas, etc., jugando, para la izquierda universitaria, el papel de instrumento de politización de sectores estudiantiles menos sensibles, en principio, a los problemas socio-políticos; mi contribución consistió, principalmente, en modificar el enfoque pedagógico, buscando transformar el curso en una reflexión política basada en la problemática propia de cada profesión y, en la medida de lo posible, en su lenguaje.

En ese contexto, mi producción escrita se vio bastante perjudicada. Durante aquel año, escribí solamente dos textos para publicación: el prólogo al libro de Arraes y un artículo titulado “Los movimientos estudiantiles en América Latina”, destinado a la recién creada revista del Instituto, *Ciencia Social* (que salió con mucho retraso y no pasó del primer número) y que se publicó en Francia, en aquel año, en *Temps Modernes*, y en Venezuela, en la revista *Rocinante*, editándose, después, también en México y en Colombia.

El ambiente de Concepción, a la vez exaltado y sofocante, su provincialismo y la elección de Allende para la Presidencia, que abría en el país un proceso político de grandes perspectivas, me llevaron a aceptar la invitación del CESO y a trasladarme para Santiago, a fines de 1970. En una universidad que, como la de Chile, pasaba aún por el proceso de reforma, los procedimientos y la nomenclatura eran fluidos: un concurso de títulos decidió mi admisión y clasificación como investigador senior. Sin sustraerme a la marea alta de politización que caracterizaba en ese entonces a Chile, viví allí una de las fases más productivas de mi vida intelectual.

La formación del gobierno de la *Unidad Popular* contribuyó, de cierta manera, para eso. Sin tener cuadros para la administración pública, la izquierda en el poder los fue a buscar en las universidades. En el CESO, eso conllevó la promoción del personal joven (Roberto Pizarro, entonces júnior, en la calidad de único chileno del pequeño grupo que quedara, asumió la dirección, luego transferida a Theotonio) y la incorporación de nuevos miembros, en la mayoría extranjeros, lo que trajo una gran renovación. La institución llegó a la cima de su trayectoria entre 1972 y 1973; además de mí, Theotonio y Vania, el CESO contaba con Vasconi, Frank, Marta Harnecker, Julio López y, más jóvenes, Pizarro, Cristian Sepúlveda, Jaime Torres, Marco Aurelio García, Álvaro Briones, Guillermo Labarca, Antonio Sánchez, Marcelo García, Emir

Sader y Jaime Osorio, lista a la que habría que agregar los temporales: Régis Debray, recién liberado de su arresto en Bolivia; los cubanos Germán Sánchez y José Bell Lara, alejados por algún tiempo de La Habana, luego del freno aplicado a *"Pensamiento Crítico"*, y el mexicano Luis Hernández Palacios, a quien reencontraría, tiempos después, al regresar a México.

El CESO fue, en su momento, uno de los principales centros intelectuales de América Latina. La mayoría de la intelectualidad latinoamericana, europea y estadounidense, principalmente de izquierda, pasó por ahí, participando mediante charlas, conferencias, mesas redondas y seminarios. Sin embargo, el secreto de la intensa vida intelectual que lo caracterizó y que se constituyó en la fuente real de su prestigio fue la permanente práctica interna de diálogo y discusión, institucionalizada en los seminarios de área —las áreas temáticas eran las células de la institución—, en el seminario general, y continuada en las relaciones personales, que tenían por base el compañerismo y el respeto recíproco. El momento político que vivía el país, que había tornado a Santiago el centro mundial de atención y de romería de intelectuales y políticos, hizo lo demás, amén de incentivar el desarrollo de otros órganos académicos, como el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN), de la Universidad Católica.

Como el CESO estaba adscrito a la Facultad de Economía, yo debía impartir cursos ahí, aunque sin obligación docente. Realicé tres cursos: Introducción a las Ciencias Sociales, cuya parte inicial, formada por tres clases, dio como resultado el ensayo "Razón y sinrazón de la sociología marxista", publicado en el primer número de la revista *Sociedad y Desarrollo*, lanzada por el CESO, en 1972; Ciencia Política y un tercero —en el que participaban alumnos de diversas facultades, militantes de los diferentes partidos de la izquierda— titulado Teoría del Cambio. Este último —que trataba, de hecho, sobre la teoría de la revolución— después de una parte dedicada a las revoluciones burguesas, estudiaba cuatro revoluciones socialistas (soviética, china, vietnamita y cubana), concluyendo con algunas generalizaciones—; grabado y, posteriormente, reelaborado, se encontraba pronto para ser publicado en el momento del golpe militar de 1973, cuando, luego de la invasión de mi departamento por el ejército, fue quemado por éste, junto con los libros y otros materiales que ahí se encontraban —inclusive una serie de entrevistas que yo había hecho a Miguel Enríquez, dirigente máximo del MIR, cuya pérdida aún lamento.

Además de ejercer algunos puestos administrativos –coordinador docente y miembro de la comisión de investigaciones, del consejo editorial y del consejo directivo del CESO y miembro de la comisión docente y de investigaciones de la Facultad– me designaron en calidad de coordinador de área, para organizar y dirigir su seminario; como dije, cada área del CESO realizaba su propio seminario, paralelo al seminario general (éste, entre 1971 y 1973, se centró en el análisis de la transición socialista en la Unión Soviética, con énfasis en Lenin, y tuvo a Marta Harnecker como coordinadora). Mis intereses de investigador me llevaron a proponer en mi área, que lo aprobó, el tema “Teoría marxista y realidad latinoamericana”; iniciándose con *El Capital* de Marx; el seminario debería incluir sus obras políticas, pero, por las circunstancias históricas, no pasó de la primera parte. No se trataba de una simple lectura del libro, sino –aprovechando la experiencia de México– tomarlo como hilo conductor para la discusión sobre la manera de aplicar sus categorías, principios y leyes al estudio de América Latina. En el seminario, participaban, entre otros, Frank, Vasconi, Labarca, Marco Aurelio, Marcelo García, Cristián, Antonio Sánchez y Jaime Osorio.

Para centrar la discusión, empecé a trabajar en un texto base. Éste tomaba, como punto de partida, lo que quedó conocido en el CESO como mi “libro rojo” –una portada roja, que reunía materiales desde 1966, incluyendo esquemas de clase, notas de lectura, reflexiones e información histórica y estadística sobre América Latina en general y país por país, con énfasis en la integración al mercado mundial y en el desarrollo capitalista resultante. La propia naturaleza de esos materiales me indujo a escribir un ensayo de carácter histórico, que no me satisfizo; lo que buscaba era el establecimiento de una teoría intermedia que, basada en la construcción teórica de Marx, condujera a la comprensión del carácter subdesarrollado y dependiente de la economía latinoamericana y su legalidad específica. Al regresar a trabajar en el texto (tanto la primera versión, como el “libro rojo” se perdieron también, a raíz de la invasión de mi departamento), busqué situar el análisis en un nivel más alto de abstracción, relegando a notas de pie de página las pocas referencias históricas y estadísticas que conservé. Esta segunda versión fue publicada, aún incompleta, en *Sociedad y Desarrollo*, bajo el título “Dialéctica de la dependencia: la economía exportadora” y, terminada, en edición mimeografiada del CESO, en 1972, sirviendo también como base para la introducción al libro publicado por Einaudi, en 1974.

Dialéctica de la dependencia era un texto innegablemente original y contribuyó para abrir un nuevo camino para los estudios marxistas en la región y plantear, sobre otras bases, el estudio de la realidad latinoamericana. La *démarche* teórica que realicé consistió, esencialmente, en rechazar la línea tradicional del análisis del subdesarrollo, mediante la cual éste se hacía a través de un conjunto de indicadores que, a su vez, servían para definirlo; el resultado no era simplemente descriptivo, sino tautológico. Así, un país sería subdesarrollado porque sus indicadores relativos al ingreso *per capita*, a la escolaridad, a la nutrición, etc., correspondían a cierto nivel de una escala determinada y esos indicadores se ubicaban en ese nivel porque el país era subdesarrollado. Tratando de ir allende ese planteamiento engañoso, la CEPAL avanzó poco, quedando, como elemento válido de su elaboración, la crítica a la teoría clásica del comercio internacional y la constatación de las transferencias de valor que la división internacional del trabajo propicia, en detrimento de la economía latinoamericana.

En vez de seguir ese razonamiento y fiel a mi principio de que el subdesarrollo es la otra cara del desarrollo, yo analizaba en qué condiciones América Latina se había integrado al mercado mundial y cómo esa integración: a) funcionaba para la economía capitalista mundial y b) alteraba la economía latinoamericana. La economía exportadora, que surge a mediados del siglo XIX en los países pioneros (Chile y Brasil), generalizándose después, aparecía, en esa perspectiva, como el proceso y el resultado de una transición al capitalismo y como la forma que asume ese capitalismo, en el marco de una determinada división internacional del trabajo. Considerado eso, las transferencias de valor que de ahí advenían no podían ser vistas como una anomalía o un obstáculo, sino más bien una consecuencia de la legalidad propia del mercado mundial y como un estímulo al desarrollo de la producción capitalista latinoamericana, con base en dos premisas: abundancia de recursos naturales y superexplotación del trabajo (la cual presuponía abundancia de mano de obra). La primera premisa daba como resultado la monoproducción; la segunda, los indicadores propios de las economías subdesarrolladas. La industrialización, llevada a cabo posteriormente, estaría determinada por las relaciones de producción internas y externas, conformadas con base en esas premisas. Resuelta así, según mi entender, la cuestión fundamental, es decir, el modo como el capitalismo afectaba el eje de la economía latinoamericana –la formación de la plusvalía– yo pasaba a preocuparme con la transformación de ésta en ganancia y con las especificidades que esa metamorfosis encerraba. Algunas indicaciones relativas al punto a que llegó mi investigación se

encuentran contenidas en el texto y en otros trabajos escritos en esa época, pero yo sólo solucionaría realmente el problema algunos años después, en México.

Lanzado a la luz, mi ensayo provocó reacciones inmediatas. La primera crítica vino de Fernando Henrique Cardoso, mediante una comunicación hecha al Congreso Latinoamericano de Sociología (donde yo recién había presentado mi texto completo), que se realizó en Santiago, en 1972, y que fue publicada en la *“Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales”*. Defendiendo con celo la posición que conquistara en las ciencias sociales latinoamericanas y que él creía, al parecer, amenazada por la divulgación de mi texto, y refiriéndose aún al artículo que había salido en *“Sociedad y Desarrollo”*, que no incluía el análisis del proceso de industrialización, la crítica de Cardoso inauguró la serie de sesgos y malentendidos que se desarrolló sobre mi ensayo, confundiendo superexplotación del trabajo con plusvalía absoluta y atribuyéndome la falsa tesis de que el desarrollo capitalista latinoamericano excluye el aumento de la productividad. Respondí a esos equívocos en el *post-scriptum* que –bajo el título de *En torno a Dialéctica de la Dependencia*– escribí para la edición mexicana de 1973.

Pero si las reacciones contrarias a mi ensayo no se hicieron esperar, el interés y el apoyo tampoco. Sea a través de la versión incompleta de la revista, sea de la edición mimeografiada, el ensayo obtuvo una gran difusión en Chile y en el exterior –para lo que ayudó el flujo constante de visitantes que se dirigían al CESO. Muy temprano me percaté que no podría mantener el trabajo sin publicar, como era mi intención inicial, preocupado como estaba por concluir la investigación que el texto apenas anunciaba. En septiembre de 1972, habiendo viajado a México para participar de los cursos de verano promovidos por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, de la UNAM, me encontré con el hecho de que el ensayo ya era objeto de seminarios y grupos de estudios, constituyéndose inclusive en tema de la interesante tesis de licenciatura en economía, de Raimundo Arroio Júnior y Roberto Cabral Bowling, *El proceso de industrialización en México, 1940-1950. Un modelo de superexplotación de la fuerza de trabajo*, defendida en 1974.

Urgido por Neus Espresate, copropietaria de la editora ERA y vieja amiga, a autorizar su publicación, me pareció mejor ceder, aunque, dado el clima polémico que lo rodeaba, me pareciera necesario hacer un prefacio. Éste terminó convertido en posfacio, donde procuré aclarar las razones del método adoptado (que, al partir de la circulación para la producción, de ahí

regresando a la circulación, me valió el apodo de “circulacionista”), justificar el uso de categorías marxistas en el análisis de una formación capitalista aún en gestación y disipar las confusiones surgidas sobre la noción de superexplotación del trabajo, además de adelantar algunas consideraciones sobre la tendencia de la economía dependiente a bloquear la transferencia de los aumentos de productividad a los precios, fijando como plusvalía extraordinaria lo que podría venir a ser plusvalía relativa.

Además de las ediciones portuguesas (Centelha, 1976, y Ulmeiro, 1981), la edición mexicana, publicada en 1973, es la única que incluye ese posfacio, siendo también una de las raras publicaciones autorizadas de mi ensayo. Efectivamente, como yo temía, las ediciones piratas se sucedieron, en Francia, en la Argentina, en España, en Portugal. Autoricé, también, la edición alemana, incluida en un *reading* organizado por Diemar Rengas, que fue publicado en 1974, y la traducción holandesa de dicho *reading*, en 1976. Por lo que supe, el contrato firmado con una editora japonesa no fructificó.

La divulgación internacional de *Dialéctica de la dependencia* se debió, en parte, a que presenté el texto como *paper* en la Conferencia Afro-Latinoamericana, que reunió, en Dakar, en septiembre de 1972 —por iniciativa del Instituto de Desarrollo Económico y Planificación (IDEP), órgano de la ONU dirigido por Samir Amin— a estudiosos de los dos continentes, así como de Europa. En el viaje de regreso, pasé por Italia donde, en el Instituto de Estudios de la Sociedad Contemporánea (ISSOCO), dirigido por Lelio Basso, participé en un seminario sobre América Latina. De ahí resultó un texto de cierto interés, *La acumulación capitalista dependiente y la superexplotación del trabajo*, que tuvo sólo una edición mimeografiada en el CESO pero que circula, aún hoy, en círculos estudiantiles y de investigación de la UNAM y otras instituciones de enseñanza mexicanas. En mi estadía en Italia, pude dialogar intensamente con un gran número de intelectuales disidentes del Partido Comunista Italiano, entre ellos Rossana Rossanda, Lucio Magri, Giovanni Arrighi y Luciana Castellini.

Mi resistencia en publicar *Dialéctica de la dependencia* se debía a la conciencia que tenía de que el texto era insuficiente para dar cuenta del estado de mis investigaciones y a mi deseo de desarrollarlo. Esa resistencia fue vencida, en parte, como señalé, por la dificultad que tuve para impedir su difusión y, en parte, porque el avance del proceso chileno me convocaba de modo creciente a una participación más activa, obstaculizando mi concentración en las cuestiones teóricas generales que me preocupaban. A partir de

finés de 1971, asumí responsabilidades políticas cada vez mayores, que terminaron absorbiéndome.

Una de las cuestiones candentes que se planteaban en el Chile de entonces era la de la unidad de la izquierda, debido a los problemas suscitados por la oposición UP x MIR. Juntamente con compañeros socialistas y comunistas – entre los cuales Marta Harnecker, alma de la iniciativa, Theotonio, Alberto Martínez y Pío García– participé en la creación y dirección de la revista “*Chile Hoy*”, cuyo objetivo era construir un espacio adecuado para el diálogo entre las corrientes de izquierda, y en la cual colaboré regularmente hasta el golpe militar.

A principios de 1973, tuvo lugar, por iniciativa del CEREN y en colaboración con el CESO, un simposio sobre la transición al socialismo, en el que participaron intelectuales de izquierda de todo el mundo, destacándose Paul Sweezy, Rossana Rossanda, Lelio Basso, Michel Gutelman, además de los participantes locales. Presenté un *paper* titulado *¿Transición o revolución?* (que fue publicado, sin autorización, en la revista *Pasado y Presente*, de Buenos Aires, con su título alternativo: “La pequeña burguesía y el problema del poder”), en el cual yo analizaba el carácter de clase del gobierno de la Unidad Popular; además comenté el *paper* de Gutelman e intervine respecto al presentado por Basso (de ahí resultando un artículo polémico, “Reforma y revolución: las dos lógicas de Lelio Basso”, publicado en “*Sociedad y Desarrollo*”). Los materiales del simposio se reunieron en el libro *Transición al socialismo y experiencia chilena*, de Prensa Latinoamericana, inclusive mi *paper*, el comentario a Gutelman (“La reforma agraria en América Latina”) y mi crítica a Basso. Después del golpe de 1973, el libro difícilmente pudo ser encontrado. Sin embargo, muchos materiales, inclusive los textos sobre Gutelman y Basso, fueron publicados de nuevo en Buenos Aires, en el año siguiente, bajo el título *Acerca de la transición al socialismo*, además de ser reproducidos en diversas publicaciones, en Colombia y en México.

Aún en 1973, bajo mi dirección, apareció el primer número de la revista “*Marxismo y Revolución*”, cuyo segundo número, ya editado, fue destruido en la imprenta, en los días posteriores al golpe. El que llegó a circular contenía dos trabajos míos sobre Chile. Uno era “El desarrollo industrial dependiente y la crisis del sistema de dominación”, en el que, a partir del movimiento económico y, en particular, de la distribución de la plusvalía, yo analizaba la escisión de la burguesía chilena que, expresándose en la campaña electoral de 1970, abriera el camino a la *Unidad Popular*; ese trabajo, que consideraba

algunos de los progresos que yo hiciera en mis investigaciones sobre la plusvalía extraordinaria, había sido escrito y divulgado entre la izquierda antes del trabajo que yo presentara en el simposio CEREN-CESO y, desde un punto de vista lógico, lo precedía. El otro artículo, “La política económica de la *vía chilena*”, escrito en colaboración con Cristián Sepúlveda, examinaba las motivaciones de clase de la política económica de la UP y sus implicaciones; en realidad, se destinaba a cubrir la publicación de un texto que yo no había escrito para publicación y que, lleno de deficiencias, había aparecido, sin mi autorización, en *Critiques de l'économie politique*, revista editada por Maspero (que, incorregible, pirateó también *Dialéctica de la dependencia*).

Esos tres ensayos constituían un análisis más o menos estructurado sobre las causas y la actuación del gobierno de la Unidad Popular. Ellos forman el núcleo del libro que, en 1976, publiqué en México —*El reformismo y la contrarrevolución. Estudios sobre Chile*—, el cual, además de una selección de los artículos más coyunturales escritos para *Chile Hoy*, reunía otros dos ensayos, ambos de 1974. Uno de ellos examinaba la crisis y la caída del gobierno de la UP, habiendo aparecido, en versión preliminar, escrita en Panamá, en una publicación de NACLA, bajo el título “Chile: The Political Economy of Military Fascism”, y que fue reeditado, en versión definitiva, en México, bajo la denominación de “Economía política de un golpe militar”.

Ese cambio de título no había sido aleatorio. Después de haber manejado, inicialmente, la noción de “fascismo militar”, terminé descartándola, convencido de que la caracterización de la contrarrevolución chilena (y latinoamericana, en general) como fascista ocultaba la naturaleza real del proceso y tendía a justificar la formación de frentes amplios, en el cual la burguesía tendía a asumir un papel hegemónico. En aquel entonces, aún parecía posible luchar por una política de alianzas que no implicara la subordinación de las fuerzas populares a la burguesía, ya que la izquierda aún detentaba, localizadamente, una capacidad de acción en América Latina y estaba en ascenso en Europa Occidental, en África y en Asia. Las derrotas que la izquierda sufrió después en Europa y en los países latinoamericanos, llevaron el triunfo de la fórmula del frente amplio bajo la hegemonía burguesa, que presidió la redemocratización latinoamericana de los 80, excepto en América Central, donde prevaleció el esquema de alianzas que yo propugnaba. Conviene notar que, aún en Chile —como lo demuestra uno de los artículos publicados en *Chile Hoy* e incluido en el libro— me parecía que, independientemente de los rasgos fascistas que presentaba la movilización de

la derecha, no existían condiciones para un verdadero régimen fascista. Esa discusión continuó a lo largo de la década de 1970, llevándome a elaborar el concepto de Estado de contrainsurgencia y, cuando ya se podía vislumbrar el proceso de redemocratización, el de Estado del cuarto poder.

Otro ensayo del libro que es posterior al golpe, “Dos estrategias en el proceso chileno” “Dos estrategias en el proceso chileno”, constituye, después del trabajo de 1967 sobre América Latina, uno de mis textos más divulgados, sin duda por la fase favorable que aún vivía la izquierda y por el interés que despertaba el caso chileno. Escrito para el número inicial de “*Cuadernos Políticos*”, del cual hablaré más adelante, fue publicado, primero, en “*Temps Modernes*”, siendo después objeto de diversas reediciones, aisladas o en revistas y periódicos latinoamericanos y europeos. La finalidad del artículo era la de –en contraposición a la falsa tesis que la mayoría de la izquierda chilena difundiera en el exterior, descargando sobre el MIR la responsabilidad del golpe– analizar las dos estrategias de la izquierda, durante el gobierno de la Unidad Popular, y mostrar de qué manera la tensión entre la movilización popular que éste indujera –dando, inclusive, origen a los órganos de poder popular– y la dinámica propia del Estado burgués, respaldada por la mayoría de la UP, acabó por conducir el proceso a un punto de ruptura. En ese contexto, MIR y PC, aunque constituyeran los centros de elaboración teórica y de conducción política más influyentes en sus respectivos campos, polarizando a su alrededor a las demás fuerzas de la izquierda, no habían actuado aisladamente, además de que sólo se podría explicar su actuación en función del desarrollo de la lucha de clases; la responsabilidad del golpe le tocaba, sin embargo, al imperialismo estadounidense y a la burguesía chilena, y sólo se podía criticar el MIR y el PC por los errores que habían tenido en la implementación de sus respectivas estrategias.

De mi producción, en ese período, todavía es necesario mencionar tres trabajos. El primero, centrado en la reflexión sobre lo que ocurría a mi alrededor, es el prefacio al libro de Vania Bambirra, *La revolución cubana: una reinterpretación*, editado en 1973 (y, con la desaparición de la edición, requisada en su mayor parte en la imprenta, reeditado en México, en 1974). Nacido al calor de los debates que se trababan en Chile sobre la cuestión, su propósito era contribuir a la caracterización del problema del poder en Cuba, lo que me llevaba a reelaborar los conceptos de revolución democrática y de revolución socialista –tema crucial en las discusiones marxistas en general y, en Chile de entonces, en particular– y buscar establecer entre ellos nuevas relaciones.

Los otros dos trabajos se referían a Brasil, insertándose en el contexto de la vida política que mantenían, en Santiago, los núcleos de exiliados,¹²² retoma el análisis de la actuación de la izquierda, que yo iniciara en el último capítulo de *Subdesarrollo y revolución*. Pero con una diferencia. “Vanguardia y clase” había sido escrito en 1969, cuando la lucha armada mal empezaba y la intelectualidad de izquierda, por seguir la corriente o por miedo, la aplaudía o, en la mejor de las hipótesis, se callaba; yo me sentía, por lo tanto, no sólo en libertad, sino inclusive en el deber de criticar las concepciones y la práctica de la izquierda armada, alertándola para lo que podría suceder. En 1971, sin embargo, cuando escribo el segundo ensayo, ya era evidente el fracaso del cometido y, de todos lados, llovían las críticas a la izquierda armada, lo que me llevó a reivindicarla –aunque sin renunciar al análisis de su desempeño. Ese ensayo fue destinado a la antología organizada por Vania Bambirra y publicada por Prensa Latinoamericana, en aquel año, bajo el título de *Diez años de insurrección en América Latina*; excluyendo a Vania, a Moisés Moleiro y a mí, los autores –todos ellos, intelectuales conocidos– prefirieron firmar sus textos con seudónimo, hecho comprensible si se consideran las condiciones políticas que reinaban en la mayoría de los países latinoamericanos. El golpe de 1973 hizo del libro una rareza, y de él se quedó solamente la edición italiana de Mazzota, de Milán, publicada en 1973, con el título *L’esperienza rivoluzionaria latinoamericana*; sin embargo, mi ensayo fue incluido –con el título “Lucha armada y lucha de clases”– en la 5ª edición revisada y ampliada de *Subdesarrollo y revolución*, de 1974.

El otro trabajo, escrito a fines de 1971 o principios de 1972, fue resultado de mi intervención en un seminario político de la izquierda brasileña, en Santiago, y fue publicado, primero, en “*Monthly Review*”, bajo el título “Brazilian Sub-Imperialism”, publicándose también en las ediciones de esa revista en italiano y en español (esta última impresa ahora en Bogotá), así como en la revista mexicana “*Síntesis*”. En este ensayo, yo examinaba la política económica de la dictadura y precisaba lo que, a mi manera de ver, constituían, para ella, limitaciones objetivas: la estrechez del mercado interno, la superexplotación del trabajo y las posibilidades del Estado como promotor de inversión y de demanda. En un plan más general, mostraba las dificultades que los Estados Unidos creaban para la implementación de la política subimperialista e indicaba la conveniencia de distinguir, en su evolución, dos períodos, que tenían 1968 como parte aguas; por otro lado, el ensayo evidenciaba, por primera vez, el papel de las transferencias de ingreso

¹²² “La izquierda revolucionaria brasileña y las nuevas condiciones de la lucha de clases”

para la clase media, a partir de ese año, con la finalidad de mitigar la estrechez del mercado interno; esas dos proposiciones sirvieron de insumo explícito o implícito para elaboraciones de otros autores sobre la economía y la política externa brasileña. El ensayo también fue incorporado, con el mismo título, a la 5ª edición de *Subdesarrollo y revolución*.

Mi exilio chileno correspondió, así, a mi llegada a la madurez, en el plano intelectual y político. Los acontecimientos que marcaron su fin –el golpe militar del 11 de septiembre, la experiencia del terrorismo de Estado en su más alto grado, los días pasados en la embajada de Panamá, donde cerca de 200 personas hacían un esfuerzo disciplinado y solidario para coexistir en un pequeño departamento, bajo el ruido de bombas y tiroteos– fueron vividos con naturalidad, como contingencias de un proceso cuyo significado histórico estaba perfectamente claro para mí. A mediados de octubre de 1973, una vez más sin cualquier documento, viajé para Panamá.

4. El tercer exilio

Después de una recepción formal y un poco tensa, en el aeropuerto de la Ciudad de Panamá, con la presencia de Omar Torrijos y de Manuel Noriega, los asilados fuimos transferidos para dos pequeñas ciudades de provincia, Chitré y Las Tablas, tocando a mi grupo esta última. Yo había estado prácticamente desaparecido, desde 11 de septiembre, dando margen, inclusive, a que se esparcieran rumores sobre mi fusilamiento en el Estadio Nacional. En Las Tablas, retomé contacto con el mundo exterior y, al fin de pocos días –ante la confusión que reinaba entre las autoridades panameñas con respecto al tratamiento que debería ser dado a los asilados– me transferí, por iniciativa propia, para la Ciudad de Panamá, donde amigos de diversas partes, principalmente de México, me transfirieron algún dinero. Yo había dejado lo que tenía con los compañeros chilenos y viajé con cerca de 40 dólares que Carmen, quien había sido mi sirvienta, me había pasado, después de cambiar en el mercado negro todas sus economías. Esa fue una de las manifestaciones más conmovedoras de solidaridad que entonces recibí por parte de chilenos humildes, pero conscientes y combativos.

Panamá no podía ser más que un punto de paso. Mis prioridades, respecto al destino futuro, eran, en este orden, Argentina, por la proximidad con Chile, y México, por razones sentimentales. Pero, naturalmente, no me encontraba en posición de cerrar ninguna puerta, por lo que no frené las iniciativas que,

en diversos países, comenzaron a tomar amigos, compañeros y colegas. Como las gestiones para entrar en Argentina se prolongaron, hasta fracasar, y las relativas a México fueron también demoradas, terminé quedándome en Panamá hasta fines de enero de 1974, y fui uno de los últimos en dejar el país.

Esos tres meses me permitieron sentir la impresionante solidaridad de mis amigos, particularmente mexicanos, venezolanos e italianos, y, a la vez, constatar –no sin sorpresa– el prestigio que yo disfrutaba en América Latina y en Europa. En México, se movilizaron activamente Neus Espresate, Eugenia Huerta (hija del poeta Efraín Huerta y que trabajaba en Siglo XXI), Carlos Arriola (mi alumno en el Colegio, de la generación de 1966, y, en la época, secretario general de la institución, Mario Ojeda Gómez, Luis Hernández Palacios, José Thiago Cintra, entre muchos; de ahí recibí ofertas de trabajo –reales o, en algunos casos, para facilitar la visa de entrada– de Víctor Flores Olea, director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, de Leopoldo Zea, director de la Facultad de Filosofía y Letras, de José Luís Ceceña, director de la Escuela Nacional de Economía, y de Raúl Benítez, director del Instituto de Investigaciones Sociales, todos de la UNAM, y, por el Colegio, de Mario Ojeda y Carlos Arriola –y el Colegio también gestionó la posibilidad de incluirme en un programa cultural de Televisa, en el que participarían J. A. Salk, Jorge Luís Borges, Jorge Sabato, Jacques Cousteau y otros. En las gestiones ante Gobernación, para la obtención de la visa, fue Flores Olea quien demostró más fuerza y, por eso, al dirigirme más tarde a México, mi destino terminó siendo la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

Los venezolanos también se empeñaron. Comenzando con iniciativas de José Agustín Silva Michelena, de gran corazón, y de Armando Córdova, compañero de viajes por Dakar y Roma, siguieron luego invitaciones formales de Maza Zavala, director de la Facultad de Economía de la Universidad Central, y de las universidades de Mérida y Zulia (Maracaibo). En Argentina, la principal acción le tocó a Enrique Oteiza, de CLACSO, dando como resultado una invitación para la Universidad del Sur, en Bahía Blanca. Se debe también registrar la solidaridad de Orlando Fals Borda, quien dirige ROSCA, en Colombia.

En Italia, los amigos que más se esforzaron fueron Rossana Rossanda y Laura Gonzalez, quien había traducido mi libro para Einaudi y con quien yo mantenía una nutrida correspondencia, pero que sólo después vine a conocer personalmente, cuando me impresionó por su inteligencia, entusiasmo y calor humano. De Italia me llegaron invitaciones de las universidades de Roma

(Sylos Labini), de Siena y de Módena. De Francia, la Universidad París VIII (Michel Beaud) y X (René Rémond) dieron también su contribución, juntamente con la París I. Sin embargo, la oferta más insistente e interesante, respecto a los aspectos financiero y de documentación migratoria, salió espontáneamente de Otto Kreye, del Instituto Max Planck, de Starnberg, cerca de Munich, que yo había encontrado en Dakar y que conocía, por eso, *Dialéctica de la dependencia*; con Jürgen Heinrichs y Folker Fröbel, él constituiría un núcleo de investigación, que publicaría, en 1977, el libro *La nueva división internacional del trabajo. Paralización estructural en los países industrializados e industrialización de los países en desarrollo*. Fui para allí entonces, al dejar Panamá, por razones que no viene al caso plantear aquí.

Antes de cerrar el paréntesis panameño conviene, sin embargo, hacer un par de observaciones. La situación política que vivía el país, con Torrijos, conllevó una buena acogida a los asilados, junto con el deseo nada disfrazado de que nos fuéramos. Mientras estuve ahí, fueron limitados los contactos formales con la universidad —una u otra conferencia— de manera tal que el evento académico impactante, en ese período, fue mi participación, con Vasconi y otros, en el Seminario sobre Aspectos Económicos, Sociales y Políticos de la Inversión Extranjera en América Central, promovido por el Programa Centroamericano de Ciencias Sociales y por la Fundación Friedrich Ebert, en La Catalina (Costa Rica), en noviembre de 1973. El hecho merece ser registrado, principalmente porque, en las conversaciones con los funcionarios de la Ebert, quedó manifiesto para mí el interés de la socialdemocracia alemana en la intelectualidad latinoamericana de izquierda, así como el trabajo que, para atraerla, desarrollaba a través de CLACSO. Posteriormente, con el encuentro que promovió en Colonia Tovar, en Venezuela, en 1975, entre las principales fuerzas de la izquierda chilena, excluidos el PC y el MIR, el cuño político de la acción socialdemócrata quedó perfectamente definido. Esa acción vendría a dar frutos significativos en la segunda mitad de la década.

Independientemente de la actitud oficial, la receptividad de los intelectuales panameños a los asilados fue cálida. Entre los que conocí y que hoy cuento como mis amigos, es justo destacar Julio Manduley, Marco Antonio Gandásegui, Javier Goroztiaga y Griselda López. A la par del ejemplar compañerismo de los asilados que ahí estuvieron, eso tornó más que soportable mi estancia en el país.

El 30 de enero de 1974, partí hacia Munich, donde tuve la grata sorpresa de, además de Otto Kreye, encontrar a Antonio Sánchez y Marcelo García, quienes, así como Gunder Frank, habían sido también invitados por el Max Planck. Con ellos, estaba Dorothea Mezger, tierna e inteligente, cuya investigación sobre el cartel internacional del cobre resultaría, algunos años después, en un libro excelente, quien me hospedó en su departamento durante mi estancia en Munich.

Integrando un óptimo equipo y contando con una infraestructura de trabajo sin paralelo con las que había tenido antes y tuve después, debo reconocer que en el período siguiente mi rendimiento intelectual fue bajo. Fuera de la participación en seminarios, inclusive en uno que el equipo del Max Planck realizó en septiembre, en Starnberg, y la realización de conferencias, fue poco lo que ahí produce. Además de los dos ensayos sobre Chile, ya mencionados, y el prefacio a la 5ª edición mexicana de *Subdesarrollo y revolución*, mi producción se limitó a colaboraciones menores —en general relacionadas con Chile— para revistas y periódicos, así como entrevistas (de las cuales, sólo vale la pena mencionar la que publicó “*Il Manifesto*”, de Roma, en el aniversario del golpe chileno, con el título “*Reazione e rivoluzione in Cile*”).

Para ello, concurrió mucho el amplio movimiento de solidaridad con la resistencia chilena, que constituyó un hecho importante en la vida política europea, en aquella mitad de década, y que me convocó, sin admitir reservas. Hasta principios de 1977, me fue imposible establecer un plan de trabajo y dedicar una razonable atención a mi vida personal y profesional. Moviéndome siempre por toda Europa y entre ésta y América Latina, fui obligado a enfrentar situaciones inesperadas y, a veces, verdaderos desafíos, como el de ser el principal orador en un mitin durante el primer aniversario del golpe chileno, en Frankfurt, que reunió a cerca de 300 mil personas, provenientes de toda Alemania. Una correspondencia de esa época, sustraída a agentes del extinto CNI y a la cual tuve después acceso a través de Libio Pérez, director de la revista “*Página Abierta*”, de Santiago, muestra cuánto mi actividad molestaba la dictadura chilena: un memorando de fines de 1975 (en todo caso, posterior al 22 de diciembre), relativo a la detención de un correo del MIR en Argentina, se refiere a un supuesto viaje que hubiera hecho a ese país, para entrevistarme con Edgardo Enríquez, hermano de Miguel, que estaba en ese entonces dirigiendo las actividades de esa organización en el exterior, y pide medidas para capturarnos.

La trágica desaparición de Edgardo, un año después, en Buenos Aires, habla elocuentemente de lo que habría significado para mí caer en manos del servicio secreto de Chile.¹²³

Hasta qué punto yo me había tornado popular en los círculos de la izquierda revolucionaria europea, me dio la medida Laura Gonzalez, cuando nos conocimos. Me contó, entonces, que, encontrándose en Turín, supo que yo pronunciaría ahí una conferencia sobre Brasil y asistió a ella a fin de conocerme personalmente. Sorprendida con la ambigüedad de la intervención del conferencista, que combinaba radicalismo verbal y proposiciones políticas dudosas, se sorprendió aún más cuando, al ser abordado, después de la conferencia, éste la trató de manera esquiva y nerviosa. Laura telefoneó, entonces, a Rossana Rossanda, a Roma, narrando lo ocurrido y le preguntó si yo era alto, moreno oscuro, etc., recibiendo, obviamente, respuesta negativa. Considerando las maniobras sórdidas que la Embajada brasileña había venido realizando en Italia, ambas concluyeron que se trataba de una farsa armada por ésta y se apresuraron a comunicar la impostura a la izquierda italiana.

¹²³ **Nota** de la edición *Ruy Mauro Marini-Escritos*: El 23 de diciembre de 1975, el coronel de la Fuerza Aérea Chilena Mario Jham Barrera (a) "Luis Gutiérrez" (tercer jefe de la Dirección de Inteligencia Nacional, DINA, y uno de los principales mandos en la *Operación Cóndor*) enviaba una nota al agente civil de la DINA, en Buenos Aires, Enrique Arancibia Clavel (a) "Luis Felipe Alempart" (después condenado a presidio perpetuo en Argentina, por el doble asesinato del general Carlos Prats y su esposa Sofía Cutbert, cometido el 30 de septiembre de 1974). La nota decía: "Memo 019, Santiago de Chile, 23 de diciembre de 1975: "...Daniel' [Jean Yves Claudet Fernández] el correo del MIR detenido... tiene contactos con Edgardo Enríquez que es necesario obtener y utilizar para permitir su captura. De la documentación capturada a 'Daniel' se desprende que *Ruy Mauro Marini* ('Luis') segundo hombre del C.E. [Comité Exterior del Comité Central] del MIR y con amplias vinculaciones con la JCR [Junta de Coordinación Revolucionaria], viajará en estos días a la Argentina, con su identidad verdadera, para entrevistar con Edgardo Enríquez. Ver la posibilidad de capturarlos".

El agente Enrique Arancibia Clavel, quien operaba en Argentina bajo la cobertura de un cargo ejecutivo en el Banco del Estado, respondió al coronel Mario Jham Barrera:

Memo 85 J, Buenos Aires, 8 de enero de 1976. "Daniel, es decir Claudet, está RIP hace más de 40 días. Sobre Ruy Mauro Marini, sería muy interesante que se mandaran fotografías si es que se tienen. Rawson [José Osvaldo Ribeiro, agente de la inteligencia argentina] ya está alertado del posible ingreso de Marini a la Argentina".

Fuentes:

Expediente del proceso judicial contra el general Jorge Rafael Videla, Buenos Aires, 10 de julio de 2001. También como Videla Jorge Rafael y otros. Privación Ilegal de la Libertad Personal, Poder Judicial de la Nación Buenos Aires, 10 de julio de 2001.

"Las intimidades del *Operativo Cóndor*: claves para la comprensión de América Latina", 3 de octubre de 2001.

"*Operación Cóndor en el Archivo del Terror*", *The National Security Archive*, 21 de diciembre de 2007.

Ambrosio Rodríguez Quiroz, abogado defensor de Pinochet. Proyecto Internacional de Derechos Humanos, Londres, 2000-2014.

A pesar de haber producido poco, ese fue un período en que las publicaciones de mis textos se multiplicaron, muchas veces sin que yo tomara conocimiento. Además de la 5ª edición de *Subdesarrollo y revolución* y su traducción al italiano y al portugués, aparecieron también las traducciones alemana, italiana, holandesa y portuguesa de *Dialéctica de la dependencia*, mientras varios trabajos míos, referidos mayoritariamente al Chile, se editaban, formalmente, en Alemania y en la Argentina e, informalmente, en Escandinava, en los Estados Unidos, en Canadá y en países de América Latina.

Arrastrado en esa vorágine, mi desestabilización hubiera sido completa si, en septiembre de 1974, yo no hubiera viajado a México, para asumir el cargo de Profesor Visitante, que me ofreciera la FCPyS, y que conllevaba mi adscripción, como investigador, a su Centro de Estudios Latinoamericanos. En el aeropuerto, tuvo lugar un incidente que merece registro. Después de retirar mi equipaje, me dirigía hacia el lugar donde estaban los agentes aduanales, cuando un joven, bien vestido y de buena apariencia, parado en una zona mal iluminada, después de mirarme fijamente (como si me comparara a la fotografía que, sin duda, memorizara), me hizo una señal para que me detuviera ahí. Mientras yo abría las maletas —que él volvía a cerrar, sin dignarse siquiera a mirarlas— el joven, con esa cortesía amenazadora en que los mexicanos son maestros, me manifestaba la satisfacción de México y la suya propia por mi regreso a la UNAM (a la cual yo no había hecho referencia), ya que tendría el honor y el placer de ser mi alumno. En realidad, nunca más lo vi. Era un agente de Gobernación, que —en el buen estilo mexicano— al mismo tiempo que me ahorraba los trámites aduanales, me advertía que el gobierno ya sabía de mi llegada y acompañaría mis pasos con atención.

Dividí mis actividades profesionales entre la UNAM y el Max Planck hasta mediados de 1976, cuando presenté mi renuncia a éste para quedarme exclusivamente en México. Ahí, en medio del torbellino en que vivía, asumí algunas iniciativas, que después se revelaron productivas. La más relevante fue la fundación, en 1974, de *“Cuadernos Políticos”*, que ejercería influencia significativa en la intelectualidad mexicana, hasta cuando dejó de aparecer en 1990. Nacida gracias al impulso de Neus Espresate, que a ella dedicó lo mejor de su entusiasmo, inteligencia y notable sensibilidad, la revista reunió un grupo brillante de intelectuales, formados al calor del movimiento de 1968, en que se destacaban Carlos Pereyra, Bolívar Echeverría, Rolando Cordera, Arnaldo Córdoba y Adolfo Sánchez Rebolledo; escaldado por la experiencia

que yo había vivido anteriormente en el país, sólo algunos años después permití que mi nombre fuera incluido en el comité editorial. Éste sufrió, con el tiempo, modificaciones debido a defecciones y a la inclusión de nuevos miembros, entre ellos, Asa Cristina Laurell, Rubén Jiménez Ricárdez, Olac Fuentes y Héctor Manjarrez.

El cuidado en mencionar los integrantes del comité se justifica por el hecho de que, a diferencia de lo que ocurre en ese tipo de publicación, él funcionaba como un verdadero equipo de trabajo, con reuniones semanales que se adelantaban por la noche, haciendo de la revista un producto realmente colectivo. A partir de una aparente unidad ideológica, no tardarían en presentarse tendencias diferentes, que llegaron, a veces, al punto de ruptura, pero que encontraron siempre la fórmula adecuada para garantizar el funcionamiento del grupo. Mérito especial de eso le toca a Neus, cuya firmeza de principios se unía con una excepcional delicadeza en el trato. Esa dinámica, llena de contradicciones, además de constituir un ejercicio de convivencia democrática, dio un resultado positivo: lejos de ostentar el monolitismo sofocante de la mayoría de las revistas marxistas, "*Cuadernos*" supo ser un órgano estimulante y flexible, que abrió espacio a nuevas ideas y a nuevos autores, ventilando el clima intelectual de la izquierda mexicana.

Aún en 1974, inicié, en la UNAM, un trabajo extremadamente fecundo. En un seminario de doctorado sobre Economía y Política en América Latina, se reunieron a mi alrededor estudiantes valiosos, de la FCPyS y de la Escuela de Economía. Ahí conocí, entre otros, Esthela Gutiérrez Garza, que vendría a ser mi principal asistente de docencia e investigación y que, una vez doctorada, se tornó en excelente especialista en cuestiones de economía y sociología del trabajo, así como Lucrecia Lozano, actualmente directora del CELA de la FCPyS.

Paralelamente, en respuesta a una solicitud de Flores Olea, asumí un curso para estudiantes de grado, los primeros que egresaban de los Colegios de Ciencias y Humanidades (CCH), creados después de 1968 y cuyos profesores —en general, participantes del movimiento— los habían motivado políticamente, induciéndolos a la rebeldía sistemática. Suspiciouses, en un principio, los jóvenes luego se constituyeron en un grupo entusiasta, que inundaba el salón de clases con su inquietud intelectual y política, llevándome a dar uno de los cursos más gratificantes de mi carrera como profesor. Con ellos, en especial con los más destacados, pude realizar una experiencia única en mi accidentada vida docente: acompañar estudiantes del principio al fin de su

curso; así, di Historia Mundial I y II, iniciándolos en la teoría y metodología del materialismo histórico; un seminario de dos semestres sobre *El Capital* y otro sobre América Latina, concluyendo con dos semestres de taller, del que saldrían interesantes informes de investigación, muchos de los cuales sirvieron de base para sus tesis de grado, realizadas en su mayoría bajo mi orientación.

Entre los estudiantes que más se destacaron, es justo mencionar Guillermo Farfán, Adrián Sotelo, Arnulfo Arteaga (después todos mis colaboradores y hoy profesores universitarios), además de Iván Molina, Víctor Escobar, Abel Jiménez, Carlos Flores, Jaime Rogerio, entre otros. Sus tesis se constituyeron en una profundización enriquecedora de cuestiones planteadas en *Dialéctica de la dependencia*, en particular una metodología para la determinación del valor de la fuerza de trabajo y su aplicación a México; un estudio de caso sobre el proceso de trabajo y las formas de prolongamiento de la jornada en una fábrica de ladrillos, que evidenciaba la combinación entre la plusvalía absoluta y la relativa; y una investigación sobre el sector de mantenimiento y reparación de máquinas de la empresa Ferrocarriles Mexicanos, que revelaba interesantes combinaciones de modos de organización productiva que integraban métodos artesanales, manufactureros y fabriles, amén de avanzar de forma considerable en el establecimiento de una metodología para el estudio de la intensidad del trabajo. Además de ese grupo, dirigí tesis de grado sobre la acumulación de capital en México, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales; sobre la superexplotación de la fuerza de trabajo femenina, sobre el patrón de reproducción del capital en Chile y sobre la teoría de las crisis, en la Escuela Nacional de Economía, y sobre la relación entre organización sindical y sistema de poder en México, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Sin relación directa con mis preocupaciones inmediatas, me tocó aún orientar, en la UNAM, tesis de grado sobre la estructura agraria en Panamá, en la FCPyS, y sobre la filosofía de la praxis, tema caro a la Facultad de Filosofía, además de una sobre el proceso político latinoamericano, en El Colegio de México. Todas fueron defendidas a principios de los 80's. Además, quedaron investigaciones cuyo destino ulterior en general desconozco, pero que eran interesantes contribuciones a la economía del trabajo, versando sobre la organización de la industria de cemento y la explotación del trabajo, las formas de articulación entre el trabajo doméstico, artesanal y fabril en la industria de calzados, etcétera.

En la FCPyS, además de acompañar la formación de un grupo de estudiantes, impartía regularmente la disciplina Historia Mundial Contemporánea que, ampliada a tres semestres, había convocado un número creciente de alumnos, rompiendo –al reunir hasta 300– el esquema de división de grupos vigente. En lugar de optar por la limitación de la matrícula, que frustraría, a mi modo de ver, los estudiantes, preferí recurrir al sistema que utilizara en Brasilia, basado en clases mayores y menores, apoyándome en un equipo de ayudantes y monitores que, en sus mejores momentos, sumó siete personas. Los resultados fueron ampliamente satisfactorios, influyendo en la reorganización pedagógica de la Facultad. En la División de Posgrado, yo dirigía, regularmente, un seminario para alumnos de maestría y doctorado, en el Área de Estudios Latinoamericanos, que tenía como finalidad ayudar los estudiantes a definir sus temas de investigación y asesorarlos en su desarrollo, independientemente de que fueran o no orientados por mí.

A título de retribución al interés y atención de que había sido objeto, cuando me encontraba en Panamá, aceptaba, en ese período, diversas invitaciones, realizando cursos y seminarios, en el nivel de grado y de posgrado, en El Colegio de México; en la Facultad de Filosofía, en el Instituto de Investigaciones Económicas y en la Escuela de Economía, de la UNAM; en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y en la Universidad Autónoma Metropolitana - Ixtapalapa. Sin embargo, a la par de mis actividades regulares en la FCPyS, la responsabilidad docente más significativa que asumí fue, a partir de 1977, en la División de Posgrado de la Escuela Nacional de Economía, donde respondí por el seminario-taller de Economía Política en la maestría y orienté tesis, tanto a ese nivel como el de doctorado. En ese período atendí, también, de manera más o menos regular, la Escuela de Economía de la Universidad de Zacatecas, y a invitación de las universidades de Guerrero, Guadalajara y Baja California, impartí cursos breves o participé en exámenes de oposición para profesor.

Con respecto a mi actividad docente debo, finalmente, mencionar la dirección de tesis de posgrado, que llevaron a la defensa de cuatro tesis de doctorado y cinco de maestría, por parte de estudiantes que eran o aún son profesores e investigadores en México, en Brasil, en la Argentina y en Puerto Rico. Algunas fueron interrumpidas –como las de dos alumnos nicaragüenses de maestría en Economía de la UNAM, que regresaron a su país, a fines de los 70's, para incorporarse al proceso revolucionario. Otras salieron de mi radio de acción, debido principalmente a mi alejamiento progresivo de México, a partir de

1982, destacándose, entre ellas, la tesis de doctorado de Jaime Osorio Urbina, en El Colegio de México, sobre el Estado chileno, y otras en que mi participación fue menor, quedando más en el nivel de definición del objeto y de diseño de la investigación.

Desde 1975, yo había reasumido mis actividades periodísticas, dando prioridad siempre a cuestiones latinoamericanas, en el suplemento dominical del periódico *“Excelsior”*, dedicado a asuntos internacionales. No me sentía bien ahí: además de ser prácticamente el único articulista local –el resto del suplemento comprendía en general traducciones de materias de agencias y periódicos extranjeros– el periódico se tomaba demasiada libertad con mis textos, no en el contenido, sino respecto a títulos, subtítulos e ilustraciones. Eso podía inclusive corresponder a una forma velada de censura, como ocurrió con el artículo que titulé *“Crisis política en Francia: El movimiento de conscriptos y la cuestión de la seguridad”*, que (probablemente para no incomodar a los militares) fue publicado con el título *“Inconveniente, gastar más de lo que se tiene”*.

Así –no tengo seguridad de que aprovechando también una crisis en el periódico, motivada por la salida de Julio Scherer de la dirección– acepté, en 1976, una invitación de *“El Sol de México”*, que convocaba intelectuales mexicanos y extranjeros para conformar una nueva y brillante página editorial. Sin embargo, después de un breve período, un problema surgido con compañeros mexicanos, que habían sido objeto de censura, motivó mi salida. Pasé entonces a colaborar semanalmente en *“El Universal”*, donde me sentí totalmente a voluntad, eligiendo libremente mis temas y sin sufrir ninguna interferencia en los textos presentados; de ahí sólo vine a alejarme en 1980, cuando los viajes a Brasil y la perspectiva de un posible regreso me llevaron a comenzar a desprenderme de mis responsabilidades habituales.

De esa línea de trabajo, se destacan tres artículos que publiqué, en 1976, en *“El Sol”*,¹²⁴ sobre la política de los Estados Unidos para América Latina, que se anunciaba con James Carter, los que fueron refundidos y reeditados por *NACLA*, en el año siguiente, con el título *“A New Face for Counterrevolution”*. En ellos, yo indicaba el cambio del énfasis estadounidense de la doctrina clásica de la contrainsurgencia, que incentivara los golpes militares en la región, para formas de democracia limitada, que Samuel Huntington llamaba *“democracias gobernables”* y el Departamento de Estado *“democracias*

¹²⁴ ¿Hacia una ‘democracia viable’ en América Latina?, Estados Unidos y las dictaduras militares, Estados Unidos y la coyuntura internacional

viables". Combinando eso con el análisis de las tendencias que, aunque tenuemente, se delineaban en Brasil y en otros países latinoamericanos, yo preveía la sustitución de las dictaduras militares y los procesos de redemocratización. Éstos, a pesar de haber empezado con cartas marcadas, buscando la construcción de un Estado de cuatro poderes (con un poder tutelar, a ser ejercido por las Fuerzas Armadas, superpuesto a los tres poderes de la democracia burguesa representativa), abrían, a mi modo de ver, amplio espacio a la movilización de las fuerzas populares y exigían de la izquierda una readecuación política radical.

En un breve viaje a París, en febrero de 1977, expuse ese punto de vista, en un seminario de intelectuales de izquierda latinoamericanos, provocando un rechazo que rayaba en la indignación. Especial impacto ocasionó la exaltada intervención de Frank, destinada, según dijo, a "hacer la defensa de Ruy Mauro Marini contra Ruy Mauro Marini". *Tempus est optimus iudex*. De forma más elaborada, desarrollé esa tesis en la intervención que hice en una mesa redonda del Núcleo de Estudios del Caribe y de América Latina (NECLA), de México, en la cual participaron Agustín Cueva, Theotonio y Pío García, siendo el debate publicado en "*Cuadernos Políticos*" en ese mismo año, y en el ensayo "La cuestión del Estado en las luchas de clases en América Latina" que, en 1979, presenté en la conferencia que, anualmente, los yugoslavos promovían en Cavtat. El texto de Cavtat apareció en diversas publicaciones, entre ellas *Socialism in the World*, revista multilingüe yugoslava; *Monthly Review en Castellano* (Barcelona); *Cuadernos del CELA* (UNAM); *Boletín de la Asociación Latinoamericana de Información* (ALAI), siendo, finalmente, incluido en el *reading* editado por la Universidad Autónoma Metropolitana, de México, "*El Estado militar*".

Empeñándome en su divulgación, retomé la idea, en las conferencias que impartí, en el curso promovido por la Escuela Interamericana de Administración Pública, en Río, en 1980, y en la Escuela Superior de Administración Pública, en Bogotá, en 1981. Ella fundamentó, también, mi intervención sobre América Central, en la IV Conferencia Anual sobre el Caribe y América Latina, realizada por el Instituto Hudson, en Nueva York, en 1981. El texto referente a esta última, además de publicarse en revistas de México y de Perú, hace parte de *Strategies for the Class Struggle in Latin America*, *reading* publicado por la editora Synthesis, de San Francisco.

El espacio privilegiado para el desarrollo de esa temática fue el Centro de Información, Documentación y Análisis del Movimiento Obrero en América Latina (CIDAMO), entidad autónoma que, en 1977, yo había fundado, en México, con el apoyo de Claudio Colombani, y que dirigí hasta 1982. Ahí se congregaron jóvenes y brillantes intelectuales de toda América Latina, destacándose el chileno Jaime Osorio, el mexicano Luis Hernández Palacios, el peruano-hondureño Antonio Murga y el argentino Alberto Spagnolo, además de ex alumnos de la UNAM y universitarios y militantes provenientes de países donde la inteligencia estaba proscrita, en particular El Salvador, Guatemala y la Nicaragua somocista. Con el apoyo de fundaciones socialdemócratas y cristianas de Europa y de Canadá y contando con la dedicación de los que, por su inteligencia y seriedad, fueron los pilares del Centro – Francisco Pineda, Maribel Gutiérrez y Lila Lorenzo (a quien los amigos seguimos llamando Antonia, su nombre político en Chile)– fue posible constituir una buena documentación especializada y, mediante trabajo casi siempre no remunerado, formar equipos dedicados al análisis de coyuntura – que se tornó el punto fuerte del Centro.

De manera apenas parcial, dada la insuficiencia de recursos para ese fin, el resultado del trabajo puede apreciarse –además del libro *Análisis de los mecanismos de protección al salario en la esfera de la producción*, fruto de una investigación realizada por Adrián Sotelo y Arnulfo Arteaga y coordinada por mí, a petición de la Secretaría del Trabajo –en la revista *CIDAMO Internacional* y en la publicación no-periódica *Cuadernos de CIDAMO*. En esta última, que especificaba los autores, publiqué tres textos: *Proceso de trabajo, jornada laboral y condiciones técnicas de producción*, en colaboración con Arnulfo Arteaga y Adrián Sotelo, con base en su tesis de grado, y que presentamos en el simposio internacional sobre Internacionalización del Capital, Proceso de Trabajo y Clase Obrera, promovido por la UNAM, en 1980 –texto que fue reeditado por la revista mexicana *Teoría y política* e incluido en el *reading* de la UAM *El proceso de trabajo en México*, en 1984–; *Sobre el patrón de reproducción del capital en Chile*, escrito en 1980, para fines de discusión con compañeros chilenos exiliados en Cuba, y *Crisis, cambio técnico y perspectivas del empleo*, presentado en el simposio internacional que se realizó en Medellín, en 1982, sobre La Problemática del Empleo en América Latina y en Colombia.

En CIDAMO, en un marco de trabajo colectivo desarrollé, aún, otras líneas complementarias de investigación. Una de ellas, sobre la situación internacional, se centró en las condiciones y consecuencias del paso del sistema mundial de poder de la bipolaridad a la multipolaridad; el resultado de esa reflexión apareció, principalmente, en los análisis de *Cidamo Internacional*. Otra línea tenía como objetivo las características de la crisis económica mundial y sus implicaciones para América Latina, preocupándose particularmente con los efectos de las nuevas tecnologías en las condiciones de trabajo; enfoqué el tema en el *paper*: América Latina ante la crisis mundial que presenté en el IV Congreso de Economistas del Tercer Mundo, en La Habana, en 1981,¹²⁵ y regresé a dicho tema en las conferencias que pronuncié, en ese año, en la Universidad de Lisboa y en la Universidad Nacional de Colombia, así como en mi intervención en el encuentro internacional sobre “Las opciones de América Latina ante la crisis”, realizado en Santa Cruz de la Sierra, en Bolivia, en 1983, bajo el patrocinio de ILDES.

Una tercera línea de reflexión giró alrededor de los rumbos del socialismo mundial, considerando la crisis de la izquierda europea, en la segunda mitad de los 70, y la cuestión polaca, en 1980 –sobre la cual publiqué algunos artículos menores, en *Cidamo Internacional* [Polonia: el socialismo como problema] y en *El Universal* [Polonia: una victoria del socialismo]. En cursos y conferencias –en la UNAM, en Cidamo [La revolución latinoamericana y el socialismo como proceso histórico], en Colombia, en Cuba, en Canadá– empecé a diseñar una reinterpretación del proceso histórico del socialismo, que retomaba, de alguna manera, el enfoque que yo le había dado, en Chile, en el curso sobre la teoría de las revoluciones, señalando la necesidad de ubicar el socialismo en la perspectiva histórica de las luchas de clases nacionales e internacionales, incluyendo las que correspondían a América Latina; el único texto existente, sobre ese tema, y que sólo de lejos da una idea del estado de mi investigación, es el *compte-rendu* de mi intervención en la Conferencia sobre Movimientos Sociales y Cambio Social en América Latina, realizada en Toronto, en 1982, el que, con el título de “Revolution in Latin America during the 80’s: Strategy and Tactics”, fue incluido en el *reading* de Two Thirds Editions, *Social Movement, Social Change: The Re-Making of Latin America*.

¹²⁵ Publicado en diversas revistas e incorporado en el *reading* organizado por Sofía Méndez Villarreal para el Fondo de Cultura Económica, *La crisis internacional y la América Latina*.

Sin embargo, el centro, por excelencia, de mis investigaciones continuó siendo el desarrollo capitalista latinoamericano y el modo como era percibido e influido por el proceso teórico. Recurriendo al concepto de patrón de reproducción del capital, que yo había elaborado en Cidamo, replanteé la exposición de ese desarrollo, en los cursos que realicé, entre 1981 y 1983, en el Programa Centroamericano de Maestría en Economía, en Tegucigalpa, y en el doctorado en Ciencia Política de la Universidad de Montreal, así como en la serie de conferencias que pronuncié, en esa época, en el Centro de Estudios sobre América, en La Habana. Paralelamente, sometí, de nuevo, a la crítica la teoría desarrollista de la CEPAL y, pasando por la teoría de la dependencia, las corrientes endogenista y neo-desarrollista (que se completaban, en el plano político, con el neo-gramscianismo entonces en boga). Esto correspondía a mi preocupación en desentrañar la matriz teórica de las políticas económicas más o menos liberales que comenzaban a aplicarse en la región y que habían tenido a Chile como laboratorio –preocupación que estaba presente en las conferencias sobre Keynes y Friedman que pronuncié, en 1981, en Bogotá. Aparte del estudio sobre el patrón de reproducción capitalista en Chile, ya mencionado, los resultados de ese trabajo no fueron más allá de mis notas y de las discusiones internas de Cidamo, pero se reflejaron en los cursos y conferencias que realicé en ese período en Nueva York y en Salvador (Bahía), así como en Tegucigalpa, Montreal y La Habana. Fuera de esto, ese trabajo, así como lo que se refiere a la crisis del socialismo, continuó ocupándome, después de mi regreso a Brasil, en 1984.

Con respecto a las cuestiones teóricas planteadas por la *Dialéctica de la dependencia*, las retomé, en ese tercer exilio, en tres niveles: el ciclo del capital en la economía dependiente, la transformación de la plusvalía en ganancia y el subimperialismo. En lo que se refiere al ciclo del capital, la investigación partió de la relación circulación-producción-circulación, que fue aplicada, primero, a los cambios de la economía brasileña, a partir del primer choque del petróleo; objeto de intervenção en el II Congresso Nacional de Economistas de México, en 1977, que consta de la *Memoria* del evento, el texto evolucionó para el ensayo “Estado y crisis en Brasil”, publicado por *Cuadernos Políticos*. Y, enseguida, en el plano de la teoría general, analicé, a la luz de esa relación, el movimiento de la economía dependiente en el contexto del ciclo capital-dinero; ese fue el tema de la conferencia pronunciada en un seminario sobre la cuestión agraria y su relación con el mercado, cuyo texto se incluyó en *Mercado y dependencia*, un *reading* publicado en 1979.

En 1977, terminado mi período como Profesor Visitante, presenté, en la FCPyS, concurso para Profesor Titular B, en el área Histórico-Social –lo que conllevaba prueba de títulos, prueba escrita y prueba oral. Para la prueba escrita, fue sorteado un tema relacionado con América Latina y la economía mundial, y tuve que elaborar una disertación que, para fines de publicación, se llamó “La acumulación capitalista mundial y el subimperialismo”. En ese trabajo, me preocupé por deshacer los equívocos que pesaban sobre el concepto de subimperialismo, enfatizando su dimensión económica, e indiqué que él lleva hacia un proceso de diferenciación y jerarquización de la periferia capitalista (hecho que, a su modo, dan cuenta las propias Naciones Unidas, con su concepto de *new industrialized countries* o NIC).

Además de rebatir algunas críticas que me eran hechas –como la de Pierre Salama, para quien yo me equivocaba al preferir la fórmula D-M-D’ a la fórmula P...P, cuando, en realidad, esta última no permite captar todo el movimiento de circulación de la plusvalía– yo enfocaba ahí, de paso, el aspecto político, en polémica con José Agustín Silva Michelena, 1976, que descartaba el concepto de subimperialismo en favor del concepto de potencia mediana, lo que no capta adecuadamente la dimensión económica del fenómeno. El hecho de que no haya profundizado el análisis en esa dirección, desarrollando las indicaciones que doy al final del ensayo, fue un error, ya que eso permitió que el subimperialismo continuara siendo confundido con el concepto de satélite privilegiado (que ganaría nuevos bríos, con la publicación de los libros de Trías, 1977, y Schilling, 1978), abriendo, además, camino para elaboraciones como la de Castañeda, 1980, para quien esos países intermedios eran países imperialistas (en que repetía el equívoco insinuado por Martins, 1972). Aprobado en el concurso, fui, después de dos años de ejercicio, promovido a Titular C, por concurso interno.

Desde 1977, yo fungía, también, como Profesor Visitante de la Escuela Nacional de Economía, División de Posgrado, lo que llevó a que, en 1980, yo tuviera que presentar concurso público para Profesor Titular C, en el área de Economía Política. Aunque, en aquel momento, yo ya no pretendiera continuar en la ENE, me pareció necesario cumplir con el requisito, razón por la que me presenté como candidato y, una vez aprobado, presenté mi renuncia. La disertación que me tocó elaborar se refería a los esquemas de reproducción del Libro II, de *El Capital*, y los sinodales había solicitado que yo considerara su utilización por autores latinoamericanos.

El texto que de ahí resultó –publicado, por “*Cuadernos Políticos*”, como “Plusvalía extraordinaria y acumulación de capital”– está dividido en tres partes. En la primera, expongo los esquemas y, entrando en la polémica que ellos suscitaron en diferentes momentos de la historia del marxismo, busco mostrar la finalidad específica que cumplen en la construcción teórica de Marx –la demostración de la necesaria compatibilización de las magnitudes de valor producidas en los distintos sectores de la economía– y analizo las tres premisas que tanta discusión ocasionaron:

- a) la exclusión del mercado mundial,
- b) la existencia de apenas dos clases y
- c) la consideración del grado de explotación del trabajo como factor constante.

En la segunda, parto de la variación de ese último factor, examinando los efectos de los cambios en la jornada, en la intensidad y en la productividad en la relación valor de uso / valor y en la distribución. En la tercera parte, analizo el uso que tres autores dieron a los esquemas: Maria da Conceição Tavares, s/ a., Francisco de Oliveira y Mazzuchelli, 1977, y Gilberto Mathias, 1977, mostrando que la primera, además de no romper de hecho con el esquema tradicional cepalino (agricultura-industria-Estado), confunde valor de uso y valor; los segundos, captando con agudeza la contradicción moneda nacional-dinero mundial, acaban por fijarse apenas en el movimiento de la circulación; y el tercero, que nos brinda un brillante análisis sobre el papel del Estado en la determinación de la tasa de ganancia, se olvida de considerar la relación ganancia/plusvalía (retomamos esa discusión en México, en aquel año, ocasión en que Mathias admitió haberse equivocado en la crítica que me hacía en su libro, con respecto a la superexplotación del trabajo). Ese ensayo –probablemente, el menos conocido de mis escritos– es un complemento indispensable a *Dialéctica de la dependencia*, en la medida que expresa el resultado de las investigaciones, que yo había empezado en Chile, sobre el efecto de la superexplotación del trabajo en la fijación de la plusvalía extraordinaria.

Además de una breve incursión en la cuestión de la educación superior en Brasil – que dio como resultado el texto “Universidad y sociedad”, escrito en colaboración con Paulo Speller, con la participación de Guadalupe Bertussi y Geralda Dias, que fue publicado en la “*Revista de Educación Superior*”, en México, así como, en inglés, por un instituto de Toronto– debo mencionar,

entre los trabajos escritos en México, la respuesta al artículo de Fernando Henrique Cardoso y José Serra, “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”, que titulé “Las razones del neodesarrollismo” (pensé llamarlo “Porqué me ufano de mi burguesía”, ironía que Cardoso y Serra merecían); el artículo y la respuesta se publicaron en edición especial de la *Revista Mexicana de Sociología*, a fines de 1978.

El artículo tenía dos motivaciones. La primera era el antiguo desentendimiento con la posición de Cardoso, que él expusiera en diversos trabajos, y que yo respondiera parcialmente en el posfacio de *Dialéctica de la dependencia* y en el prefacio de 1974 a *Subdesarrollo y revolución*. La segunda era la clara preocupación de los autores con la amnistía política que se aproximaba y que podría abrirme espacio en Brasil. Es, sin duda, la cosa más estúpida que ya se había escrito en contra mía, lo que me obligó –haciendo a un lado cierta indiferencia que siempre sentí por la suerte de mis escritos– a hacer una réplica en forma. Tarea, además, no muy difícil: pretendiendo situarse en el terreno del marxismo, el ataque no logra ir más allá del instrumental teórico ricardiano (autor que Serra seguramente estudiara en su curso de doctorado recién concluido), confundiendo, por tanto, valor de uso y valor, así como ganancia y plusvalía, a la vez que –preocupado en combatir tesis inerciales que yo, supuestamente, había defendido– incurre en una grotesca apología del capitalismo brasileño. La polémica tuvo gran difusión en el exterior y no pareció haber sido lograda la descalificación perseguida por los autores del ataque, a diferencia de Brasil, donde mi respuesta ni siquiera fue publicada.

Con la amnistía política, en 1979, pude regresar, en diciembre, después de 14 años. Sin embargo, continué vinculado con México, con breves visitas a Brasil, en 1982 (cuando fui arrestado, de nuevo, por casi tres días) y, en año sabático, a fines de 1983 y principios de 1984. En el segundo semestre de ese año, decidí regresar definitivamente, aunque sólo en diciembre renunciara a mi cargo, en la UNAM. Llegaba al fin mi exilio, que durara casi veinte años.

5. El regreso

Y veinte años –sobre todo se corresponden a nuestra fase de afirmación y desarrollo profesional– cuentan mucho. Cuentan aún más si el país a que regresamos, a pesar de haber tenido su movimiento general determinado por las mismas tendencias que rigieron el de América Latina participando, pues, del mismo proceso de hipertrofia de las desigualdades de clase, de la dependencia externa y del terrorismo de Estado que la caracterizó en ese periodo, lo hizo acentuando su aislamiento cultural en relación con Latinoamérica y lanzándose a un consumo compulsivo de las ideas de moda en los Estados Unidos y en Europa.

En mi segunda visita a Brasil, a mediados de 1980, en respuesta a una invitación de la Escuela Interamericana de Administración Pública, yo ya había tomado conciencia de eso. En efecto, al participar en una mesa redonda con economistas del Movimiento Democrático Brasileño (MDB), en Río de Janeiro, había sido, no sin sorpresa, el único que refutó la tesis de que Brasil, bajo la dictadura militar, había ampliado las bases de su autonomía en el plano internacional y disponía de condiciones envidiables para enfrentar los desafíos de la década de 1980. Los acontecimientos posteriores a la moratoria mexicana de 1982, para no hablar de la trayectoria seguida después por el país, llevarían a la mayoría de ellos a cambiar ese punto de vista. Pero la revisión no fue suficiente para transformar cualitativamente el *pathos* cultural que la dictadura impuso a la elite intelectual brasileña.

Para que ésta se tornara en lo que es hoy concurrió decisivamente, además del exilio sufrido por la intelectualidad rebelde de los años 60, una política coherente, basada en un conjunto de instrumentos: la censura, que erigió una barrera para la rica producción sociológica, económica y política latinoamericana de ese período; la creación de nuevos medios de comunicación, en particular la televisión, funcionales al sistema; la intervención en las universidades, que expulsó profesores y alumnos, mutiló los planes de estudio y, a través de la privatización, degradó hasta el límite la calidad de la enseñanza; y el destino de grandes presupuestos para la investigación y el posgrado, conllevando nuevos criterios para la selección de temas y el otorgamiento de las becas de estudio para Estados Unidos y algunos centros europeos. El análisis de la política cultural de la dictadura, iniciada con los acuerdos MEC-USAID, y de sus consecuencias aún está por ser hecho, representando un ajuste de cuentas indispensable para que Brasil pueda descubrir su verdadera identidad.

Sin embargo, esa política hubiera resultado menos exitosa si el sistema no hubiera cooptado tantos intelectuales, inclusive aquéllos que se encontraban en oposición al régimen. Ocurrió en el país un fenómeno curioso: intelectuales de izquierda, que ocuparon posiciones en centros académicos, o que los creaban con el fin principal de ocupar posiciones, establecían a su alrededor una red de protección contra el asedio de la dictadura y utilizaban su influencia sobre el destino de presupuestos y de becas para consolidar lo que habían conquistado, actuando con base en criterios de grupos. Sin embargo, lo que aparecía, originalmente, como autodefensa y solidaridad se tornó, con el pasar del tiempo –principalmente con el inicio de la desvinculación del régimen, a fines de los años 70– en una vocación irresistible para el corporativismo, la complicidad y el deseo de exclusión de todo aquello –cualquier que fuera su connotación política– que amenazara el poder de las personas y grupos beneficiarios de ese proceso. Por otra parte, en el ambiente cerrado en que se sofocaba el país, resultaba provechoso, para los que en él podían entrar y salir libremente, monopolizar y personalizar las ideas que florecían en la vida intelectual de la región, adecuándolas previamente a los límites establecidos por la dictadura. En este contexto, la mayoría de la intelectualidad brasileña de izquierda colaboró, de manera más o menos consciente, con la política oficial, cerrando el camino para la difusión de los temas que agitaron a la izquierda latinoamericana en la década de 1970, marcada por procesos políticos de gran trascendencia y concluida con una revolución popular victoriosa.

El fenómeno no era exclusivamente brasileño o, con el paso del tiempo, fue dejando de serlo. Después de los movimientos de 1968, Europa y Estados Unidos vieron agudizar las luchas de clases y tuvieron que enfrentar iniciativas populares y de izquierda, que desafiaban el sistema dominante. Ya mencionamos que, a mediados de los 70, el resultado de esas luchas pasó a ser favorable a las fuerzas del *establishment*.

Mencionamos, también, que, desde el golpe chileno de 1974, la socialdemocracia europea pasó a actuar en el escenario intelectual latinoamericano, en lo que había sido precedida por las fundaciones de investigación estadounidenses y acompañada por las instituciones culturales financiadas por las iglesias y por la democracia cristiana. En Brasil y en el resto de América Latina, la disputa por la obtención de los recursos otorgados por ellas reconstituyó la elite intelectual sobre bases totalmente nuevas, sin cualquier relación con las que –fundadas en la radicalización política y en el ascenso de

los movimientos de masas— la habían sostenido en la década de 1960. Un análisis ejemplar de eso fue realizado por Agustín Cueva, en un ensayo incluido en su libro *América Latina en la frontera de los años 90's*, así como por James Petras, en el artículo “La metamorfosis de los intelectuales latinoamericanos” (*Brecha*, Montevideo, 1988).

Sea como fuera, ese era el país al cual yo debía reintegrarme. Es natural que, al llegar, me aproximara a los antiguos compañeros de luchas y de exilio, a los cuales las elecciones de 1982 habían proporcionado nuevo campo de acción, en especial Darcy Ribeiro, Neiva Moreira y Theotonio dos Santos. Darcy, entonces preocupado por introducir una cuña en la Universidad Estatal de Río de Janeiro, con el fin de promover la recuperación de ese auténtico “elefante blanco”, me solicitó un proyecto de un centro de estudios nacionales, que sería creado ahí. Después de terminarlo, participé, con Darcy, en las negociaciones con la rectoría de la UERJ y en la convocatoria a destacados intelectuales de izquierda. Sin embargo, la resistencia opuesta por la Universidad llevó el proyecto al fracaso, y durante todo el mandato de Brizola ella logró mantenerse intocable.

Con Neiva Moreira, empecé a colaborar en la redacción del *Jornal do País*, quincenal, asumiendo la dirección de un suplemento de seis páginas del que, en 1984, se publicaron unos siete u ocho números —dedicados a cuestiones como las relaciones Brasil-Estados Unidos, la industria de la informática, la crisis de la universidad, la proliferación de las sectas religiosas, la prensa alternativa, las implicaciones ecológicas de la presa de Tucuruí— pero nuestras diferencias de criterio, sumadas a la crisis que se abatió sobre el periódico, me llevaron a abandonar el trabajo. En 1985 y 1986, editamos juntos una revista trimestral, *Terra Firme*, de la cual fueron publicados dos números y que, ante las presiones de la campaña electoral de 1986, se interrumpió. Con Emir Sader y José Aníbal Peres de Pontes, intenté aún la creación de una revista teórica, sin éxito. A esa fase, marcada por el intento de crear medios para llegar al gran público brasileño, pertenece mi ensayo “Posibilidades y límites de la Asamblea Constituyente”, incluido en la colactánea organizada por Emir para la Brasiliense, con el título *Constituinte e democracia no Brasil hoje*.¹²⁶

¹²⁶ En castellano: “Liberalismo y democracia: la revisión constitucional en Brasil.”

Fue con Theotonio, que ocupaba un cargo de dirección en la Fundación Escuela de Servicio Público (FESP) de Río de Janeiro, que encontré condiciones de trabajo más favorables. Órgano secundario en el esquema administrativo de Río, la FESP puede actuar con cierta libertad, aunque sus iniciativas, por celos y rivalidades con personas del equipo del gobierno, hayan sido en general mal recibidas y, a lo máximo, toleradas. Asumí la coordinación de proyectos académicos, y donde tuve que, principalmente, ocuparme de la creación de un curso de grado en administración pública.

La idea era interesante, pero iba contra la corriente. Después de la iniciativa pionera de la EBAP, en los años 50, los cursos de administración habían proliferado en el país, principalmente en el área privada de la enseñanza (por su bajo costo), pero totalmente vueltos hacia la administración de empresas. La propia *Fundación Getulio Vargas* descaracterizó, primero, la EBAP, suprimiendo el régimen de tiempo integral, así como las becas de estudio, además de aligerar en el *currículum* la fuerte carga de ciencias sociales, para, finalmente, extinguirla, a principios de la década de 1980. Después de concluir el proyecto del Curso Superior de Administración Pública (CESAP) y acompañar su trámite, hasta verlo autorizado por el Presidente de la República, a principios de 1986, asistí a su empantanamiento, por falta de recursos, y a su inviabilidad, con la derrota de Darcy Ribeiro en las elecciones para gobernador de Río. Es justo destacar el apoyo entusiasta que tuve, en esa empresa, de Newton Moreira e Silva, entonces director de la FESP, y de Yara Coelho Muniz, mi secretaria, colaboradora y amiga.

En ese ínterin, aprovechando el espacio de que disponía Theotonio y contando con la colaboración de un equipo, en que se destacaban Helio Silva, Gustavo Senechal, Bolívar Meireles y Paulo Emilio, fue posible hacer algo para lo que concurrió el apoyo de la Universidad de las Naciones Unidas (UNU) y del propio Consejo Nacional de Investigaciones (CNPq por sus siglas en portugués), a partir del momento que José Nilo Tavares, rompiendo el círculo corporativo típico de la institución, asumió ahí un cargo de dirección. Apoyados en eso, procuramos airear el ambiente intelectual brasileño, poniendo en escena temas, personajes y enfoques relevantes en los círculos internacionales de izquierda, pero que venían siendo sistemáticamente excluidos de los eventos científicos y culturales del país. Aunque el resultado haya sido muy inferior al que esperábamos, vale la pena reseñar algunas de las iniciativas más interesantes.

En 1984, se realizó el Congreso Internacional de Economistas, promovido por la FESP y por las Facultades Integradas Estácio de Sá, al que comparecieron, entre otros, Andre Gunder Frank (que no venía a Brasil desde 1964) e Immanuel Wallerstein. Pronuncié una conferencia sobre “Crisis y reordenamiento de la economía capitalista mundial”, en la cual destacaba la tendencia a la formación de bloques económicos e indagaba, en ese contexto, sobre el futuro de América Latina. Durante el Congreso, fui abordado de sorpresa por periodistas de la revista *Isto É*, dando como resultando un reportaje sensacionalista, en que aparecía, una vez más, como gran responsable por la lucha armada en Brasil.

En 1985, en el marco de una investigación sobre movimientos sociales, patrocinada por la UNU, se realizó un seminario nacional, donde presenté un *paper* sobre el movimiento obrero en Brasil, que fue publicado (con los demás trabajos) en la revista *Política e Administração* que creamos en la FESP, y se reeditó en “*Cuadernos Políticos*”; esa línea, que tuvo otros desdoblamientos, culminaría con el seminario sobre movimientos sociales y democracia en Brasil, realizado en 1986, al que CLACSO también se asoció. Aún en 1985, con la UNU, la FESP copatrocinó el seminario internacional sobre “El papel del Estado en la seguridad de América Latina ante la amenaza a la paz”, donde participaron, entre otros, José Agustín Silva Michelena, Orlando Fals Borda, Héctor Oqueli y Heinz R. Sonntag –yo presenté un *paper* sobre la *Geopolítica latinoamericana*, en que aprovechaba para examinar el estado en que se encontraba la cuestión del subimperialismo– y otro seminario, sobre “Crisis internacional, reordenamiento de la economía mundial y estrategias del desarrollo científico y tecnológico”, donde impartí una conferencia sobre “El pensamiento económico en América Latina”.

El mayor acontecimiento de 1986 y, sin duda, el más impactante en mi período en la FESP, fue el Curso Conmemorativo “Treinta Años de Bandung”, en el nivel de posgrado, bajo los auspicios de la UNU –que esperaba realizar otros similares en India y en Egipto, lo que no se concretó plenamente. Con un buen financiamiento y la colaboración eficiente de Flavio Wanderley Lara, pudimos traer trece becarios africanos y latinoamericanos, a los cuales se sumaron cerca de siete brasileños, así como excelentes conferencistas, entre los cuales se encontraban Harry Magdoff, Elmar Altvater, Otto Kreye y Tomás Vasconi. Mi curso, relativo a “Teorías del desarrollo económico y de la dependencia”, me permitió sistematizar los resultados a que llegara mi investigación sobre el tema.

Aprovechando, en parte, la infraestructura de ese curso y el apoyo del CNPq y de la Fundación Alexandre de Gusmão, realizamos, junto con la FLACSO, el curso de posgrado “Brasil y América Latina en el sistema internacional”, donde participaron también Edelberto Torres-Rivas, René Dreyfus, Roberto Bouzas, Mónica Hirst, Vania Bambirra, Antonio Carlos Peixoto, Luiz Alberto Moniz Bandeira y otros. En ese curso, entre otros, traté de la integración latinoamericana y de las relaciones internacionales de Brasil y orienté dos disertaciones –sobre la acción del IBAD en Brasil y sobre el subimperialismo brasileño en Bolivia. Entre los eventos internacionales que la FESP promovió, aún debo mencionar el XVI Congreso Latinoamericano de Sociología, con el apoyo de la UERJ, donde coordiné el seminario sobre “Imperialismo, colonialismo y democracia” y presenté el *paper* sobre *El movimiento obrero y la democracia*; y el II Simposio Latinoamericano de Política Científica y Tecnológica, donde mi intervención trató sobre progreso técnico y empleo.

La larga estancia en el exterior a que el exilio me había orillado me llevó, a mi regreso, a retraerme con respecto a la participación en eventos fuera de Brasil. Sin embargo, en 1985, atendiendo aún a compromisos anteriores, viajé a México, a Cuba y a Puerto Rico. En México, se trataba de un seminario promovido por el Servicio Universitario Mundial (SUM) sobre problemas de la democracia; el *paper* que presenté, *La lucha por la democracia en América Latina*, fue publicado por *Cuadernos Políticos* y, más tarde, en la revista de la Universidad de Brasilia, *Humanidades*. El viaje a La Habana se realizó en el marco del encuentro internacional promovido por el Presidente Fidel Castro, sobre la deuda externa del Tercer Mundo, que tuvo carácter más político que académico. Finalmente, en San Juan, participé del II Congreso de Sociología de Puerto Rico, pronunciando una conferencia sobre la crisis del pensamiento latinoamericano, además de otras, sobre temas variados, en facultades e institutos de universidades locales.

En 1986, teniendo como perspectiva mi alejamiento de la FESP, como consecuencia del resultado de las elecciones estatales, recibí una comunicación del rector de la Universidad de Brasilia, Cristovam Buarque, que me informaba sobre gestiones en curso para mi reintegración a la institución. Se trataba de un cambio radical en la política adoptada por la Universidad al respecto, ya que la UnB había ignorado inclusive la solicitud que yo había hecho en ese sentido, luego de la amnistía de 1979. Gracias al empeño del nuevo rector y al esfuerzo y dedicación de la profesora Geralda Dias, del Departamento de Historia, así como del profesor José Geraldo Júnior, que

fueron los responsables del levantamiento y análisis de los hechos, fui uno de los primeros de una numerosa lista de profesores y funcionarios reintegrados, lo que vino a reparar una de las muchas arbitrariedades cometidas por la dictadura. En marzo de 1987, ya dimitido de la FESP por la nueva administración nombrada por el gobernador Moreira Franco, me transferí a Brasilia.

Adscrito al Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, yo iría a reencontrar en la UnB a viejos amigos, como Vania Bambirra, Theotonio dos Santos, Geralda Dias, Luiz Fernando Victor, entre otros, además de hacer nuevas amistades, en especial Adalgisa Rosario, Argemiro Procopio, Cristovam Buarque, Luiz Pedone y David Fleischer. Asumí, luego de un semestre de adaptación, la carga docente regular que impone, semestralmente, la realización de un curso de licenciatura y otro de posgrado. Entre 1987 y 1989, eso conllevó, en el primer caso, impartir los cursos de Cambio Político en Brasil y Teoría y Metodología Marxista I y II (estos últimos, creados por sugerencia mía) y, en el segundo caso, los de Teoría Política del Estado, Temas Especiales en Teoría Política y Estado, Elites y Sociedad. Ejercí, también, la función de coordinador del Programa de Posgrado en Ciencia Política, y además fui miembro del Consejo Académico del Programa de Doctorado en América Latina, patrocinado por la UnB y por la FLACSO, y miembro del Consejo Editorial de la Universidad de Brasilia. Además, participé como sinodal de concurso público para profesor y de examen de proyectos de tesis de grado y posgrado, además de orientar tesis de maestría en Ciencia Política.

Con respecto a la participación en reuniones, en ese período, debo destacar, en el nivel de la UnB, el seminario sobre “La perestroika: implicaciones para la sociedad soviética y el sistema de relaciones internacionales”, realizado con la USP, la UFRJ y el Cebrade, como comentarista de uno de los conferencistas soviéticos, en 1988, y en el seminario “Las perspectivas de Europa unificada y la integración latinoamericana”, promovido por el Departamento de Ciencia Política y el Instituto Goethe, en 1990, cuando pronuncié una conferencia sobre “El desarrollo de la economía mundial y la integración latinoamericana”. Además de conferencias y mesas redondas realizadas en la UFRJ y en la UERJ, en 1987, debo mencionar mi participación en seminarios del ILDES, en São Paulo y en Río, en 1988 y 1989, sobre un tema de investigación al que después haré referencia. En el plano internacional, participé, en 1987, en el seminario, en Managua, sobre “Crisis y alternativas de América Latina”,

patrocinado por el Frente Sandinista de Liberación Nacional, y el *paper* que presenté –*Democracia y socialismo*–¹²⁷ fue incluido en el *reading* que, con trabajos de Pablo González Casanova, Martha Harnecker y Tomás Vasconi, y conservando el nombre del seminario, se publicó en Montevideo, en el año siguiente; y, en 1989, pronuncié una conferencia sobre la economía mundial y la integración latinoamericana, en la Facultad de Ciencias Sociales, de la Universidad de Buenos Aires.

Durante ese período, se acentuó una tendencia que se había hecho presente después de mi regreso al Brasil y de la cual sólo recientemente había tomado conciencia, que es identificada con agudeza por Agustín Cueva, en su ensayo ya citado. Se trata de la sustitución de actividades más abiertas, que buscan comunicación con un público más amplio, tendiendo a incidir en el proceso de formación de opinión, y que se expresan en libros, ensayos y artículos de alcance general, por actividades de carácter más especializado, circunscritas a grupos cerrados, cuya forma de expresión natural es el informe o el *paper*, y que sólo eventualmente trascienden al público a través de materias periodísticas (como la entrevista que me hizo Emir Sader para la revista *Senhor*, en 1987, donde yo criticaba la industria brasileña, por su falta de competitividad y su parasitismo con respecto al Estado). En esta línea, entre 1986 y 1989, realicé tres investigaciones.

Con José Luis Homem da Costa y Rodrigo Cárcamo de Olmos, realicé un estudio para ILDES, cuyo informe, concluido en 1986, se llamó *Desarrollo económico, distribución del ingreso y movimientos sociales en Brasil*. Además de actualizarme con respecto a la polémica sobre la distribución del ingreso, que tuvo lugar en Brasil en la década de 1970, esa investigación me llevó a la interesante constatación de que la aceleración de la concentración del ingreso, iniciada en los 60's, pierde fuerza a fines de los 70's y principios de los 80's, debido, a mi modo de ver, al ascenso de los movimientos sociales que se registra entonces en el país.

El fortalecimiento del bloque burgués, en la llamada Nueva República, la retracción de las inversiones productivas en provecho de la especulación financiera y las ofensivas lanzadas contra los trabajadores –con destaque para los planes económicos que se inician en 1986– revirtieron, a lo que todo indica, esa tendencia.

¹²⁷ “Alianzas y compromisos en la democracia socialista”

Aún en aquel año, habiendo el CNPq aprobado un proyecto que presenté, relativo a la industria automovilística, inicié su desarrollo, que terminé en 1989. En 1987, presenté un informe de la primera parte, con el nombre de *Crisis y reconversión de la industria automovilística mundial*, y está en proceso el informe final, que analiza su impacto en Brasil y que me permitió conocer mejor el desempeño de un sector clave de la economía nacional y sus relaciones financieras y tecnológicas con los grandes centros. Conviene observar que –dentro de la política del CNPq de repartir los pocos recursos de que dispone parsimoniosamente, de suerte que, atendiendo a muchos, nunca subvenciona un proyecto de manera suficiente –me vi orillado a modificar el plan inicial, que consistía en incluir en el análisis México y Argentina, aprovechando mis contactos y mi conocimiento sobre esos países.

La tercera investigación, finalmente, se debió a la iniciativa de ILDES en el sentido de patrocinar un amplio estudio sobre el déficit público brasileño, el que integró proyectos de investigadores de Río, de São Paulo y de Brasilia, entre ellos, Eduardo Suplicy, Paulo Sandroni, Maria Silvia Bastos, Vitor Mereje, Theotonio dos Santos y Vania Bambirra. En ese marco, tomé como tema la política de incentivos y subsidios a la exportación de manufacturas, y realicé dos informes: uno, preliminar, que estimaba, de manera general, el efecto de esos incentivos y subsidios sobre el déficit público, titulado *La política de fomento a las exportaciones y el déficit público en Brasil*, presentado a fines de 1988; y otro, en que analicé en detalle las políticas gubernamentales que dieron origen a la sustitución de importaciones, en la década de 1950, el intento pos-64 de suprimirlas en favor del fomento a las exportaciones y, en fin, la combinación de ambas, principalmente después del choque petrolero de 1973, lo que resultó en el proteccionismo exacerbado y en la sangría en gran cantidad de recursos públicos, en favor de los grupos empresariales privados –informe presentado en 1989, con el título *Estado, grupos económicos y proyectos políticos en Brasil, 1945-1988*. Es justo registrar aquí la dedicación que, en todas esas investigaciones, demostró mi asistente, Maria do Socorro F. Carvalho Branco, así como Luciana de Amorim Nóbrega.

La carga de trabajo que esas investigaciones conllevó, y que se sumaba a mis actividades académicas normales, fue siendo, poco a poco, percibida como un mecanismo de drenaje de mi vida intelectual en favor de mi refuncionalización al sistema científico-cultural vigente en el país. De hecho, ella implicaba que las inquietudes y objetivos de investigación, derivados de mi

propia trayectoria de trabajo, así como la selección de temas de estudio a que ella tiende, fueran dislocados del centro de mi ocupación principal, pasando a recibir un tratamiento marginal, lento y penoso, y eso cuando recibían alguno. Una virosis que me atacó en 1989, que redujo mi capacidad de trabajo durante buena parte del año, y las huelgas que entonces agitaron la UnB me llevaron a postergar la búsqueda de una solución al problema, tanto más que, debido a las huelgas, el segundo semestre lectivo de aquel año continuó en 1990. Así, recién en mayo me fue posible suspender mis actividades académicas, gracias a una licencia sabática, para –renunciando también a la búsqueda de financiamiento para mis proyectos de investigación– dedicarme a reponer en su camino mi vida intelectual. Este es el punto en que me encuentro.

6. A manera de balance

Un trabajo de esta naturaleza quedaría incompleto sin un intento de auto-objetivación, es decir, si no procurara percibir, de manera relativamente impersonal, cómo los demás vieron mi actividad intelectual, a lo largo de su desarrollo. La manera que encuentro para hacerlo –necesariamente limitada, ya que sólo puedo darme cuenta de las reacciones de intelectuales iguales a mí– consiste en realizar una reseña de la aceptación o del rechazo a mis escritos. Además de las limitaciones inherentes a ese procedimiento, el resultado a que llegué será aún más insatisfactorio, debido al hecho de que me ocuparé apenas de lo que conozco, sin recurrir a una investigación *ex professo*.

Al considerar la repercusión de mi trabajo intelectual en los medios científicos y académicos, distingo tres momentos. El primero, que se inicia con la publicación de los artículos que escribí en México y que va hasta 1973, corresponde a la libre utilización por otros de conceptos por mí elaborados, sin el cuidado de identificación de la fuente, posiblemente por tratarse de un autor poco conocido. A esa regla general escaparon, a rigor, Frank, 1967, y Martins, 1972. Ésta es, también, la fase en que empiezan a surgir trabajos –en su mayoría tesis de grado– inspirados y, a veces, orientados por mí. Al final, se registra la primera manifestación explícita de divergencia conmigo –Cardoso, 1972– y una observación premonitoria:

“La originalidad del ensayo de sistematización del problema (de la dependencia) hecho por Marini... da al texto un gran valor, si bien no lo exime de contener partes muy controvertibles”.

Cuando dejé Chile, vería ese doble aspecto de mi trabajo.¹²⁸ Con la publicación de *Dialéctica de la Dependencia*, se inicia la segunda fase del proceso que estoy examinando: junto con la utilización amplia –y, ahora, reconocida– de mi trabajo, como base teórica y metodológica, por parte de muchos estudiosos (en general, jóvenes), él pasa a ser discutido, cuestionado y –casi siempre, con pasión y, hasta, con mala fe– atacado. Señalé, a su tiempo, que no viví aisladamente esa experiencia, que se verificaba en el contexto de la crítica a la teoría de la dependencia, que se inicia en 1974. Sin embargo, no hay duda de que, con excepción de Frank, mi obra fue el objetivo más leído –lo que no se puede disociar, a mi ver, de la posición política que le corresponde.

Así, recién publicado mi libro, aparecía, al lado del elogio de Blanco Mejía, la crítica de Arauco, 1974, al concepto de superexplotación –identificado por él por él como el de plusvalía absoluta, error en el que no sería el primero ni el último en incurrir– mientras Cueva, 1974, en un ensayo que marcó época, abría fuego contra el dependentismo como escuela, ahí incluidos Frank, Cardoso, Theotonio dos Santos, Vania Bambirra y yo. Los trabajos de Arauco y de Cueva, presentados al XI Congreso Latinoamericano de Sociología, en Costa Rica, fueron productos de discusiones internas en el CELA-UNAM, donde yo recién me había incorporado, pero de las cuales no participé, y dieron inicio a la ofensiva contra la teoría de la dependencia. En texto más reciente, refiriéndose a eso, Cueva afirma que:

“nunca pensamos que nuestras críticas de mediados de los años 70 a la teoría de la dependencia, que pretendían ser de izquierda, podrían sumarse involuntariamente el aluvión derechista que después se precipitó sobre aquella teoría”.¹²⁹

En lo que me dice respecto, el punto culminante de la ofensiva se sitúa en 1978, con los trabajos de Serra/Cardoso y Castañeda/Hett. Pero también es cuando me deparo con el primer intento serio para, sobreponiéndose al calor de la polémica, recuperar en otro nivel algunas de las cuestiones suscitadas en la discusión: en Leal, 1978, el autor, partiendo de la teoría marxista del proceso de trabajo, examina sucesivamente Baran (cap. I), Frank, Cardoso / Faletto y Prebisch (cap. II) y Marini (cap. III), con el fin de determinar en qué medida esos autores contribuyen a fundar una teoría del capitalismo

¹²⁸ De Los Ríos, 1973, refiriéndose al artículo de *Sociedad y Desarrollo* que contiene la primera versión de *Dialéctica de la dependencia*

¹²⁹ A. Cueva, 1988

latinoamericano. Independientemente de estar o no de acuerdo con las conclusiones a que llega Leal, el camino por él elegido es, sin duda, el más adecuado para pasar de lo que fue capaz de pensar la teoría de la dependencia a un tipo de conocimiento superior. Esa será, además, la tendencia que se afirmará en los estudios sobre el asunto, una vez serenados los ánimos.

De la producción de ese período, cabe destacar Arroio/Cabral, 1974; Osório, 1975; Fröbel/Jürgen/Kreye, 1977; Bambirra, 1978; Castro Martínez, 1980; Torres Carral, 1981, y Chilcote/Johnson, 1983, así como la mayoría de las tesis que, orientadas por mí, fueron defendidas en México, a diferentes niveles, entre 1980 y 1984, como obras que contribuyeron a ampliar mi horizonte de investigación y a refinar mi instrumental de análisis. Sin embargo, por razones diametralmente opuestas, es necesario hacer dos referencias especiales. La primera –Osorio, 1984– estudia el desarrollo del pensamiento latinoamericano, a partir de la teoría de la dependencia, y el nexo existente entre éste y el proceso sociopolítico de la región, iluminando, bajo muchos aspectos, los orígenes y motivaciones de las expresiones teóricas que ese pensamiento asumió. La segunda –Mantega, 1984– toma lo que supone ser el moderno pensamiento marxista en Brasil, considerando las obras de Caio Prado Jr., Frank y Marini, para, con base en un enfoque ideológico y mucha falta de información (a punto de citar, de mis trabajos, solamente la edición de 1969 de *Subdesarrollo y revolución* y la traducción por una revista brasileña de uno de mis artículos de 1965 –que, como ya planteé, sirvieron de insumo al libro en cuestión), concluir con una crítica antitrotskista, que no sólo carece de sentido, como sorprende por su intolerancia, además de ser anacrónica.

En efecto, a partir de 1984, la actitud con relación a mi trabajo y, en general, a la teoría de la dependencia entra en una nueva fase, que toma dos caminos, aun cuando reincide en el estilo del segundo período (Cismondi, 1987): el primero consiste en considerar uno y otra como hechos de necesario registro en la historia del pensamiento latinoamericano, y el segundo, en buscar, en el sendero por ellos abierto, nuevos desarrollos teóricos.

Se debe mencionar, en el primer caso, Bottomore, 1988, y Kay, 1989 –y, aún, Davydov, 1985-1986, por mucho que éste se resienta del atraso de la teoría social en la Unión Soviética–; y, en el otro, Kuntz, 1984; Dussel, 1988; Cueva, 1988 y 1989, y Osorio, 1990, que procuran recuperar y trascender, en el plano del marxismo, la teoría de la dependencia. También se debe mencionar Bordin, 1988, que se sirve de ella para reinterpretar los fundamentos y las proyecciones de la teología de la liberación.

Finalmente, debo concluir insistiendo en un rasgo peculiar de la teoría de la dependencia, cualquiera que sea el juicio que se haga: su contribución decisiva para alentar el estudio de América Latina por los propios latinoamericanos y su capacidad para, invirtiendo por primera vez el sentido de las relaciones entre la región y los grandes centros capitalistas, hacer que, en lugar de receptor, el pensamiento latinoamericano pasara a influir sobre las corrientes progresistas de Europa y de los Estados Unidos; basta citar, en este sentido, a autores como Amin, Sweezy, Wallerstein, Poulantzas, Arrighi, Magdoff, Touraine. La pobreza teórica de América Latina, en los años 80, es, en una amplia medida, resultado de la ofensiva contra la teoría de la dependencia, lo que preparó el terreno para la reintegración de la región al nuevo sistema mundial que empezaba a gestarse y que se caracteriza por la afirmación hegemónica, en todos los planos, de los grandes centros capitalistas.

BIBLIOGRAFÍA DEL AUTOR

A. Libros

Subdesarrollo y revolución, Siglo XXI, México, 1985, 12a. edición (1a. edición 1969).

Sous-développement et révolution en Amérique latine, Maspero, Paris, 1972.

Il subimperialismo brasiliano, Einaudi, Turim, 1974.

Subdesenvolvimento e revolução, Iniciativas Editoriais, Lisboa, 1975.

Dialéctica de la dependencia, Era, México, 1990, 10a. edición (1a. edición, 1973).

Dialectique de la dépendance, en *Critiques de l'économie politique*, Maspero, Paris, 1973.

Dialektik der Abhängigkeit, en Dieter Senghaas (ed.), *Peripherer Kapitalismus. Analysen über Abhängigkeit und Unterentwicklung*, Suhrkamp Verlag, Francfort, 1974.

Dialéctica da dependência, Centelha, Coimbra (Port.) 1976.

Dialectica della dipendenza, em Franco Angeli, Milão, 1979.

Dialéctica da dependência, Ulmeiro, Lisboa, 1981.

El reformismo y la contrarrevolución. Estudios sobre Chile, Era, México, 1976.

Análisis de los mecanismos de protección al salario en la esfera de la producción, Secretaría del Trabajo y Previsión Social, México, 1983.

América Latina: democracia e integración, Nueva Sociedad, Caracas, 1993.

Libros con otros autores (*readings*, etc.):

1492–1992: La interminable conquista, Joaquín Mortiz-Planeta, México, 1990.

Aftermath of the Military State in Latin America, The Evergreen College, Washington, DC, 1990.

Crisis y alternativas de América Latina, Compañero, Montevideo, 1988.

Constituinte e democracia no Brasil hoje, Brasiliense, São Paulo, 1986 (1a. edición 1985).

- El Estado militar*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1985.
- La crisis internacional y la América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985 (1a. edición 1984).
- El proceso de trabajo en México*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1984.
- Teoría marxista de las clases sociales*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1983.
- Revolution and Intervention in Central America*, Synthesis (S. Francisco, EUA), 1981; 2a. edição revisada, 1983.
- Social Movement, Social Change: The Re-Making of Latin America*, Two Thirds, Toronto (Can.), 1982.
- Mercado y dependencia*, Nueva Imagen, México, 1979.
- Las ciencias sociales en América Latina*, México. UNAM, 1979.
- Revolution und Konterrevolution in Chile. Analysen zu einem lehrstück*, Luchterhand Verlag, Darmstadt (Al.), 1974.
- Por qué cayó Allende*, Rodolfo Alonso, Buenos Aires, 1974.
- Lateinamerika: Faschismus oder Revolution*, Rotbuch Verlag, Berlim, 1974.
- Acerca de la transición al socialismo*, Periferia, Buenos Aires, 1974.
- Tres ensayos sobre América Latina*, Anagrama, Barcelona, 1973.
- Transición al socialismo y experiencia chilena*, Prensa Latinoamericana, Santiago (Ch.), 1972.
- Diez años de insurrección en América Latina*, Prensa Latinoamericana, Santiago (Ch.), 1971.
- Il nuovo marxismo latinoamericano*, Feltrinelli, Milán, 1970.
- Sociología del desarrollo económico (Una guía para su estudio)*, UNAM , México, 1970.
- Kritik des bürgerlichen Anti-Imperialismus*, Wagenbach, Berlim, 1969.

C. Artículos, monografías, entrevistas, etc.

“De la bipolaridad a la multipolaridad” e “La integración es inevitable”, entrevistas, *Página Abierta* (Santiago de Chile), nos. 19-20, 23.07-05.08 e 06-19.08.1990.

“La izquierda y las nuevas dependencias”, entrevista, *Las palabras y las cosas*, suplemento dominical del diario *Sur*, (Buenos Aires), 11.02.1990.

Entrevista concedida a Emir Sader, revista *Senhor* (Rio de Janeiro), 1987.

“La lucha por la democracia en América Latina”, *Cuadernos Políticos* (México), n. 44, julio-diciembre 1985; “As lutas pela democracia na América Latina, *Terra Firme* (Rio de Janeiro), n. 1-2, janeiro-junho 1986; “A nova democracia latino-americana”, revista *Humanidades* (Brasília) n. IV-13. maio-julho 1987.

“Zona de exportação: só prejuízos para o país”, entrevista, *DCI-Diário Comércio & Indústria*, São Paulo, 3-5 out. 1987.

“O movimento operário no Brasil”, *Política e Administração* (Rio de Janeiro), II-2, julho-setembro 1985; “El movimiento obrero en Brasil”, *Cuadernos Políticos* (México), 1986.

“Comentario a Raúl Sendic”, *Cuadernos Políticos* (México), n. 41, julio-diciembre 1984.

“A política externa brasileira na encruzilhada: Estados Unidos ou América Latina?”, *Jornal do País* (Rio de Janeiro), 2-8 ago. 1984.

Crisis, cambio técnico y perspectivas del empleo, Cidamo, México, Cuaderno n. 9, 1983.

“Brasil: apertura política o democratización”, *Le Monde diplomatique en español* (México), IV-48, diciembre 1982.

Sobre el patrón de reproducción del capital en Chile, Cidamo, México, Cuaderno n. 7, 1982.

Proceso de trabajo, jornada laboral y condiciones técnicas de producción (en colaboración), Cidamo, México, Cuaderno n. , 1981; *Teoría y Política* (México), 4, abril-junio 1981.

“América Latina ante la crisis”, *Investigación Económica*, (México), XL-157, julio–septiembre 1981. “The Nicaraguan Revolution and the Central American Revolutionary Process”, *Contemporary Marxism* (S. Francisco), n. 3, 1981.

“Fuerzas Armadas y gran capital en Brasil”, *Cuadernos de Marcha* (México), 2a. época, 9, septiembre–octubre 1980.

“La cuestión del Estado en las luchas de clases en América Latina”, CELA-FCPyS, *Cuaderno 44*, Serie Avances de Investigación, México, agosto 1980; *Monthly Review-Selecciones en Castellano* (Barcelona), 4-1, octubre 1980; *Socialism in the World/Socialisme dans le monde*, Belgrado, 1980; *Contemporary Marxism* (S. Francisco), n. 1, 1980.

“Plusvalía extraordinaria y acumulación de capital”, *Cuadernos Políticos* (México), 20, abril–junio 1979.

“Las razones del neodesarrollismo. Respuesta a F. H. Cardoso y J. Serra”, *Revista Mexicana de Sociología* (México), Número Especial, 1978; *Amérique Latine*, Paris, CETRAL, n. 2, abr.–jun. 1980.

“La cuestión del fascismo en América Latina”, mesa redonda, *Cuadernos Políticos* (México), 18, octubre-diciembre 1978.

“El presente latinoamericano”, mesa redonda, *Financiamiento e inversión para el desarrollo*, Memoria del II Congreso Nacional de Economistas, México, 1977.

“Estado y crisis en Brasil”, *Cuadernos Políticos* (México), 13, julio–septiembre 1977.

“A New Face for Counterrevolution”, *NACLA* (N. York), XL-6, julio–agosto 1977.

“La acumulación capitalista mundial y el subimperialismo”, *Cuadernos Políticos* (México), 12, abril–junio 1977; *Revista Centroamericana de Economía* (Tegucigalpa) 4-12, septiembre–diciembre 1983; “World Capitalist Accumulation and Sub-Imperialism”, *Two Thirds* (Toronto), 1-2, 1978.

“La universidad brasileña”, en colaboración, *Revista de Educación Superior* (Mexico), 22, abril–junio 1977; *The Brazilian University*, Toronto, Latin America Research Unit (LARU), jun. 1977.

“La gran crisis norteamericana”, entrevista a M. A. Bernal Villalaz, *El Sol de México* (México), 14 ago. 1976.

“La cultura latinoamericana”, entrevista, *Revista Nacional de Cultura* (Panamá), enero-marzo 1976.

“El Estado en América Latina”, *Revista Mexicana de Ciencia Política* (México), XXI-82, octubre-diciembre 1975. “Hegemonía y terror”, *Textos* (Guadalajara, Mex.), suplemento no. 9–10, 1975.

“Dos estrategias en el proceso chileno”, *Cuadernos Políticos* (México), 1, julio-septiembre 1974; *Rocinante* (Caracas), dez. 1974; “Deux stratégies dans le processus chilien”, *Temps Modernes* (Paris), 342, enero 1975; *Duas estratégias no processo chileno*, Centelha, Coimbra (Port.), 1976 (ver tb. ed. alemã).

“Chile: The Political Economy of Military Fascism”, *NACLA* (N. York), 8-5, mayo-junio 1974; “Economía política de un golpe militar”, *Foro Internacional* (México), 54, octubre-diciembre 1974.

“Reazione e rivoluzione in Cile”, *Il Manifesto* (Roma), 11 septiembre 1974.

Prólogo ao livro de Vania Bambirra, *La revolución cubana: una reinterpretación*, Prensa Latinoamericana, Santiago (Ch.), 1973.

“El desarrollo industrial dependiente y la crisis del sistema de dominación”, *Marxismo y Revolución* (Santiago, Ch.), 1, julho-setembro 1973.

“La política económica de la ‘vía chilena’”, en colaboración, *Marxismo y Revolución* (Santiago, Ch.), 1, julio-septiembre 1973.

“En torno a *Dialéctica de la dependencia*”, *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, Flacso, (Santiago de Chile), n. 5, junio 1973

“La politique économique du gouvernement d'Unité Populaire”, *Critiques d'Economie Politique* (Paris), 11–12, abr.-set. 1973.

“La pequeña burguesía y el problema del poder”, *Pasado y Presente* (Córdoba, Arg.), V-I, abr.-jun. 1973.

“Dependencia y subimperialismo en América Latina”, entrevista, Suplemento Cultural de *Siempre!* (México), marzo 1973.

“La universidad latinoamericana”, entrevista, *Síntesis* (México), n. 5, enero 1973.

“Razón y sinrazón de la sociología marxista”, *Sociedad y Desarrollo* (Santiago, Ch.), 3, julio-septiembre 1972; *Síntesis* (México), 7, agosto 1974.

“Reforma y revolución: una crítica a Lelio Basso”, *Sociedad y Desarrollo* (Santiago, Ch.), 2, abril-junio 1972.

“Dialéctica de la dependencia: la economía exportadora”, *Sociedad y Desarrollo* (Santiago, Ch.), 1, enero-marzo 1972.

“Brazilian Sub-Imperialism”, *Monthly Review* (N. York), enero 1972; “Subimperialismo del Brasil”, *Monthly Review* (Buenos Aires), 1-2, mayo 1973.

Prefácio ao livro de Miguel Arraes, *Brasil: pueblo y poder*, México, ERA, 1972.

“Les mouvements étudiants en Amérique Latine”, *Temps Modernes* (Paris), septiembre 1970 [Os movimentos estudantis na América Latina]; “Los movimientos estudiantiles en América Latina”, *Rocinante* (Caracas), 1970.

“El carácter de la revolución brasileña”, *Pensamiento Crítico* (Havana), 37, febrero 1970.

“Subdesarrollo y revolución en América Latina”. *Tricontinental* (Havana, com edições também em francês e inglês), 1968; *Monthly Review - Selecciones en Castellano* (Santiago, Ch.), septiembre 1969.

“Los estudiantes y la vida política en Brasil”, *El Día* (México), 2 ago. 1968.

“Tiradentes, ayer y hoy”, *El Día* (México), 15 mayo 1968.

“Militarismo y desnuclearización en América Latina”, em colaboração, *Foro Internacional* (México), 29, julio-septiembre 1967, em colaboração com Olga Pellicer de Brody.

“La dialéctica del desarrollo capitalista en Brasil”, *Cuadernos Americanos* (México), XXV-3, junio 1966.

“Brazilian Interdependence and Imperialist Integration”, *Monthly Review* (N. York), dezembro 1965; “La interdependencia brasileña y la integración imperialista”, *Monthly Review en Castellano* (Buenos Aires), 1966.

“Contradicciones y conflictos en el Brasil contemporáneo”, *Foro Internacional* (México), abril-junio 1965.

D. Artículos periodísticos – colaboración regular en los periódicos:

O Metropolitano (Rio de Janeiro), 1960–1962;

Chile Hoy (Santiago do Chile), 1972–1973;

Excélsior (México), 1975–1976;

El Sol de México (México), 1976–1977;

El Universal (México), 1977–1980;

Jornal do País (Rio de Janeiro), 1984.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

ALVAREZ BEJAR, A. R., P. J. PASCUAL MONCAYO e J. L. VICTORIA TOSCANO, *Industrialización y lucha de clases en México: La etapa de transición al capitalismo monopolístico*, México, ENE-UNAM, tesis de graduación, 1973, mimeo.

AMIN, S., *La acumulación en escala mundial*, México, Siglo XXI, 1974.

ARANIBAR QUIROGA, E., *Crecimiento económico y procesos políticos*, La Paz, Los Amigos del Libro, 1978.

ARAUCO, F., “Observaciones en torno a la dialéctica de la dependencia”, *Historia y Sociedad* (México), 3, 1974.

ARROIO JUNIOR, R., “El proceso de industrialización y la pauperización del proletariado mexicano, 1940–1950” (versión modificada), en Cordera, R. (comp.), *Desarrollo y crisis de la economía mexicana*, México, FCE, Lecturas n. 39, 1981, pp. 101-150.

ARROIO JUNIOR, R., e R. CABRAL BOWLING, *El proceso de industrialización en México, 1940–1950. Un modelo de superexplotación de la fuerza de trabajo*, Escuela Nacional de Economía, UNAM, México, tesis de graduación, 1974, mimeo.

ARTEAGA, A., e SOTELO, A., *El proceso de trabajo y las formas de prolongación de la jornada laboral: un estudio de caso*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México, tesis de graduación, 1980, mimeo.

- “Dependencia o neodesarrollismo: comentarios a la polémica Cardoso y Serra-Marini”, *El Gallo Ilustrado*, suplemento dominical de “*El Día*” (México), 17 dic. 1978.
- AYALA ESPINO, J.L., J. H. BLANCO MEJIA E C. VELASCO FERNÁNDEZ, *La dialéctica de la industrialización en México*, México, ENE-UNAM, tesis de graduación, 1972, mimeo.
- BAEZ, R., *Teorías sobre el desarrollo análisis y crítica*, México, Diógenes, 1975.
- BANCO MUNDIAL, *Informe sobre el desarrollo mundial 1991*.
- BAMBIRRA, V., *Capitalismo dependiente latinoamericano*, México, Siglo XXI, 1974 (Santiago de Chile, PLA, 1973).
- *Teoría de la dependencia: una anticrítica*, México, ERA, 1978.
- BENAKOUCHE, R., *Acumulação mundial e dependência*, Petrópolis, Vozes, 1980.
- BLANCO MEJIA, J., “La economía política de las sociedades dependientes”, *Siempre! La cultura en México* (México), 642, 29 de mayo de 1974.
- BOBBIO, N., *Diccionario de política*, México, Siglo XXI Editores, 1991.
- BOILS, G., *Los militares y la política en México (1915–1974)*, México, Ediciones “El Caballito”, 1975.
- BORDIN, L., *O marxismo e a teologia da libertação*, Rio de Janeiro, Dois Pontos, 1987.
- BOTTOMORE, T. (ed.), *Dicionário do pensamento marxista*, Rio de Janeiro, Zahar, 1988 (edición inglesa, 1983).
- CABRAL, R., “Industrialización y política económica” (versión modificada), en R. Cordera (comp.), *Desarrollo y crisis...*, *op. cit.*, pp. 67–100
- CALILI PADIS, P., *América Latina: cincuenta años de industrialización*, México, Premia, 1978.
- CAPUTO, O., *El comportamiento de la inversión en los principales países desarrollados*, 1989, mimeo.
- CARDOSO, C. F., e PEREZ BRIGNOLI, H., *Os métodos da história*, Graal, 1983.

CARCANHOLO, R., *La transferência de valor en el desarrollo del capitalismo en Costa Rica*, ENE, UNAM, México, tese de doutorado, 1982, mimeo.

CARDOSO, F. H., “Notas sobre los estudios de la dependencia”, *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales* (Santiago), 1972.

—“Los Estados Unidos y la teoría de la dependencia”, em Calili Padis, P., *op. cit.*

CASTAÑEDA, J. G., *Los nuevos imperialismos*, México, ERA, 1980.

CASTAÑEDA, J. G., e E. HETT, *El economismo dependentista*, México, Siglo XXI, 1978.

CASTRO, N. de A., *Ejército de reserva: su especificidad y comportamiento político en el desarrollo del capitalismo en Brasil*, FCPS, UNAM, México, tesis de doctorado, 1983.

CASTRO MARTÍNEZ, P. E., *Fronteras abiertas: expansionismo y geopolítica en el Brasil contemporáneo*, México, Siglo XXI, 1980.

CECEÑA, A. E., *La fuerza de trabajo femenina como recurso de sobreexplotación del trabajo en México*, ENE, UNAM, México, tesis de graduación, 1982, mimeo.

CHILCOTE, R. H., *Theories of Development and Under-development*, Boulder (EUA), Westview Press, 1984.

CHILCOTE, R. H., e D. L. JOHNSON (eds.), *Theories of Development: Mode of Production or Dependency?*, Beverly Hills (EUA), Sage Pub., 1983.

CLEPI, *Informe sobre la economía mundial, 1988-1989*, Nueva Sociedad, Santiago, 1988.

CISMONDI, O., *La théorie de la dépendance latino-américaine. Commentaires à Ruy Mauro Marini*, Paris, Centre de Recherche sur l'Amérique latine, Universidade de Paris VIII, no. 8, 1987.

CORDOVA, A., “Los orígenes del Estado en América Latina”, *Cuadernos Políticos* (México), 14, 1977.

COUTINHO, C. N., *A democracia como valor universal e outros ensaios*, Rio de Janeiro, Salamandra, 1984, 2a. ed.

CUEVA, A., "Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia", *Historia y Sociedad* (México), 3, 1974.

– *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1977.

– *Teoría social y procesos políticos en América Latina*, Guayaquil, Universidad de Guayaquil, 1989, 2a. ed.

– *Las democracias restringidas de América Latina*, Quito, Planeta, 1988.

– *América Latina en la frontera de los años 90*, Quito, Planeta, 1989.

DABAT, A., *El mundo y las naciones*, México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM, Cuernavaca (Mor.), 1993.

DAVYDOV, V., "Qué es la 'teoría de la dependencia'? (Segunda Parte)", *América Latina* (Moscou), 2, 1986.

DE LA GARZA TOLEDO, E., *Contribución al estudio del Estado social-autoritario*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 1984.

DE LA PEÑA, S., *El modo de producción capitalista*, México, Siglo XXI, 1978.

DE LOS RIOS, N., "Reseña sobre Dialéctica de la dependencia", *Latinoamérica - Anuario de Estudios Latinoamericanos* (México), 6, 1973.

DRIDRIKSSOM, A., *La planeación de la educación en México*, México, FCPS, UNAM, tesis de graduación, 1984, mimeo.

DUSSEL, E., *Hacia un Marx desconocido. Un comentario de los Manuscritos del 61-63*, México, Siglo XXI, 1988.

– "Marx's Economic Manuscripts of 1861-63 and the 'Concept' of Dependency", *Latin American Perspectives* (Newburg Park, EUA), Issue 65, 17-2, 1990.

ESCOBAR, V., A. JIMENEZ e G. FARFAN, *Aproximación al valor de la fuerza de trabajo en México*, México, FCPS, UNAM, tese de graduação, 1980, mimeo.

FRANK, A. G., *Capitalism and Under-development in Latin America*, Nova lorque, Monthly Review, 1967.

FMI, *World Economic Outlook*, octubre 1991, abril 1992.

FRÖBEL, F., H. JÜRGEN e O. KREYE, *La nueva división internacional del trabajo. Paro estructural en los países industrializados e industrialización de los países en desarrollo*, México, Siglo XXI, 1980 (1a. ed. alemã, 1977).

GUTIÉRREZ GARZA, E., *Acumulación de capital, relación salarial y movimiento obrero en México, 1950–1960*, París, Universidad de París VIII, 1983, tesis doctoral, (ed.), *Testimonios de la crisis. Reestructuración productiva y clase obrera*, México, Siglo XXI, 1985.

– “La regulación competitiva como trasfondo del movimiento obrero”, en Gutiérrez Garza, E., *Testimonios de la crisis. Reestructuración productiva...*, *op. cit.*

– “Regulación, relación salarial y movimiento obrero”, en Gutiérrez Garza, E., (ed.), *Reconversión industrial y lucha sindical*, Caracas, Nueva Sociedad, 1989.

HENFREY, C., “Dependency, modes of production and class analysis in Latin America”, *Latin America Perspectives* (Newbury Park, EUA), 8 (3-4), nos. 30-31, 1981.

HERNANDEZ MONTEMAYOR, F., e I. MOLINA OCHOA, *El proceso de consumo de la fuerza de trabajo del obrero ferrocarrilero*, México, FCPS, UNAM, tesis de graduación, 1981, mimeo.

HERRERA ZUNIGA, R., *Nicaragua*, México, El Colegio de México, tesis de graduación, 1969, mimeo.

JAFFRENOUX, M.P., *Estado, lucha de clases e ideología en el Perú, 1889–1930*, México, FCPS, UNAM, tesis de maestría, 1980, mimeo.

JOHNSON, C., *El movimiento de los países no-alineados*, México, El Colegio de México, tesis de graduación, 1969, mimeo.

– “Dependency theory and processes of capitalism and socialism”, *Latin American Perspectives* (Newbury Park, EUA), 8 (3-4), nos. 30-31, 1981.

JONAS, S., *The Battle for Guatemala. Rebels, Death Squads, and U. S. Power*, Boulder (Colorado), Westview Press, 1991.

JUÁREZ, A., *La política de crisis del Estado y las condiciones del proletariado urbano en el Área Metropolitana del Valle de México*, México, FCPS, UNAM, tesis de maestría, 1982, mimeo.

KAY, C., *Latin American Theories of development and under-development*, Londres, Routledge, 1989.

KUNTZ FISCHER, S., *Presupuestos metodológicos de la cuestión de la dependencia en Marx (en los Grundrisse y en El Capital)*, México, FCPS, UNAM, tesis de graduación, 1985.

LANZA, E., *El sub-imperialismo venezolano*, Caracas, Carlos Alponete, 1980.

LEAL, L. P., *Política Operária: a quebra do monopólio político, teórico e ideológico do reformismo na esquerda brasileira*, Niterói, Universidade Federal Fluminense, Instituto de Ciências Humanas e Filosofia, junho de 1992, tese de mestrado.

LEAL FERNANDEZ, G., *Contribución a la crítica de las teorías sobre el capitalismo latinoamericano: elementos para una tipificación de su concepto de trabajo*, México, ENE, UNAM, tesis de graduación, 1978.

LEGORRETA ZEPEDA, J.J., *La teoría de la dependencia en la teoría de la liberación*, México, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1992, tesis de licenciatura.

LIMA, M. R. S., *As relações econômicas e políticas do Brasil com a América Latina: balanço de uma década*, Rio de Janeiro, IUPERJ, 1983.

LIMA, M. R. S., e Z. B. CHEIRUB, *Relações internacionais e política externa brasileira: debate intelectual e produção acadêmica*, Rio de Janeiro, MRE/IUPERJ, 1989.

LIRA, M., *Ensayos sobre capitalismo, socialismo y desarrollo*, Santiago, Documentas, 1987.

LORENZO NUÑEZ, M. A. del C., *El carácter de la estructura agraria en Panamá*, México, FCPS, UNAM, tesis de graduación, 1980, mimeo.

LÖWY, M., *El marxismo en América Latina*, México, ERA, 1979.

E. SADER, "La militarización del Estado en América Latina", em Calili Padis, P., *op. cit.*

LOZANO, L., *De Sandino al triunfo de la revolución*, México, Siglo XXI, 1985.

LOZOYA, J. A., *El ejército mexicano (1911-1965)*, México, El Colegio de México, 1970.

LUCAS, J., *Não à teoria do subdesenvolvimento*, São Paulo, Kairós, 1983.

MANTEGA, G., *A economia política brasileira*, Petrópolis, Polis/Vozes, 1984.

MARTINS, C. E., "Brasil-Estados Unidos: dos 60 aos 70", *Cadernos Cebrap* (São Paulo), 9, 1972.

MATHIAS, G., "Estado y crisis capitalista en América Latina", *Críticas de la Economía Política-Edición Latinoamericana* (México), 2, jan.-mar. 1977.

MICHILES, C., *Democracia e participação popular: as emendas populares na Constituinte de 1987-1988*, Brasília, Depto. Ciência Política, UnB, tese de mestrado, 1989.

NUÑEZ, O., e R. BURBACH, *Democracia y revolución en las Américas*, Managua, Vanguardia, 1986.

O'BRIEN, P. J., *Dependency Revisited*, Glasgow, University of Glasgow, Institute of Latin American Studies, Occasional Paper no. 40, 1984.

OLAVE, P., *El cambio de patrón de reproducción de capital en Chile*, México, ENE, UNAM, tesis de graduación, 1982, mimeo.

OLIVEIRA, F., e F. MAZZUCHELLI, "Padrão de acumulação, oligopólios e Estado no Brasil, 1950-1976", em C.E. Martins, *Estado e capitalismo no Brasil*, São Paulo, Hucitec, 1977.

OSORIO URBINA, J., "Superexplotación y clase obrera: el caso mexicano", *Cuadernos Políticos* (México), out.-dez. 1975.

– "Chile: Estado y dominación", *Cuadernos Políticos* (México), 36, abr.-jun. 1983.

– "El marxismo latinoamericano y la dependencia", *Cuadernos Políticos* (México), 39, 1984.

– *El análisis de coyuntura*, México, Cidamo, 1987.

– *Raíces de la democracia en Chile*, México, ERA, 1990.

– "Los nuevos sociólogos. Tendencias recientes de la sociología latinoamericana", en *Estudios Latinoamericanos*, (México), Nueva época, N.º 1, enero-junio 1994

PALMA, A., "Dependencia y desarrollo: una visión crítica", en D. Seers (comp.), *La teoría de la dependencia. Una reevaluación crítica*, México, 1987.

PEIXOTO, A. C., "La montée en puissance du Brésil; concepts et réalités", *Revue Française de Sciences Politiques* (Paris), 30 (2), 1980.

PIAZZA, M. F. F., *As relações Brasil-Bolívia, 1971-1978: um projeto subimperialista do Brasil na América do Sul?*, Rio de Janeiro, Curso de pós-graduação FESP-FLACSO, dissertação, 1987, mimeo.

PINEDA, F., *Movimiento sindical y sistema de dominación en México. La Confederación de Trabajadores de México, 1936-1976*, México, ENAH, tesis de graduación, 1981, mimeo.

POULANTZAS, N., *La crisis de las dictaduras*, México, Siglo XXI, 1976.

PRESTES, L. C., "Las concepciones de la política exterior y objetivos del subimperialismo brasileño", *América Latina* (Moscou), 4, 1976.

RAMOS, A. T. L., *Ação clandestina dos Estados Unidos na América Latina: o caso do Instituto Brasileiro de Ação Democrática - IBAD*, Rio de Janeiro, Curso de Pós-graduação FESP-FLACSO, dissertação, 1987, mimeo.

REGENSTEINER, R., *Acumulación de capital, crisis y expansionismo brasileño*, México, ENE, UNAM, tesis de maestría, 1980, mimeo.

RIBEIRO, D., *Aos trancos e barrancos. Como o Brasil deu no que deu*, Rio de Janeiro, Guanabara, 1985.

ROBLEDO, J., *El movimiento estudiantil venezolano*, México, El Colegio de México, tesis de graduación, 1969, mimeo.

RODRIGUEZ ALAMOS, E., *La formación social puertorriqueña*, México, FCPS. UNAM, tesis de doctorado, 1982, mimeo.

ROGERIO GIRON, J., "Proceso de trabajo, automatización y clase obrera en la industria del cemento en México", en Gutiérrez Garza, E. (ed.), *Testimonios de la crisis. 3. Austeridad y reconversión*, México, Siglo XXI, 1988.

ROJAS SORIANO, R., *Explotación y enfermedad de la clase obrera (El caso del proletariado industrial mexicano), 1970-1982*, México, FCPyS-UNAM, tesis de doctorado, 1982, mimeo.

ROSALES, L., "La militarización del Estado en América Latina: una bibliografía", *Revista Centroamericana de Economía* (Tegucigalpa), 6 (16), jan.-abr. 1985.

SAES, D., *A formação do Estado burguês no Brasil (1888–1891)*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1985.

SALAMA, P., "Más allá de un falso debate. Algunas reflexiones sobre la articulación de los Estados/Naciones en América Latina", em Calili Padis, P., *op. cit.*

SANCHEZ SUSARREY, J., *La acumulación de capital en México, 1934–1970*, México, FCPyS-UNAM, tesis de graduación, 1978, mimeo.

SCHILLING, P., *El expansionismo brasileño*, México, El Cid, 1978.

SANTOS, T., *Imperialismo y dependencia*, México, ERA, 1976.

SERRA, J., e CARDOSO, F. H., "Las desventuras de la dialéctica de la dependencia", *Revista Mexicana de Sociología* (México), Número Especial, 1978.

SILVA MICHELENA, J. A., *Política y bloques de poder. Crisis en el sistema mundial*, México, Siglo XXI, 1976.

SINGER, P., *Economía política do trabalho*, São Paulo, Hucitec, 1977.

– "Reproducción de la fuerza de trabajo y desarrollo", em Calili Padis, P., *op. cit.*

SOSA ELIZAGA, R., "Evolución de las ciencias sociales en América Latina (1973-1992)", en *Estudios Latinoamericanos* (México), Nueva época, n. 1, enero-junio 1994

SOTELO VALENCIA, A., "El nuevo patrón de acumulación de capital en México", en Gutiérrez Garza, E. (ed.), *Testimonios de la crisis. Reestructuración productiva*, *op. cit.*

– *Modernización y reconversión industrial. Un enfoque de Sociología del Trabajo*, México, FCPyS-UNAM, tese de doutorado, 1990, mimeo.

SOUZA, N. A. de, *Crisis económica y lucha de clases en Brasil, 1974–1979*, México, ENE, UNAM, tesis de doctorado, 1980, mimeo.

SPAGNOLO GONZÁLEZ, A., *Crisis y transición del capitalismo argentino, 1976–1981*, México, ENE, UNAM, tesis de maestría, 1984, mimeo.

TAVARES, M. C., *Acumulação de capital e industrialização no Brasil*, tese de concurso para a FEA-UFRJ, s/d., mimeo.

TOLEDO, A., e C. I. CHARRY, *Ensayo sobre la teoría de las crisis*, ENE-UNAM, México, tesis de graduación, 1980, mimeo.

TORRES CARRAL, G., *Una introducción a la crítica de la teoría de la dependencia*, México, Universidad Autónoma de Chapingo, 1981.

TRIAS, V., *Historia del imperialismo norteamericano*, Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1977.

VAELLO, J., “Reseña sobre Dialéctica de la Dependencia”, *Zona Abierta* (Madrid), 4, 1975.

VALENZUELA, J., “La experiencia chilena, una vez más”, *Comercio Exterior* (México,) ARANIBAR QUIROGA, E., *Crecimiento económico y procesos políticos*, La Paz, Los Amigos del Libro, 1978.

* * * * *